



08-BJD-508



JOHN MEMORIAL LIBRARY  
UNIVERSITY OF PENNSYLVANIA  
PHILADELPHIA, PA. 19106

NO LONGER PROPERTY OF  
FALVEY MEMORIAL LIBRARY

LEON SANCHEZ CUESTA

LIBRERO, S. A.

Apodaca, 1. 28004 MADRID

Teléfono 522 64 65


NO. 1775-0749 82810101  
COPYRIGHTED BY  
THE NATIONAL ARCHIVES







LA  
OBRA COMPLETA  
DE  
MIGUEL DELIBES



Digitized by the Internet Archive  
in 2023 with funding from  
Kahle/Austin Foundation



MIGUEL DELIBES

OBRA COMPLETA. TOMO V

*VIVIR AL DÍA*



*CON LA ESCOPETA  
AL HOMBRO*



*UN AÑO DE MI VIDA*

EDICIONES DESTINO

BARCELONA

© Miguel Delibes

© Ediciones Destino

Consejo de Ciento, 425 - Barcelona-9

Primera edición: noviembre, 1975

Depósito legal: B. 7.711. — 1964 (V)

ISBN: 84-233-0870-7

Impreso por Imprenta Clarasó, S. A.

Villarroel, 15-17 - Barcelona-11

Impreso en España - Printed in Spain

# VIVIR AL DÍA

*Primera edición: marzo 1968*



## PRÓLOGO

**R**EÚNO en estas cortas páginas una serie de artículos publicados en diversos diarios españoles — “El Norte de Castilla”, “La Vanguardia”, “Ya”, “Informaciones”, etc. — y en diversas circunstancias, supuesto que los citados trabajos abarcan una etapa de casi quince años, exactamente desde 1953 a 1967. No están aquí todos los artículos y reportajes publicados en esta época sino aproximadamente una tercera parte.

En principio, pensé sistematizar este pequeño volumen agrupando los trabajos por materias, pero finalmente opté por darle una ordenación cronológica, ya que de esta manera, al tiempo que evito la monotonía, se manifiestan mejor mi preocupación de cada momento, los altibajos de mi estado de ánimo, y los altibajos, no menos extremosos, de la censura de prensa.

De ahí que en este repertorio se acojan intentos humorísticos y preocupaciones trascendentes, puntos de vista optimistas y enfoques decididamente sombríos. La luz de cada día no siempre es la misma para el escritor. Quiero decir que la única nota común de estos trabajos es la de haber sido publicados en periódicos diarios y, consecuentemente, hilvanados con apremio, a impulso de una idea sugerida por la actualidad de cada momento. Tal es la justificación del título, reforzado por el hecho de la profesionalidad, ya que la necesidad de allegar unos recursos económicos también es vivir al día, y ya es sabido que la breve y efímera literatura de prensa es seguramente la más rentable dentro de lo poco rentable que en todo

*caso resulta la literatura en este país. Nos guste o no, al escritor, en España, o vive al día o no vive.*

*Por si para alguien fuese de algún interés, he consignado al pie de los trabajos la fecha en que cada uno de ellos fue publicado.*

*M. D.*

## DON ÁLVARO O LA FUERZA DE LA MALEDICENCIA

**M**i primer contacto con don Álvaro de Luna — que fue mi primer contacto con la muerte — data de los tiempos en que yo estudiaba el “Epítome del párvulo”. Aún recuerdo, en la página de la derecha, según se mira, un luctuoso grabado a plumilla, de autor desconocido, que representaba el cuerpo de don Álvaro, enfundado en ropajes negros, momentos antes de ser enterrado por los frailes de la Misericordia en la iglesia de San Andrés, de Valladolid. La cabeza, que durante nueve días se exhibió pendiente de un garabato, en la Plaza Mayor, para escarmiento del pueblo, había sido superpuesta groseramente por el dibujante de forma que se hiciese ostensible el degüello. Don Álvaro, tendido sobre un túmulo, recubierto de luto y con cuatro hachones en los vértices, ya no era válido, ni el objeto de la ira real; era, simplemente, un retazo de historia en descomposición. Y el “Epítome del párvulo” aclaraba, más o menos, que Juan II era un rey artista y don Álvaro de Luna, su privado, mas uno, que entonces era un párvulo — y por lo tanto un ingenuo —, sin otra cultura que aquel epítome, no se explicaba que del valimiento al cadalso no hubiera más que un paso, o que en la senda sinuosa de la política anduviera el odio tan cerca del amor. Y el “Epítome del párvulo” decía simplemente: “Unidos los esfuerzos de la reina y la nobleza hicieron recelar a don Juan II de la fidelidad de don Álvaro, quien fue injustamente acusado y ejecutado días más tarde en la Plaza Mayor de Valladolid”.

Los párvulos vallisoletanos nos asombrábamos de que en nuestra Plaza Mayor se hubiera perpetrado un crimen así, pero recitábamos la historia de don Juan II con su música y su letra,

porque eran los tiempos en que cada tema tenía su música, y, a veces, la música ayudaba a la letra, y a la inversa. Mas, desde entonces, mis paseos por la Plaza Mayor fueron acompañados de una sombra siniestra. La banda de música del Regimiento de Infantería de San Quintín interpretaba "Agua, azucarillos y aguardiente" desde el quiosco levantado en el centro y yo hacía esfuerzos por ahuyentar los fantasmas de mi espíritu. Mas, me gustase o no, yo veía en lugar del quiosco, el cadalso, y al verdugo Juan González en vez de al director de orquesta. La gente era la misma, y aun el Ayuntamiento, y hasta la cadena de soportales que circunda la plaza. Mas la gente, en lugar de aplaudir, crispaba los puños y pedía a voces la cabeza de don Álvaro. Pero eso ocurrió antes, casi cinco siglos atrás, muchas generaciones atrás. Ahora aplaudían a la banda de San Quintín, pero uno sentía, aunque recitase la lección de don Juan II de Castilla, cada tarde, monótonamente, con su música y su letra, un inevitable estremecimiento.

Don Álvaro de Luna llegó a Valladolid el 1 de junio de 1453, procedente de la fortaleza de Portillo. Este pueblo ofrece en nuestros días la particularidad de ser dos. Arriba, sobre un teso de yeso cristalizado, se asienta Portillo, y abajo, en la falda, entre los trigos y los pinares, está el Arrabal. Situado en la carretera Valladolid-Segovia, Arrabal de Portillo es un pueblo netamente castellano: austeridad viril y, en lontananza, suaves ondulaciones femeninas. Tierra dura y deleznales edificaciones de adobe. Tan sólo, aun en nuestros días y con excepción de la iglesia, es el castillo que sirvió de prisión al condestable, el único edificio construido con piedra noble.

Tal como hoy están las comunicaciones, cuyo trazado es posible no difiera en sustancia del de entonces, don Álvaro hubo de recorrer, caballero en lánguida mula, aproximadamente 26 kilómetros. El itinerario del condestable, visto sobre un mapa, tiene forma de "4", ya que don Álvaro entró en Valladolid por lo que en la actualidad es carretera de Madrid; es decir, el prisionero dejó el camino de Segovia en Herrera de Duero y por lo que es hoy carretera de las Maricas abocó a la de Madrid en el cruce de Boecillo. Aquí, el suelo es arenoso y sus cultivos, aparte de los extensos bosques de pinares, son



el cereal y la vid. Posiblemente los ojos de don Alvaro no contemplasen distinto panorama, supuesto que los ensayos de otros cultivos no han dado resultado en nuestros días. Cruzado el Duero, rutilante en el mediodía primaveral, y a las puertas del convento del Abrojo — cuyos sólidos muros se cotizan en la actualidad por encima de las tierras que cobijan —, la comitiva tropezó con fray Alonso de la Espina, franciscano, quien se unió a la expedición y acompañó a don Álvaro hasta su última hora. Fue fray Alonso quien informó al condestable de la sentencia, confortándole con estas palabras: “Todos, mientras vivimos, caminamos hacia la muerte”. A lo que don Álvaro respondió elevando los ojos al cielo: “Bendito seas, Dios y Señor que gobiernas el mundo”.

Frente al Abrojo existe hoy una casilla derruida de peones camineros y un pinar que se extiende varios kilómetros flanqueando la ribera norte del Duero. En estos primeros días de junio, esta zona se anima con el canto de los grillos y el rumor sensual de las tórtolas en celo. El aire es tibio aún, si bien en el cargado aroma de los pinares se presiente la inminencia del verano.

Fray Alonso vivía en el convento de franciscanos del Abrojo, donde años después descansara don Juan de Austria, y que hoy es una finca particular. A este respecto, es curioso observar que si don Álvaro hubiese efectuado su triste gira cinco siglos más tarde, hubiera encontrado un oblato del Corazón de María motorizado y un seminarista escoés en el lugar donde topó con fray Alonso, y después, jalonando los últimos kilómetros del trayecto, una dominica francesa, un redentorista, un fraile de San Juan de Dios — en cuyo convento los mineros asturianos hacen cura preventiva contra la silicosis —, un hermano de la Doctrina Cristiana y, ya en la entrada de la capital, un agustino y una madre reparadora. Esto quiere decir que, tradicionalmente, el clero regular vallisoletano buscó en la salida sur de la ciudad lugar para su asentamiento.

Llegados a Valladolid, el prisionero y sus guardianes se aparearon en el palacio de Vivero, donde años más tarde se casarían los Reyes Católicos y donde en la actualidad tienen su sede los Tribunales de Justicia de la ciudad. (Es posible que

con esto se quiera borrar la gran injusticia cometida con el condestable.) No obstante su condición de prisionero, los servidores de Alonso Pérez de Vivero, a quien se había dado muerte en Burgos por orden de don Álvaro, acogieron a éste con gritos y destemplanzas, lo que aconsejó a las autoridades trasladar al cautivo a la casa de don Alonso Estúñiga, en la calle Francos, que se conserva intacta en nuestros días. El edificio tiene una contextura maciza, la fachada animada por unos relieves hexagonales, un portón en arco, tres leves ventanas enrejadas en el piso superior. Como única placa conmemorativa exhibe un mohoso letrero que dice: "Asegurada contra incendios". No hay indicio externo que exprese que en ella pasó su última noche don Álvaro de Luna. El turismo rara vez se acerca a la casa y el ciudadano apenas tiene noticia de su significación histórica. Sin duda, recibe más visitas el depósito de vinos de J. Peteira "al por mayor; blanco, Toro, clarete", que se abre en la acera de enfrente, treinta metros calle abajo. Don Álvaro queda enterrado en la compleja sima de nuestra Edad Media. Si uno se acerca a un vecino y le pregunta por la casa donde don Álvaro de Luna confesó antes de su muerte, le dirá: "Soy nuevo aquí; no sé de ningún vecino que haya muerto en estos días". Ello no obsta para que el condestable sufriera en esta calle y en esa casa la prolongada agonía de su última noche en el mundo. Le acompañaba, con fray Alonso que le confesó y confortó hasta el fin, otro franciscano del Abrojo. Don Álvaro conservó la entereza y, de madrugada, "afeitóse, aderezó su vestidura, comulgó y comió unas pocas guindas y bebió una taza de vino". Más tarde, don Álvaro se dispuso a esperar y hasta es posible que, en su angustiosa espera, recorriese varias veces uno de los visillos de encaje que tamizan la luz de los balcones y cuya laxitud y tono descolorido hacen presumir al ingenuo observador que su origen se remonte a los tiempos del condestable.

En las primeras horas de la mañana se organizó el desfile del prisionero hasta la Plaza Mayor, recorriendo las calles de Francos, Esgueva, Plazuela Vieja — el actual ensanche de la calle de las Angustias, frente al teatro Calderón, donde ahora se anuncia con una cartela gigante la producción Cecil B. de

Mille, "Sansón y Dalila" —, Cantarranas y Costanilla. Alguna de estas calles pertenecen al Valladolid del conde Ansúrez — fundador de la ciudad —, aunque pocos edificios se conservan de aquel tiempo. Empero, el trazado es el mismo. En la actualidad es en estas calles sombrías, de poco tráfico, donde tienen su sede artesanos y pequeños comerciantes: "Mi tienda; A. Lozano, comestibles y frutas"; "Del Valle, pintor"; "La Conchita, confitería".

Por ellas, hace la friolera de quinientos años, desfiló entre una escolta abigarrada e impávida el condestable don Álvaro de Luna, caballero en enlutada mula, precedido de diez pregoneros, entre ellos un tal Fernando — al parecer, el apellido no ha sido digno de pasar a la posteridad —, quien dio el pregón inicial:

— "Ésta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor a este cruel tirano usurpador de la corona real; en pena de sus maldades y de los deservicios que hizo al rey, mándale degollar por ello."

Dicen las crónicas que al lanzar el pregón se le trabó la lengua al susodicho Fernando y dijo "servicios" por "deservicios" y don Íñigo Estúñiga le reprendió. Don Álvaro, aparentemente tranquilo, exclamó: "Dices bien, que por los muchos servicios que hice al rey me manda degollar".

La Plaza Mayor de Valladolid conserva un rancio sabor pese a los urinarios subterráneos y a sus pretenciosos jardinillos enanos. En la época de don Álvaro lo que hoy es Plazuela del Ochavo formaba un todo con la plaza. Ello indujo a algunos a divulgar la leyenda de que en una argolla de hierro adherida a uno de los edificios de la citada plazuela fue atado don Álvaro para ser ejecutado. Tal informe es incierto, supuesto que esta argolla es una de las muchas que existían en los pilares y columnas de los soportales para amarrar los toldos que preservaban las procesiones del Corpus.

El cadalso, según todas las opiniones, se levantó en el centro de la plaza para que el público tuviese facilidades para presenciar el espectáculo. Era, aquél, un público que denostaba al reo con el mismo frenesí que le hubiese aclamado unos meses antes, esto es, un público muy semejante al de nuestros

días. Don Alvaro, pues, no recibió desde el tablado otra cosa que imprecaciones y sarcasmos. El cadalso daba frente al antiguo convento de San Francisco, que ocupaba un costado de la plaza y otro de la que, en nuestros días, es la calle del Duque de la Victoria. La entrada del convento, según todas las apariencias, es la misma del actual Teatro Zorrilla, que, en nuestro afán de dejar datos exactos para la historia de dentro de quinientos años, proyecta en estos días, con acogida clamorosa, la película de Lucien Emmer "Tres enamoradas". Entonces era un gigantesco convento, donación de la reina doña Violante, quien adquirió "todas aquellas casas que tienen la faz contra el mercado de la calle que llaman de Ollero (Duque de la Victoria) hasta la casa de Domingo Velasco".

Don Alvaro de Luna subió al cadalso con templado espíritu y serena conformidad. Ahora hace exactamente quinientos años. Su presencia fue acogida con un alarido de la multitud. El condestable se inclinó hacia dos franciscanos que lo acompañaban y dijo: "Estad seguros que muero con la fe de los mártires". Después entregó a Juan González, el verdugo, un cordón de seda para que le atara los pulgares. Seguidamente preguntó: "¿Para qué es el garabato que está en ese madero?" "Para colgar vuestra cabeza", respondió el verdugo. A lo que adujo don Alvaro: "Después de muerto yo, el cuerpo y la cabeza no son nada". Segundos después don Álvaro de Luna se descubrió el cuello y mientras recostaba su cabeza en la muesca del madero murmuró una oración. La fulminante cuchillada del verdugo segó su vida en unos instantes.

La multitud prorrumpió en un nuevo alarido al caer la cabeza del condestable sobre el tablado. Don Alvaro, que meses antes dejó de ser valido, cesaba ahora, sencillamente, de ser un prisionero.

(1953)



## EL CINE A LA DERIVA

NUNCA progresó tanto la técnica de la guerra como en los tiempos de guerra. El temor a desaparecer constituye, evidentemente, un agudo estímulo de la inteligencia. Suprimida la competencia, sobreviene la rutina y, con la rutina, la mediocridad. Esto demuestra hasta qué punto es un hecho cierto el concepto de que la necesidad aguza el ingenio.

Ahora el cine busca en el volumen una salida al problema que le crea la televisión. Los productores aspiran a que el presunto espectador encuentre en las salas de proyección algo diferente de lo que tiene en casa. Una cosa es el arte y otra, distinta, el comercio. Si repasamos la breve historia del cinematógrafo, observaremos que todos sus avances (?) vienen determinados, antes que por un noble anhelo de superación, por la necesidad de conservar el favor del público. Esto quiere decir que el séptimo arte no avanza tanto por un camino racional como por un camino impuesto por las circunstancias. A la fuerza ahorcan. El cine no se desarrolla mediante un proceso natural, sino bajo el imperio de la coacción, dando paso de esta manera a un arte sofisticado. Lo peor que le puede acontecer a un arte, siquiera sea el séptimo, es bailar al son que le tocan.

El nacimiento de la radio decidió la aparición del cine hablado, y a los programas musicales respondió el cine con melifluas películas musicales. La cuestión radica en no quedarse atrás, sin importar demasiado el sentido de la marcha. Los impulsores de este movimiento de renovación no parecen darse cuenta de que la esencia del cine es la imagen y que ninguno de los elementos añadidos posteriormente — sonido, color y relieve — rebasan la condición de meros accidentes. El cine es

un arte joven, y todos estos afeites y postizos no logran otra cosa que darle una grotesca apariencia de senectud prematura. De este modo, el séptimo arte es hoy tan estrafalario como una niña disfrazada de mujer o tan elaborado como una fruta madurada lejos del árbol. El cine va degenerando en una manifestación artificiosa y convencional.

El diálogo, sobre constituir un fabuloso resorte de atracción de analfabetos, no coadyuva en nada a reforzar el valor de la imagen; antes al contrario, no pocos directores aprovechan la palabra para eludir el esfuerzo que comporta una explicación visual. La esencia del cine se desvirtúa, y lo que debiera entrar por los ojos entra por los oídos, dándose una interpretación grosera a un arte independiente, de sutilísimos matices. Otro tanto diríamos del relieve, inefable truco adicional 1953, que anda muy lejos de implicar una revolución plástica, supuesto que el teatro nos brinda, no sólo la sensación de volumen, sino la sensación de carne y hueso, objetivo que nunca logrará alcanzar el cine, por mucho que se esfuerce. El progreso del cinematógrafo no debería radicar, ciertamente, en aunar los valores de la escultura, el teatro, la música y la literatura, sino en hallar fórmulas inéditas de expresión visual. En tanto el cine no recurra a la coherencia y combinación de las imágenes en un noble anhelo de renovación artística, será un arte estancado o, si se prefiere, un arte que se mueve, pero a la deriva. Conforme con esta consideración, un director que acertara a insinuar el paso del tiempo sin recurrir al manoseado símbolo de la caída de las hojas del calendario o a comunicar la sensación de distancia sin echar mano de los raíles del ferrocarril o los postes telegráficos sería para nosotros un director más meritorio que aquel que, valiéndose del truco del relieve, sobrecoge a los espectadores con un león domesticado que amenaza arrojar sobre la sala. El volumen constituye un truco efectista que nada tiene que ver con la estética.

Uno se pregunta, a la vista de estas aberraciones, si el cine caminaría por estos derroteros si no lo empujaran. Uno se pregunta si el cine, sin la radio, la revista y la televisión, habría alumbrado el sonido, el color y el relieve. Uno se pregunta si el cine, sin la palabra, el color y el relieve — que han dis-

traído su afán de progreso limpio —, no estaría a estas alturas a un nivel artístico más estimable de lo que está. Uno se pregunta: ¿Es esto progreso? ¿No estará el cinematógrafo mixtificando su esencia artística en su afán de halagar el gusto del gran público? Uno se pregunta: ¿No le es más sencillo al cine americano, abrumado de recursos técnicos, inventar el relieve que inventar un argumento original resuelto de manera original? Uno, en suma, se pregunta: ¿No será ésta la madre del cordero?

(1953)

## EL PAISAJE MANCHEGO

**D**URANTE cuatro días, sesenta escritores hemos vivido en La Mancha y convivido con los manchegos. Esto quiere decir que desde hace apenas una semana sesenta escritores españoles sabemos algo concreto sobre La Mancha, mientras treinta millones de lectores españoles esperan conocerla a través de nuestras plumas. Tal circunstancia rodea nuestro trabajo de una seria responsabilidad.

Confieso que mi conocimiento de La Mancha nunca rebasó el elemental que se adquiere desde la ventanilla de un ferrocarril. Ciudad Real, Almagro, Alcázar de San Juan fueron siempre para mí estaciones de tránsito. Se hace difícil pensar en una de estas localidades como objetivo de un viaje. De otra parte, el paisaje manchego, contemplado en estas condiciones, apenas si ofrece peculiaridades respecto a la zona de Castilla donde ordinariamente me muevo. Se hace preciso trepar a sus cerros, buscar determinadas calidades de luz para que el paisaje de La Mancha nos descubra sus matices definidores. Entonces el observador advierte que la campiña manchega, sin ser opuesta a la castellana, congrega una serie de elementos cromáticos, fotogénicos y vegetales que le dan personalidad.

En términos generales, el paisaje manchego me parece más dulce que el castellano. Está en otro estadio de madurez. Es cierto que el regadío ha transformado profundamente ciertas zonas de Castilla, en particular las situadas en las riberas del Duero y del Pisuerga. No obstante, la Castilla austera e implacable, la Castilla árida y hosca, tan traída y llevada por nuestros escritores, se conserva en toda su pureza en extensas zonas de Palencia y Valladolid. A esta Castilla es a la que me refiero. Frente a ella, el país manchego es más suave, más

tierno, más comunicativo; o si se prefiere menos hermético. Ofrece otro grado de transparencia. No sería exacto hablar de monotonía. La Mancha, desde el cerro de Puerto Lápice o los molinos de Campo de Criptana, no es monótona. En cualquier caso, el paisaje nunca resulta agobiador. Sus ondulaciones, de una tonalidad ocre bien definida, jamás revisten la consistencia bravía del teso castellano. Hay en ellas algo de entrañable; de femenino. Tal impresión despierta a la luz del mediodía en Puerto Lápice, se afianza en Campo de Criptana durante la transición crepuscular. Y esa tierra fuerte — en apariencia digna de absoluta confianza — contrasta vivamente con los pueblos y caseríos diseminados en la distancia, de una cegadora blancura. En este orden de cosas, La Mancha está más cerca de Andalucía que de Castilla.

Otra cuestión sería hablar de uniformidad. La Mancha carece, efectivamente, de una topografía cambiante. Con la excepción de Ruidera — un remanso de frescura — el país manchego es más bien uniforme. Con frecuencia, la campiña produce la impresión de ser objeto de un aseo meticuloso, concienzudo, más propio de jardinería; tan perfecta es su organización. Uno piensa entonces que el labrador manchego educa sus cultivos en una disciplina castrense.

El turista llega a La Mancha con tres ideas someras: la calidad del queso manchego y del vino de Valdepeñas y la indolencia de sus habitantes. Las dos primeras previsiones se confirman en seguida; la última no se ve por ninguna parte. El campo no se hace solo. A uno le sorprende no ya la ausencia de hierbas nocivas, sino la escasez de terrenos yermos. Aquella afirmación es gratuita, supuesto que los manchegos viven, y viven bien, del campo; y el campo vive, y vive bien, de los manchegos. Con razón decía el gobernador de Ciudad Real — que dicho sea de paso es un modelo de cordialidad y asequibilidad — que La Mancha ha tenido muy mala prensa. Por ahí debió empezar don Quijote.

En La Mancha, aparte de los olivos, es tan difícil encontrar un árbol como en las zonas más adustas de Castilla. Esta circunstancia, que en determinados rincones apenas es sensible, resulta particularmente dolorosa en las lagunas de Ruidera. Rui-

dera con árboles sería uno de los lugares más amenos de España. Tal como está parece un cuadro... pero inacabado. Las vertientes que ciñen las lagunas no reúnen sino brezos, escobas y jaras. El carrizo y la espadaña dominan en las orillas. Ruidera necesita unos árboles, un buen parador y una carretera en armonía. Los árboles podrían traerle a Ruidera, casi sin pensarlo, el parador y la carretera. Todo es cuestión de empezar. De otra parte, las lagunas, en una región donde los ríos caudalosos apenas existen, constituyen la más grata sorpresa topográfica del país.

De La Mancha y del campo manchego podría hablarse largo rato. Y si no es caso de extender más este artículo, tampoco lo es de omitir un recuerdo a los molinos de viento. Los molinos supervivientes de La Mancha imprimen un carácter aplaciente y bucólico al paisaje. Uno se resiste a admitir que don Quijote, por muy loco que estuviera, viese en el molino un enemigo. El cilindro blanco, deslumbrante, con su sombrero de carrizos secos y sus aspas — a la vez ingravidas y poderosas — constituye el elemento decorativo más congruente del campo manchego.

(1954)

## ¿LA MUERTE DE UN TEATRO?

No creo que aquello de renovarse o morir deba ser tomado al pie de la letra, y sin embargo, en la época presente, se observa en todos los terrenos un afán descomedido en los artistas por parecer originales. El ensayo teatral de la comedia de dos personajes ha sido superado por el actor Guitart, quien, en un "más difícil todavía", interpreta una comedia de un solo personaje quemando antes las naves, es decir, sin reservarse un mal teléfono donde agarrarse llegado un caso de apuro.

La limitación del espacio, una de las dificultades más importantes para el autor teatral, ha sido desbordada también por la nueva técnica norteamericana, no ya prescindiendo del decorado o reduciéndolo a una estructura esquemática como en el caso de "Nuestra ciudad", sino empleando una decoración reversible con la ayuda de la imaginación y la luminotecnia. Estos hechos demuestran tanto como que al teatro se le han quedado chicas las dimensiones clásicas, que el teatro no desdén la influencia cinematográfica si ello viene a procurarle una mayor atención por parte del público. Conviene tener presente que la nueva técnica escenográfica no sólo permite la elusión de la limitación de espacio, sino la del tiempo imprimiendo plasticidad a las evocaciones.

"La muerte de un viajante" ha sido muy discutida en España y he advertido que, en general, rechazan sus licencias los viejos, mientras los jóvenes, por el contrario, elogian sin reservas su audacia. Esto quiere decir que la nueva orientación teatral satisface los gustos de la época, lo que nos lleva a pensar que no tardando puede sobrevenirle un colapso al viejo teatro de las rígidas normas y las clásicas limitaciones. Y no deja de ser significativo que este esquinazo propinado al teatro de

nuestros mayores provenga precisamente del pueblo más joven del mundo, del más vital, y que haya encontrado el beneplácito de los jóvenes en todas partes, mientras los viejos, los que no entran con el cine, califican de frivolidad el experimento.

Nunca el arte se sintió tan inquieto como en nuestro tiempo. De día en día se cambia de postura, y ya que no mejorando lo presente, se intenta llamar la atención haciendo lo que no hizo nadie.

Las comedias de dos personajes y las de uno son frutos normales de la época. En su mayor parte, estas posturas serán pasajeras, en tanto otras, como la del escenario giratorio, que permite al teatro evadirse de sus tradicionales rígidas normas y adquirir una consistencia menos enteriza, es posible que perdure, supuesto que la desafección al teatro de las nuevas generaciones viene dictada antes que nada por la repulsa hacia la morosidad y el artificio demasiado ostensible. Es obvio que un teatro liberado de la coacción del espacio y del tiempo será un teatro, si no más natural, sí más dinámico, ya que en buena parte la palabra será sustituida por la acción. En adelante ya no será preciso que el protagonista recuerde a la protagonista un hecho que normalmente ninguno de los dos debe de haber olvidado para poner al público en situación, sino que veremos con nuestros propios ojos ese acontecimiento que a lo largo de la obra quizá tenga una influencia decisiva. A fin de cuentas, pienso yo, el nuevo teatro no hace sino desplazar el convencionalismo de la palabra sobre la escenografía, esto es, propende a hacer el artificio menos ostensible, lo que ya es ganar algo.

(1954)



## LA DIFÍCIL VIDA DEL ESCRITOR

HACÍA notar recientemente el agudo César González Ruano la dificultad que encierra para el escritor el cambio de género literario. A González Ruano, que posiblemente sea uno de los escritores de esta hora con más artículos periodísticos sobre los huesos, se le hacía enojoso volver a este ejercicio después de dedicar al teatro su actividad de una semana. Esto indica hasta qué punto el cerebro del escritor es una cosa poco dúctil, difícilmente adaptable.

Diríase que si el hombre es un animal de costumbres, el escritor es un animal de rutinas. Sea como quiera, el salto de la novela al artículo, del artículo al cuento, del cuento a la pieza de teatro, implica para el escritor en general un esfuerzo superior al que la gente cree.

Y esto que acontece dentro del limitado mundo de la literatura, se complica aún más cuando el escritor tiene que atender otras tareas que nada tienen que ver con ella. Tal cosa sucede porque generalmente la pluma no le da al escritor español para vivir, ni le dan, por sí solas, para vivir la otra u otras ocupaciones, no se sabe si principales o accesorias. En una sociedad bien organizada, el escritor debería vivir de su pluma, el profesor de su cátedra y el abogado de sus pleitos. Hoy no sólo no ocurre así, sino que un hombre, compaginando las tres cosas, apenas si sale adelante teniendo tras sí una familia modestamente numerosa.

Ya es un mal que un hombre desempeñe cargos que deberían desempeñar tres hombres, pero no lo es menos el esfuerzo que supone vaciar la cabeza de unas ideas cada dos horas para llenarla de otras ideas completamente distintas, supuesto que pretender alimentar todas al mismo tiempo es el principio del

caos. Cuando un escritor se dedica casi exclusivamente a escribir artículos, un impulso inconsciente le da cuerda para las cuatro o cinco cuartillas que le son precisas. Otro tanto digo del escritor especializado en el cuento o en la novela. Casi diría que el grifo de las ideas se cierra automáticamente al alcanzar el tope. En el escritor hay un instinto que la rutina hace más sutil, que facilita su labor en tanto no abandone los cauces habituales, pero que resulta contraproducente en el momento en que cambia de género. Ello explica que los ensayos del escritor de novelas respondan a una técnica de novela, y a una técnica de ensayo la novela del escritor de ensayos. Acabo de leer la única novela escrita por el filósofo Bertrand Russell, y ello me ha servido para reafirmarme en mi opinión.

La mayor dificultad para el escritor reside en coger el tono. Cada cosa requiere su tono, y de ahí que el cambio de género comporte desasosiego. Uno piensa, en esos casos, que jamás volverá a escribir, porque ello significa un esfuerzo desproporcionado. En cambio, cogido el tono — que tal vez podríamos identificar con la manida inspiración —, uno podría escribir cuatro, seis artículos, dos o tres capítulos de novela seguidos, sin gran esfuerzo. Una extraña fluidez anima la pluma. Es el momento propicio para abordar la trilogía. Quiero decir con esto que una vez cogido el tono, es más meritorio economizar elementos que dar rienda suelta al caudaloso torrente que nos desborda; es mucho más difícil hacer una novela corta que una larga. Lo peliagudo en ese momento psicológico, en cierto modo propicio, sería, para el novelista, escribir un artículo de periódico y para el articulista un capítulo de novela.

Esto nos lleva a la conclusión de que los escritores, como los médicos, deberían adoptar una especialización y no salirse de ella. Aunque tal vez de ese modo el escritor se esterilizase en una reiteración mecánica de tono y medida. Uno no sabe ciertamente a qué carta quedarse, siquiera rehúya de antemano y por instinto lo que le procura un desgaste mayor. Es muy posible que en el esfuerzo esté no sólo la dignificación, sino la hondura, mientras en el trabajo fácil y rutinario no haya sino mediocridad. Sea como quiera, en España seguirá el escritor

escribiendo un artículo por la mañana y un capítulo de novela por la tarde. Eso en el mejor de los casos. No olvidemos que en nuestro país son frecuentes los seres que pasan el día tras un mostrador, o a la vera de una ventanilla, para poder escribir sus versos o sus novelas por la noche, robándole horas al sueño.

(1954)

## PRIMERAS NOVELAS

**H**ACE pocos días me decía Ángel Oliver en Cartagena, con aplomo autocrítico plausible, que su segunda novela representaba, con respecto a la primera, un paso considerable. Oliver daba a este progreso un carácter general. “Hay que ver — me decía — cuántas tonterías deja uno de decir en su segundo libro.” Ángel Oliver venía a reconocer, seguramente sin proponérselo, que los novelistas primerizos pecan más por exceso que por defecto, y, en consecuencia, las novelas que inician una carrera de escritor no están, en contra de la opinión vulgar, faltas de literatura, sino sobradas de ella; una primera novela es, de ordinario, un torrente de palabras abrumador, un desahogo espontáneo y, como tal, desordenado y prolijo.

Esto significa que el novelista nato, cuando rompe el fuego, considera demasiado romos a sus presuntos lectores, y, en consecuencia, se resiste a dejar nada entre los puntos de la pluma, circunstancia esta que imprime generalmente a las novelas de iniciación una prolijidad ingenua, una superabundancia de elementos literarios que en buena parte la enervan, cuando no la esterilizan. Tal cosa nos lleva a pensar que el perfeccionamiento en el camino de la novela no estriba en añadir, sino en seleccionar. El novelista, dueño de un argumento y unas palabras, ha de disponer estos elementos de tal modo que el artificio trascienda lo menos posible, que consiga el impacto reduciéndolos al mínimo, depurándolos de hojarasca superflua. Por regla general, el primer libro se le va de las manos al autor, le desborda, para concluir caminando fuera del cauce previsto por él. Esta afirmación tiene muy pocas excepciones y aun diría que esas excepciones, es decir, los que aciertan en la diana al primer intento, quedan automáticamente incapacitados

para superarse en lo sucesivo. Lo común es que los primeros pasos del novelista sean vacilantes, imprecisos, no por no tener nada que decir, sino por tener demasiado; llega un momento en que el escritor es incapaz de controlar todos los resortes puestos en juego por su pluma y la rebelión se hace inevitable.

El novelista joven, que en su primera obra se queda corto, denota falta de imaginación, poca experiencia y exigua vida interior. Lo normal es que un hombre joven que por vez primera se sienta ante un mazo de cuartillas impolutas, pierda pronto el sentido de la medida. Lo natural es que la vitalidad se imponga al criterio artístico, que la facultad de selección se enturbie a las primeras de cambio. El desequilibrio entre lo físico y lo psíquico es notorio. No basta para evitarlo una formación intelectual profunda. El novelista joven, como el perro de caza que se inicia, es trotón y por muy fino y sensitivo que sea su olfato prevalecerá, a la postre, su juventud. Tal vez sea esta la razón que justifique el aserto de Duhamel, según el cual, aunque es posible ser buen poeta en plena juventud, no se puede ser buen novelista hasta la madurez.

Todo esto me lleva a pensar que la mayor parte de las primeras novelas tienen todo lo que necesitan para ser discretas; si no lo son, no es tanto por lo que les falta cuanto por lo que les sobra. De aquí que una supervisión crítica reflexiva podría equilibrar obras que el inexperto autor, al efectuar sus primeras armas, ha alumbrado desequilibradas. Esto equivale a decir que la madurez del novelista no viene impuesta por lo que los años dan de experiencia o de imaginación, sino por lo que con el tiempo va ganando en punto a discernimiento, capacidad de selección y sentido autocrítico. El novelista está maduro cuando aprende a administrar, cuando para imprimir un matiz determinado o una situación acierta a hacerlo con una palabra en lugar de emplear una frase; en definitiva, el novelista está a punto cuando elimina de sus obras "las tonterías", cuando su criterio se muestra apto para separar el grano de la paja, o lo que es lo mismo, cuando incorpora a su labor el don inestimable de la sobriedad.

## EL INGENIO Y EL INGENIERO

**A**FIRMAR a estas alturas que los españoles somos un pueblo apasionado no es descubrir ningún Mediterráneo. En la argumentación nos mostramos radicales y en cualquier clase de discrepancia estimamos nuestras razones generalmente más sólidas de lo que son, en tanto las de nuestro antagonista las desdenamos por deleznales. Ello no es óbice para que en España se apele a la razón y a la justicia con mayor vehemencia que en otras partes. Sin embargo, cuando uno de los protagonistas de una discusión dice en nuestro país "vamos a darnos a razones", hay que echarse a temblar; las bofetadas no tardarán en producirse. Nada digamos si la cuestión es de índole multitudinaria; la cosa entonces es más grave y cae dentro de la normalidad el que la dirimamos a tiros. La historia del siglo XIX y buena parte de la del XX abonan esta tesis. La fogosidad constituye una rémora en el campo de la dialéctica, donde tiene más valor acertar a dar la vuelta a los argumentos del adversario que tratar de imponer los propios a voz en cuello. En España todos sabemos teorizar sobre la discusión, pero muy pocos sabemos discutir; puestos a ello, la cosa degenerará en violencia o en el más pueril de los bizantinismos.

Creo que ahora anda sobre el tapete el proyecto de reforma de ciertas enseñanzas técnicas con objeto de que aumente en el país el número de ingenieros. "Con más ingenieros, nuestra producción se incrementará", afirman los partidarios de la reforma y para justificar esto dicen que España apenas da 300 ingenieros por cada millón de habitantes, siendo así que Estados Unidos da 4.000 y Francia 2.000. El razonamiento no deja de ser peregrino y peca de demasiado simplista. Los detractores del proyecto, por contra, afirman que si calculamos por unidad

de producción, que es, según ellos, como se debe hacer, viene a resultar que España tiene 15.000 ingenieros por cada 100 unidades, mientras que Estados Unidos e Inglaterra no disponen más que de 14.000 y 7.500, respectivamente. Es decir, que nuestro país tiene más ingenieros que las naciones más poderosas e industrializadas. Padecemos también, por lo visto, una inflación ingenieril. España, proporcionalmente, tiene más ingenieros que nadie. Uno que desde su atalaya de observador guarda una postura objetiva no puede menos de sobresaltarse.

Uno, al enfrentarse con este problema, ha de pensar necesariamente en aquello de qué fue antes, el huevo o la gallina, es decir, en el caso que nos ocupa, qué fue antes, el ingenio o el ingeniero. En apariencia de muy poco ha de servirnos, por ejemplo, alumbrar cada año varios cientos de ingenieros de minas si carecemos de minas donde colocarlos. En cambio, yo pienso que no nos iría mal del todo si ampliásemos en nuestro país el número de ingenieros de caminos, pongo por caso. Allá donde el ingeniero se las ingenia para sacar algo de la nada parece oportuna su multiplicación. Allá donde el ingeniero se limite a explotar una riqueza existente se me antoja razonable que sea esta riqueza la que determine su número.

Para mí los argumentos esgrimidos hasta la fecha, sobre apasionados, pecan de demasiado abstractos. El que unos digan que tenemos menos ingenieros que nadie y otros arguyan que proporcionalmente el número de ingenieros es superior en España al de cualquier otro país, creo que no conduce a ninguna parte; es llevar la discusión a ese terreno de extremismos radicales que tan escasos frutos nos ha rendido hasta el presente. Es posible que sometiendo el problema a un planteamiento menos numérico y más literario llegásemos a resultados más realistas. Cualquier cosa antes de encastillarnos en dos polos antagónicos, y andar peloteándonos todo el tiempo con pompas de jabón. Si la tinta, el tiempo y la cabeza que se han gastado en el debate se hubieran aplicado a elaborar un concienzudo proyecto sobre una red de carreteras, eso, pienso yo, iríamos ganando los españoles.

## UN VIAJERO DE TERCERA

**B**IOGRAFÍAS como la última que he leído de Albert Schweitzer, premio Nobel de la paz 1953, deberían constituir lectura obligatoria en las escuelas del mundo, particularmente en esta hora en que todos nos esforzamos por ser más ricos, pero muy pocos por ser mejores o más útiles a la comunidad. Albert Schweitzer nos brinda una lección múltiple, como múltiples y polifacéticos fueron su talento y su vitalidad. A mi entender, lo menos ejemplar de Albert Schweitzer, con serlo mucho, fueron sus ideas. El ejemplo de Schweitzer es ejemplo de conducta; Schweitzer es el prototipo de hombre que, pese a su valía, solicita siempre el puesto más incómodo y de mayor responsabilidad. No se conforma con invitar al prójimo a la acción; él es la acción. Quiero decir con esto que Albert Schweitzer no pronuncia una lección dogmática; Schweitzer no es el orador apasionado y henchido; es, sencillamente, un franciscano; un hombre que predica con el ejemplo. En el momento de su consagración en Europa como artista y como intelectual, Schweitzer lo abandona todo para atender a los sufrimientos de sus hermanos negros en el corazón de África. Lambarene, su ciudad-hospital, constituye un símbolo de lo que podría llegar a ser el mundo si los problemas universales se planteasen con la generosidad y elevación de miras con que lo hizo siempre en su reducido mundo el organista de Günsbach.

Anotemos algo esencial: para Schweitzer, la acción no es la violencia. Schweitzer — de ahí su lección sustancial — detesta la violencia y demuestra, sin embargo, que existe un heroísmo superior al que depara el uso de las armas. El meollo de la profunda filosofía de Albert Schweitzer, que forjó sus ideas entre los más prosaicos y abnegados menesteres, reside en la



máxima del “profundo respeto a la vida”. En esta época en que el cine y la literatura propenden a la exaltación del héroe brutal, la trayectoria de Albert Schweitzer representa un ejemplo hermoso e inusitado.

La singularidad de este ser reside precisamente en su decidida oposición a las corrientes que privan en su época. Así, su polifacetismo asombroso. Schweitzer es el hombre que no delega en los demás las tareas accesorias. Todo lo lleva a cabo él solo. Su fecunda vida constituye una prueba palpable de las posibilidades del individuo cuando son alentadas por un ideal. Schweitzer es la constancia; es el hombre que inició distintos caminos y los recorrió todos hasta el fin. Su polifacetismo resulta sorprendente en una era cada vez más dada a la especialización, al dominio exhaustivo, con rigurosa exclusividad, de una minúscula parcela de ciencia. Schweitzer es aún más inquieto que los grandes hombres del Renacimiento italiano: predicador y médico; organista y filósofo; arquitecto y misionero; conferenciante y labrador. Asombra observar cómo un hombre de tantas y tan opuestas facetas pudo alcanzar en una sola vida el relieve máximo en cada una de ellas.

Mas la suprema lección que nos brinda este ser extraordinario es una lección de modestia. En esta época tan dada al endiosamiento, donde hasta el más mediocre pontifica y el presunto valor no tiene paciencia para aguardar la confirmación ajena, alcanza un relieve insólito la sencilla humanidad de Albert Schweitzer, un hombre desentendido de toda vanidad, que ni aun en los días en que su nombre fue triunfalmente paseado por los cinco continentes renunció a su proverbial humildad, a su vocación por los vagones de tercera clase, cuando son tantos — ¡oh, Dios! — los que hoy viajan en clase superior a la que en realidad les corresponde.

Todo esto me hace pensar en la conveniencia de divulgar las vidas de estos hombres verdaderamente grandes en lugar de calentar las mentes infantiles con hazañas de violencia en las que el odio, generalmente, es el principal factor.

(1955)

## LA CRISIS DE LA DIDÁCTICA

**S**i la Didáctica es el arte de enseñar, es obvio que tal arte debe ejercerse no sólo desde la cátedra, sino también desde el libro. Al estudiante universitario suele abandonársele un poco a sus propias fuerzas, pensándose quizá que ya es mayorcito, siendo así que un examen superficial de ciertas obras de texto de rango superior nos revelan la necesidad de protección que tiene el estudiante en todas las fases de su vida.

Desacreditado, aunque no en desuso, está el sistema de los apuntes, ya que todo libro, aun el menos sistematizado, aventajará en algo a aquéllos. Esto equivale a decir que no debiera haber asignatura sin un texto básico, y conveniente sería exigir que este libro se ajustase a una elemental línea didáctica.

A menudo, los libros que aspiran a lograr una eficacia en la enseñanza son oscuros, cuando no impenetrables. Los autores de libros destinados a la formación intelectual de la juventud olvidan con frecuencia su elevada misión. No es difícil observar en estos textos antes una finalidad de lucimiento personal que una eficiencia docente. Éste es un grave mal. El profesor que tras años de esfuerzo dominó una materia, no se resigna, a veces, al escribir un libro, a enterrar su erudición. Olvida igualmente que el secreto de la didáctica reside en tender un puente asequible entre el maestro y los discípulos, y que ese puente no puede ser otro que un libro esencialmente didáctico.

A veces se confunde en nuestro país la elevación con la complejidad. Hay quien considera una flaqueza un libro científico claro, supuesto que para él la ciencia es sinónimo de hermetismo. Ortega y Gasset ha demostrado que las ideas elevadas pueden expresarse sencillamente. No puede negarse que Ortega haya influido en la manera de pensar de muchos españoles, pero lo

que no puede decirse es que les haya enseñado a escribir. Cada día es mayor el número de libros antididácticos que circulan por nuestros centros docentes. Y no sólo no cunde en este aspecto el ejemplo de Ortega, sino que, por el contrario, entre nuestros intelectuales se tiene a gala esconder las ideas más simples bajo un lenguaje inextricable. Las nobles ideas nada ganan arropadas en una terminología conceptuosa. El gran enemigo de nuestro idioma es la pedantería.

Diríase que en nuestro país nadie se conforma, al escribir un libro, con sistematizar unos conocimientos. Cada autor apunta a descubrir las raíces metafísicas de su pedazo de ciencia. Considera factible que el alumno asimile en nueve meses los conocimientos que a él le costó nueve años embotellar. Ignora o cierra los ojos a la realidad. No le importa que su juvenil auditorio se mueva entre nubes si ha dejado a salvo su prestigio de hombre profundo.

Yo recuerdo a estos efectos la lucha atroz que en mis tiempos suponía enfrentarse con la lista de los reyes godos o con la Edad Media de la Historia de España. Los alumnos nos perdíamos en un intrincado galimatías de nombres y fechas. No acertábamos a distinguir si Recesvinto tenía mayor importancia que Recaredo o a la inversa. Sabíamos quién era Sancho IV, pero no lo que era el Privilegio de la Unión. Conocíamos la fecha en que se produjo la Revolución Francesa, mas ignorábamos lo que era el absolutismo. En una palabra, el sistema prolijo de enseñar la Historia a través de los nombres de sus protagonistas nos llevaba a conocer figuras grises y anodinas y a ignorar el significado de las más grandes instituciones. Los historiadores olvidan con frecuencia que hay muchas figuras que ni siquiera merecen el honor de ser citadas en letras de molde.

Un elemental principio didáctico nos enseña que el maestro debe colocarse a la altura de los discípulos más romos, si quiere que su labor resulte provechosa. No es un mérito sacar un sabio del superdotado, sino sacar a flote, con los conocimientos precisos, a las inteligencias más precarias. La didáctica es el arte de enseñar, siquiera algunos pedagogos modernos se obstinen en transformarla en el arte de anonadar.

(1955)

## SOBRE LOS DIVOS

ESCRIBÍ no hace mucho un artículo sobre los divos para decir que, a mi entender, ellos, como las tácticas, resultan nocivos para el deporte. Dos aficionados al deporte cuadriculado y geométrico, al deporte bajo techo, censuraron en sendas cartas mi posición. Celebro que ahora el "Tour" de Francia haya venido a ponerse de mi parte, a demostrar la tesis que yo sostenía hace unos meses, y me depare ahora una oportunidad de reforzar mis palabras.

Hemos de convenir en que el divo suele ser una figura antes de serle reconocida su condición de divo; llegar a divo, en deporte, es el primer síntoma de decadencia. El divo ha venido a destruir la posibilidad de la sorpresa, a desterrar el ímpetu y la improvisación. El deporte se convierte de esta manera en una cosa demasiado aséptica y previsible.

En fútbol hemos visto cómo declinaban conjuntos que un día fueron modelo de homogeneidad, cohesión y fuerza en cuanto se incrustó en sus filas un divo hacia quien debían encaminar sus puntapiés los compañeros. Hace unas semanas, la 43 versión de la Vuelta a Francia demostraba que el divismo no le es menos perjudicial al deporte de los pedales. Efectivamente, cuando los lebreles de segunda fila, o a quienes se consideraba de segunda fila, se vieron libres de la faja ortopédica de la domesticidad y de preconcebidas y agarrotadoras tácticas, probaron sobradamente que corren y aguantan más que los divos; es decir, que los presuntos segundos son capaces de hacer mejores carreras que los primeros o, si se quiere, que, llegada la hora, saben ser más divos que los divos. Ha sido suficiente que por fas o por nefas dejasen de abortarse iniciativas, de estrangularse esfuerzos individuales para evidenciar que los

malos son capaces de dar la vuelta a Francia en bicicleta en menos tiempo que los buenos. Esto, cuando éramos niños, que es cuando uno no entiende aún de espíritu de equipo y de movimientos solidarios y calibra más desinteresadamente el esfuerzo personal, bastaría para coronar a quien fuese con los laureles de campeón.

Es de esperar que esta desconcertante, anárquica, pero eminentemente noble y deportiva Vuelta a Francia 1956, sirva para que quienes aman el deporte por el deporte, para quienes conocen sus entresijos saquen conclusiones saludables. Por de pronto, salta a la vista que el deporte si ha de conservar su fibra y su espectacularidad ha de responder a una competencia espontánea. La consagración, el todos para uno, comporta en ciertos deportes especialmente viriles, el primer indicio de enervamiento. Una cosa es el deporte y otra muy distinta la geometría y la aritmética. Tratar de tamizar el deporte por un cedazo más o menos científico equivale a mixtificarle. El divismo y las pizarras están echando las cosas a perder. Gane quien pueda y tengamos la fiesta en paz. Se aducirá que la Vuelta a Francia 1956 ha sido un modelo de desorganización y de insolidaridad, mas uno pregunta, ¿es que el hecho de que los buenos se hayan derrumbado ante el tenaz empuje de los mediocres (?) no demuestra que los mediocres son mejores que los buenos? Esta clase de pruebas deben servir para sacar a flote a la figura que por facultades físicas y por inteligencia demuestre estar más a punto. Por encima de tácticas y técnicas, por encima de viejos prestigios artificialmente prolongados, razonable parece que gane el mejor y no el que haya contado con más ayuda o más eficaces servicios.

(1956)

## DIVOS Y DESTAJISTAS

Y A veo que hablar de los “divos” en el deporte puede ser el cuento de nunca acabar, supuesto que a cada afirmación que uno sienta saltan cuatro o cinco contradictores enarbolando sus opiniones apasionadas sobre el problema. Sin embargo, de entre todas las objeciones recibidas con motivo de mi artículo “sobre los divos” entiendo que no merece la pena de considerarse sino aquella que alude a la belleza del “mínimo esfuerzo” en el deporte, en oposición a los inarmónicos y descoyuntados movimientos de los “destajistas”. Los “destajistas”, he aquí ya una expresión singular para definir aquellos que se lanzan al deporte apoyándose en el amor propio y el pundonor antes que en las facultades físicas. Sobre los “destajistas” habría tanto que escribir como sobre los “divos”, sin olvidar que un equipo de “destajistas” puede, y de hecho ocurre así con frecuencia, derrotar a un equipo con tres o cuatro “divos” en sus filas. Si no fuera por los “destajistas” el deporte en general hubiera entrado ya en la fase “preglacial” que ha de anteceder a su desaparición y muerte. Eliminar del deporte la competencia equivale a eliminar la chispa que ha hecho de ciertos ejercicios musculares la mayor atracción de multitudes hoy en día. En lo que se refiere al ciclismo, sujetemos al “destajista” a la servidumbre de doméstico y obtendremos una prueba tibia, barroca, todo lo llena de adornos, posturas y actividades atléticas que queramos, pero carente en absoluto de pasión. Démosles, por el contrario, libertad y veremos cómo las medias horarias se reducen y los “divos” han de convertirse en “destajistas” si no quieren verse desbordados por éstos.

Las facultades tienen un límite y si unos descomponen su postura al llegar a cinco, otros la descomponen al llegar a siete

y los menos al llegar a diez, pero en definitiva, la clase no servirá nunca para hacer vibrar a las multitudes si no se le agrega el entusiasmo. Entre Poblet, único "divo" teórico del equipo nacional en la última vuelta a Francia, y Bahamontes, un auténtico "destajista", yo, como español y como aficionado al deporte de la bicicleta, me quedo con este último. Hoy es probable que al toledano se le considere ya como un "divo" en el mundo del pedal. Si él se lo cree y prescinde del ardor combativo, del amor propio, de que alardeó en el pasado "Tour", habrá perdido como deportista, para mí y para otros muchos aficionados, todo interés. En resumen, los "divos", los fijos, las marcas, etc., vienen de un tiempo a esta parte ablandando el bravo deporte de la bicicleta y haciéndonos olvidar que a sus cultivadores se les llamó un día "gigantes de la ruta", título sin duda un tanto exorbitante para los partidarios del ritmo y de la postura, de la elegancia del "mínimo esfuerzo" a que alude mi comunicante.

En resumen, yo no desdeno el ritmo, la euritmia y la armonía pero bien creo que éstos deben ocupar un segundo plano en una competencia deportiva. La poesía del movimiento y la proporción tiene ocasión de manifestarse en la gimnasia y la danza; mas si la exhibición se plantea en el terreno de la emulación y uno de los actores debe sobresalir necesariamente de los demás, entonces, junto a la belleza del esfuerzo estéticamente encubierto operan otros factores que como el entusiasmo, el amor propio y el tesón influyen más directamente que aquél en mantener a la grada tensa y expectante, en apasionar a la multitud. Esto equivale a decir que el exhibicionismo apenas si tiene sitio en las competiciones deportivas tal como hoy se desarrollan en el mundo. O si se prefiere que el público antepone, y no sin razón, el "destajista" al "divo".

(1956)



## EL PUEBLO ANTE EL DRAMA

Si nos detenemos a considerar la Semana Santa vallisoletana, llegaremos a la conclusión de que el encendido fervor del pueblo se consigue buscando el contraste más relevante entre la figura de Jesús y la perversidad diabólica de los sayones.

En la composición plástica de la Pasión del Señor por medio de "pasos" — agrupación de figuras habitualmente dispersas —, existe, aparte del símbolo religioso, una contraposición de actitudes humanas que es, en última instancia, lo que conmueve la sensibilidad del espectador sencillo.

Efectivamente, el hombre se siente seducido desde su origen por la eterna pugna entre el Bien y el Mal, por la oposición inconciliable entre lo bueno y lo malo. En puridad, todo en la vida obedece a este enfoque maniqueo. El melodrama llega al alma popular por sus acusados contrastes entre lo íntegramente bueno y lo absolutamente malo. Al pueblo no le satisface la contemplación del espectáculo y, de hecho, lo rechaza si, mentalmente al menos no se le brinda una participación. En los desfiles procesionales de la Semana Santa, la masa requiere un desahogo emocional, y esto se consigue humanizando lo que, por principio, es divino. De aquí que en el espectador sencillo de la Pasión del Señor sea muy difícil separar la complacencia estética de la emoción religiosa y del dolor humano. El pueblo no comprende el Arte si éste no promueve en él una remoción de sentimientos.

La vida es un constante deslindar entre lo bueno y lo malo. El secreto de la pervivencia del "western" y de su continuado éxito entre los públicos elementales del mundo radica en la tajante separación de buenos y malos. Si la diferencia entre unos y otros se diluye, el éxito decrece. Esto significa que el



"western", si aspira a pervivir, debe abandonar todo prurito de perfeccionamiento y mantenerse en su candorosa pureza inicial. De otro modo atraerá a un sector, hasta ahora reacio, pero perderá, en cambio, el apoyo del gran público que de siempre le fue adicto.

La Pasión del Señor — la representación plástica que mañana desfilará por nuestras calles — enciende en el espectador, habitualmente frío, una llama de fervor que la crueldad de los sayones torna compasiva. El hondo concepto religioso del castellano le impide exteriorizar sus sentimientos. De aquí que la característica de la Semana Santa de Castilla sea el recogimiento. En Andalucía no es posible acallar del todo la vitalidad popular, que precisa explayarse siquiera por la válvula de la "saeta". Esto quiere decir que en el sur la procesión es un acto externo, mientras que en Castilla, la procesión "va" por dentro. Es una manera diferente de acusar el impacto. Al castellano, lo sobrenatural le paraliza; de otro modo, patearía violentamente la Flagelación como un acto cobarde y aplaudiría, frenético, el momento de la Resurrección del Señor como evidencia palpable del triunfo del Bueno sobre los malos. Es más, si por un instante los sayones tomasen carne y el espectador primario fuese liberado de su agarrotamiento, toda la fuerza pública del mundo resultaría insuficiente para evitar el linchamiento. El conflicto entre la bondad intachable de Jesús y la refinada perversidad de los sayones, alcanza en estos desfiles un patetismo dramático.

Se ha dicho que Castilla es lacónica y sobria. La belleza y personalidad de su Semana Santa habrá de buscarse, pues, en su sobriedad y su laconismo. Esto no quiere decir que el espectador sea insensible al Drama que se desarrolla ante sus ojos, sino todo lo contrario. En el alma del pueblo borbotea un sentimiento de revancha porque sabe que, a la postre, Cristo resucitará y los sayones, sus verdugos, caerán de espaldas. El presentimiento de esa hora, de ese final feliz, le hace soportar, aparentemente impávido, las dolorosas incidencias del Camino del Calvario.

## LA MANTISA

EN reciente ocasión he comentado el absoluto divorcio que existe en nuestro país entre los hombres de números y los hombres de letras una vez que sobre los diecisiete años se llega a la encrucijada y se hace indispensable la opción. Tras la elección llega el divorcio y, para el hombre de números, una vez afianzado en su esfera, la lectura de un poema equivale a una claudicación, mientras para el de letras la resolución de una raíz cuadrada implica una tarea evidentemente superior a sus fuerzas. Existe entre ambos mundos, más que un encono, una absoluta y displicente incomunicación.

La asistencia ocasional a unos ejercicios de reválida me ha permitido escuchar la palabra mantisa después de casi veinticinco años de no oírla, con la particularidad de que dicha palabra ha tenido la virtud de reavivar en mí sensaciones y aun emociones ya casi olvidadas, pero que afloraron en tal circunstancia como al conjuro de un aroma o una canción. En la aridez fría y práctica del área matemática, la palabra mantisa siempre me resultó como un vientecillo sutil y liberador. Junto a voces tan rotundas y contundentes como ecuación y teorema; junto a palabras de tan desagradable sabor quirúrgico como quebrado y cálculo integral; junto a palabras de tan acentuado ritmo mecánico como media diferencial y potenciación; junto a palabras, en suma, ambiguas, vagamente taimadas, como característica y número E, impregnadas de un difuso y vergonzante tufillo literario, la mantisa suponía la presencia del eterno femenino, de lo fragante y elástico, de lo noblemente sentimental, dentro del mundo de habas contadas, positivo y prosaico, de las matemáticas. La mantisa era, al margen de su significado — que jamás acerté a comprender del todo —,

la eufonía dentro de un mundo de aristas pungentes, rígido y enterizo.

Ahora la palabra, surgida al azar, en unos ejercicios de reválida, vuelve a producirme análoga impresión. Uno no acierta a comprender la presencia de una palabra tan engrasada y eufónica, tan torneada y literaria, en el austero campo de la matemática. Puesto a reflexionar sobre ello, uno llega a la conclusión de que hasta los temas más ásperos requieren en la vida el contrapunto de la dulzura, el lubricante del sentimiento. En este sentido la suavidad de la palabra mantisa viene a subrayar la rigidez mineral de las palabras binomio y polinomio, sustracción y corolario; es su contrapunto. Así las cosas, la mantisa es a las matemáticas, lo que la rubia del "saloon" a las películas de vaqueros, lo que el pájaro a la novela tremendista, lo que el oasis al desierto, lo que la enfermera al hospital de heridos de guerra, lo que el aceite al motor, lo que el hada benéfica, en suma, a un cuento de brujas horripilantes.

La mantisa — ¡oh dulce y hermosa palabra! — anda perdida ahí, en el frondoso bosque de los coeficientes y los logaritmos, los axiomas y los postulados, como una Mata-Hari de las bellas letras, paracaidista en la retaguardia de los números sin corazón; como una vaga promesa para quienes aguardan la liberación de su purgatorio matemático; como una presencia tonificante y esperanzadora. Uno, que en el fondo no es más que un sentimental, cree honradamente que si ha de llegar el día que entre el mundo de las letras y el de los números se haga la paz y brille la concordia, éstas no se lograrán a través del número E, ni a través de la falaz característica, con toda su carga de pretensiones, con toda su torpe y rastrera ambigüedad, sino a través de la candorosa, espontánea y sufrida mantisa, esa humilde palabra, exiliada y perdida, a la cual rindo hoy desde aquí mi modesto homenaje de hombre de letras.

(1956)

## CIUDADES IMPERSONALES

EN las ciudades americanas y europeas que he visitado últimamente he observado una tendencia gregaria hacia la uniformidad. Es éste un fenómeno universal, puesto que la primera preocupación de los ediles del mundo entero, empezando por los de casa, parece ser el desarrollo de las grandes vías y del ornato vegetal excesivamente relamido; del alarde botánico que pudiéramos llamar de artesanía. Esta tendencia motiva que las ciudades que carecen de historia, de piedras básicas, sean ciudades impersonales, cuya diferenciación se va haciendo con los años prácticamente imposible. Las pequeñas capitales se esfuerzan en disipar su aire provinciano, y su mayor orgullo estriba en trazar bruñidas calzadas para sus automóviles. Nada digamos de las capitales de Estado, cuya marcha es tan acompasada, que a uno le va resultando difícil, sin atender a otros motivos, saber por qué continente se mueve. Así, Río de Janeiro, Buenos Aires y Santiago de Chile son ciudades que evidentemente aspiran a lo mismo; sus diferencias son de matiz o de cantidad, nunca más profundas. El funcionalismo ha saltado fronteras, ha vadeado mares y hoy el nuevo mundo, salvo en aquellos sectores con una huella palpable del pasado, ofrece una perspectiva decepcionante en fuerza de regularidad de factura y de tonos. En las ciudades citadas, la particularidad de Río dimana de su luz y de su fronda; la de Buenos Aires, de su enorme densidad demográfica, y la de Santiago, de su decoración andina. Arquitectónicamente, urbanísticamente — aparte alguna audacia vanguardista de los brasileños —, estas ciudades carecen de notas sustanciales, definidoras.

Otro tanto acontece en Europa. En realidad, a Europa le salvan sus vestigios y sus tradiciones. Por mucho que se es-

fuercen los ediles europeos en borrar el carácter de sus ciudades, no podrán conseguirlo en mucho tiempo. En Europa, cada ciudad tiene su sello, siquiera este sello no se haga ostensible en sus barrios céntricos, todos ellos pretenciosos en su afán de modernidad. Por regla general, lo que el visitante estima en las ciudades que visita constituye una vergüenza para los nativos. Nada más ingrato que tratar de llevar a los ediles al convencimiento de que sin hacer de la ciudad una antigualla, cabe buscar una adecuación entre el pasado y el presente; es decir, que los barrios modernos de las ciudades no tienen por qué propender a rimar con los de la capital vecina más importante, sino con los barrios periféricos y con las características de la región y sus habitantes. Si urbanísticamente trascendieron antaño esas diferencias, no hay razón para borrarlas en nuestros días. A Nápoles le darán la puntilla el día que modernicen sus barrios altos, sus barrios populares, únicos que comunican al visitante una idea aproximada de la vitalidad, de la debilidad exhibicionista de la región. A Cádiz no le imprimen carácter sus monumentos, sino la simetría, la angostura de sus calles, los miradores colgantes de sus casas de tres pisos, su albura. Nápoles y Cádiz no han renunciado al progreso, pero tampoco en aras de éste han sacrificado su personalidad.

El declinante acento personal de las ciudades corresponde al declinante acento personal de los individuos. La producción en cadena está desatando efectos que rebasan el ámbito estrictamente industrial y económico. Al cine se le ha acusado asimismo de uniformar psicologías, de facilitar un "cliché" tentador de seres atractivos y superficiales para que hombres y mujeres tomen modelo de él. Yo entiendo que el fenómeno obedece al anhelo, siempre vivo, pero acentuado en nuestros días, de aparentar más de lo que se es. Esta actitud despierta un afán imitativo que en la mujer se traduce en copiar a su artista predilecta, y en los ediles provincianos en aproximar lo más posible la ciudad que rigen a la capital del país. La identidad del modelo provoca uniformidad, síntoma de decadencia y de falta de imaginación; de dotes creadoras, en suma.

## EL CÁLCULO Y LA IMPROVISACIÓN

LA derrota del Atlético de Bilbao a pies del Manchester, después de las precauciones tomadas por los bilbaínos alineando en Las Corts un equipo de suplentes en vísperas del partido de vuelta con el conjunto inglés, demuestra lo mal que encajan en el gran club bilbaíno las previsiones y los cálculos.

El Atlético de Bilbao es sin ninguna duda el único equipo español de Primera División que nutre sus filas de su propia cantera; Bilbao hace sus futbolistas y los gasta. Por añadidura, el conjunto vasco es uno de los contados grupos españoles que por encima de modos y modas transitorias conserva una peculiar manera de ser y de interpretar el juego del fútbol. Cuando hablamos de solera nos referimos aquí, antes que a la antigüedad, a un respeto por las normas tradicionales, nada desdeñables en el terreno deportivo.

Entre otras razones, es ésta, sin duda, una de las que más han influido en ampliar las simpatías de este equipo fuera del área del país vasco. En España, país, como es sabido, muy dado a la envidia, se guarda, no obstante, una admiración muchas veces inconfesada, hacia todo aquel que se abre camino por sus propios medios. Este es el caso del gran club norteamericano que contrasta vivamente con otros clubs no menos fuertes que, sin embargo, deben su potencia al dinero. Entre quien debe su fortuna al azar o a la herencia y el que la forja a fuerza de ingenio y trabajo, las simpatías, en nuestro país al menos, se quedan con éste.

De otra parte, el equipo vasco responde mejor que ninguno, en lo que se refiere a interpretación del fútbol, a unos cánones temperamentales conocidos en el mundo con el nombre de "furia española" y que en rigor no es otra cosa que la

tenacidad, el coraje y la improvisación. Esto equivale a decir que los futbolistas bilbaínos son poco amigos de tácticas previas y que su consigna, por lo general, obedece al elemental y deportivo principio de salir a darlo todo. Del Atlético de Bilbao se ha dicho siempre que es muy capaz de cambiar el signo adverso de un partido en cinco minutos. El hecho de que este principio siga vivo justifica que el paso del conjunto vasco por cualquier ciudad arrastre multitudes y, de otra parte, que el grupo conserve sus rancias virtudes de tesón, resistencia física y velocidad perfectamente incontaminadas. Con las pizarras magnéticas y demás zarandajas, ocurre lo que con las medicinas que sabemos, más o menos, lo que quitan pero no sabemos lo que ponen. En el caso del equipo vasco es obvio que la era de la pizarra magnética está pasando sin dejar huella y el juvenil equipo atlético conserva, si cabe reforzadas, la lozanía y la espectacular espontaneidad de juego que siempre le caracterizó.

Su eliminación en la Copa de Europa me ha entristecido y no he podido por menos de relacionarla con esas precauciones y esas reservas a que aludía más arriba, incompatibles, a mi ver, con el carácter del viejo y juvenil Atlético bilbaíno. A los leones, entiendo yo, no es necesario preservarles de las lesiones y la fatiga. En cualquier caso dejar los titulares en la banda es un pobre recurso de club burgués, de club de tobillos importados a tanto la pieza, pero nunca del celeberrimo, vertiginoso y esforzado Atlético bilbaíno. En sí la cosa no tiene mayor importancia y si la señaló hoy es más bien como síntoma y como razón de lo mal que le sientan al equipo vasco las previsiones, porque el Atlético de Bilbao, a Dios gracias y ojalá que sea para muchos años, fue de siempre un equipo que saltó al campo a darlo todo y acertó innumerables veces a improvisar sobre la marcha la fórmula de la victoria.

(1957)



## UN NUEVO NADAL

DESPUÉS de seguir una a una las votaciones del Nadal 1956 me he reafirmado en el convencimiento de que también la maltratada literatura puede dar sus cardíacos. Éste es el lado malo de estas eliminatorias cuantitativas, de un acentuado sabor futbolístico. Tamaña sorpresa ya empezó a roerme allá por el año 48, cuando uno no era sino aspirante al Premio Nadal, y el Premio Nadal, a su vez, otro aspirante al Premio Nadal, con mayúsculas, que ha llegado a ser hoy, después de su XIII edición. Por lo que atañe a éste, las cosas empezaron a enredarse sobre las doce de la noche — y me refiero a Valladolid, tan afortunado en este gordo de las letras españolas —, hora en que Radio Nacional de Barcelona se desentendió, al fin, de la interferencia de una emisora extranjera y dejó oír claramente que “La frontera de Dios”, del padre Martín Descalzo, marchaba lanzada hacia el triunfo. Quedaban en liza aún cinco contrincantes, mas “La frontera de Dios” caminaba bien arropada en una esperanzadora unanimidad del Jurado. Conocía la novela del padre Martín, la que, por encima de toda posible objeción técnico literaria, desarrollaba un tema nuevo, de una fuerza sobrecogedora, que no invitaba precisamente a reparar en virtuosismos de construcción o fórmulas expresivas.

*(En puridad, conocía la novela del padre Martín Descalzo desde cuatro años atrás, los mismos años que hace que le conozco a él. Esto equivale a decir que mi amistad con el padre Martín Descalzo es ya casi una vieja amistad, una antigua, proverbial amistad. El padre Martín Descalzo arribó a Valladolid de misa-*



cantano allá por marzo del 53. Entonces me presenté a él y hasta le hice una caricatura. Existía un sólido motivo entrañable. José Luis cantaba misa el mismo día y en la misma ceremonia que su tío Francisco, el cura viejo, celebraba sus Bodas de Oro con el sacerdote. Bueno, pues le hice la caricatura y a su tío también. Luego guardé el lapicero y el padre Martín Descalzo empezó a hablarme de muchas cosas con mucho aplomo y con mucho fundamento, lo que me hizo sospechar que el padre Martín Descalzo sabía efectivamente un poco de todo. Y una de las cosas que me contó fue el argumento de "La frontera de Dios", que entonces, aún en la nebulosa, no se llamaba "La frontera de Dios", sino "No queremos milagros en el pueblo". La idea me impresionó. Entonces me dijo que la escribiría el día que tuviese tiempo. El padre Martín Descalzo no tuvo tiempo, como es sabido, hasta tres años más tarde. Más arriba dejé dicho que el padre Martín Descalzo arribó a Valladolid el año 53. Precisemos. Cuando el padre Martín Descalzo arribó por primera vez a Valladolid aún no era padre. El vallisoletanismo del nuevo Nadal es asunto viejo, asunto de bisabuelos. Los padres proceden de La Parrilla y Nava del Rey — buena tierra de vino —, propectas villas pincianas. Esto no quita para que, hilando más delgado, hagamos un expreso reconocimiento de la patria chica del galarardonado: Madrideojos, Toledo. A cada cual lo suyo, y no armemos cuestiones.)

Cuando Radio Nacional redujo a cuatro los candidatos, uno de ellos el padre Martín Descalzo, mi mujer aconsejó, como medida discreta, despertar al concursante. Para ello habíamos de servirnos de un tercero, su tío Francisco, el cura, cuyo teléfono utilicé anteayer para ponerme al habla con el padre Martín Descalzo. Era ya la una menos cuarto, pero no vacilé. Llamé insistentemente, violentamente, en vano. Entonces resolvimos despertar al hermano del concursante, el abogado don Antonio

Martín Descalzo. Aquí, el teléfono apenas dio dos timbrazos. Se entabló un diálogo cortado, casi eléctrico:

— ¿Qué pasa?

— José Luis... Va lanzado hacia el Premio.

— Yo también estoy a la escucha. ¿Cómo lo ves?

— De primera. ¿Se le podría avisar?

— Hace unos días le pusieron teléfono; el 6737.

— Gracias.

A poco, Radio Nacional de Barcelona interrumpió su deslumbrante descripción de los salones del Hotel Oriente en noche de gala para comunicar los resultados de la nueva votación. “La frontera de Dios” continuaba con siete votos, pero “Central eléctrica”, de López Pacheco, seguía, asimismo, con siete votos. Llamé al padre Martín. También él estaba a la escucha. También a él, con mayores derechos que a nadie, se le ahogaba con un pelo. No hicimos otra cosa que intercambiar nervios. Por la tensión de los míos calculaba yo la suya. No íbamos a ninguna parte. Colgué. Entonces traté de desfogarme despertando al fotógrafo Cacho, titular de “El Norte de Castilla”, para decirle que estuviese dispuesto para su servicio. El hombre hablaba como contristado. Tenía sueño. No digería lo del Nadal. No debía saber a ciencia cierta de qué se trataba. Le silabeé dos veces que se trataba del Premio Nadal y que tenía la corazonada de que iba a “caer” de nuevo en Valladolid.

*(Era el tercer premio que iba a jalonar la carrera literaria del padre Martín Descalzo. El primero, el *Insula*, lo obtuvo en 1952 con sus “Sonetos del Alba”. El Jurado es un dato considerable: Aleixandre, Dámaso Alonso, Bousoño, Muñoz Rojas y José Luis Cano. Después, cuando ya empezábamos a ser viejos amigos, obtuvo el Naranco para novela corta por su “Diálogo de cuatro muertos”. Ya el padre Martín Descalzo estaba “colocado” en Valladolid y yo le había incorporado a la hoja literaria de “El Norte de Castilla”. El padre Martín Descalzo venía dando semanalmente un artículo apasionante y apasionado. Artículos, los suyos, como*

*pirámides, en cuyo vértice, ineluctablemente, estaba Dios. Ahora recuerdo dos recientes, magníficos, con motivo de la muerte de Papini y el Nobel de Juan Ramón. El padre Martín Descalzo sabe ya mucho de los apremios del periodismo. En fin, estas cosas consolidaron nuestra amistad. Nos veíamos con menos frecuencia de lo que ambos deseábamos, en mi casa, y charlábamos. No soy hombre de muchas palabras y procuraba dejarle hablar. Me entusiasmaba, siempre me entusiasmó, su ardimiento. Y también su fe. El padre Martín en nuestras charlas, seguía enseñándome muchas cosas, tal vez sin él darse cuenta, sin sospecharlo siquiera. Me asombraba, a su edad, el volumen de su cultura literaria, aunque él disimulara su erudición y aun sus altas, precisas y cálidas ideas sobre las cosas. Su palabra me sentaba. Oyéndole me sentía satisfecho de ser católico y hasta me parecía que él, en cierto modo, era "responsable" de ello.)*

La Radio Nacional de Barcelona, tras una entrevista a Díaz-Plaja, nos trajo la anteúltima votación:

—“Central eléctrica”, 5 votos; “La frontera de Dios”, 5 votos; “Los clarines del miedo”, de Ángel M.<sup>a</sup> de Lera, 4 votos.

Acrecieron los nervios. La expectación en torno al receptor era solemne, maciza. Al cabo, sobre la voz un poco fatigada del locutor, vibró el timbre del teléfono. Sentí una sacudida.

— Conferencia de Barcelona — dijo mi mujer, que se puso al aparato —. ¡Esto es que se lo han dado!

Tomé el auricular:

— Valladolid, sí. ¿Quién llama?

— Vergés.

— ¿Salió Martín Descalzo, al fin?

— Sí, acabamos de votarle. ¿Dónde puedo localizar a este hombre?

— Llama al 6737 — dije —. ¡Adiós!

Colgué apresuradamente. Aspiraba a ganarle por la mano. Entonces se entabló un forcejeo tenaz. Vergés quería el 6737 sin perder hilo. Yo llamaba obstinadamente al mismo número.

La radio, a mi lado, seguía haciendo frivolidad, como si el nuevo Nadal aún no hubiera nacido. A intervalos oía la voz de Vergés, levemente destemplada, y la de la señorita telefonista. En un claro conseguí línea. Se puso el propio padre Martín Descalzo.

— Quiero ser el primero en darte un abrazo — le dije.

Se le quebró la voz.

— ¿Qué ocurre?

— He hablado con Barcelona. ¡Eres Premio Nadal!

Le oí comunicar a sus padres la noticia:

— ¡Me lo han dado! ¡Me lo han dado!

Luego no pudo hablar más. Le dije que colgara, pues iban a llamarle del Hotel Oriente.

La radio, al fin, dijo:

— 1956 ya tiene “Nadal”, el padre José Luis Martín, cuya novela...

Pero mi mujer y yo ya andábamos en la calle.

*(El padre Martín Descalzo no empezó a escribir aquí. El vicio de llenar cuartillas le agarró temprano. El padre Martín Descalzo siempre ha ido un poco adelantado. Sin embargo, nunca fue niño prodigio. Desde chico debió tener el suficiente talento para ser prodigio sin parecerlo. A los dieciocho años, para ir al colegio de Roma, se puso calzones largos, porque su tío, el cura viejo, se negó a que se presentase de bombachos. El rostro del padre Martín Descalzo, de por sí aniñado, trasciende lealtad, sinceridad y simpatía. Entre eso y que siempre navegó adelantado, al llegar a Valladolid para cursar el primero de Filosofía en el Seminario Mayor, un compañero le dijo: “¿Qué pintas tú aquí arriba?” “Soy de primero”, respondió José Luis Martín Descalzo. “Eso es abajo”, le dijo el otro. Abajo se cursaba el primero de Latín, del Seminario Menor. Cuando se confirmó que José Luis Martín Descalzo cursaba Filosofía, los compañeros corrieron hacia el benjamín del grupo a comunicarle la fausta nueva: “David, David — le rodearon —. Ha llegado uno más chico que tú”.*

*En Roma, por aquello de que el padre Martín caminó siempre un poco adelantado, tuvo que aguardar un año para ordenarse, y eso después de obtener dispensa para hacerlo año y medio antes de cumplir la edad reglamentaria, los veinticuatro. El 19 de marzo de 1953 se celebró su ordenación. El 28 del mismo mes cantaba su primera misa en Valladolid.*

*Pero creo que decía más arriba que el vicio de escribir le agarró temprano: en tercero de latín, según propia confesión, el padre Martín Descalzo escribió más de 10.000 versos.)*

Antes de salir de casa yo traté de confirmar al fotógrafo la necesidad de sus servicios. Éste, con fino olfato, ya estaba en la casa del premiado cuando llegué. Su premura le valió poder obtener una fotografía en la que el padre Martín Descalzo escucha por teléfono la comunicación oficial del premio. Respondo de su autenticidad. En ella, el padre Martín Descalzo, aún no tiene puesto el alzacuello. Es un detalle. El fotógrafo le sorprendió en "negligé". Luego le abracé yo, y al hacerlo sentí una rara emoción. Esta cosa del Nadal — por encima, en este caso, de una amistad entrañable — crea indudablemente un vínculo. Los padres del padre sacan champaña. El hermano, unos succulentos habanos. Empezó a bordonar el teléfono. Luego no lo dejaría en toda la noche. Barcelona, Madrid, Valencia... Ambiente de nervios, de júbilo. El Premio Nadal nace en 1956 con dolor de cabeza. A pesar de ello llega el emocionado brindis por la suerte de "La frontera de Dios". El flamante Premio Nadal de 1956 junta sonriente su copa de leche (a las ocho de la mañana celebra misa) a las de champaña de sus familiares y amigos. El teléfono de nuevo. El padre Martín Descalzo lo toma y nos hace un guiño:

— La United Press — dice.

Seguimos el monólogo en expectante silencio:

— Sí, sacerdote, pero no carmelita. Descalzo es apellido.

*(Al padre Martín Descalzo no le asusta trasnochar. Debe de estar habituado. Su noble ambición no le per-*

mite reposo. El padre Martín Descalzo es un joven cura revolucionario. A poco de llegar a Valladolid volvió el espíritu de sus hombres como quien vuelve un guante. Arremetió contra nuestro cristianismo inmobilista y rutinario, teórico y conformista, y lo puso patas arriba. La ayuda no le vino mal al padre Marcelo González, otro gran luchador por un cristianismo más humilde, profundo y operante. Pero aún no dije que el padre Martín Descalzo se afirmó en Valladolid ganando por oposición la cátedra de Literatura del Seminario. Echó raíces, vaya. Aparte, estaba lo de coadjutor en la parroquia de Santiago y lo de consiliario de A.C. Universitaria femenina. Aparte, estaban muchas otras cosas que el padre Martín Descalzo echó generosamente sobre sus espaldas. El padre Martín Descalzo es un infatigable trabajador. Es una fuerza espontánea, en pleno vigor físico, que volará muy alto si los desengaños y las ingratitudes y las incomprensiones no le cortan las alas prematuramente. Ya en Roma dio pruebas de inquietud. Él fue uno de los fundadores del grupo "Estría", del cual José María Javierre fue el iniciador. Con ellos, Montalvillo, Montero, Revuelta, García Amor, Montaña y Peralta. Después se agregarían Schöckel y Cabodevilla. Todos influidos por José María Valverde.

En Valladolid, su fogosidad encontró vasto campo: organizó el cinefórum, las lecturas y coloquios teatrales — ¡oh, qué sagaces sus puntos de vista sobre "El Renegado", "El cuarto de estar", etc.! — e inició su colaboración en los folletos P.P.C. Aparte, pongamos sus obligaciones de catedrático y coadjutor; aparte, sus conferencias y sermones. Al azar abro su diario: "16 de noviembre de 1956: 8, misa; hasta 10.30, confesonario; 11, entierro; 1, conferencia en la Normal; 3.30, clase en Seminario; 5, visitas; 5.30, charla en la Enseñanza; 8, reunión delegados menores de A.C.; 9, Círculo de estudios con la J.U.M.A.C.". He aquí la vida, un día cualquiera, del último Premio Nadal.)

La madrugada, tras la tensa fatiga de la espera, no era coyuntura propicia para la charla. Además, estaba el teléfono. Fue necesario citarnos a la hora del desayuno para poder dirigir al Nadal unas preguntas reposadas. Pocas:

— ¿Tus maestros como novelista?

— Graham Greene, Dostoiewski y Bernanos.

— ¿Qué añades a sus ideas sobre la novela?

— Una visión más serena. Frente a la angustia de ellos por encontrar algo, opongo la tranquilidad de quien ya ha encontrado.

— En una novela, ¿buscas algo además de su valor literario?

— Al terminar una novela me pregunto: “Esto, ¿para qué me sirve?”. Me parece exacta una frase de Claudel: “La belleza está hecha para algo muy distinto del placer”. En determinados momentos puede agradar una novela que proporcione horas felices. A mí, sinceramente, si no hay más, no me interesa.

— ¿Crees en la necesidad de una novela católica?

— Creo que un católico no debe producir sino novelas católicas. Novela católica no es igual a novela de tesis católica ni a novela sermón.

— ¿Entonces?

— Hay muchas técnicas para novela católica. Primera: con Dios como paisaje. Segunda: con Dios como personaje, y tercera, con Dios como protagonista.

— Aclara esto.

— Dios-paisaje: a Dios no se le ve pero está al fondo (“La muerte le sienta bien a Villalobos”). Dios-personaje: lo mismo que Pedro y Juan está Dios como un personaje más (“Los cipreses creen en Dios”), y Dios-protagonista: novela en la que la presencia de Dios es invasora, aunque a Dios no se le vea demasiado, siquiera lata en cada página cierto temblor religioso (“La mujer nueva”).

— “La frontera de Dios”, ¿en qué grupo la incluyes?

— En el tercero, desde luego.



*(Las ideas del padre Martín Descalzo sobre literatura no son de hoy. Son las ideas que ha sostenido — y practicado — en una obra de cierta vastedad y coherencia. Sus libros, además de los citados más arriba, son: “Fábulas con Dios al fondo” [poemas inéditos] y “Un cura se confiesa”, obra confidencial, apresurada, con páginas verdaderamente impresionantes. Sobre esto, una extensa relación de folletos de Propaganda Popular Católica: “Yo he llegado a cura”, “Fray Juan de la Mano Seca”, “Cortesía con Dios”, “Si Cristo volviera” [donde late la misma preocupación que en “La frontera de Dios”], “Creo en el demonio” y “Fábula del ángel cojo”. Para dar una idea de la popularidad y difusión de estos títulos bastará decir que entre los citados suman una tirada de cerca de medio millón de ejemplares.)*

El padre Martín aguarda impávido la nueva andanada. “No conseguí dormir en toda la noche — me dice. Y añade —: Como las buenas noticias tampoco vienen solas, acabo de recibir una carta en la que me anuncian la edición italiana de «Un cura se confiesa».” Tiene ojos de fatiga, pero ni la noche de insomnio ha dominado su energía, su minucioso, envidiable orden mental.

— ¿Crees — le digo de pronto — que el sacerdote-escritor responde a la misma exigencia social que el sacerdote-obrero?

— En el fondo vibra la misma preocupación y acechan los mismos peligros. Yo sentiría equivocarme como alguno de aquellos se equivocó, pero confío que entre todos habremos hecho acto de presencia del sacerdote en el mundo contemporáneo.

— ¿Es eficaz el apostolado desde la novela?

— Sí, pero es difícil. El cura dice: “Pon esta frase”. El novelista dice: “Pon esta otra”. El equilibrio es casi imposible.

— ¿Acecha el sermón?

— Hay que frenarle en muchos momentos porque tira de uno. Si la novela tiene suficiente pasión humana, equilibra lo que el sermón pueda tener de declamatorio.

— ¿Cómo ven tus compañeros esto?



— Es lamentable que muchos no comprendan que ésta puede ser una actividad sacerdotal. Al comunicar mi idea de hacer una novela, uno me dijo: "Quid hoc ad aeternitatem?"

— ¿Germen de tu libro?

— Dos cuartillas que escribí en el año 1952. Lo titulaba entonces "No queremos milagros en el pueblo". Tal vez nació la idea después de ver la película francesa "Dios tiene necesidad de los hombres". De ahí también que mi idea fuese en origen para un guión cinematográfico. Espero que no pasen inadvertidos los valores plásticos de la novela.

— ¿Primer desarrollo del germen?

— Verano de 1953. Desarrollé en quince folios el argumento.

— ¿La forma definitiva?

— Escribí la novela en treinta y tres días. Quince en el verano de 1955. Una semana en las Navidades del mismo año y los diez restantes en el verano de 1956. Más tiempo tardé en encontrar título adecuado. "La frontera de Dios" resume perfectamente el argumento pero trasciende a cosa conocida. El primitivo título, "No queremos milagros en el pueblo", me resultaba largo. Pensé en "El becerro de oro" y así tenía hechas las copias hasta el mismo día de depositarlas en el correo, en que me decidí por "La frontera de Dios".

— ¿Cómo ves la novela, el teatro y el cine, como conjunto, en relación con Dios?

— A mis alumnos les señalo esta curva. Edad Media: máximo teocentrismo. Todo en esta Era, se concentra en Dios, quizás excesivamente, con desprecio de los valores humanos. Segundo, Humanismo. El Humanismo podía haber logrado la síntesis de los valores humanos y la religión, pero por una serie de factores esta unión no se logra y nace el antropocentrismo. Todo gira en torno al hombre y Dios va siendo desplazado gradualmente hasta llegar al máximo del desplazamiento en los finales del siglo XIX. Precisamente en este momento nace el retorno con Dostoiewski. Ahora asistimos al momento de ascensión religiosa en lo literario. Precisamente por atravesar el momento de crisis violenta no es fácil lograr una postura perfecta de novela o arte católicos.

(Confidencial: Uno, aparte los saberes y prendas que adornan al padre Martín Descalzo, dispone de otras razones, profundas razones para estimarle. El padre Martín Descalzo es el cura de uno, el cura de las misas de los domingos de uno. Los domingos, a esa hora absurda de las siete y media de la mañana, esa hora absurda, que bien mirado no es carne ni pescado, pero en la que se oyen diáfanas las horas de los relojes de todas las torres y el restregar, no menos diáfano, de todas las escobas de todos los barrenderos de la ciudad; a esa hora absurda en que el Pisuerga se desviste de nieblas y humedades, yo — dicho sea con perdón — y mi cuadrilla, llegamos pin pianito a nuestra misa de cazadores, que es la suya, la del padre Martín Descalzo. La suya, y la nuestra, es una misa conmovedora del trasnochador honesto, media docena de chachas pizpi-retas, cinco cazadores — uno [el burro delante] y su cuadrilla — y cuatro bomberos del retén. Y en las vidrieras de la iglesia amanece Dios cada mañana; un Dios de muchos colores. Y uno, si alguno de la cuadrilla se desmanda, o se le pegan las sábanas — que todo es posible — sale al atrio a entretener al padre Martín Descalzo unos minutos, hasta que el rezagado llega. Y el padre Martín — brillante vencedor del Nadal 1956 — se muestra tan comprensivo y razonable que, como quien no quiere la cosa, se deja entretener sin rechistar.)

(1957)

## PERIODISMO DE AYER Y DE HOY

No hace falta llegar a ser lo que con cierta sorna condescendiente llamaban los gacetilleros de antaño una persona proveya para observar lo deleznable de toda actitud humana, la rapidez vertiginosa con que se suceden las modas y las costumbres. Esto, que ya no sorprende cuando se trata de manifestaciones más o menos frívolas como el sombrero femenino o la línea del automóvil, no deja de causar en el ánimo de las personas sensibles una suerte de desencanto, cuando afecta a cosas que, tal vez un poco soberbiamente, consideramos sustanciales.

Concretamente en lo que atañe al periodismo podemos asegurar que la técnica o el arte del oficio ha dado un viraje radical en los últimos cincuenta años. El redactor de sucesos de hace medio siglo no se sentiría hoy tan desplazado en ninguna parte como en la mesa de redacción de un periódico y a la inversa. Esto presupone que nada hay tan diferente del periodismo de ayer como el periodismo de hoy y que los progresos en los medios informativos han dado al traste con aquel bello oficio — bello y hasta cierto punto creador — de los hincha-dores de telegramas.

Hace cincuenta años las mesas de redacción estaban encargadas de llenar las planas de un periódico con docena y media de escuetos telegramas, razón por la cual la plantilla de los periódicos se componía de personas cuya cualidad esencial era algo así como una suerte de automatismo imaginativo. Era aquel un arte que ha pasado a la historia y que no andaba lejos del arte del actual fabulador. El corresponsal madrileño facilitaba un argumento esquemático al que el redactor provinciano había de añadir ambiente, circunstancias y escapes laterales.

En una palabra, la labor del periodista de antaño consistía en hinchar y en adobar noticias. Las columnas de un periódico resultaban demasiado largas y había que arreglárselas para llenarlas decorosamente. No hay que decir que la fantasía, la Enciclopedia Espasa y la Geografía del Instituto Gallach constituían entonces unos auxiliares inestimables en las mesas de redacción.

Pero como todas las cosas, el periodismo ha ido dando la vuelta de una manera insensible y hoy nos encontramos con que los corresponsales, los teletipos, el teléfono y la radio unidos a la escasez y carestía del papel, hacen las columnas de los periódicos insuficientes y el periodista en lugar de hinchar y adobar debe aprender a deshinchar, a podar la abrumadora información diaria, de ambiente, circunstancias y escapes laterales. El periodismo del día es sinónimo de sobriedad y a mayor número de noticias corresponde menor lujo de pormenores. La Enciclopedia Espasa y la Geografía del Instituto Gallach duermen, en consecuencia, su polvoriento sueño en las estanterías, mientras el redactor extrae las informaciones, descarna las noticias hasta dejarlas reducidas a un puro aunque bien articulado esqueleto. El periodismo provinciano ha dado un viraje de 180 grados; el procedimiento, el arte del periodista de hoy es opuesto al del periodista de ayer. Antaño había que transformar el rígido telegrama que llegaba de Madrid en frondosa literatura, en noticia pormenorizada; hogaño, la frondosa literatura, la noticia pormenorizada que arriba de Madrid hay que convertirla en rígido telegrama.

He aquí una manifestación más de la dictadura de los tiempos; de la dictadura del vértigo y el apremio, siquiera, hoy como ayer, las mesas de redacción continúan siendo un auténtico laboratorio de taumaturgos que hinchan o deshinchán de acuerdo con las exigencias del tiempo y de los lectores.

(1958)

## EL HOMBRE QUE LLOVÍA DEMASIADO

LEO en una revista de cierta solvencia que el hombre no tardará en controlar el clima. Según el autor de este artículo "hacer llover cuando conviene y hacer brillar el sol cuando se desea son ya exigencias de la vida moderna". En verdad, la vida moderna se nos está volviendo cada día más exigente.

El autor del referido artículo se las promete muy felices. Yo recelo, por el contrario, que la regulación del clima a voluntad no aportará a la Humanidad sino nuevos motivos de discordia. Desde hace siglos el hombre ha luchado contra los elementos que se consideraban fatales y ha descubierto que la inexorabilidad de algunos de ellos era solamente relativa. Tal, los hielos polares; tal, las crestas del Himalaya; tal, el espacio; tal, el clima. Poco a poco la dominación de la Naturaleza va transformándose en un hecho consumado. Mas cuando este proceso concluya, el hombre tendrá que detenerse y entonces se preguntará: "Bueno, ¿y ahora, qué?"

El hombre, ante la fatalidad, no tenía otro remedio que resignarse, pero si nunca llovió a gusto de todos imaginemos nuestra actitud cuando el que abra el grifo sea otro hombre. Desde el momento que los elementos dependan de nuestra voluntad nacerá un nuevo motivo de discrepancia entre nosotros. ¿Cómo conciliar tantos intereses como en el mundo operan?

Es previsible que alcanzado el control del clima, sea la agricultura, de entrada, quien imponga su dictadura. El Estado fijará el tempero, los días de siembra y de recolección. Ante esto, el cazador, el pescador, el alpinista, el esquiador, el aficionado al fútbol se rebelarán: "No me gusta nada este Gobierno — dirán —. Hace llover demasiado". Y, entonces, empezarán a conspirar para derrocarlo e implantar la dictadura del

sol. Pero, llegado este momento, serán los campesinos quienes inicien un movimiento de recuperación del poder porque los campos se arruinan y la economía se desbarata. Habrá que inventar entonces un calendario pluviométrico para dar satisfacción a todo el mundo y en lugar de esos inefables “Día del Padre”, “Día de la Madre”, “Día de la Canción” que nos hemos inventado, se instaurarán los Días “del esquiador”, “del cazador”, “del futbolista”, “del aficionado a los toros”. En el mejor de los casos el futbolista, el cazador, el taurófilo se sentirán postergados y se dirán: “El labrador tiene muchos días y nosotros pocos”. Y, de inmediato, tramarán otra revolución.

¿Y qué decir de la Gramática y de la Literatura? Adiós toda esa bella teoría de los verbos impersonales: “llueve, nieva, graniza, escarcha”. Habrá que decir: “Yo lluevo, tú nievas, él graniza, nosotros escarchamos”. En cuanto a ese fácil recurso de los escritores para animar sus partos desencadenando sobre sus páginas los elementos naturales también tendrá que desaparecer: “El Gobierno hizo nevar aquel día y Paulina cogió un resfriado”, escribirán.

Entiendo que estos progresos no van encaminados ciertamente a encontrar la fórmula de la paz universal. Cuantas más y mayores sean las fuerzas que dependan de la voluntad humana más numerosos serán los motivos de incompreensión. A mí no me es difícil imaginar los titulares de los periódicos del futuro a este respecto: “Veinte mil llaneros se manifiestan en Venezuela”. “El Gobierno llevaba veinte días sin llover para respetar las vacaciones del presidente.” O bien: “Los veraneantes de X reclaman un poco de sol”. “Si el Gobierno hace sol — responden los campesinos —, arrasaremos nuestros cultivos.” Etcétera.

En cualquier caso estamos ante una nueva conquista que terminará, como otras muchas, volviéndose contra nosotros. Si hay un final previsible de la vida sobre la Tierra, ese final se producirá el día que las fuerzas desatadas por el hombre se vuelvan contra él y le sojuzguen. Entonces habrá llegado el momento de morir por Dios o, en el mejor de los casos, la hora de volver a empezar.

## AVISO A LOS PADRES DE FAMILIA NUMEROSA

CONSIDERO un deber advertir a mis colegas, los padres de familia numerosa, que a la hora de hacer efectiva la protección oficial que, al parecer, trata de ayudarnos a resolver los arduos problemas de cada día, tomen toda suerte de precauciones para que la tan cacareada protección no se vuelva contra ellos.

Me explicaré. Hace pocos días, con ocasión de un viaje Valladolid-San Sebastián estrené el talonario que da derecho a un descuento del 20 por 100 en los billetes de ferrocarril. Muy satisfecho — con esa satisfacción pueril que nos desborda a los españoles cuando en lugar de cobrarnos 1.000 por un artículo nos lo ceden en 999 — tomé posiciones en el tren después de cerciorarme de que el carnet de identidad, el carnet de familia numerosa, la tarjeta sin la cual este último carnet es papel mojado, el billete, la reserva y el suplemento de velocidad figuraban en mi cartera.

Tal precaución resultó superflua cuando a los pocos minutos el revisor me hizo ver que la tarjeta de familia numerosa que acompañaba al carnet de familia numerosa, al billete de familia numerosa, al suplemento de velocidad y a la reserva, estaba caducada, o sea que uno en lugar de tomar la tarjeta recién renovada había tomado la del año anterior. Echándolo a barato le dije al revisor que donde hay chicos ya se sabe y que al regreso lo tendría en cuenta, pero él, muy celoso de su deber, tiró del talonario y me dijo que tenía que extenderme el suplemento. Me resigné a pagar 1.000 por lo que me habían cedido en 999, pero mi asombro llegó al colmo cuando el revisor me dijo que el suplemento ascendía a trescientas siete pesetas con veinticinco céntimos, es decir, que



por ser padre de familia numerosa descuidado, en lugar de pagar 200 pesetas por el billete a San Sebastián, como todo hijo de vecino, la Renfe me castigaba y tenía que pagar 500. El motivo para entablar el españolísimo debate estaba más que justificado y, naturalmente, lo entablamos.

Indagué el porqué de esa cantidad y el revisor explicó que en lugar de pagarle el 20 por ciento que me habían descontado en atención a mis muchos hijos debía abonarle el 40 y, además para que no volviera a tomar una tarjeta por otra, tenía que desembolsar otro billete entero.

Traté de hacerle ver que el hecho de tomar una tarjeta de familia numerosa por otra tarjeta de familia numerosa obedecía precisamente a la familia numerosa que le atosiga a uno antes de partir y le pone nervioso y que de esto, entendía yo, es de lo que debía protegerme el Estado.

El hombre, sin descomponer la figura, me dijo que a él no le afectaban las cuestiones sentimentales y que el reglamento era el reglamento. Confieso que perdí los estribos, y le dije que en mi caso no había dolo, culpa ni mala fe y que la sanción, por tanto, no estaba justificada y que todo esto no era más que un atropello.

El revisor seguía sin descomponer la postura y sin descomponer la postura me recomendó que dejara quieta la lengua por si las moscas. Naturalmente su recomendación fue un nuevo espolazo y entonces voceé que en la taquilla me habían despachado el billete con la tarjeta caducada y que él tenía que aceptarla así le gustara o no.

Llegados a este punto, el hombre, que continuaba, por cierto, sin descomponer la figura, me hizo el peregrino descubrimiento de que en la taquilla no tienen por qué mirar la tarjeta al despachar el billete y para reforzar su afirmación me pasó por las narices una circular que, por lo visto, circula entre los interventores de ferrocarriles pero no entre los padres de familia numerosa que son los interesados y en la que, en efecto, se legitimaba su bonita operación.

Ofuscado le dije que aquello era una perfecta ratonera y ante esto el hombre me hizo una expresiva seña y me dijo que "sin faltar, ¿eh?" y uno, como buen padre de familia nu-



merosa cuando le mientan la trena aunque sea con un gesto, se suavizó y abonó las trescientas siete pesetas con veinticinco céntimos sin rechistar.

Liquidado el incidente, a mí se me ocurre que en el país hemos llegado a un límite; que en España sobran hijos o sobran papeles; que las preocupaciones que unos y otros dan no caben en una cabeza normalmente constituida, es decir, que la familia numerosa y los papeles numerosos son de todo punto inconciliables y que si uno además de velar por sus hijos y por sus papeles y por la renovación puntual de sus hijos y de sus papeles, tiene que desarrollar cualquier actividad profesional, puede tener por seguro que, a pesar de los notables progresos de la medicina, no alcanzará la jubilación. Esto es muy triste y ante un hecho así la protección oficial debería extender un poco más su compasivo manto y decretar:

a) Una protección especial para los poseedores de papeles numerosos.

b) Que ningún padre de familia numerosa sea sancionado por el hecho de retrasar la renovación de sus papeles, la renovación de sus hijos, tomar un papel por otro, un hijo por otro o extraviar bien sea uno de éstos o uno de aquéllos, y

c) Que el padre de familia numerosa y el poseedor de papeles numerosos sean tratados, en el peor de los casos, como un don Juan particular.

(1958)

## CAMPEÓN DE TAQUILLAS

COMO discreto aficionado al fútbol, como uno de esos aficionados modestos que superan el "hinchismo" desafiado una vez alcanzada la adolescencia, he sentido una profunda satisfacción deportiva con el tercer triunfo consecutivo del Real Madrid en la Copa de Europa. Las victorias del equipo madrileño han reverdecido los laureles del fútbol español tan a punto de agostarse después de las torpes exhibiciones del conjunto nacional por esos campos de Dios. Este hecho me ha llevado a pensar si no sería más eficaz para el deporte balompédico español echar mano a cada momento del equipo de club más en forma, con un par de interpolaciones a lo sumo, para representar a España en cualquier confrontación internacional. Esta decisión, supongo yo, nos colocaría a cubierto de todo ensañamiento en el caso de un revés y aumentaría nuestro mérito en el caso de un triunfo.

Mas a lo que iba, el partido de Bruselas me hizo vibrar de admiración y entusiasmo, al escuchar por la radio, cómo por dos veces el Real Madrid remontaba un tanteo adverso para acabar derrotando a un conjunto de méritos parejos. Esto quiere decir que el Real Madrid ha logrado conjugar un grupo muy diestro y eficaz en eso de propinar patadas a una pelota; el grupo más diestro y eficaz de Europa si juzgamos, como debe hacerse, por los tanteos parciales y por ese 3 a 2 definitivo.

Ahora bien, tras el triunfo me llegan los rumores de que el Real Madrid, en un impulso exaltado de euforia económica y con la pretensión de dar carácter vitalicio a su título bien ganado, no se apresta a reforzar su cuadro con savia nueva sacada de sus propios viveros, sino que pretende incorporar al club dos figuras de relieve mundial a costa de un buen

puñado de millones de pesetas. En una palabra, el flamante campeón de Europa pretende eliminar de sus filas los Pérez y los Rodríguez para injertar “kas” y “uves dobles” a todo pasto. De este modo el Real Madrid asegurará su posición no sólo fortaleciendo su cuadro, sino debilitando los ajenos, aquellos a quienes va a privar de sus “kas” y sus “uves dobles” a partir de la próxima temporada. “Uno no gana si otro no pierde”, como apuntaba Colbert en plena fiebre mercantilista.

A mi entender, esta actitud ha venido a empuqueñecer la brava proeza del once madrileño. Esta actitud no supone desprendimiento, ni espíritu deportivo, sino tan sólo potencialidad económica. Y esto en el deporte, me parece a mí, no debe contar o debe contar muy poco. Como español me duelen los comentarios que presiento. En las capitales europeas no se dirá ya que un equipo de fútbol español es el más diestro en el arte de patear una pelota, sino el más poderoso en recursos financieros. Un equipo cuajado de “kas” y “uves dobles” y “eses líquidas” no puede representar, me parece a mí, en ninguna parte, al balompié nacional.

Yo me temo que, por este camino, el Real Madrid acabará demostrando solamente que su club es el campeón europeo de taquillas, pero nada más.

Esto es muy triste y quienes creemos aún que el profesionalismo no destruyó totalmente el deporte, no podemos por menos de clamar contra esta lamentable orientación de nuestro fútbol. Estos millones podrían ser muy útiles, a mi juicio, para formar a las nuevas promociones, para desarrollar la cantera futbolística de Vallecas, pongo por caso, e incluso para acabar de poner a punto y en disposición de alcanzar categoría de fenómenos a los muchachitos de Baracaldo y Ondárroa que esperan, pacientemente, su oportunidad. Todo menos aduletrar ahora una limpia trayectoria, cuyo último eslabón ha sido Bruselas, para que los aficionados europeos en lugar de hacerse lenguas del fútbol español puedan recibir en lo sucesivo los triunfos de nuestros equipos representativos con un displicente: “Así ya se puede”.

## LA PESCA DE LA TRUCHA

UNO de los deportes a los que el no iniciado arriba indefectiblemente en momento inoportuno es la pesca de truchas con cucharilla. Puestos a ver, esto de la pesca requiere más esperanza que fe, de ahí que las mujeres, que tienen más fe que esperanza, sean malas pescadoras. Ellas creen, en efecto, que los ríos de montaña están poblados de truchas, pero desesperan de agarrarlas, y de ahí que rara vez se pongan a la tarea. En cualquier caso, el oficio de pescador de trucha con cebo artificial exige tal dosis de paciencia y humildad que desconfío que las generaciones venideras lleguen a ejercitarlo.

Esto no es obstáculo para que la pesca de trucha con cucharilla constituya una hermosa y sugestiva teoría. Si el lector platica con un experto, éste le dirá que nuestros ríos del norte representan en este aspecto un paraíso; que este tipo de deporte es el más económico, puesto que con una misma cucharilla se pueden atrapar tres o cuatro docenas de truchas; que es el ejercicio más sano y también el más adecuado para aventar el mal humor acumulado en seis días de oficina; y, en fin, que extraer del río una pieza de dos kilos constituye una de las emociones más decantadas y profundas que la vida puede preparar aun al hombre de nuestro tiempo.

La teoría, como digo, es tan hermosa, que uno no vacila en proveerse de una caña ligera, un carrete de lanzar, un aparejo, unas botas altas, una docena de cucharillas, dos de empuillones y una cesta, es decir, un equipo completo que, más o menos, andará rondando los 500 duros. Y apenas se abre la veda, se llega al río con una avidez sólo comparable a la de los antiguos buscadores de oro. Lo curioso del caso es que mientras usted se obstina en lanzar y recoger inútilmente la

cucharilla, su desinteresado asesor, desde la otra ribera, no hará más que amontonar truchas en la canasta valiéndose de una caña de cinco duros y una lombriz. Al final de la jornada usted habrá dejado entre la maleza del fondo una docena de cucharillas y entonces su asesor le advertirá que principio quieren las cosas, y que para aprender hay que perder, y que en marzo baja un paquete de agua imposible, y que vuelva usted en junio. No hay credulidad comparable a la del aprendiz de pescador y usted volverá en junio, dejará en el río otra docena de cucharillas sin fruto y, al concluir, su desinteresado asesor le hará ver que el día está raso y los peces advierten el engaño, mas ello no impedirá que él siga amontonando truchas sin moverse de bajo un olmo con su caña de cinco duros y una lombriz. Mas la constancia del aprendiz raya en la obstinación y usted aguardará al primer nublado para asomarse de nuevo al río. Todo inútil, porque, como le indicará su asesor al terminar la jornada, las aguas bajan lodas y espesas y los peces no distinguen el cebo.

En suma, dudo mucho que exista un momento oportuno para que el aprendiz urbano pueda lograr su primera trucha valiéndose de una cucharilla. En este menester, como en todos aquellos en que la competencia anda por medio, nada como dejarse guiar por los consejos del principiante. El experto truchero suele ser un ente hermético y desconfiado que únicamente le advertirá que en el río hay una piedra después de verle tropezar en ella. Guiado por mi buen deseo, me considero, pues, en la obligación de advertir a los presuntos pescadores de trucha con cebo artificial lo siguiente:

a) Que no se dejen engañar por las apariencias, supuesto que si uno se desplaza a pescar a Cuenca, resulta que el paraíso del pescador está en León, pero si se llega a León, resulta que el paraíso está en Cuenca.

b) Que la práctica choca con la teoría en lo referente a la economía de este deporte. Más fácil que pescar tres docenas de truchas con una cucharilla, es pescar una trucha con tres docenas de cucharillas.

c) Que la trucha aún no tiene apetito en marzo y en abril

ya se le ha pasado. Y aun dando por supuesto que lo conserve, si el día está claro los peces ven el artificio y si está oscuro no distinguen el cebo, y

d) Que no se engañe diciéndose que el campo, al menos, sirve para aventar el mal humor de seis días de oficina. Es mucho más probable que tenga que utilizar los seis días de oficina para disipar el mal humor de un día de pesca adverso que lo contrario.

Y, si a pesar de estos consejos, el lector persiste en su decisión de pescar truchas con cucharillas, allá él se las componga.

(1958)

## CARIDAD ESPECTACULAR

Es deprimente observar cómo va perdiendo actualidad aquella máxima que, aludiendo a la caridad cristiana, afirma que ésta debe ser tan discreta que la mano izquierda no se entere de lo que hace la derecha. Esta forma de caridad, la única valedera, ha caído en nuestros tiempos en desuso. Uno hace hoy caridad cuando está convencido de que va a enterarse de su gesto no sólo su mano izquierda sino la mano izquierda del vecino de enfrente, es decir, cuando su nombre va a salir impreso en los papeles o va a ser voceado por la radio como ejemplo de liberalidad y nobleza. De otro modo, apenas si se arriesgaría a ser caritativo a no ser que a cambio de unos billetes se le ofrezcan dos docenas de buenos escotes y una opípara cena fría. La otra caridad resulta en 1959 mortalmente aburrida y no poco trasnochada. La mano izquierda no soporta ignorar lo que hace la derecha. En definitiva uno llega a la caridad a caballo de la sensualidad o de la vanidad; de otro modo prefiere quedarse en el camino.

Mucho me temo que con estos movimientos de caridad colectiva organizada estemos dando al traste con el verdadero sentido de la caridad o, en todo caso, me pregunto, si con estos movimientos no tratamos de disfrazar de caridad la falta de justicia. Lo cierto es que este fenómeno de la caridad organizada, de la caridad a golpe de gong, va tomando carta de naturaleza en el país y la gente se divierte mucho viendo cómo se rasca el bolsillo el vecino dando ciento por lo que no vale uno o disfrazando de amor al prójimo la más descarada forma de vanidad que han conocido los tiempos.

El juego de azar ha adoptado en nuestra época una modalidad publicitaria muy bien orientada que, dentro del espíritu

comercial, es perfectamente correcta. De este modo, antes que a la lotería, el español juega hoy al concurso X o al carrusel Z, ya que sin ningún desembolso se le ofrece la oportunidad de hacerse rico o, siquiera, de atender una necesidad que con el trabajo de cada día sería muy difícil satisfacer. Todo esto está muy bien y es muy plausible dentro del ámbito mercantil para el que estos programas fueran creados. Lo malo empieza cuando se traslada el sistema a otros campos y el instinto de puja y emulación se utiliza, por ejemplo, para estimular la caridad, al socaire de la miseria de ciertas capas sociales o de una calamidad colectiva. Hay momentos en que la solidaridad humana debe manifestarse en silencio porque no es lícito que con el dolor de los unos monten los otros un juego de sociedad. No obstante, y aunque tal vez todos estamos persuadidos de ello, cada vez pisamos menos firme en este terreno. La vida moderna se caracteriza por la inclinación a hacer frivolidad de las cosas más serias y respetables. Hoy son muchos los pasodobles que se marcan en España a costa de los habitantes de las chabolas y demasiadas las verbenas montadas, como un frívolo funeral, por los supervivientes de una catástrofe.

Es posible que estas medidas sirvan para juntar un dinero que sin ellas nunca se podría juntar. Es posible que esos dineros vengán luego a remediar necesidades urgentes o aliviar estremecedoras llagas sociales, pero es evidente que existe un desajuste entre el fin y los medios; una incongruencia entre la manera de allegar esos fondos y su destino. Esto equivale a afirmar que la caridad como tal está en nuestro país en franco declive y todo aquello de la "solidaridad" y el "desprendimiento de los españoles" no son sino frases acuñadas por nuestra pobre vanidad con la intención de ocultar pudorosamente una frívola ligereza y ese exacerbado anhelo de divertarnos, aunque sea bailando un chotis sobre el hambre y la desnudez de nuestros prójimos.

(1959)



## UNA HISTORIA COMÚN

EL esfuerzo de varios países europeos por crear un mercado común demuestra hasta qué punto el hombre contemporáneo anhela una fórmula de estrecha convivencia. Tal esfuerzo se me antoja plausible, mas en todo caso considero que se trata de un parche que no afecta para nada a la entraña de la cuestión. Peca de ingenuo todo procedimiento que pretenda estrechar los lazos entre los hombres sin más que modificar las cosas en torno y la organización de las cosas en torno. Sin duda, este puede ser un camino, pero existe otro más corto, cual es el de llegar a las cosas a través del hombre, es decir, transformar al hombre para que, a su tiempo, pueda éste corregir serenamente los errores a que están sujetas las cosas que de él dependen.

Un mundo poblado por hombres de buena voluntad sería un mundo sin problemas, puesto que es incontestable que no son los problemas los que engendran la mala voluntad de los hombres, sino que son los hombres de mala voluntad quienes engendran los problemas. A mi entender, lo sustancial es, pues, enmendar al hombre en la convicción de que lo demás se nos dará por añadidura.

Viene esto a cuento de la particular y apasionada manera que hay de enseñar la historia en todos los pueblos del mundo. Y no me refiero tanto a lo que el historiador puede poner en la obra de su propia cosecha cuanto a la manera subjetiva de enfocar los acontecimientos que nos son comunes.

A este respecto puedo asegurar que los párvulos de Chile y la Argentina tienen una idea de la dominación española radicalmente diferente de la que tienen nuestros párvulos. Otro tanto acontece con los párvulos italianos respecto al Gran Ca-

pitán o con los párvulos belgas respecto a Felipe II y el duque de Alba y con los párvulos franceses respecto a Francisco I. Esto quiere decir que cada cual habla de la Historia conforme le fue en ella y que no es infrecuente que el héroe de unos sea un pirata para otros o el genio conquistador de éstos sea un déspota para aquéllos, y un cobarde para los de más allá. El caso es calentar la imaginación de los pequeños desde que tienen uso de razón y enseñarles a odiar o despreciar a determinados pueblos desde que nacen. A mi entender, ningún país del globo está libre de pecado, a excepción, tal vez, de esos pueblos inteligentes, meros espectadores de las peleas ajenas, que si fueron felices, según ya es sabido, es porque no tuvieron historia. De este modo y abarrotando las jugueterías de soldados de plástico, ingenios atómicos y aviones de bombardeo, ya tenemos a nuestros niños dispuestos, desde su más tierna infancia, a ceñirse las cartucheras y a agarrar el fusil.

Esto ocurre, antes que nada, porque los hombres hemos dado en llamar Historia, con mayúscula, al repertorio de violencias que separaron a los pueblos desde su origen. La Historia, por antonomasia, es la reseña de las guerras y crueldades que en el mundo han sido; la Historia que se enseña a los párvulos de todos los pueblos es la Historia de las diferencias habidas entre ellos. La Historia de las cosas que unen, como puede ser la música, el comercio, o la literatura, o no se estudian nunca o se estudian ya por alumnos especializados, con un lastre de prejuicios, odios y menosprecios cuidadosamente asimilados durante la primera infancia.

Antes que un Mercado Común — o además, puesto que éste tampoco estorba — los prohombres de la política mundial, que cuanta mayor profesión de paz hacen, más nos aproximan a una nueva guerra, podrían convocar una asamblea de intelectuales para estudiar la redacción de una Historia Común, una Historia para blancos y negros, en la que después de resaltar las cosas que a lo largo de los siglos unieron a los hombres, estudiaran objetivamente y sin cargar las tintas el repertorio de guerras y crueldades que los separaron.

## UN NUEVO ESCRITOR

CONOZCO a una señora que goza poniendo frente a frente a dos desconocidos y no por disfrutar del placer de presentarles entre sí sino por gozar del placer de la puntualización. De entrada, ella elude siempre el papel de presentadora:

— Anda — le dice a su marido —, haz las presentaciones.

Y el marido, que es un hombre tímido, barbotea torpemente los nombres de los personajes en cuestión, mientras ella acecha el momento oportuno para meter baza y subrayar los saberes de cada uno y, de paso, dejar al marido en una situación desairada:

— Hijo, oyéndote parece que Fulano no sea nadie. Este señor — aclara — pinta muy bien y ha expuesto en la Sala Sur de Santander por dos veces y ha hecho los retratos de las sobrinas de un ministro.

Esta señora puntualiza sabiamente y puede asegurarse que ha nacido para presentadora, ocupación que a mí me va muy mal, razón por la que hasta el momento me las arreglé para declinar este cargo. Sin embargo, ahora, con Santiago Rodríguez Santerbás no puedo hacerlo por muchas y varias razones; la primera, y tal vez la más importante, porque tengo la impresión de que Santiago Rodríguez Santerbás va a dar que hablar en el campo literario nacional, y la segunda, y no desdeñable, porque Santiago Rodríguez Santerbás es, como yo, un habitual de Sedano.

Para sentar las cosas desde un principio diré que Sedano es mi pueblo, un pequeño gran pueblo de Burgos, donde la gente llega a vieja comiendo manzanas y miel, los cangrejos y las truchas se multiplican confiadamente en los regatos y los conejos corren libres por el monte sin temor a la mixomatosis.

Quiero anticipar con esto que Sedano es un pueblo muy sano y que ni las manzanas ni los hombres tienen coco allí. “Pero, bueno — me dice, a veces, la gente —, ¿no es usted de Valladolid?” En efecto, uno nació — o le nacieron — en Valladolid, ciudad de la que se siente orgulloso, pero eso no obsta para que a uno, desde pequeñito, le gustase tener su pueblo, siquiera para poder decir: “Allá, en mi pueblo, para ahuyentar los topos plantan en los huertos un árbol que llaman tártago que es talmente como una verde y gigantesca araña tropical”. Porque es en los pueblos donde nacen las cosas y las costumbres y cada pueblo tiene una cara, y no como las ciudades que todas se asemejan porque todas, incluso las más pequeñas, aspiran a parecerse a Nueva York. Así que Sedano es mi pueblo y no por la casualidad de haber nacido en él, sino por decisión deliberada de haberle adoptado entre mil.

Y por allí, por Sedano, caía también Santiago Rodríguez Santerbás con sus veinte años y sus papeles y sus ilusiones y bajo los cuatro pinos de mi casa, oliendo a espliego, a nueces y a alolvas, charlábamos de esos temas extraños que inspiran los libros y quienes los escriben. Y S. R. S. había leído ya muchos libros a sus veinte años, muchos más libros que yo, y me decía: “¿Qué te parece Fulano?” Y yo le decía: “No le conozco”. Y él me decía: “¿Escribes libros y no te gusta leerlos?” “Me asustan”, le confiaba yo. “¿Qué es lo que te asusta?”, me decía él. Y yo respondía: “Los libros”.

No obstante, una tarde Santiago Rodríguez Santerbás me entregó un original ligero que se llamaba “El camino de las sirenas”, y me dijo que iba a presentarlo al Premio Gerper-Ateneo de novela corta, de Valladolid. Y, entonces, yo fui y lo leí y advertí que, pese a que Santiago Rodríguez Santerbás no contaba más que veintidós años, su libro era un libro maduro y, sin embargo, no me asustaba, porque “El camino de las sirenas” era un libro transparente, un libro sin coco, como las manzanas y los hombres de Sedano. Y cuando me dijo: “Ponme reparos”, yo le dije: “Aquí hay un cazador que mata perdices en agosto y las regala a los vagabundos”. Y él me preguntó: “¿Y qué?” Yo adopté una llaneza cinegética para responderle: “Las perdices no pueden matarse en agosto

porque están en veda y, por otro lado, no conozco un cazador que después de sudar una perdiz por una ladera la haya regalado a un vagabundo". Entonces Santiago Rodríguez Santerbás dijo: "Bueno, lo que yo quiero es que me hagas reparos literarios. Critícame". Y yo me quedé parado porque "El camino de las sirenas" era un libro equilibrado, de poético simbolismo, con un extraño regusto a salvia y a bravío. "Está bien — le dije —. Tu libro está muy bien." Más tarde reflexioné sobre las razones por las que su libro me parecía bien y llegué a la conclusión de que Santiago Rodríguez Santerbás era una excepción en el mundo de las letras, puesto que llegaba a él con una obra a la que no le sobraba nada. De ordinario un primer libro no es bueno por lo que le sobra, no por lo que le falta. Quiero decir que, generalmente en los primeros libros, el escritor se da de más, se vuelve del revés, se pasa de rosca. De ahí que las primeras novelas de los jóvenes novelistas se malbarataran por exceso, por un ingenuo afán de no dejar nada en el tintero. Los resultados, pues, hubieran podido mejorarse si el joven autor poseyera el don de la medida. No obstante, es en esta carencia, precisamente, donde se delatan los pocos años. Pues bien, Santiago Rodríguez Santerbás poseía este don de la medida, o si se prefiere, de la ponderación, desde su obra inicial. "El camino de las sirenas" era una pieza sobria, ventilada, de cielo alto, con un mensaje no enunciado pero que se desprendía sencillamente del fondo de las cosas, del decurso de las incidencias novelescas. Santiago Rodríguez Santerbás se revelaba, pues, como un hábil administrador de palabras, como un joven maestro de economía literaria.

Bueno, Santiago Rodríguez Santerbás se presentó al Premio Gerper-Ateneo con esta novela y el Jurado de este premio reparó en seguida en sus valores y la llevó pareja con "La muerte supitaña", de Fernando Gutiérrez, hasta la final, donde "El camino de las sirenas", como esos equipos que no se entregan sin lucha, cedió el paso a su rival por la mínima diferencia. Empero, Santiago Rodríguez Santerbás, aun sin premio, se había consagrado a los veintidós años, pero, por si acaso, él quiso apuntalar su éxito en el mismo Valladolid antes de transcurrir un año, y en octubre de 1960 presentó su cuento "Joro-

bita" al concurso "Jauja", premio que se llevó de calle por una insólita unanimidad de los once miembros del Jurado. El paso era importante. Con "Jorobita", como con los artículos que en el intermedio publicó en "El Norte de Castilla", Santiago Rodríguez Santerbás volvió a evidenciar su casta de escritor, su dominio literario, su ponderación, en suma, una anticipada y sorprendente madurez. Lógicamente yo debería presentar aquí a "Jorobita", pero, contra costumbre, me voy a limitar a abrirles a ustedes la puerta del toril, porque entiendo que "Jorobita" — ese animal tan disparatadamente humano que surge ya impaciente tras esta página — es un joven torito que se presenta solo.

(Prólogo al libro "Jorobita". 1960)

## HA MUERTO MARIANO DE COSSÍO

CONOCÍ a Mariano de Cossío hace apenas seis semanas, en Santa Cruz de Tenerife, donde residía desde hace veinticinco o treinta años. Mariano cerraba para mí el admirable triunvirato artístico de los Cossío, cuyos otros dos miembros, Francisco y José María, me eran familiares desde la infancia. Eduardo García Benito me había dicho antes de partir:

—Saluda a Cossío; es uno de los pintores españoles de este siglo con verdadero talento.

Pero antes que al pintor encontré al hombre. Mariano de Cossío era un auténtico campeón de la modestia, de la llaneza, de la efusividad.

—Llámame de tú; me haces viejo —me dijo tan pronto nos saludamos. Y nos enredamos en una conversación interminable, donde el reloj no contaba. Mariano estaba en Canarias sólidamente enraizado y su talento artístico, del que están impregnadas todas las piedras de la isla, no se le había subido a la cabeza. Como hombre inteligente, era un disconforme consigo mismo:

—A los sesenta y ocho años me he dado cuenta de que no soy pintor —me decía—. Pero guárdame el secreto, porque a estas alturas ya no podría ganarme la vida de otra manera.

Su sentido del humor, ese humor sutilmente irónico, tímidamente escéptico de los Cossío, se manifestaba en Mariano de una manera explosiva:

—Yo estoy aquí porque perdimos Cuba y Filipinas. A los isleños les desagrada que les diga esto, pero es la pura verdad.

Con muy buen sentido, Mariano de Cossío entendía que en España un funcionario está tanto mejor cuanto más alejado del poder central, del foco donde se cuecen las pasiones y las



intrigas de todo orden. Como buen Cossío, él anteponía su independencia a todo. Mariano era el antiarribista, el antimundano. Cuando todos los artistas de su generación se obstinaban en conquistar Madrid, tuvieran o no talento, él sitiaba a Tenerife “porque las Filipinas ya no eran nuestras”. El dinero, la llamada de París, jamás le desazonaron. Primero que todo estaba su vida, la propia tranquilidad. De este modo, Cossío pudo hacer su obra, una obra dilatada y vigorosa, cuya proyección futura no es fácil prever, aunque es incontestable que perdurará.

Me asombraban su energía, su luminosa vitalidad, y así se lo dije:

—No es oro todo lo que reluce. Mira estas piernas; bueno, ahí donde las ves apenas pueden sostenerme.

Cossío iba en taxi a las clases del Instituto, a la Universidad, a ver a sus nietos. Pero cuando hablaba de sus piernas medio inútiles se reía alborozado como si aquello no tuviera importancia:

—Algunos me aconsejan que me opere, pero yo no hago caso. Cuando la cuerda se acabe, se acabó.

El vallisoletanismo de Mariano de Cossío era en Tenerife una cosa proverbial. Él me hablaba muy divertido de la fuerza expansiva de nuestro pueblo. Me contaba que su hijo Joaquín, después de quince días de barco, cuatro de tren y dos de automóvil, había llegado al corazón del Congo belga. Allí, en plena selva, encontró una fonda donde se alojó y, al cabo, resultó que la dueña era una española.

—¿Sabes de dónde era?

—No.

—De Valladolid, naturalmente. Nacida en el barrio de San Juan.

Y se reía. Cossío reía siempre, con una risa franca, espontánea, contagiosa. Tan sólo se ponía serio y afilaba implacablemente su espíritu crítico ante sus propias obras.

Volvimos a vernos siempre que tuve oportunidad. Su conversación jamás languidecía. Era un conversador ingenioso, que amenizaba cualquier tema con observaciones muy personales. Al fin nos despedimos:



— Iré a Valladolid para Navidad — me dijo —. Allí continuaremos charlando.

Nos habíamos conocido tarde y se diría que ambos presentíamos el tiempo tasado, que nuestras posibilidades de conversación eran muy limitadas. Mas ni él ni yo podíamos imaginar cuando nos retrataban juntos ante la iglesia de Santo Domingo, en cuyos muros deja Cossío buena parte de su inspiración, que en nuestra ciudad rendiría el artista su último viaje; que en un orden de cosas dirigido desde lo alto, Mariano de Cossío venía a cerrar su ciclo vital, precisamente en el mismo rincón del mundo donde lo iniciara hace ahora sesenta y ocho años.

Se ha dicho, y es cierto, que la costumbre engendra afecto y que los huecos que dejan aquellos con los que a diario convivimos son los más difíciles de llenar. Mas esto no rige con los temperamentos abiertos, acogedoramente cordiales, como el de Mariano de Cossío, cuya prematura e inesperada marcha dejará en todos sus amigos — incluso en aquellos que, como yo, apenas le tratamos unas horas — un recuerdo imborrable.

(1960)

## SÍ ERA DE LOS NUESTROS

A mi retiro de Valladolid llega la noticia de la muerte del escritor Vidal Cadellans, en su retiro de Igualada, a los 31 años de edad. La noticia me ha dejado paralizado unos instantes, pues aunque no conocía personalmente al escritor, sí le conocía a través de sus libros, de sus escritos en los periódicos y, sobre todo, de las extensas cartas que me dirigió, hace ahora poco más de un año, con ocasión de un incidente poco grato del que fui protagonista.

A través de estas cartas, Vidal Cadellans me evidenció su necesidad de comunicación, su nobleza de alma, su efusividad y, antes que nada, su sinceridad. Todas estas cualidades ya las barruntaba yo después de leer su libro "No era de los nuestros", premiado con el Nadal, libro, que, por encima de su valor literario, encerraba un alto valor documental al denunciar una vieja lacra de la sociedad española, siquiera a su autor le pareciera "mediocre y muy por debajo de lo que quisiera haber escrito".

De entrada, era, pues, José Vidal un hombre modesto que cultivaba con amor su libertad interna y a quien le dolía España, ya que como ser sensible que era estaba persuadido de que el convencimiento de la perfección patria, personal o de la propia obra es el primer indicio de esterilidad. Tras sus desengaños — "me repongo de una simpática enfermedad de pulmón que me ha acompañado fielmente diecisiete años..." "He conocido de cerca eso tan desagradable que llamamos pobreza..." "Cuando tenía catorce años tan sólo, murió mi padre..." —, tras sus desengaños, digo, José Vidal llegó a tres importantes conclusiones. Primera: "Lo interesante es el hombre, el Juan de la calle, el hombre tal como es...". Segunda:

"Creo que la gente se entiende hablando, pero que es preciso aprender a hablar y a entenderse... y por ello nuestra responsabilidad de escritores es muy crecida...". Y, tercera: "Quizá vale la pena que los hombres de buena voluntad se den la mano y se conozcan y reafirmen su fe en ellos mismos, esas llamas vacilantes en medio de la tempestad...".

He aquí el mensaje de un joven muerto, de un hombre que se va antes de poder decir muchas cosas: "Estoy ahora tratando de encontrar algunos diarios o revistas en los cuales decir una parte de lo que me muerde el alma, pero la necesidad de gritar a los que duermen, de hacer lo posible, a pesar de todas las limitaciones, para que los españoles piensen por su cuenta, casi me obligaría a disponer de un diario entero". A José Vidal, a los treinta años, le roe el sentido de la responsabilidad, un anhelo apasionado de difundir su noble inquietud. Sin embargo, no es pesimista: "La vida me ha venido a tratar bastante bien, ya que los largos años de enfermedad me obligaron a abandonar mi recién empezado oficio de encuadernador, abandoné asimismo el de burócrata, más acorde con mi precaria salud, pero incompatible con mi carácter, y he pasado un total de ocho años sobre estos dieciséis o diecisiete de enfermedad en que no he trabajado, lo cual me ha permitido leer cantidades abusivas de libros, aprender algunos idiomas para poder leer más (aprendí inglés para leer a Shakespeare y me daba a todos los diablos ahora hace diez años porque me estaba muriendo y no tenía tiempo de acabar de aprenderlo, ya que sólo entendía el "to be or not to be" y para de contar) y disponer de muchísimo tiempo para pasear y pensar".

De otro modo, José Vidal Cadellans se reponía — creía él que se reponía — y, en su ilusión elaboraba proyectos para el porvenir: "Vivo en un pueblecito cercano a Barcelona — montaña y bosque —, 350 metros de altitud sobre el nivel del mar, como dicen las placas de las estaciones y pronto me iré a vivir a Igualada, calle San Cristóbal, núm. 2, 2.º, 2.ª, donde tienes tu casa". "Mientras, preparo una extraña novela, «Ballet para una infanta melancólica», manifestación de un joven airado o «young angry man», que soy yo, bajo una forma bastante especial, pero es una manera de decir que estamos hartos

de pillos y que todo lo que nos predicán como bueno y eterno es paja y polvo.”

Vidal Cadellans esperaba salir a la luz — ¿ha salido tal vez antes de lo que esperaba? — y confiaba, según su último mensaje, en que “si todos aquellos que creemos en estas raras cosas llamadas libertad y dignidad humanas nos ponemos de acuerdo y nos animamos mutuamente y nos decimos mutuamente que no todo es estupidez y tontería y pelotillerismo y luchamos juntos contra todo esto, este país no va a ser siempre la Cenicienta de Europa. ¿Nos apuntamos al optimismo?”

Se nos ha ido un hombre joven, con el alma extrañamente madura; un hombre cuyo rostro jamás tuve frente a mí, pero al que creía conocer más profunda, lúcidamente que a muchos de los seres con quienes la vida me enfrenta a diario. Silenciosa, humilde, cristianamente ha descansado en su rincón catalán José Vidal y yo, con el pulso aún inseguro, quiero rendirle, desde mi rincón castellano, el homenaje de estos renglones.

(1960)

## LA CARA LAVADA

UNA reciente disposición ha venido a ordenar el adecentamiento de nuestros pueblos, seguramente con vistas al turismo. Es significativo observar que lo que en veinte siglos no hemos decidido por propio respeto lo hagamos ahora por respeto a los demás o tal vez, por la vanidad de parecer más aseados de lo que somos. En cualquier caso, el hombre de la calle o el gacetillero cuando observan algo anómalo dentro de un racional curso de las cosas, se preguntan y aun preguntan a la opinión: ¿Qué dirán los turistas que nos visitan? Cuando dentro de un cuadro de lógica elemental deberíamos decir: si esto está mal o aquello marcha inadecuadamente, evitémoslo o mejoremos su funcionamiento. Es decir, si observamos la falta o la deficiencia, corrijámoslas antes que por lo que diga el turista por lo que aquello encierra de incongruente o perjudicial. Ello no significa, antes al contrario, que censuremos el respeto al prójimo pero, con frecuencia, nuestro espíritu de superación no proviene de ese respeto sino del bochorno que nos produce que el forastero nos contemple, sin ambages, en nuestra propia salsa. Lo peor de todo esto es, sin embargo, que a nuestro condescendiente: “¿Qué dirá el turista que nos visita?”, no corresponda el turista con un: “¿Qué dirá el nativo que visitamos?”, con lo que nuestra generosa actitud queda sin la debida contraprestación.

Pero estoy saliéndome del tiesto. Hablaba del adecentamiento de los pueblos “por real decreto”, fenómeno no nuevo, puesto que ya Carlos III realizó esfuerzos en este sentido y, con frecuencia, la reacción popular le dejó atónito, hasta el punto de que en cierta ocasión exclamó: “Los españoles son como niños pequeños; lloran y patean cuando se les limpia y

adecenta". Por otra parte, Salazar, en Portugal, dispuso igualmente hace unos años que los pueblos se brindaran al visitante con la cara lavada. Esto, tanto como una aspiración higiénica loable encubre un sentimiento de incomodidad por el hecho de que la miseria pueda trascender. En este sentido antes que adecentar los exteriores de los pueblos procedería estudiar los interiores y ver de descubrir aquellas lacras cuyas manifestaciones nos resultan vergonzantes. Pretendo decir que tal vez estudiando la organización administrativa y aun los aspectos económicos y social de nuestros medios rurales — y modificándolos de acuerdo con las conclusiones extraídas — mejoraríamos su presencia, si no por otra cosa, sí por aquello de que la cara es el espejo del alma. La mirada torva, el desaseo, el abandono, responden ordinariamente a unos entresijos deficientes, susceptibles de ser perfeccionados.

De otro lado, a los hombres de nuestros pueblos, tan generosos como bien mandados, conviene hablarles claro y controlarlos de cerca, a fin de evitar desaguizados. Pongo por caso el de dos pueblecitos serranos, cuyas casas son de piedra noble y que han sido enjalbegados hasta las tejas por aquello de complimentar debidamente la disposición de adecentamiento. (Y aun tengo entendido que la abnegación del mocerío de uno de estos pueblos llegó al extremo de brindarle al cura su prestación personal para encalar la iglesia — un templo ciertamente híbrido pero con un sabor antañón y digna prestancia — y destruir el nido de cigüeñas que coronaba la torre.)

Si hay algo a lo que no podemos renunciar los españoles, pese a lo que nuestra pobreza y deficiente organización social deje trascender, es a nuestra personalidad regional. Con esto quiero decir que prefiero un pueblecito soriano o montañés con su pátina — o su porquería — de siglos que un pueblecito soriano o gallego que pueda confundirse con un cortijo extremeño. Bien están el decoro y el aseo siempre que el decoro y el aseo no den al traste con nuestra peculiar fisonomía.

(1960)

## LOS PUEBLOS MORIBUNDOS

**D**ESDE hace unos lustros se observa en Castilla — en los pueblos y aldeas castellanos — una tendencia progresiva a la emigración. El éxodo se acentúa a medida que las voces de sirena de la civilización son más embaucadoras y sugestivas. Pero al propio tiempo no sería justo desconocer que este movimiento general hacia la periferia — que ofrece unas perspectivas de vida más estables y lisonjeras — es promovido en buena parte por las condiciones ínfimas, por los escasos alicientes que la vida rural, y muy especialmente la de los burgos castellanos, brinda a sus habitantes. De este modo se está produciendo en Castilla, particularmente en Castilla la Vieja, y más concretamente en las provincias de Burgos y Soria, el abandono de pueblecitos enteros, lugares que al ser visitados producen una impresión desoladora.

La población de Castilla nunca fue excesiva. En la Edad Antigua la región es, como casi todas las regiones españolas, un crisol de razas, con la particularidad de que las pobres, cuando no míseras, condiciones de vida que Castilla ofrece, no suponen una tentación para el invasor. Quiero decir que de los pueblos iberos, fenicios, cartagineses, romanos, bárbaros, tan sólo asientan en Castilla las tribus más sobrias y sufridas, o sea aquellos hombres para quienes la lucha contra la adversidad — esto es, contra una tierra ingrata y una climatología veleidosa — supone un estímulo antes que una causa de desaliento. Esto explica tal vez que en Castilla se haya fraguado el país — digamos sus virtudes más definidoras —, de acuerdo con la frase de Ortega: “España es una cosa hecha por Castilla”.

Hoy nadie escoge voluntariamente la miseria y nada puede extrañarnos, por tanto, que los más desheredados busquen aquí



o allá unas migajas de civilización o de confortabilidad, llegando, si ello fuera preciso, al desarraigo, incluso en zonas como Castilla, donde la resistencia a la emigración bien puede considerarse hasta nuestros días como una constante histórica.

Acabo de visitar Cortiguera, un pueblo burgalés en trance de desaparición. Quiero dar a entender que en él aún alienta la vida — una vida lánguida, feble, apenas perceptible —, aunque lógicamente cabe pensar que por poco tiempo. Entre sus abandonadas casas de piedra, muchas de ellas con blasón en sus fachadas y airosos arcos de dovelas en sus zaguanes, habitan dos matrimonios de viejos y dos viudas, asimismo viejas. Es un pueblo moribundo; un pueblo en la agonía. Sus callejas tortuosas, invadidas por la ortiga y el helecho, sin un ladrido ni una risa de niño que quiebre el silencio, encierran un patetismo tétrico, un lúgubre aire de camposanto. Junto a una esquina, el forastero se topa con una vieja desgredñada que hace leña paciente. La sorprende nuestra irrupción.

— Bienvenidos seáis — dice, y prosigue en su tarea.

La estampa de la vieja entre los muros agrietados de piedra amarilla, bajo un silencio sobrecogedor, es puramente medieval. La expresión de sus pequeños, punzantes ojos azules es lejana y atónita; es la expresión de un ser que ha olvidado hace tiempo lo que es la vida de relación. Lenta, torpemente, nos da una idea de los recientes avatares del pueblo. Los jóvenes se fueron a Bilbao; los hijos de los jóvenes ya no conocen el lugar de sus mayores; ni unos ni otros quieren volver a oír hablar de él. ¿Para qué? Eso quedó atrás y se acabó.

Uno dice, tal vez infundadamente:

— Es una pena.

Y la viejecita del pelo estoposo y la punzante mirada azul arguye rápida:

— A ellos no les dio pena marchar.

Uno pasea su mirada estupefacta por las ventanas desvenijadas, las pinas callejas sin gritos de niño, la torre de la iglesia asaeteada por los vencejos, la fuente de agua fresca cantando en la plaza su inútil canción, y piensa cuánta culpa nos cabe a los hombres de las ciudades de estos éxodos repetidos. Porque

Cortiguera es un pueblo sin carretera, sin ferrocarril, sin teléfono, sin centros culturales, sin deportes, sin baile, sin televisión, y la juventud del siglo xx es, con justa razón, poco dada al sacrificio anónimo, al heroísmo inútil, al esfuerzo no recompensado.

(1961)

## UN CRISTIANO CONSECUENTE

José Jiménez Lozano se asoma cada viernes a la última página de "El Norte de Castilla" en una sección titulada "Ciudad de Dios". Ya lleva años en este empeño de redescubrirnos algo tan viejo como el cristianismo. Y cada jueves, Pepe Lozano aparece en mi despacho con la boina calada y una sonrisa como un hachazo iluminando su rostro infantil:

— Léelo con cuidado.

Y yo lo leo con cuidado. Y yo lo publico sin cuidado porque sé que un hombre con la suficiente modestia como para desconfiar de sí mismo es un hombre recto y honrado cuyas ideas, forzosamente, han de ser rectas y honradas. Y entonces la columna de Pepe Lozano llega a la casa de don José y a la de Emiliano, el herrador, y al bar Miguelín y al Círculo de Recreo. Y don José y Emiliano, el herrador, y los clientes del bar Miguelín y los habituales del Círculo de Recreo sorben ávidamente las palabras de Pepe Lozano y sus cerebros se ponen en marcha con mayor o menor celeridad. Pepe Lozano, las cosas de Pepe Lozano, llegan antes a los jóvenes que a los viejos. Es natural. Pepe Lozano, las cosas de Pepe Lozano, tienden a desarraigar tradicionales, torpes prejuicios:

— Pero bueno, ese Jiménez Lozano de su periódico, ¿qué es?

— Cristiano.

— Eso ya lo sabemos; aquí todos somos cristianos.

Esto es precisamente —nuestra pretendida seguridad de cristianos— lo que Pepe Lozano viene cada viernes a hacer tambalear. Las manifestaciones de nuestra fe no se adaptan como es debido a las exigencias evangélicas. Y con santa paciencia, Pepe Lozano va desmontando unos viejos juegos de

ideas en un país como el nuestro donde las ideas que uno mama, o las que se forja a lo largo de la vida, son muy difíciles de desmontar, tal vez porque se ciñen, de manera sorprendente, a las conveniencias de cada uno:

— Pero bueno, ¿me quiere decir qué es?

— Cristiano, ya se lo he dicho.

— ¿Cómo cristiano?

— Cristiano consecuente.

— ¡Ah!

Pepe Lozano vive retirado en un pueblecito de Valladolid, Alcazarén, con sus casas de adobe, su barro, su trigo y su pobreza. También algún pino que otro para disfrazar la aridez. Allí estudia, allí escribe, allí trabaja:

— Oye, Pepe, ¿por qué no te vienes aquí, a Valladolid?

— Por ahora, no interesa.

A Pepe Lozano no le encandilan los puestos para toda la vida, ni le preocupan los seguros de invalidez, ni le tientan las reuniones sociales. Dios proveerá. La inestabilidad que tanto abrumba a nuestros coetáneos es para él lo que el agua para el pez.

— Pero, Pepe, ¿no tienes tú la Licenciatura de Letras, el título de periodista, el...?

— ¿Y eso qué importa?

Nada importa nada sino mostrarse consecuente con las ideas que uno predica. Pepe Lozano lleva esta consecuencia a extremos inconcebibles. Hace unos meses apareció en mi despacho, la boina en la cabeza, una sonrisa ancha, de oreja a oreja:

— El lunes me caso.

— Pero Pepe, así, sin...

— El matrimonio es un sacramento, no una fiesta. De todos modos, si quieres ir...

Y Pepe se va; marcha siempre con su ancha sonrisa y sus prisas porque el coche de línea no aguarda. Y en sus prisas olvida inevitablemente en la redacción la gorra, el paraguas, o la cartera. Un buen día, Pepe Lozano depositó la pipa en un buzón de alcance y no advirtió su error hasta que trató de fumar la carta que llevaba en la mano. Pepe Lozano es así. Pepe Lozano es así porque ordinariamente utiliza la cabeza

para pensar y estima que ni la pipa ni la carta merecen una atención desmedida. Con Pepe Lozano, Carlos Campoy, Martín Descalzo, Miguel Ángel Pastor, Javier Pérez Pellón, Bernardo Arrizabalaga, César Alonso y Manuel A. Leguineche fundé un día una sección de "El Norte" titulada "El Caballo de Troya". Esto de "El Caballo de Troya" era una cabeza de puente en el mundo de la frivolidad, dedicada a enseñar a pensar a los que ordinariamente no piensan y a tratar de ordenar el pensamiento de los que de buena fe desean pensar. La sección cayó muy bien; la sección llevaba el espíritu de Pepe Lozano que es, para entendernos, un espíritu de caridad justa. (Justa es una palabra incómoda pero insustituible, en este caso, para delimitar el concepto caridad, tan maltratado el pobre.) Un espíritu, en suma, que está, afortunadamente, cada día más extendido por el país.

— Oiga usted, pero este Lozano es un progresista, ¿no?

— Es un cristiano; un cristiano consecuente, para que me entienda.

— Bueno, eso lo somos todos.

— ¡Ah!

Un día, don Dictinio Velloso, inspector de Aduanas jubilado, me llevó en su coche hasta "El Norte de Castilla". Apenas cerré la portezuela me dijo de sopetón:

— Bueno, ¿y qué hace Lozano?

Me puse en guardia:

— Trabaja.

Él movió la cabeza de un modo ambiguo. Yo tenía mis recelos por aquello de que Lozano, las cosas de Lozano, llegan antes a los jóvenes que a los viejos. Le pregunté tímidamente:

— ¿Es que le lee usted?

Y él me dijo:

— Naturalmente. Como todo el que busque algo.

(1961)

## SEDANO, SIN ISAAC PEÑA

**L**A noticia de la muerte de Isaac Peña me sorprende en Sedano, el pueblo donde él nació y donde discurrieron los últimos años de su vida. Isaac Peña fue el padre de los Peña — Juan José, Juan María, José Luis... —, esos periodistas que día a día nos brindan en los diarios del país pruebas de sus saberes y de su talento. Bueno, ahora, Peña, el señor Peña, Isaac Peña, Peña padre, ha muerto. Se ha ido sencillamente, pin pianito, con la misma modestia con que vivió. Pero aún queda Sedano. Su angosto valle de frutales, surcado por el río Moradillo, es como un monumento a su fidelidad. Porque la mitad de Isaac Peña era Sedano. Él trabajó denodadamente toda su vida porque sabía que al final, a la hora del retiro, Sedano le aguardaba. Y a Sedano se fue a sus setenta años, sin otro bagaje que su escopeta, su caña larga y sus reteles. ¿Para qué más?

Un hombre puede vivir del trozo de tierra que ha de cubrir sus huesos. Isaac Peña vivía, en efecto, frugalmente. Una cabra, cuatro gallinas, la escopeta, una caña larga y diez reteles. Los suyos trabajaban, desperdigados por la geografía europea, y él, en Sedano, se bastaba a sí mismo. Vivía en solitario, en su hermosa casona de la Tobaza, cabe el manantial que ríe junto a la carretera. Durante el otoño subía al monte; en la primavera bajaba al río, y entre estaciones, en esos breves ocios del cazador-pescador, paseaba su gallarda vejez — boina calada, una vara de fresno en la mano —, su perpetua sonrisa de hombre de bien. A ratos, Isaac Peña podaba sus manzanos, cataba su colmena, ordeñaba la cabra y charlaba lenta, pausadamente, con sus convecinos.

De repente, yo me presentaba en Sedano:

— ¿Qué, ya está usted aquí?

— Vengo a por unas truchas.

Sus ojos perspicaces se levantaban al cielo:

— Mal día para pescar.

— ¿Es que los hay buenos?

Isaac Peña sonreía bondadosamente:

— Algunos quedan todavía.

Luego, junto al Moradillo, coincidíamos. Él, con su caña larga, el ocho perfecto de la lombriz en la punta del sedal, la cesta de mimbre a la espalda. Del monte de enfrente bajaba el tintineo de las cabras.

— Este río no es fácil para cucharilla.

— No, no es fácil.

— Hacen falta pulso y precisión.

— Eso.

Íbamos avanzando río arriba. Él, sondeando las pozas con su lombriz; yo, lanzando la cucharilla en las chorreras. Se oía un motor y frente a las puertas de Ncedo cruzaba un vehículo envuelto en polvo. Isaac Peña entrecerraba los ojos:

— Ahí va Satur a Covanera — decía.

O bien:

— La furgoneta del Emiliano. ¿Dónde irá el Emiliano a estas horas?

O bien era el panadero, o el médico, o el veterinario, o el taxi de Luis Peña, o el camión del señor Antonio, o la moto de Gregorio, o la de Boni, el herrero, o la de Joselito... En Sedano aún es posible identificar a los hombres por sus vehículos y a los vehículos por sus hombres.

Algunas tardes de verano mis hijos sorprendían a Isaac Peña carretera arriba, con los reteles y la horquilla al hombro:

— Nos vamos a pescar con el señor Peña — me decían.

Y se iban sin más. Porque Isaac Peña recibía a los chicos y a los grandes con la misma cordialidad. Isaac Peña fue niño un día, se hizo hombre y volvió a ser niño; es decir, Isaac Peña cerró el ciclo como es de ley. Tornó a la infancia, y su júbilo al extraer un retel con una docena de cangrejos sólo era comparable al que experimentaban mis hijos:



— No cebéis con tripa — decía —. Aquí, si queréis cangrejos, hígado o bazo.

Y en casa, en cuestiones de truchas o de cangrejos, lo que decía Isaac Peña era el evangelio.

Isaac Peña era la afabilidad, la modestia, la bonhomía. Nunca se lamentaba. Jamás criticaba a nadie. Tan sólo, en nuestras amistosas relaciones, observé alguna vez en él las inevitables reticencias del pescador.

Una tarde nos encontramos junto al Moradillo, y en una poza, frente a la nogalera de los Gallo, una trucha de más de medio kilo siguió por tres veces mi cucharilla, sin decidirse a morder. La temporada iba avanzada y la buena disposición del pez me animó a madrugar al día siguiente. Al llegar a la poza en cuestión, sobre las seis y media de la mañana, observé entre los sauces al bueno de Isaac Peña, que me había tomado la delantera y andaba trajinándose la trucha con el ocho perfecto de su lombriz. Se sorprendió al verme:

— Mucho madruga usted — me dijo.

— Más ha madrugado usted — le dije yo.

Y los dos rompimos a reír.

Ha muerto Isaac Peña, el hombre que tuvo el valor de romper con todo para retirarse al rincón que apetecía. Cada hombre en el mundo necesita su rincón — uno sólo —, como necesita una mujer, pero son contados los que se deciden a cortar de raíz para seguir su impulso. Isaac Peña fue uno de ellos, y de ahí que Sedano, con su iglesia y su cementerio en la punta de un cerro, sus valles, y su riachuelo, y sus montes, y sus bosques, y sus hazas, y su camino polvoriento, sigan siendo una parte viva de él mismo. Y hoy, pese a su ausencia definitiva, no supone un esfuerzo — tal fue su identificación con la tierra que amó — imaginarle doblando la curva de Valdemoro, la caña al hombro, el bote de las lombrices al costado, la boina calada y, entre los labios, su sempiterna sonrisa de hombre de bien.

## LA FALTA DE CURIOSIDAD

**L**LEVAMOS unos años tratando de dar al país un espolazo que le arranque de su secular trotecillo apagado. Se han puesto en juego numerosos resortes sin que ninguno, que yo sepa, aborde de frente la cuestión. Nuestro país adolece de una pereza mental exacerbada por una notable falta de curiosidad. A nadie le interesa nada fuera de lo que conoce que, de ordinario, es muy poco. A menos conocimientos, menos curiosidad; no tiene vuelta de hoja.

Es muy posible que esta absoluta falta de curiosidad por las cosas venga dictada por el escepticismo que despierta una prolongada etapa de vida mediocre y sin horizontes. En tiempos de nuestras abuelas era frecuente escuchar consejos como éste, tratando de estimular a la chica de servicio que se iniciaba en sus labores:

— Trabaja, hija; afina tus modales, esmérate, y, a la vuelta de diez años, podrás llegar a ser una buena doncella.

Ante estas perspectivas no es fácil que nadie se encandile. Con los escalafones acontece algo semejante. El escalafón viene a decir, más o menos:

— Paciencia, muchacho. Aguarda a que desaparezcan cincuenta funcionarios de los que te preceden, trabaja con tesón y entusiasmo y, dentro de veinte años, ganarás cuarenta duros más de los que ganas ahora.

Conclusión: el trabajo no rinde; la curiosidad por ampliar nuestros conocimientos desaparece automáticamente.

En los países prósperos no se desdeñan los menesteres humildes tal vez porque las más grandes figuras de su historia contemporánea empezaron vendiendo periódicos o lustrando zapatos. En nuestro país resulta arriesgado buscar una colo-

cación provisional; pronto se hace rodera y todos sabemos que para salir de una rodera hace falta algo más que buen deseo. Tratar de hacerlo sin una cierta habilidad es hacer oposiciones al batacazo.

En nuestra vieja piel de toro, la rutina, la carencia de fe — muy justificada — en la propia redención, han matado a la curiosidad. Una amiga mía llevó a un puerto de mar a su sirvienta de tierra adentro, una muchacha sin otra experiencia viajera que el teso y el río que se dominan desde la torre de la iglesia de su pueblo. Pues bien, la muchacha tardó cinco días en asomarse a la playa y, cuando lo hizo, casi a la fuerza, todo lo que se la ocurrió preguntar — y ya es algo — es si aquella agua no se salía nunca.

Proporcionalmente con nuestros grandes ricos, con nuestros ricos sórdidos y tradicionales, acontece otro tanto. Hoy que al rico se le ofrecen a cada paso oportunidades de asomarse al mundo, él no pone nada de su parte porque no siente curiosidad por conocer otras gentes ni otros horizontes. A lo sumo, nuestros proverbiales ricos, en un gesto dispendioso, se llegan a Toledo o a las cuevas de Altamira, pero de ahí no pasan. Con frecuencia, los escritores y caricaturistas del país afilamos nuestras plumas para ironizar a costa del nuevo rico, del improvisado de la fortuna, cuando, puestos en lo justo, el nuevo rico le da ciento y raya al viejo rico, al rico sórdido y tradicional, en punto al arte de gastarse veinte duros con salero. “Con lo que sé me ha ido muy bien”, suele oírse a las mujeres de cierta edad. Y a lo mejor tienen razón. A lo mejor todo eso del progreso y la cultura no es más que un espejismo.

Se ha dicho que nuestra época se distingue por la crisis del diálogo. No sólo han desaparecido las tertulias de los antiguos salones, sino hasta los clásicos cafés de divanes de peluche. Para lo que hoy tenemos que decirnos sobra con las ortopédicas banquetas de las cafeterías. Mas esta crisis del diálogo es una consecuencia más de nuestra notoria falta de curiosidad por los problemas ajenos. A poco observador que se sea, se advertirá que los hombres y mujeres que llamamos “con conversación” son los menos aptos para el diálogo. Puestos a ello, se limitarán a dar vueltas en torno a sus problemas particulares. Son abu-

rridos monologistas; jamás escuchan la réplica. Y es que los problemas ajenos no les interesan; falta curiosidad por las cosas.

Hoy se trata de despertar al país de su tradicional abulia poniendo en juego nuevas leyes y dictando disposiciones más o menos ambiciosas. La lucha — nunca se dijo mayor verdad, puesto que el analfabeto suele defender su ignorancia con el mayor tesón — contra el analfabetismo alcanza auténticos caracteres épicos. ¿Y qué? Yo entiendo que enseñar a leer al que no sabe representa un esfuerzo estéril si aquél no lo hace conscientemente, movido por el anhelo de conseguir un acceso al periódico o al libro, es decir, por satisfacer su propia curiosidad. Hay que provocar ésta, no tratando de desengañar — tarea inútil — a la oronda señora que afirma que con lo que sabe le ha ido muy bien, sino haciéndola ver que sabiendo un poco más seguramente podría haberla ido mucho mejor.

(1961)

## LA LIGA AGONIZA

UN artículo de Briam Glanville, publicado recientemente en la prensa española, afirma que los campeonatos de Liga se encuentran en estado preagónico, han entrado en una fase de desinterés que se traduce en un descenso cada día más acentuado del número de espectadores que acuden a los campos de fútbol. En realidad, Glanville se refiere a Inglaterra y los países del norte de Europa, pero entiendo que no hay razones para limitar la observación a esa zona. El fútbol, como deporte, hace tiempo que languidece en todas partes y su decadencia responde a unas motivaciones que están en el ánimo de todos.

Los efectos del profesionalismo desmesurado empezamos a acusarlos ahora en toda su virulencia. En cada país el campeonato de Liga se dirime prácticamente entre cuatro clubs; los demás bastante tienen con eludir el descenso. Mas ahora resulta que la lucha por no ser el último, apenas si emociona ya a los espectadores y si éstos todavía llenan los estadios en algunas partes lo hacen estimulados por la idea de que su grupo favorito sea campeón.

En mi ciudad, Valladolid, he constatado esto de modo palmario en la presente temporada. Los últimos años en Primera División, la gente remoloneaba y apenas si colmaba las gradas para presenciar los encuentros en los que participara uno de los cuatro grandes. Ha bastado que el equipo descienda de categoría para que las altas de socios se multipliquen y el público se haga más nutrido, apasionado y tumultuoso. En resumen, lo que algunos vaticinaron que representaría el fin de la afición vallisoletana ha constituido el máximo acicate. ¿Razones? Muy sencillo. Los espectadores de los encuentros de un Valladolid de Segunda División ven la posibilidad de que su equipo

sea el primero. Prefieren verle de cabeza de ratón que de cola de león. De donde se deduce que todo aquello de la exquisitez del juego, la calidad, etc., no son más que zarandajas. Ganar es lo único que los aficionados al fútbol exigen de sus colores.

Otra razón que justifica, creo yo, el progresivo debilitamiento de los campeonatos de Liga es la rapidez de las comunicaciones, la facilidad de los contactos entre naciones. En un ayer próximo, éstos se daban con cuentagotas. En cada país se celebraban un par de choques anuales y para ello habían de prepararse las maletas con varias semanas de antelación. Hoy, la Copa de Europa, la Copa del Mundo, la Copa de Ferias, los encuentros amistosos internacionales están a la orden del día, se interpolan en los calendarios de Liga sobre la marcha, con alegre imprevisión. Nada le impide al Real Madrid jugar un miércoles en Viena habiéndolo hecho el domingo anterior en Sevilla y teniéndolo que hacer el siguiente en Bilbao. Estos encuentros, por otro lado, cuando se desenvuelven entre equipos de club encierran para sus protagonistas un mayor aliciente. Ganar los campeonatos nacionales no envuelve para ellos la menor novedad, en tanto que ser campeones de la Copa de Europa o de una superliga europea comporta para los aficionados respectivos un mérito innegable supuesto que el torneo se ventila entre grupos de fuerzas económicas similares.

En una palabra, los augurios de Briam Glanville no suponen gran perspicacia. Sin necesidad de ser lince hace tiempo que nosotros denunciemos el peligro. Enfrentar equipos que hacen ordinariamente taquillas de cinco millones de pesetas con otros que a duras penas hacen veinte mil duros, plantea la lucha en un terreno tan desigual que los seguidores del poderoso acaban cansándose de triunfos y los del débil de desgañitarse tratando de animar a los suyos a eludir el descenso.

(1962)

## CAZADORES DE HUEVOS

EN la provincia de Valladolid se ha descubierto un turbio negocio cinegético, que viene a agravar la ya de por sí delicada situación en que se encuentra la perdiz roja en España. Se trata de la venta de huevos — a ocho pesetas unidad — a un incubador quien, a su vez, los revende, ya pollos, al propietario de un coto cuando no es éste el propio incubador. Es decir, que la sañuda persecución declarada contra la perdiz en España durante los últimos años se acentúa hoy con la aparición de una actividad imprevisible: la del cazador de huevos. Y no se precisa mucha imaginación, dadas las dificultades de la vida en el campo castellano, para prever el volumen que alcanzará este ejercicio si no se adoptan unas draconianas medidas para atajarlo. Por de pronto, parece probado que en un solo pueblo de la provincia aludida han sido destruidos esta temporada alrededor de cien nidos por un total de setecientos huevos que han procurado a sus aprehensores, en conjunto, cinco mil seiscientas pesetas. Y si el hecho de por sí es reprochable en cuanto tiende a anular el derecho del pueblo en beneficio de cuatro adinerados, lo es mucho más si tenemos en cuenta que, según nuestros informes, apenas se han logrado por el sistema de incubación un diez por ciento de pollos vivos y es bien probable que este débil porcentaje se esfume del todo cuando se trate de adaptar estos pollitos, nacidos en domesticidad, a la vida salvaje. Es decir, que en la vergonzosa actividad que comentamos hay dos aspectos a considerar: primero, la sustracción de una riqueza a la comunidad, y, segundo, la pérdida de vidas en un elevadísimo porcentaje.

Por otra parte, con la captura de huevos en terrenos libres para abastecer a los cotos, se desvirtúa la esencia de éstos, ya



que por encima de la satisfacción cinegética que puedan deparrar a sus propietarios, los cotos venían cumpliendo una misión de salvaguarda de las especies y consiguiente repoblación de los campos colindantes. Con la aparición del cazador de huevos viene a invertirse el orden de los factores, que en este caso sí alteran el producto: son los terrenos libres los despojados en beneficio de los cotos. El pueblo-cazador es defraudado por el señor-cazador, reminiscencia feudal que no podemos tolerar pensando en el hombre anónimo que paga su licencia y sale cada domingo al campo.

En sustancia, esta nueva actividad viene a coronar un largo proceso de incivilidad y de pérdida del sentido de convivencia. La indiferencia ante el porvenir ha tomado carta de naturaleza en la sociedad moderna. Por otro lado, es obvio que el refinamiento, la facilidad de vivir, van anulando en el hombre el espíritu de lucha. La progresiva desvitaminización del fútbol, la renuncia a la “furia” como elemento primordial de nuestros éxitos, encuentra su paralelo en otros campos. Tal, el de la caza. En la caza también existía la “furia española” y también esta “furia” cinegética ha entrado en barrena. El aliciente primero de la caza estribaba en contrarrestar la defensa de las especies a base de un esfuerzo físico del cazador. Pero el hombre de hoy ya no está para esfuerzos, paso a paso va simplificando los procedimientos, y en lugar de nivelar la partida desarrollando su energía y su destreza, lo hace enervando la destreza y la energía de sus víctimas. Busca una fórmula para no tener que ir él a la caza, sino que sea la caza la que venga a él. Persigue a las especies antes de que éstas acaben de desarrollarse. Echa mano del ardid, el reclamo o la espera. En una palabra, trata de sustituir el esfuerzo por la astucia, o por la alevosía. Por este camino se ha llegado a la lamentable actividad que hoy denunciamos: a capturar las especies antes de que las especies sean, es decir, antes de que sus defensas se hayan insinuado; en una palabra, nuestra progresiva molicie ha hecho posible la aparición — como nuevo Tartarín redivivo — de esta triste figura del cazador de huevos.

Creo interpretar los sentimientos de los numerosos cazadores honrados del país, al pedir un escarmiento ejemplar para esta

fauna antisocial. Mano dura para el autor material de la destrucción de nidos, sí, pero durísima para los inductores que se amparan en la sombra. El hecho de que en la provincia de Valladolid se hayan descubierto estas infracciones no quiere decir que en otros lugares no existan. Activar la vigilancia, retribuir decorosamente a la guardería, agravar las sanciones de la vigente ley de caza, son medidas que deben adoptarse sin demora si no queremos que nuestra perdiz roja pase en pocos años a ser un mero recuerdo.

(1962)

## ¿QUÉ HACEMOS CON LA SIESTA?

**E**s evidente que las ciencias siguen adelantando que es una barbaridad. El hombre de nuestro tiempo, impulsado por una avidez insaciable de progreso, no encuentra pausa. Mejor dicho, no la encuentra porque no la puede encontrar; porque ya no existe. El hombre moderno ha desterrado las pausas; las ha borrado del globo. El hombre de nuestro tiempo ha acelerado hasta el tope y ha roto después los frenos. Dios sabe dónde, cómo y cuándo podrá detenerse.

Pero, por de pronto, el hombre de nuestro tiempo ha inventado el modo de destripar el viejo, higiénico y acreditado horario de los tres ochos: ocho horas de trabajo, ocho de esparcimiento y ocho de sueño. El inventor — un hombre de nuestro tiempo, uncido al apremio de todos los hombres de nuestro tiempo — se llama Engherard y, tras prolongadas vigiliass, es decir, predicando con el ejemplo, ha llegado a la definitiva conclusión de que dormir es perder vida. Esto es, el sistema de los tres ochos representa un anacronismo y puesto que el hombre precisa más de ocho horas para trabajar y bastantes más de ocho para divertirse, dejémonos de dormir y aprovechemos el tiempo. El profesor Engherard, tras prolongadas vigiliass, ha descubierto un sistema de sueño eléctrico que permite eliminar en tan sólo dos horas toda fatiga muscular o nerviosa. Esto, a primera vista, representa un progreso, mas, a segunda vista, ya no lo parece tanto. Es decir, hoy que media humanidad lleva en el bolsillo del chaleco unas píldoras para dormir, el verdadero progreso sería reinventar el sueño natural, tal como Dios nos lo dio. Eso sería un invento anticientífico, retrógrado y, por tanto, un baldón para los hombres de la era atómica.

Nuestra suerte, pues, está echada. El sabio descubridor del

sueño eléctrico se llama Engherard. El profesor Engherard, tras prolongadas vigiliass, ha terminado con los barbitúricos..., pero también con el sueño. Es algo así como desterrar para siempre las jaquecas cortando las cabezas de los pacientes. Pero no seamos cerriles. El hombre de nuestro tiempo siente prisa y el profesor Engherard se ha sacado de la manga los días de treinta horas. ¿Qué más vamos a pedir? Dejémonos llevar por la corriente y no nos detengamos a reflexionar. No hay tiempo para ello. Chaplin ya reflexionó sobre nuestra suerte en "Tiempos modernos" y, luego, reflexionó Tati en "Mi tío", pero sus reflexiones no nos han servido de gran cosa. Hay que seguir inventando. Y el profesor Engherard, tras prolongadas vigiliass, ha mecanizado el sueño. Ya disponemos de más tiempo para trabajar y, sobre todo, para divertirnos. ¿Que después de la jornada de doce horas nos sentimos fatigados? Un calambrito y al baile. ¿Que después del baile nos encontramos derrengados? Otro calambrito y a beber vino hasta las tantas. A estas alturas iba resultando risible la vieja expresión de descabezar una siesta. En la era supersónica, en esta era sideral en que vivimos, no es congruente que el hombre descabece siestas sino calambres.

Se conoce que el profesor Engherard no estaba muy conforme con la idea del robot-hombre y, tras prolongadas vigiliass, ha inventado el hombre-robot. Todo muy de agradecer en nombre del progreso. Lo verdaderamente terrible es pensar que en el futuro, el hombre, no dispondrá sino de dos horas diarias para olvidarse del átomo, de la guerra fría, de las matanzas de negros por los blancos, de las matanzas de blancos por los negros, del odio, de la frenética frivolidad, del hambre, de la miseria... Pero no desbarremos. Tras el profesor Engherard vendrá otro profesor Engherard, otro hombre de nuestro tiempo que borrará — ¿con otra descarga eléctrica? — toda preocupación de nuestra mente y toda angustia de nuestro corazón. Habremos alcanzado entonces una automación perfecta, la cumbre del progreso y a esas alturas de civilización el hombre de hoy va no experimentará angustia ni echará de menos su siesta ni, a buen seguro, el anacrónico horario de los tres ochos.

## DESARME DE CORAZONES

MIENTRAS Rusia y los Estados Unidos maduran un proyecto para hacer una pira con los bombarderos atómicos, es decir, procuran allanar dificultades para conseguir un desarme general y completo, el mundo de la frivolidad se solaza a diario con espectáculos de violencia. Se trata de una dolorosa paradoja. 1962 nos brinda el contrasentido de pretender compaginar unas manos vacías con un corazón restallante; unos dedos sin pistola con unos corazones deseosos de dispararla. En estas circunstancias, es obvio que podría llegar a producirse en el mundo un desarme material, pero los sentimientos de violencia, odio y venganza perdurarían. De poco vale, entiendo yo, no tener un garrote entre las manos cuando nos anima el propósito de abrir la cabeza a un semejante. Y, a la inversa, el garrote no representa un peligro cuando las manos que lo sostienen obedecen a un corazón que no desea descargarle sobre nadie. En una palabra, es preferible desarmar mentalidades que manos, mas como esta meta no parece de momento asequible tal vez represente algo positivo — por aquello de que a falta de pan buenas son tortas — dejarnos inermes ante la tentación. Una vez perdido el control, siempre será más leve una bofetada que un tiro.

Viene esto a cuento de que en el mismo periódico provinciano en que leo que los Estados Unidos y Rusia estudian la destrucción de los bombarderos atómicos, la cartelera de espectáculos, aunque pequeña de talla, no puede mostrarse más desaforada y agresiva. Vea el lector si cabe mayor furor piro-técnico en menos espacio: “Un balcón sobre el infierno”, “Juegos de asesinos”, “Hasta el último aliento” y “La ley de la horca” son los cuatro títulos que, a elegir, brindan las cuatro

salas de proyección de esta pequeña capital. El más tonto podrá advertir que el aficionado al cine no tiene aquí escape. Y si compara esta escalofriante cartelera con la noticia de la primera plana llegará a la conclusión de que entre una y otra no existe concordancia, de que unos y otros andamos jugando a los despropósitos, ya que mientras los dirigentes tratan de convencerse mutuamente de la necesidad de destruir los peligrosos juguetes creados, invitamos a los dirigidos — espectadores de todos los cines del mundo — a construir estos juguetes de nuevo.

Sobre este asunto ya se ha hablado bastante y, sin embargo, observo que cuanto más se habla de él menos se progresa; continuamos donde estábamos, si no más atrás. El gusto por la violencia crece y, lejos de arbitrar medios para evitarlo, le damos satisfacción en unas dosis que aterran. A poco que se frecuenten las salas de cine, un normal espectador observará que un cincuenta por ciento de las películas que hoy se proyectan son violentas; un veinticuatro por ciento, eróticas; otro veinticuatro, estúpidas y del dos que resta apenas si habrá una estéticamente digna y otra humanamente plausible. ¿Qué quiere decir esto? Sencillamente, que el mundo se lo reparten el erotismo, la estulticia y la violencia. Y ante una opción tan limitada, los jóvenes espectadores se inclinan por la violencia ya que, a fin de cuentas, es la única postura activa que las pantallas les brindan. Si los mayores, que organizamos el mundo de los menores, declaramos apto el espectáculo, los menores lo aceptarán confiados y con todas sus consecuencias. Y, a buen seguro, si el mundo de mañana organiza otra conferencia de desarme, el acuerdo será aún más arduo y problemático que lo está siendo en la actualidad. En resumen, el cuento de nunca acabar.

Se argüirá que si el cine sirve películas donde se exalta la violencia es porque el mercado las pide. Por estos derroteros iríamos a parar muy lejos y no, a buen seguro, a una meta optimista. Pero aun admitiendo que si el cine es un negocio quienes lo mueven y controlan no pueden arrojar piedras contra su propio tejado, también resulta evidente que de seguir por este camino no serán piedras sino bombas lo que arrojen sobre

él. Estas cosas tan delicadas hay que abordarlas con perspectivas de futuro, puesto que si ya es un paso deshacernos de los medios de agresión, es obvio que la paz nunca llegará a ser estable mientras no desarmemos los corazones de quienes los utilizan.

(1962)



## EL AMIGO QUE PERDIÓ EL TREN

HACE ya muchos años se desató en este país una campaña muy movida contra las recomendaciones. El resultado fue positivo, no porque las recomendaciones dejaran de hacerse, sino porque se prodigaron tanto que terminaron por perder toda virtualidad. La gente se decía: "Las recomendaciones deben de ser necesarias, cuando tanto se meten con ellas". Y todo el mundo se dedicó, durante un tiempo, a hacer recomendaciones y a contestar cartas de recomendación, unos sin interesarse demasiado por lo que pedían, y otros, sin condolerse de verdad por lo que denegaban. Total, que las recomendaciones fueron perdiendo eficacia y en los exámenes, pongo por caso, si el catedrático se interesaba por un alumno, era por aquel que, excepcionalmente, se presentaba a cuerpo limpio, como un bicho raro, sin unos padrinos que le avalasen.

Esto me lleva a pensar en la conveniencia de organizar ahora una campaña contra las visitas inoportunas. En unos momentos en que se hace matemática de la productividad y que los españoles — al fin — empezamos a valorar el tiempo, parece conveniente pensar, ya que no en suprimir las visitas, sí, al menos, en reglamentarlas. Y no hablo ahora de las visitas de cumplido, aquellas inefables visitas de nuestros abuelos, quienes, pese a sus esfuerzos, no acertaron nunca con una fórmula adecuada para llenar su tiempo disponible. Entonces, se decía: "¿Conoces a Fulano?" Y se respondía: "No le voy a conocer. Somos visita desde antes de la guerra". La guerra era, claro, la del 14 y el ser visita de alguien obligaba a la presencia física en los natalicios y los óbitos de los allegados. Uno, que no cree que todo lo de hoy sea peor que lo de ayer, piensa, por ejemplo, que en esto de la amistad sin artificios ni hipocresía

hemos ganado muchos puntos, como hemos ganado, evidentemente, muchos puntos proscribiendo el visiteo sin ton ni son con gentes con las que nada tenemos en común.

Ahora bien, lo verdaderamente inadmisibile en nuestro tiempo es la frivolidad con que el desocupado interrumpe la ocupación de los demás. Y no hablo del desocupado de oficio, sino del desocupado circunstancial que, por llenar unas horas, digamos de tren a tren, no vacila en vaciárselas a su prójimo. "Pasaba por aquí y me dije: Voy a subir un rato a ver a Pepe. ¡Menuda sorpresa se va a llevar!" Y, sin otra justificación, el desocupado allana el despacho de Pepe, se arrellana en un sillón de Pepe, y allí, entre pitillo y pitillo de la cajetilla de Pepe, aguarda tranquilamente la hora del tren. Este es un hecho que se repite, a diario, en todas partes, sin que al amigo que espera el tren se le ocurra pensar en las cosas que Pepe ha dejado por hacer a cuenta de su visita. Es más, muchas veces, el amigo que espera al tren, piensa al marcharse: "Al pobre Pepe, siempre enterrado entre papeles, le he distraído un rato". Por supuesto, el amigo que espera al tren no advierte nunca que al día siguiente, otro amigo de Pepe, que también esperará al tren, acudirá a su oficina para "distraerle un rato".

A veces, pienso en la parte de culpa que en las neurosis de nuestra época tienen las visitas intempestivas. Uno, por la mañana, hace su composición de lugar y distribuye su tiempo. Mas, con esa candorosa puerilidad que nos distingue a los españoles, uno, cada mañana, piensa que los amigos que esperan al tren se han acabado la víspera, que, en lo sucesivo, uno es dueño de sus horas. Pero, por la tarde, aparece de repente en la oficina otro amigo que ha perdido el tren y los papeles siguen amontonándose sobre su mesa. Los nervios empiezan a tensarse. El tictac del reloj nos echa en cara nuestra dejadez. Y los papeles siguen llegando. Uno se va a la cama pensando en los papeles. Decide madrugar. Por la noche, le asalta una horrible pesadilla: los papeles colman la mesa, la desbordan, cubren el suelo del despacho, empiezan a amontonarse; uno bracea, intenta nadar entre ellos, pero los papeles, como una marea creciente, suben y suben, se aprietan contra el techo y terminan por asfixiarle. Al cabo, uno se despierta, se levanta,

sale de casa y, en la misma puerta, se encuentra con un viejo amigo, un amigo que no le ve a uno desde hace cinco meses y que ha decidido charlar un rato, hasta la hora del tren.

Los franceses, con su buen sentido característico, han resuelto este problema determinando días y horas para las visitas; días y horas que rigen, incluso, para los amigos que aguardan el tren. La solución es bien simple, pero convendría que los españoles la pusiéramos en práctica todos a una, a fin de evitar que nuestros amigos digan de nosotros que nos hemos convertido en unos monstruos de insociabilidad.

(1962)

## LOS ENTIERROS

DE la vieja costumbre que tenemos los españoles de asociar la muerte con el negro hablaré otro día. Hoy sólo quiero ocuparme de los entierros; de los entierros a la Federica, con carrozas barrocas, caballos empenachados y aurigas con peluca, que es como se hacen los entierros en mi pueblo. He aquí un buen motivo de contacto social que todavía facilita nuestro país. En España, proscritas las huelgas y las manifestaciones públicas, apenas resta otra posibilidad de concentración multitudinaria que el fútbol y los entierros. De este modo hay amistades de fútbol y amistades de entierro; amistades anudadas ante un gol o ante un féretro de caoba con herrajes de oro.

El caso es que cuando en España comenzó a decirse que era necesario trabajar para levantar al país de su postración, se pensó que los entierros constituían un lastre y que aunque la práctica de las obras de misericordia estaba muy bien, era preciso reducir el tiempo empleado en ellas, para lo cual las despedidas de los duelos se efectuarían en lo sucesivo en la parroquia del difunto en lugar de en la última parroquia del trayecto hacia el cementerio. "De este modo — se decía — si el acompañamiento, pongamos por caso, es de trescientas personas y se reduce en media hora la duración del ceremonial y la ciudad da una media de siete entierros diarios, tendremos — ¡en nuestra capital solamente, señores! — un ahorro de treinta mil horas mensuales que van a revertir en beneficio de la economía nacional."

Es decir, se trataba de simplificar la muerte de los muertos para mejorar la vida de los vivos. Un objetivo sumamente práctico sin duda, pero que falló por error de cálculo. En efecto,

al español, una vez que sale de sus casillas, no le basta un esparcimiento de media hora, entre otras razones porque media hora apenas da para cruzar cuatro palabras con nuestros amigos de "entierro", de ordinario nuestros amigos más trascendentes, esos amigos que nos dicen: "No somos nadie", o "¡Quién lo iba a decir!", o "Dentro de cien años todos calvos". Uno no sabe cuántos entierros serán precisos para volver a encontrar a ese amigo y hay que aprovechar la ocasión porque "a Pepe no se le entierra todos los días y la oficina puede aguardar". De otro lado, la complicación del ceremonial en la parroquia del difunto y la inevitable aparición del espontáneo en pésames, han dado al traste con esas bonitas treinta mil horas mensuales que iban a redimir nuestra economía.

El espontáneo en pésames es, sobre todo, una rémora que convendría proscribir. El espontáneo en pésames es ese señor que siente más que nadie, más efusivo que nadie, y que al llegar el turno de dar la cabezada de solidaridad no se conforma con ello y se aproxima a los deudos del finado y estrecha sus manos, cálidamente, de uno en uno. Lo peor es cuando un espontáneo en pésames le gana la acción a otro espontáneo en pésames, en cuyo caso el segundo espontáneo en pésames que siente, naturalmente, más que el primero, que quiso al difunto más que el primero y que se conduce de la desgracia más que el primero, abrazará y achuchará, entre sonoros palmetazos, a los supervivientes de la familia, entre la decepción de quienes desfilaron ya humildemente y manifestaron su pesar de una manera tan tímida y cicatera como es una inclinación de cabeza. Por contra, los que aún aguardan, vistas las efusivas muestras de condolencia del espontáneo, ya no suelen conformarse con estrechar manos y entre abrazos, palmetazos y achuchones se van al diablo la mañana y el ahorro de las treinta mil horas y el despertar de la economía del país.

Uno, naturalmente, no está contra los entierros. Uno está, más bien, contra los formalismos falaces. Uno aboga, en suma, por los entierros sencillos, minoritarios, donde el que vaya, vaya por sentimiento y no por educación. Tal vez así se evitaría que en los entierros se hablara tanto de fútbol y que, a la hora de partir, el difunto se encontrara solo por aquello de que

los muertos son los únicos hombres puntuales del país. Y tal vez así, también, lograríamos ahorrar estas treinta mil horas y despertar la economía nacional, que, aunque no sea éste el momento más oportuno de decirlo, buena falta le está haciendo.

(1962)

## CAMBA O LA SOBRIEDAD

**H**A muerto Julio Camba. Julio Camba fue un periodista parco en palabras o, dicho de otra manera, un maestro de periodistas. Porque las facultades de un escritor de periódicos deben medirse antes que por su retórica y por lo que dice, por el número de palabras que utiliza para decirlo. Y Julio Camba fue un hombre que no necesitó jamás demasiadas palabras para exponer una idea o contarnos una historia divertida. Y no otra cosa, creo yo, debe encerrar un artículo de periódico.

En este sentido, Camba fue un precursor. Quiero decir que en los tiempos en que Julio Camba nació a la literatura, la literatura era todavía el ropaje verbal, la grandilocuencia. Fue Camba quien advirtió que el periodismo es sobriedad. En buena parte, los destinatarios de los periódicos son gentes apresuradas, que gustan de los titulares gruesos, los anuncios grandes y los artículos chicos. De esta manera, los escritores inteligentes, en plena fiebre retórica, se identificaron con el viejo aforismo: lo bueno, si breve, dos veces bueno. (Este aforismo era, sin embargo, muy repetido, en aquel tiempo, por periodistas cuyos artículos llenaban siete columnas y por conferencias cuyas disertaciones rara vez duraban menos de un par de horas. De ordinario, los escritores como Camba — de chispazo fulgurante, pero efímero — no apelaban a ese aforismo; sencillamente, lo ponían en práctica.) Es decir, en una época en que el periodismo, la literatura y la dialéctica venían crecidos, abombados de retórica, Julio Camba fue un escritor en estiaje; poca agua pero transparente. Éste ha sido, a buen seguro, su legado.

En nuestros días, las modas artísticas se suceden sin que su destinatario — el hombre de la calle — tenga tiempo de dige-

rir las. El artista, el escritor, rara vez aspira hoy a mejorar lo presente, sino en llamar la atención ejecutando algo distinto. Julio Camba se limitó a hacer lo que hacían los demás, pero intentando superarlo por medio de la síntesis. He aquí una lección de humildad — y de buen sentido — que a los escritores de las nuevas generaciones nos convendría tener en cuenta.

(1962)



## OPOSICIONES A ESCRITOR

EN poco más de un mes leo dos artículos de sendos jóvenes lamentando la escasez de oportunidades que hoy ofrece el país al escritor novel, derivadas de la incomprensión de los consagrados, del desdén de los editores y de la indiferencia de los directores de periódicos y revistas. Siempre he sentido, o he procurado sentir, los problemas ajenos como propios, y he puesto buen cuidado para que mi mentalidad no se fosilice ni se recluya en un compartimiento estanco que la prive de recibir los contactos beneficiosos y tonificantes de las nuevas olas. Pero la cosa es que, en el caso presente, entiendo que estos dos muchachos no tienen razón, ya que, aparte de que los directores de periódicos tendrían que doblar el número de páginas para publicar todo aquello que reciben de los jóvenes y los menos jóvenes aspirantes a escritores, es obvio que el número de concursos periodísticos y literarios que hoy se abren a los noveles, es, con el turismo, una de las pocas cosas que medran en el país. Quiero dar a entender con esto que el hecho de querer ser escritor, con ser importante, no lo es todo; es preciso, además, saber escribir y que el público consumidor demande nuestros escritos.

Es curioso que estos jóvenes impacientes se lamenten de que nadie les tienda una mano y citen un repertorio de nombres de escritores más o menos asentados en la literatura del país de los que, por supuesto, ignoran no sólo si alguien en su día les tendió una mano, sino las tribulaciones y sinsabores que hubieron de sufrir en sus comienzos. Esto de querer sentar cátedra a los veinte años no creo que sea un mal de la época, sino una prueba más de la exuberancia juvenil propia de todos los tiempos y de todas las latitudes.

Es obvio que los puestos de trabajo no son muchos en el país ni tampoco fácilmente asequibles. Pero esto es así no sólo en literatura, sino en todo tipo de actividad. Será cosa de la pobreza del suelo, de la defectuosa organización social o de lo que ustedes quieran, pero es así. Ahora bien, y dando por bueno que el procedimiento selectivo de la oposición no sea el más aconsejable, resulta que de momento no hay otro, y todo aquel que en España aspire a una plaza de lo que sea debe avenirse a pasar por el aro. (Hace aún pocos años, un muchachito con matrículas de honor en todas las asignaturas y premio en la reválida de cuarto, fue desplazado por otro con premio en la reválida de sexto y después de realizar ambos unos ejercicios brillantes... ¡para la plaza de "botones" de un banco!)

Si nuestra estructuración social es deficiente, ella debe ser el objeto de nuestra crítica. Pero, en cualquier caso, esos mismos defectos — por comparación — deben llevarnos a pensar que las perspectivas del artista no son, ni mucho menos, tan sombrías como pretenden estos jóvenes. Al artista, al escritor, no se le exigen títulos ni edad para acudir a los concursos, o si se prefiere, a la oposición. Por otra parte, éstas — o los premios — se convocan sin pausa, constantemente, y constantemente saltan a la palestra nombres nuevos, muchos de ellos cuando no han cumplido o acaban de cumplir los veinte años — hoy, Luis Goytisolo, Payno, Nieto, Santerbás; ayer, Laforet...

Ocurre, sin embargo, que los españoles somos muy propensos a sobrestimar nuestro trabajo y a menospreciar el de los demás. Lo propio nos parece siempre lo mejor. Y, en consecuencia, el país es injusto, porque publica lo malo o lo menos bueno y deja inédito lo mejor, es decir, lo mío. Yo creo que esto de someterse al veredicto de un jurado — siempre habrá alguno, pienso yo, que merezca nuestra confianza — debe ser un acto de humildad que hemos de aceptar con todas las consecuencias. Quiero decir, que el pastelero que no vende sus pasteles porque son malos, antes de obstinarse en censurar la falta de paladar de los presuntos clientes, debería alterar la receta y, llegado el caso, cambiar de oficio.

## LOS PREMIOS LITERARIOS

A cuenta de los premios literarios se ha consumido mucha tinta en el país: La tinta consumida “para” los premios — por los concursantes — y la tinta consumida “sobre” los premios, por los críticos y comentaristas. Éstos, de ordinario, se han polarizado en posiciones antagónicas: los premios son nocivos y los premios son beneficiosos. Es ahora cuando surge una peregrina tercera posición: Los premios de instituciones no mercantiles son beneficiosos porque son desinteresados y los premios de entidades mercantiles — léase editoriales — son nocivos porque son interesados.

He aquí una valoración de los premios literarios harto caprichosa y simplista. Este criterio diferenciador se asemeja bastante al utilizado por los autores de “westerns”, según los cuales los tipos del sombrero tejano son buenos, y malos los que llevan plumas en la cabeza. Tal disposición, cuando la adopta un galardonado por entidades no mercantiles, es pareja a la de aquel padre de cinco criaturas cetrinas, para quien los niños morenos eran siempre más fuertes y despabilados que los rubios.

¿Y qué es lo que se achaca a los premios literarios otorgados por editoriales? Sencillamente, que son — o aspiran a ser — un negocio, y en los negocios, ya es sabido, operan circunstancias ajenas a la literatura. Uno, con sus modestas entendederas, imagina precisamente lo contrario, es decir, que el hecho de que los premios de editoriales aspiren a ser un negocio es lo que constituye para el concursante una garantía: su libro, a buen seguro, será leído. Uno está por ver a un comerciante que adquiriera su mercancía entre un centenar de modelos que se le ofrecen al mismo precio sin tomarse la molestia de echar antes un vistazo sobre el muestrario.

Yo pienso que son muy pocos los que al hablar de los premios literarios aciertan a desentenderse de su circunstancia personal. De ordinario, cada cual habla de los premios conforme le fue en ellos. Mas uno no considera difícil ser objetivo al abordar esta cuestión. Por de pronto, a estas alturas, juzgo inservibles los elementales criterios estimativos de nuestras abuelas tanto para juzgar a los hombres como para juzgar a las instituciones. Hoy son ya muy pocos los que se decidirían a catalogar a un hombre por los colores de su bandera. Así, uno considera que hay premios poco honestos entre los concedidos por instituciones y premios honestos entre los discernidos por editoriales. Y a la inversa. Y por lo que se refiere a la influencia de los premios — procedan de donde procedan — en la marcha literaria del país, habrá que establecer una diferencia; es decir, los premios, como todas las cosas, tienen su cara y su cruz.

**Cara:** Los premios han servido para encauzar el relativo interés de los lectores españoles hacia los autores nacionales. (Recuérdese a este respecto que las librerías españolas, en 1944, estaban en manos de los Lajos Zilahy, André Maurois, Margaret Mitchell, Daphne du Maurier, las hermanas Brönte, etc...) Los premios han estimulado a los jóvenes escritores españoles; han servido a menudo para realizar pingües negocios editoriales. El triángulo autor-editor-lector se ha beneficiado con ellos.

**Cruz:** Los premios han proliferado tanto en poco tiempo, que a estas alturas es materialmente imposible destacar, cada año y cada premio, una obra meritoria. Consecuencia: La masa lectora que hace pocos años pedía en las librerías premios y no novelas, solicita hoy novelas y no premios. Los premios, en virtud de la frecuencia con que han servido gato por liebre, se han desprestigiado. Quiere esto decir que la recuperación del propio mercado realizada paulatinamente por los novelistas españoles a raíz de 1940, está a punto de perderse por la proliferación excesiva de los premios literarios. Hoy día un premio literario ya no consagra a un autor. Dicho todo en palabras simples: los premios literarios que fueron ayer la cuna de la novela española, pueden ser mañana su sepultura.

## LA NOVELA ABSTRACTA

CONOCÍ a Michel Butor — uno de los más destacados escritores franceses de las últimas promociones — en el Coloquio Internacional de Novela de Formentor, hace ahora tres años. Butor, además de novelista es profesor, y hay que convenir en que en aquellas conversaciones de Mallorca puso con frecuencia los puntos sobre las íes y se reveló, por el orden y la claridad de sus ideas y la sobriedad de su exposición, como un excelente didáctico. Michel Butor, inteligente y equilibrado, aportó en tal ocasión observaciones valiosas para conciliar posiciones antagónicas y poner un poco de orden en aquella Babel literaria, cuyo desacuerdo a la hora de fijar los límites de la novela fue tan apasionado como unánime.

Pues bien, ahora Butor ha publicado un libro — “Mobile” — sobre la vida de los Estados Unidos que va mucho más lejos de donde llegaron hasta ahora los representantes del “antiroman” en Francia. Michel Butor se ha limitado en “Mobile” a colocar por orden alfabético, cambiando frecuentemente la tipografía, nombres de estados, de ciudades, de personas y de neveras, intercalando entre ellos, de cuando en cuando, frases tomadas de varias publicaciones que aluden a los negros, al mar, a los pájaros o a la productividad. Esto es “Mobile”, libro subtítulo “Ensayo para una representación de los EE.UU.”.

Pese a que París, capital de la cultura, está curada de espanto en punto a audacias e innovaciones artísticas, el libro ha sido acogido allí con estupor e irritación por parte de la crítica y del público, actitud que no ha impresionado a Butor, quien ha declarado: “Desde el siglo XIX todos los grandes libros han sido recibidos de la peor manera... ‘Mobile’ está aún en las tinieblas, pero esto no me importa; ya llegará su día”.

Para nosotros, no franceses, que conocimos a un Butor ponderado y serio, "Mobile", su última obra, nos llena de sorpresa y confusión. La sed de mudanzas, la fiebre de originalidad, nos conduce por días a un terreno peligroso. Es cierto que el "antiroman" — la novela sin hombre y sin sentimiento; la novela del objeto pero sin objetivo — tiene ya en Francia no ya cultivadores inteligentes, sino un cuerpo de críticos y ensayistas de primera fila que la defienden con entusiasmo y basan su existencia en la conciencia gregaria que van originando los medios modernos de difusión. La uniformidad mental es hoy un hecho; apenas hay hombres, sino rebaños, y, en tal sentido, los cultivadores del "antiroman" pretenden ser fieles a su tiempo y servir a la amorfa sociedad en que viven.

En definitiva, a la novela le ha llegado el turno de las experiencias que ya sufrieron antes la poesía y las artes plásticas. El hecho de que el sensato Butor escriba y lance "Mobile" es todo un indicio. Iniciamos, pues, la era de la novela abstracta o de la novela "no figurativa", que es como decir la escisión entre novela y pueblo, pese a ser el pueblo, el pueblo gregario, sin cabeza, el pretendido destinatario de este tipo de literatura.

Mas si en el caso, digamos, de la pintura caben razones para justificar los nuevos derroteros, resulta más difícil aducirlas, con cierta lógica, en el caso de la novela. Las formas, el color, son valores pictóricos y es lícito intentar — como dice José María Valverde — "que el ojo se recree por sí solo, sin rendir cuentas al entendimiento". ¿Pero qué hacer cuando el medio de expresión no es el color sino la palabra? La palabra, con todos sus defectos, con todas las posibilidades de equívoco que su interpretación entraña, ha sido hasta ahora el más perfecto medio de comunicación entre los hombres. ¿Será justo, por el hecho de que los hombres no se entiendan, desertar de la palabra, descomponerla, vaciarla de todo sentido y proponer un ejercicio mental al lector en la mera variedad tipográfica de los signos?

Así parece entenderlo Michel Butor cuando afirma que "Mobile", "por su tipografía, ya expresa algo, ya supone, para el lector, una posibilidad de recreo visual".

## LOS NUEVOS CAMINOS

**A**LUDÍA en mi anterior artículo, "La novela abstracta", a las nuevas corrientes adoptadas por este género literario y al riesgo que envuelve desertar de la palabra como vehículo de comunicación. Mas después de escrito aquél me llega la noticia de que el "Prix des Éditeurs" ha recaído este año en una novela del alemán Uwe Johnson, novela — se nos dice — de una novela que no llegó a escribirse, es decir, la novela de una novela frustrada, donde sobran los signos de puntuación y deliberadamente se vulneran los preceptos gramaticales. En una palabra, una nueva acrobacia en este resbaladizo terreno de la extravagancia. Nos cabe, sin embargo, la satisfacción de que la delegación española de Seix y Barral, junto a otra delegación, intentara inclinar la balanza del lado de Carson Mac Cullers — la finalista — esgrimiendo como argumento pertinente el hecho de que la gran escritora norteamericana "ahonda más en el hombre y sus problemas". La actitud de estas delegaciones es confortadora, aunque el hecho de que su voz fuera en el Jurado la voz de las minorías nos revela que los editores, la mayor parte de los editores del mundo, están dispuestos a amplificar y difundir, so pretexto de originalidad, estas nuevas tendencias que vienen a representar a la novela lo que a la Química esos estudiantes que mezclan caprichosamente sales y ácidos en un tubo de ensayo en espera de que salga humo o se produzca un vistoso precipitado rojo, amarillo o azul.

El arte de nuestro tiempo va aproximándose por días a la pista de un circo, donde cada trapecista, cada prestidigitador que salta al redondel pretende hacer algo nuevo, olvidando que casi todo está hecho y que la verdadera cuestión no es hacer lo que nadie hizo, sino lo que ya fue hecho pero hacerlo



con mayor economía, originalidad o belleza. Pero vistas las dificultades que entraña el triple salto mortal en el trapecio, el trapecista opta por dar una voltereta sobre el lomo de un borrico con la consiguiente algarabía de los niños y de los espectadores ingenuos. Dicho en otras palabras, la mejor manera de llamar hoy la atención no reside en superarse, sino en salirse por la tangente, o sea, en la pirueta. Se argumentará que no pocos hombres que son verdaderos genios usan y abusan de la pirueta y aun que sus piruetas les dan de comer y de beber. Esto es muy cierto, mas hasta el momento se les exigió previamente a estos señores que demostrasen su talento y una vez hecho esto se les permitió la extravagancia y hasta se admitió como lógico que sus extravagancias, sus piruetas, se cotizaran en el mercado. Lo grave del caso es que ahora se pretenda escalar la fama empezando por la pirueta, siendo así que la mera pirueta queda por completo al margen de la estética. Esto es, yo no encuentro, en contra de lo que se ha dicho, que el prescindir de la puntuación y de las normas gramaticales entrañe un anhelo renovador de la técnica novelística, de la misma manera que no lo entrañaría escribir en las márgenes del libro y dejar impoluto el rectángulo central de cada página donde hasta ahora solía imprimirse.

En definitiva, uno llega por este camino a conclusiones muy turbadoras. El arte se desintegra, afronta el caos por falta de destinatario, afirmación que, en cierto modo, coincide, con la de los paladines de las nuevas tendencias, quienes justifican sus extravagancias por la fidelidad obligada del artista a la época en que vive; es decir, a una sociedad caótica hay que servirle un arte caótico. Uno, no obstante, no ha perdido del todo la esperanza y piensa que otra manera de ser fiel a la época en que vive es tratar de arrancar de su mediocridad, de su materialismo exacerbado, de su vacío mental, a la sociedad en torno, profundizando en el hombre sin renunciar a la belleza. Otra cosa sería aceptar que el artista nace condicionado por el medio ambiente en lugar de ser él quien condiciona, quien debe esforzarse, al menos, por dignificar ese medio.



## “RÉQUIEM” POR UN MUCHACHO

EN estos días navideños, tan despojados, en esencia, de carácter fúnebre, ha muerto un adolescente, apenas un muchacho, Juan Arias. Por si el hecho — la muerte extemporánea, si es que la muerte puede serlo — no envolvese en sí mismo un signo paradójico, ahí tenemos, como complemento, la circunstancia de que el óbito se produzca en unas fechas en las que los cristianos conmemoran la arribada al mundo de la Luz y la Vida. No obstante, para Juan Arias la Navidad de 1963 ha sido su última Navidad y quizás haya en todo esto, en la oportunidad del tránsito, una de esas misteriosas decisiones con que el Señor distingue a sus elegidos. El caso es que Juan Arias ha muerto entre música de zambombas y panderetas, es decir, como deben morir los muchachos que no debieran morir.

Juan Arias vivía en mi casa, como quien dice pared por medio, y era amigo de mis hijos. Y ya es sabido que los amigos de nuestros hijos son un poco como hijos nuestros. De ahí este dolor vivo y lacerante que la noticia me ha producido.

A Juan Arias le falló el corazón. Yo ignoro si algún día los hombres de nuestra época habremos de rendir cuentas por haber creado un mundo excesivamente tenso y trepidante, un mundo sobrecargado para los frágiles corazones de nuestros hijos. En este punto, Juan Arias es un ejemplo. Se diría que Juan Arias, consciente de lo que le aguardaba tras de la puerta, se negaba a abandonar la infancia, a romper con ella y echar sobre sus débiles hombros eso tan pesado, y tan arduo, y tan inconsistente como es la responsabilidad. Y, sin embargo, Juan Arias no tuvo una infancia como los demás niños; el corazón le fallaba. El corazón, en su tictac implacable, se obtenaba en

introducirle en ese turbio mundo de los adultos, y él se resistía a entrar en él. (Ésta era — diga lo que quiera la ciencia — la discrepancia y, de ahí la raíz del mal.) Por eso Juan Arias no podía correr, ni hacer ejercicio y, últimamente, ni siquiera dormir. No obstante, Juan Arias sonreía siempre:

— ¿Cómo va eso, Juan?

— Mejor.

Juan Arias, desde hace muchos meses, no podía trabajar, ni estudiar, ni jugar. Llevaba adosada a su adolescencia, como un quiste, una gravedad prematura; una incómoda, desproporcionada gravedad. Era un muchacho con vida de viejo pero con una interioridad pueril, explosiva y abigarrada, como correspondía a su edad. Él sufría, sufría indeciblemente, pero su sufrimiento no trascendía, no rebasaba su corazón enfermo. Había alcanzado la elegancia suprema — el pudor del dolor — que muy pocos seres, así vivan cien años, alcanzan:

— ¿Cómo va eso, Juan?

— Mucho mejor.

Y Juan sonreía; con una sonrisa cada vez más pálida, más afilada, más evasiva, pero sonreía. Todo iba mejor; siempre iba mejor. ¿Es que, acaso, intuía Juan Arias adónde iba? ¿Qué es lo que iba mejor? ¿Su progreso gradual, su paulatina maduración hacia la muerte? ¿Quién lo sabe? ¿Quién sabe lo que Juan Arias, el muchacho, pensaba durante estos últimos meses? En tanto, su cuerpo se tornaba enjuto, transparente, mientras dentro se ensanchaba — donde parece que los muchachos aún no tienen hueco para ello — una precoz, resignada conformidad:

— ¿De veras te encuentras mejor, Juan?

— Pues claro.

Pero al día siguiente de Navidad Juan Arias amaneció muerto; dulcemente muerto, como mueren los muchachos; como sueñan los niños: sonriendo. Tal vez Juan Arias en esos instantes acababa de recuperar su libertad, la infancia que nunca llegó a perder pero tampoco a disfrutar del todo. Juan Arias se iba en el umbral, sin conocer la mezquindad ni el odio, sin recoger sobre sus frágiles hombros esa carga tan ardua, tan enojosa, tan inabarcable que es la responsabilidad. Es decir,

Juan se iba justamente en la frontera de la infancia, la misma noche de Navidad, entre música de zambombas y panderetas, como deben morir los niños que no debieran morir:

— ¿Cómo te encuentras, Juan?

— Ahora, mucho mejor.

(1963)

## TIRIOS Y TROYANOS

T ENGO entendido que un deportista caracterizado ha sido borrado de la agrupación del viejo club a que perteneció y disuelta la peña que patroneaba al ofrecer sus servicios a otro equipo, rival de aquel en que de entrada militó. De aquí se deduce que estas cosas de la “eterna rivalidad”, el “enemigo”, el “adversario”, no constituyen una mera fraseología deportiva, sino que portan dentro de sí — al menos, en nuestro país — un auténtico sentido de hostilidad. Hoy día, a lo que se ve, en España todavía no es admisible que un atleta se pase a las filas de enfrente, y su actitud, de decidirse a adoptarla, será interpretada no ya como una displicencia, sino, ni más ni menos, como una traición. Y ya es sabido que en esta vieja Celtiberia la traición se paga con la vida o con un cerco de desdenes e incomprensiones a menudo más desconsolador y doloroso que la propia muerte.

Y si esto acontece en el terreno deportivo y en una ciudad culta, sobran razones para echarse a temblar. Porque la historia del país — de puertas adentro — es un repertorio abrumador de pasiones incontenidas, un enfrentamiento constante entre tirios y troyanos, con la particularidad de que estos enfrentamientos muy rara vez se mantuvieron en la esfera dialéctica, sino que, desbordando toda contención juiciosa, derivaron inevitablemente hacia una pretensión de hegemonía, previo arrasamiento, claro, del “eterno rival”. Y así, nuestra historia íntima se va tejiendo con hilos de violencia, y su perspectiva brinda un abigarrado chafarrinón en el que, sin disputa, es el color rojo el que predomina.

Doblado en su mitad el siglo xx, parece llegada la hora de que los españoles reflexionemos sobre este punto, a saber: que

si la sangre caliente nos valió no pocos éxitos en una etapa histórica en la que prevalecía el corazón, ahora que el cerebro se impone, aquélla no nos servirá para gran cosa; en el mejor de los casos, para obnubilarnos y precipitar nuestras decisiones. De aquí que la intransigencia ibera no sea, en contra de lo que algunos pretenden, fruto de la leyenda negra, ni tampoco, como otros sugieren, envidiable cualidad, fuente de nuestras glorias y grandezas. De la intransigencia al fanatismo no hay más que un paso, y ya sabemos que las más torpes y sangrientas páginas de la Historia de todos los tiempos y de todos los países fueron escritas por fanáticos.

Y el caso es que el español, uno a uno, se muestra mollar y transigente; repudia con toda su alma la intolerancia. El español, uno a uno, aspira a encarrilarse por las vías de la comprensión y la convivencia. No obstante, el español es hombre de tertulia, de grupo, de capillita, y una vez inserto en aquéllos o enrolado en ésta, adquiere indefectiblemente una nociva conciencia gregaria. Sus fobias y sus filias son las fobias y las filias de su equipo, y ya es sabido que las fobias alimentadas en equipo, las fobias, digamos, institucionales, al menos en este país, suelen tener un final cruento.

Sin duda, está lejana la época en que la espada abría camino a la cruz o se imponía un rey a cañonazos. Uno a uno, los españoles estamos persuadidos de que nuestra convivencia únicamente tendrá una base estable el día que nuestro esquema de ideas pueda ser confrontado pacíficamente con otro esquema de ideas para extraer de esta confrontación conclusiones provechosas no sólo para los tirios, sino también para los troyanos. Y el día que un tirio sea capaz de erigir una estatua a un troyano, y tirios y troyanos respeten este monumento, podrá decirse que el país en que esto suceda es un pueblo civilizado.

Esto, repito, que constituye el abecé de la democracia verdadera y que es admitido por el 80 por 100 de los españoles aisladamente, se echa a rodar tan pronto el tirio o el troyano se polarizan y empiezan a nutrirse no ya con las sugerencias o ideas del sentido común, sino con las sugerencias e ideas — pétreas, inmovibles — del grupo a que pertenecen. Y si hoy día, para tomar la temperatura del pueblo español, no pode-

mos guiarnos sino de indicios, este que comentario no puede ser más decepcionante. Quiero insinuar que si mediado el siglo xx no estamos dispuestos a tolerar ni que un deportista, en plena euforia del profesionalismo, cambie los colores de su camiseta, Dios nos coja confesados.

(1963)

## EL MATADOR DE CONEJOS NÚMERO UNO

A través de un artículo del admirado y admirable José Pla me entero del fallecimiento, en Francia, del doctor Armand Delille, el matador de conejos número uno: es decir, el hombre que mediante un par de inyecciones exterminó la población conejera de toda la Europa occidental. El lector avisado ya habrá advertido que me estoy refiriendo al importador e iniciador de la mixomatosis en el viejo continente, enfermedad que, pese a los optimistas augurios de los entendidos, continúa en plena virulencia, sembrando cada otoño nuestros montes de grises cadáveres, sin que hasta el momento, que yo sepa, se haya acertado con una vacuna operante y eficaz. Es decir, nuestros conejos siguen a merced de la peste y la pretendida resistencia al virus no acaba de manifestarse.

Ante un hombre que ha causado tanto daño, me sorprende la actitud generosa y comprensiva que adopta José Pla en el artículo que comento. Pla se muestra tan liberal, que incluso atribuye a Delille el don de la sabiduría — no por su conducta para con los conejos por supuesto —, y para demostrarlo cita un repertorio de condecoraciones con que el provector doctor fue distinguido en diversas ocasiones de su vida. No es éste el momento oportuno para discurrir sobre el realce que una medalla pueda atribuir a la persona portadora — cosa muy discutible —, aunque sí para poner en duda dos de las afirmaciones que hace Pla en su generosa necrológica y que, a mi entender, se excluyen mutuamente. Pla asegura no sólo que Delille fuese una buena cabeza, sino que el hecho de erigirse en verdugo de los gazapos europeos se debió a una pura casualidad. El doctor Delille pensó que inoculando la mixomatosis a un par de roedores exterminaría solamente los conejos

de su finca, ya que la misma estaba preservada por una tapia. Tal idea cabe únicamente en una mente infantil, en primer lugar, porque el doctor conocía el arma con que jugaba (la mixomatosis había arrasado ya vastas extensiones de Australia y del continente americano), y en segundo, porque hasta los niños de tres años saben que de poco sirven las bardas de protección de una finca para con los conejos. Las madrigueras de los conejos ahondan en el subsuelo, se prolongan metros y metros y nada más sencillo para ellos que abrir la salida por la otra. Media hora le es suficiente a un conejo para realizar esta operación. Y si el doctor Delille tenía tantos en su propiedad que llegaron a obsesionarle, ¿cómo iba a ignorar esto, que lo saben hasta los chicos? Por otro lado, ¿cómo estando informado de la devastación australiana podía desconocer el doctor que para que la mixomatosis se propague no es preciso el contacto directo, sino que basta con que un insecto pique a un ejemplar sano después de haber picado a otro enfermo? En suma, uno se teme que el finado doctor Delille — q.g.h. —, guiado por el egoísmo, no pensó más que en su propio provecho, en el “después de mí, el diluvio”, tan prodigado en nuestra época. Y una de dos: o la cabeza del doctor no era lo que se dice una buena cabeza (o quizá lo fue y al realizar su hazaña ya empezaba a chochear) o los resultados de su experiencia no pudieron sorprenderle.

Por otra parte, tal vez Pla desconoce que la última de las medallas que le colgaron del pecho al doctor Delille fue precisamente por los beneficios que su acto — la inmolación de los conejos europeos — reportó a la agricultura gala. Fue éste un hecho anómalo e increíble, supuesto que Delille del banquillo de los acusados pasó a ser un benefactor de la Humanidad, distinguido y hasta condecorado; es decir, que, por una de esas caprichosas fintas en que también es pródiga nuestra época, el doctor de marras, en lugar de con una condena salió del expediente con una medalla. Extraño, sinuoso curso el de este proceso de un hombre que, benefactor o no, a los cazadores de este rincón del mundo nos ha hecho la pascua.



## NADA MÁS QUE LA VERDAD

**T**ERMINO de leer las Memorias de Von Ribbentrop, el embajador y ministro de Asuntos Exteriores de Hitler durante los años de la segunda guerra mundial y en los que inmediatamente la precedieron. No ignoro que mi lectura ha sido un poco tardía, mas el retraso ha sido deliberado, supuesto que la Historia necesita perspectiva si queremos comprenderla. De otro modo, el prejuicio y la pasión, sobre acentuar nuestra displicencia crítica, enturbian nuestro cerebro cuando no le obnubilan por completo. Y, de entrada, lo que más me ha sorprendido de esta lectura es la ponderada serenidad que se desprende de estos renglones, unos renglones escritos por un hombre en capilla y sobre una de las etapas más enrevesadas de la Historia de todos los tiempos. Pero dejemos esto aparte. Aquí no me interesa tanto la Historia como el aspecto meramente humano de la cuestión. Von Ribbentrop, en su libro, se esfuerza por probar que Alemania fue arrastrada a la guerra por la incomprensión de Londres y París. Es decir, todo lo contrario de lo que aspiran a demostrar Chamberlain, Churchill, Eden o De Gaulle en sus memorias o diarios también recientes, hecho que demuestra una vez más aquello del cristal de Campoamor. Y no voy a decir aquí que los argumentos esgrimidos por Ribbentrop sean todos convincentes, pero sí que los argumentos no le faltan, ni son siempre deleznales. Una cosa está clara, a saber, que la segunda guerra mundial — como casi todas las guerras mundiales o no mundiales — la desató el miedo, la desconfianza que en unos y otros exacerbó la cadena de pactos y contrapactos — de agresión, de ayuda mutua, de amistad, etc. —, cadena que, a su vez, avivó en cada dirigente responsable la sensación de cerco. Con la particularidad, igualmente manifies-

ta tras la lectura de la obra, de que estos pactos se los llevó el viento, se convirtieron en papel mojado tan pronto supusieron un estorbo para alguno de los firmantes.

Pero aún hay otra cosa que se desprende de este libro — si comparamos su contenido con el contenido de los que escribieron los de enfrente — y es la confirmación de que en todo episodio dialéctico concurren tres verdades: la verdad de cada interlocutor y la verdad-verdad, es decir, la verdad objetiva. En la pieza de Ribbentrop está la verdad alemana; en las de Churchill, Eden y De Gaulle la verdad aliada; mas la verdad-verdad radica fuera de unos y otros, aunque bajo las cubiertas de las memorias de todos se esconda una parte de ella. Alcanzar ésta queda al margen de la facultad humana y de ahí la profunda enseñanza que se encierra en estos volúmenes. Quiero decir que las cosas podrían embrollarse de nuevo y en el caso de que el conflicto dejara supervivientes volverían a surgir libros de memorias con su partecita de verdad. Mas la verdad real, objetiva, sería que dejaríamos un mundo en ruinas, inoperante para todos, con una parte de razón de nuestro lado, con otra parte de sinrazón y con un mucho de ciego egoísmo intransigente.

El libro que comento — y otros semejantes — recatan una provechosa lección: el hombre nunca debe tropezar en la misma piedra. Y, sin embargo, dada la premura por sentar pactos y alianzas y zonas de influencia y etcétera, se diría que el hombre — el de Oriente y el de Occidente — no experimenta el menor deseo de escarmentar. Hoy se sigue jugando al mismo juego que en 1938. Y en el juego — didáctico hasta el momento, afortunadamente — concurren, como siempre, tres verdades: la rusa, la occidental y la verdad-verdad. Y ante el tremendo estallido de 1939, resulta obvio que el hombre de hoy debe afanarse por buscar la verdad-verdad a toda costa, y para ello debe comenzar por intentar comprender las razones *del otro*, aun reconociendo que esta disposición no es cómoda por aquello de que siempre es más sencillo subirse a un carro en marcha que poner en movimiento otro que está parado desde el comienzo de la Historia.

(1963)

## LA RUINA DE CASTILLA

**C**UATRO desastrosas cosechas consecutivas han sumido a los pueblos de Castilla en el pesimismo y la amargura. El campesino castellano está hoy, antes que nada, desorientado. La mecanización, la concentración parcelaria, la selección de semillas, el abonado concienzudo y periódico; es decir, todo aquello que pudiéramos estimar como buenos consejos, los ha seguido a pies juntillas nuestro labriego, aunque a la postre le hayan servido de bien poco contra los elementos desatados. Quiero dar a entender que, hasta hoy, la frustración de las cosechas se debía en Castilla antes que a los elementos, a la ausencia de elementos, es decir, a la falta de agua, a la sequía. De cuando en cuando, de Pascuas a Ramos, a la helada tardía o a la furia del nublado. Pero he aquí que para escarnio de nuestro agro, la pérdida de las últimas cosechas la ha provocado el agua, agua extemporánea y excesiva; agua torrencial antes de la siembra, o persistente cuando el trigo estaba apilado en la era para ser trillado.

Se trata, pues, a diferencia de lo acaecido hoy en Cataluña o, ayer, en Cádiz y Valencia, de una tragedia sorda y en cuatro actos; de una calamidad paulatina pero implacable, que ha terminado por derrumbar la ya de por sí inestable economía agraria castellana. Ante esta situación el labrador castellano ha pasado a depender de los acreedores. Debe al S.N.T.; debe a las casas de maquinaria; debe a los suministradores de abonos; debe, en fin, a la tienda de comestibles. Y hasta tal punto es grave la situación, que no puede pensarse que se arregle... con una óptima cosecha. La desmoralización del campesino castellano es tal, que hace pocos días uno de ellos me decía:

— Créame, no sé si es preferible recoger cosecha o no.

Porque si la cosecha es mala, nos iremos a pique definitivamente y a morir... Pero si fuera buena, los acreedores, que ya han demostrado comprensión y paciencia, querrán, lógicamente, cobrar todos al mismo tiempo, y la cosecha, por larga que sea, nunca dará para tantos.

En una palabra, el agricultor castellano ha perdido su tradicional serenidad. Mira su tierra y su cielo con absoluta desconfianza. "Si no me la juegan hoy me la jugarán mañana", piensa. Y ante esta amenaza, los desheredados han iniciado ya el éxodo hacia las grandes ciudades. El campo se va despoblando precisamente en un momento en que se está tratando de resolver siquiera una parte del problema de Castilla.

No obstante, la emigración de nuestros campesinos no viene impuesta exclusivamente por la actual contingencia económica. Hay, junto a ella, una grave cuestión moral o, si se prefiere, una grave cuestión social. Algún lector de mi novela "Las ratas", me ha objetado que me mostraba en ella demasiado desabrido cuando, en realidad, cualquiera que conozca superficialmente la vida de los pequeños pueblos de Castilla podrá atestiguar que no he incurrido en la menor exageración. Los pueblos de Castilla se debaten entre el miedo y el tedio. Es decir, al temor de que la pobre cosecha actual se malogre por cualquier circunstancia, hemos de añadir la total ausencia de estímulos que hagan siquiera llevadera la vida en nuestros medios rurales. O sea el miedo que gravita sobre ellos durante seis días de la semana no puede eludirse el séptimo sino mediante el sexo y el vino. La higiene, la urbanización, la menor confortabilidad, el salón recreativo, el deporte, la cultura constituyen para el labriego castellano una quimera. En esta situación, nada puede extrañarnos que la juventud, que confusamente barrunta mundos más halagüeños, escape del campo aunque sea para sumirse en la negra aventura del paro, del suburbio o de la chabola.

(1963)

## CASTILLA NEGRA Y CASTILLA BLANCA

A propósito de mi libro “Viejas historias de Castilla la Vieja”, un comentarista madrileño me acusa de intentar resucitar la España negra como si la España negra — o, más propiamente, miserable — hubiera muerto alguna vez. Claro es que el escritor a que aludo vive en la capital, y mucho me temo que antes de lanzar su acusación no se haya tomado la molestia de darse una vuelta por estas tierras de pan llevar. Sea como quiera, mi objetor sostiene que esas viejas historias — que no son tan viejas, puesto que la tesis del libro es precisamente esa: que nada fundamental ha cambiado en la desolada Castilla durante el último siglo — no son verdaderas. Es claro que un escritor está obligado a someterse a toda suerte de críticas, pero no tiene, creo yo, por qué aceptar que le tilden de embustero.

Los españoles, en efecto, somos muy propensos a extremar elogios y censuras. A veces, es cierto, nos ayudan los extranjeros, pero de ordinario las afirmaciones — buenas o malas — más radicales respecto a un personaje o una circunstancia histórica las formulamos nosotros solos. Así, las leyendas negras en torno a la colonización de América o a la figura de Felipe II. Pero, en fuerza de enderezar argumentos o de desorbitarlos, viene a resultar que nos creamos unas leyendas blancas, no sé si tan falsas como las que se pretende rebatir, pero sí, sin duda, igualmente nocivas.

Pero iba con Castilla, una región que puede que fuera blanca alguna vez, pero que desde que tengo los ojos abiertos — y ya va para cuarenta y cuatro años que los abrí — la he visto ir de tumbo en tumbo hasta abocar a la dramática situación presente. Y si es notorio que para levantar o resucitar una

leyenda negra hace falta una previa disposición de ánimo, es obvio que sin esta deliberada predisposición no podrá hablarse hoy de una Castilla blanca. Esto quiere decir que el viajero de buena fe y sin prejuicios verá negra a Castilla — hablo de sus pueblos y de su economía agraria — y si en lugar de viajero es un observador indígena, comprobará que año tras año la postración rural de Castilla no sólo no se ataja ni se contiene, sino que va en aumento. Y por si fuera insuficiente esta progresiva decadencia, las últimas catastróficas cosechas han venido a darle la puntilla o, si se prefiere, han terminado de enlutarla.

Estos poblachos de barro son cada día más míseros. El cultivo del trigo no resulta rentable y los frutos de regadío — remolacha o patata — no encuentran la debida protección y sus precios se derrumban. Total, que aunque el labriego castellano ha sido tradicionalmente reacio a la emigración, las cosas han llegado a tal extremo que no le queda otra salida que ir haciendo las maletas. Intento decir que los jóvenes no se resignan a morir donde nacieron. Vagamente — hoy la total incomunicación es imposible — intuyen mundos menos hostiles y arduos, más habitables, y hacia ellos se encaminan un poco por instinto. En las parameras de Soria y Burgos hay pueblos enteros abandonados. Pueblos que las trepadoras, los helechos, la zarzamora y la ortiga van demoliendo poco a poco. De aquí a unos años, esos pueblos, que todavía conservan un rastro humano, podrán mostrarse al visitante fríos y en escombros, como nuevas ruinas de Numancia.

Y si las cosas son así, ¿por qué voy a disimularlas? ¿Por qué mi amigo Masats ha de buscar para fotografiarlo lo que espontáneamente no se ofrece a sus ojos? ¿Por qué crear una leyenda blanca? Seguramente nuestro objetor preferiría ver a una bonita muchacha cogiendo flores en una pradera, que a una vieja escuálida, enlutada hasta los ojos, sentada al sol en una sillita de enea. Seguramente nuestro objetor preferiría ver un amplio cruce de autopistas que esa encrucijada dramática de cuatro caminos polvorientos. Posiblemente nuestro objetor preferiría ver un muelle salón de cine que ese salón de baile desportillado y con el suelo de chinarrros. Pero, ¿dónde están

la pradera, la autopista y el salón de cine? Y si me apura un poco, ¿dónde está la muchacha?

En verdad, porque conozco y amo a Castilla no puedo permitirme licencias en su interpretación. Castilla, mejor o peor pintada, es así. Castilla se debate en una agónica disyuntiva; o se adoptan medidas inmediatas de protección y planificación de su economía agraria o terminará — y a corto plazo — convertida en un pajonal estéril. A no ser que el sueño de Valdeajos se haga realidad y lo que no dio el suelo en siglos lo dé ahora el subsuelo en años. El oro negro, en pura paradoja, es el único que puede hacer blanca a Castilla de la noche a la mañana.

(1964)



## PARTIR DE CERO

CON la Universidad española venía ocurriendo algo parecido a lo que alguien dijo de los manicomios, es decir, que ni estaban todos los que eran, ni eran todos los que estaban. Más concretamente, hace muy pocos lustros bastaba en el país disponer de cuatro perras gordas para alcanzar un título facultativo y hasta tal punto esto era cierto, que entre las clases privilegiadas circulaba como "slogan" fidedigno, aquello de que en España todo el mundo era abogado mientras no se demostrara lo contrario. Esta realidad ofrecía una amarga contrapartida, a saber, que para aquel que no dispusiese de cuatro perras gordas, la Universidad era algo tan lejano como un yate o un automóvil; digamos, para mejor entendernos, que la ilustración en este país era un artículo de lujo, dándose la paradoja de que los diplomas acreditativos del talento se compraban y se vendían, con lo que para ser calificado de intelectual — licenciado — no era preciso tanto tener inteligencia como tener dinero. De aquí derivaban dos males endémicos: a la Universidad arribaban con frecuencia adinerados sin masa gris en tanto los desheredados con ella quedaban perpetuamente anclados a su condición de peones o de braceros.

Afortunadamente algo ha cambiado en los últimos tiempos en la Universidad, de forma que ya sí van siendo todos los que están, siquiera aún falta que estén todos los que son. Quiero decir que si hoy el dinero, el simple hecho de ser uno un señorito, no da derecho a un título universitario — y eso está bien — todavía el talentudo económicamente débil ha de mendigar aquí y allá — si es que alguien de cuantos le rodean advierte a tiempo sus dotes naturales — para tener acceso a la ilustración. En una palabra, en este aspecto de la enseñanza algo



se ha conseguido, pero aún queda el rabo por desollar. Y si hoy no bastan unos billetes para comprar un título de intelectual, no menos obvio resulta que sin billetes por medio apenas hay procedimiento hábil de probar oficialmente — y menos aún de que se nos reconozca — una inteligencia.

— Mire usted, siempre hubo ricos y pobres. Eso no es descubrir el Mediterráneo.

Esto es bien cierto y, posiblemente, irremediable, pero lo que sí tiene remedio, y a ello vamos, es a desarraigar los privilegios de casta, es decir, a que sea rico — o medio rico — quien lo merezca y a que sea pobre quien no pueda alcanzar otra cosa. A estas alturas es un elemental principio de justicia el que cada hombre parta de cero y se realice conforme a sus posibilidades intelectuales sin trabas ni cortapisas. Mas, aparte de ser esto justo, una sociedad medianamente organizada no tiene derecho a dilapidar talentos sino al contrario, contrae la obligación de situar a sus miembros en aquellos puestos para los que se muestren capacitados. De esta manera el funcionamiento del cuerpo social será perfecto y el rendimiento del mismo, eficaz. Se trata, en suma, no de hacer caridad, sino de una noble exaltación del egoísmo comunitario que busca el modo de extraer el máximo provecho de cada uno de sus componentes.

Sería de desear que en este camino emprendido por el principio de igualdad de oportunidades se llegase a prescindir de trámites burocráticos — ¡cuántos padres de muchos presuntos intelectuales no saben ni firmar! — y se llegara a un automatismo fluido entre los diversos grados de la enseñanza de forma que cada cual se detuviera allí donde se demuestre que no puede pasar. Es evidente que de conseguirse esta meta, dadas la abnegación y el espíritu de renuncia y el sentimiento de equidad ahincados en nuestro pueblo, todo aquello de la cuestión social y la lucha de clases, pasaría, en poco tiempo, a ser un recuerdo histórico.

## LA MISIÓN DEL ENTRENADOR

**P**ARA Alfredo Di Stéfano, el gran divo madridista, el entrenador de un equipo de fútbol tan sólo influye en sus éxitos en un diez por ciento, siendo, en cambio, atribuibles a su impericia, el cuarenta por ciento de los fracasos. A lo que se ve, el ariete madridista concede al entrenador muy poca influencia en la marcha del conjunto y si nos atenemos a sus arbitrarios porcentajes, un preparador está siempre más expuesto a perder que a ganar. En realidad, es muy difícil precisar la participación de los entrenadores en los vaivenes de los equipos a sus órdenes y puestos a medirlos apenas si podemos concretar un extremo: para la "hinchada" el entrenador es responsable en un ciento por ciento de los descalabros del conjunto, y lo demás son ganas de especular y de enredar las cosas.

Mas el tema es sugerente si lo planteamos en estos términos: ¿Hasta qué punto un entrenador puede comunicar a sus muchachos sus conocimientos, su concepción de la jugada, su sentido de la táctica y de la estrategia futbolísticas? ¿Es posible que un mal defensa pueda entrenar a un buen delantero o un mal delantero a un buen defensa? O, por el contrario, ¿sería capaz un buen defensa de hacer mejor a un mal delantero y a la inversa? Uno, la verdad, no cree que estos dones sean comunicables, es decir, que hasta cierto punto, un futbolista, como un poeta, nace y no se hace. Cosa diferente es que, una vez en sazón, el entrenador se las ingenie mejor o peor para conservarle en forma; quiero decir, en forma física, con sus reflejos sensibles, sus músculos potentes, sus pulmones capaces y sus miembros ágiles. De esto a pretender que un defensa — bueno o malo — enseñe a tirar a puerta a un delantero o un

delantero a sujetar la pelota a un guardameta media un abismo. Sencillamente, no creo en ello.

Hubo un hombre, enviado de Francia, llamado H. H., que revolucionó todo este asunto del fútbol teórico. Las tácticas, las pizarras magnéticas, la disposición defensiva a ultranza — el famoso cerrojo — se pusieron de moda con su advenimiento. Por entonces nadie hubiera osado sentar plaza de entrenador sin saber hilvanar cuatro frases en torno a la uve doble y a la eme y a los 3-3-4 y a los 4-3-3. A partir de entonces el deporte del fútbol empezó a convertirse en una ciencia o, lo que es lo mismo, se enmendó la plana a los ingleses y aquello del 2-3-5 se convirtió en un 3-2-5 cuando no en un 4-4-2. En suma, se aspiraba a convertir el fútbol en una cosa distinta de lo que hasta entonces había sido imprimiéndole un extraño viso matemático.

Afortunadamente, esto va pasando, como todos los sarampiones, y las aguas van tornando a su cauce. ¿Que por qué el señor H. H. sigue triunfando? Sencillamente, porque aparte de ser un excelente preparador físico, su aureola de mago sí es contagiosa y nada como saberse a las órdenes de un mago para imaginarse invencible, para que la moral del conjunto suba muchos enteros. Y aquí sí habrá que reconocer que Alfredo Di Stéfano se ha quedado corto, porque el influjo del entrenador en la moral de sus muchachos es evidentemente decisivo. A este respecto bien podemos decir que la “furia” de un equipo es la “furia” de su entrenador, el entusiasmo de un equipo es el entusiasmo de su entrenador, la tenacidad de un equipo es la tenacidad de su entrenador, de donde deducimos que el alma de un equipo es el alma de su entrenador. Esto quizás explique mejor que nada el fracaso de geniales jugadores — pero fríos y cerebrales — al operar desde la banda y, por el contrario, los grandes, inesperados éxitos de jugadores mediocres, semianalfabetos, que acertaron a poner su corazón debajo de las once camisetas que evolucionaban a sus órdenes.

## LOS CARGOS Y LOS HOMBRES

A uno, la verdad por delante, nunca se le hubiera ocurrido pensar que entre los bienes codiciables por el prójimo pudiera contarse el señor alcalde de la población donde uno nació y reside. Le ha bastado, sin embargo, un corto viaje por diversas ciudades españolas, desazonadas con todo eso de los polos y del desarrollo, y a usted le toca mucho y a mí no me toca nada, para convencerse de lo contrario:

— ¡Eso es un alcalde y lo demás son cuentos!

— Sí, señor; hombres así son los que necesita el país.

Uno convenía modestamente:

— Sí, sí, evidentemente es un hombre que se mueve.

— ¡Cómo, se mueve! Y tiene iniciativas, y hace cosas que entran por los ojos, y empuja en Madrid y les está cambiando a ustedes la ciudad...

Uno, la verdad por delante, se acobardaba ante tanto elogio porque a su alcalde, se quiera o no, uno ha de considerarle un poco como cosa propia y familiar. Es distinto que un gobernador civil o un delegado de sindicatos, pongamos por caso. Pero un alcalde, repito, es como de casa, y ya es sabido que cuando a uno le elogian sus hijos, o sus obras, o su corbata, así de sopetón, y achuchando, no es fácil evitar el sofoco.

Pero, bien mirado, el alcalde de mi ciudad es uno de esos "aborrecibles hombres de las nueve" que tanto precisa el país; o para ser más exacto, un hombre de su tiempo, dinámico y eficaz. Esto, naturalmente, no quiere decir que "su tiempo" no dé otro tipo de hombres, poco dinámicos y eficaces, ni, por supuesto, que este otro tipo de hombres, poco dinámicos y eficaces, no se encaramen más arriba que el alcalde de mi ciudad.

— Bueno, eso es cosa sabida. Lo da la tierra.

Lo que queda por saber es por qué a la hora de elegir hombres para los cargos — los hombres nacen para los cargos; nunca deben nacer los cargos para los hombres — que requieren dinamismo y eficacia, se repara antes que en el hombre inquieto, agudo y emprendedor, en aquel otro, con facetas más o menos meritorias y dolientes, pero que al cargo — al cargo para servir, no para vestir — no le van.

A estas alturas, resulta obvio que si aspiramos a un buen pasar en el orden administrativo, habrá que ir pensando en la conveniencia de elegir para cada puesto al hombre más adecuado, sin reparar en sus avatares ni en sus cicatrices. Este es un asunto, creo yo, que no tiene vuelta de hoja. Al buscar al hombre que sirva a la comunidad, nunca deben pesar en nuestro ánimo sus desdichas. No se trata de compensar a nadie de las amarguras sufridas — para eso están las medallas —, sino de encauzar la administración del país por unas vías operantes y plausibles.

Don Miguel de Cervantes, ilustre excombatiente y excautivo, hubiera hecho, muy probablemente, un pésimo alcalde, lo que equivale a decir que nos hubiera fastidiado directamente y de rechazo, ya que de ser alcalde don Miguel, muy posiblemente don Quijote no hubiera salido del tintero.

Cuando uno propugna la conveniencia de que todo hombre se realice partiendo de cero, no le mueve solamente un prurito de equidad social, sino el egoísmo como miembro de una comunidad; que la colectividad esté mejor servida; que la sociedad rinda cuanto pueda. Pues bien, en este asunto de los cargos — que deben ser cargas — uno piensa que debería regir la misma ley. Y si existen hombres municipalmente incompetentes, provincialmente incompetentes, o nacionalmente incompetentes, sustitúyanse por otros cuyos rendimiento y eficacia se presuman.

Uno no cree demasiado difícil el acertar con este tipo de hombres, la verdad. Y el alcalde de mi pueblo es un ejemplo.

— Así que, ¿contento con su alcalde?

— Mire, para mí este señor sólo tiene una pega; que su sueño dorado sea hacernos una urbe de medio millón de habitantes.

— ¿Y eso es malo?

— Ni bueno, ni malo, pero a decir verdad yo me conformaría con que consiguiera que los habitantes que hoy tiene mi ciudad vivieran satisfechos y felices. ¿Para qué más?

(1964)

## TASAS Y OTROS EMOLUMENTOS

EL ministro de Información y Turismo, en su ampliación del Consejo celebrado el pasado día diez, anuncia la mejora de retribuciones de las fuerzas militares, mientras condiciona esta mejora a los funcionarios públicos en razón de que éstos perciben, además del sueldo, tasas y otros emolumentos. He aquí un concepto, el de las tasas, excesivamente vago y desigual que si a veces supone, en efecto, un sensible aumento de los haberes mensuales, en otros no va más allá de una partida simbólica. Quiero decir con esto que las tasas no son sino una tapadera que si en ocasiones encubre los verdaderos y pingües ingresos de los miembros de un escalafón, en otras — me temo que en las más — no significa sino un argumento utilizado con frecuencia para frenar las justas aspiraciones económicas de los funcionarios públicos.

Uno no tiene a mano cifras concluyentes para argumentar con fundamento de causa en todos los terrenos, pero tampoco le faltan algunos botones de muestra que conviene airear para que nadie se llame a engaño. Uno de ellos es el de los catedráticos de Escuelas de Comercio, cargo que se alcanza, como es sabido, tras de licenciarse en alguna Facultad o Escuela Especial y previa oposición realizada a través de seis ejercicios eliminatorios. Pues bien, estos funcionarios, de capacidad manifiesta, tienen, de entrada, una retribución que no alcanza ni con mucho el salario mínimo vital: para concretar: 1.450 pesetas. “Sí, verdaderamente esto es poco — argüirá el lector — pero, ¿y las tasas y otros emolumentos?” Vayamos a las tasas y otros emolumentos: 900 pesetas de gratificación complementaria y, un año con otro, 1.250 pesetas mensuales de derechos obvenconales. Peseta más, peseta menos, esto hace un total de 3.600. Y hablo

de catedráticos de Escuelas de Comercio, unos privilegiados si comparamos su situación con la de los catedráticos de las Escuelas de Maestría Industrial. Total, que si hace diez o doce años los ingresos de un catedrático de estas especialidades corrían parejos con los de un teniente, hoy no alcanzan los de un sargento y para acercarse a aquéllos — los de un teniente — el profesor tendrá que hallarse en la punta del escalafón, es decir, en trance de jubilarse. Todo esto, por supuesto, antes de las mejoras que ahora se anuncian.

Otros aumentos que razona el señor ministro de Información son los de la Guardia Civil y Policía Armada, aumentos perfectamente justificados y contra los que nada tendríamos que objetar si, a la vez, se anunciasen los de la guardería forestal y fluvial, incrementos que no se acuerdan, según parece, porque también éstos — funcionarios públicos — disponen de tasas y otras gabelas además del sueldo. Veamos los ingresos de estos funcionarios, después de pasar unos años en una Escuela de Capataces e ingresar en el Cuerpo tras competida oposición: Haberes mensuales, 800 pesetas; gratificación, 175; punto reglado, 250. Total, 1.225 pesetas mensuales si no yerro en la suma, cifra que, como se ve, apenas alcanza las cuarenta pesetas diarias, cuando son sesenta las fijadas hace ya más de un año por el Jefe del Estado como salario mínimo vital.

Sería malevolencia tratar de buscar en estas líneas deslices demagógicos cuando sólo están dictadas por un estricto espíritu de justicia. Es decir, que uno aplaude de corazón las mejoras económicas aprobadas para las fuerzas militares, pero no puede menos de reprobar la objeción de que otros aumentos — de apretada urgencia — se demoren apelando al evasivo argumento de las tasas y otras gabelas. Se aducirá que los civiles — y en particular, los catedráticos — pueden echar mano del pluriempleo, pero sería engañarnos si admitiésemos que la milicia está libre de esta lamentable exigencia.

En suma, las tasas encubren con frecuencia, es cierto, sobresueldos de seis cifras y esto es irritante; pero tratar de amparar bajo esa tapadera sueldos de hambre resulta evidentemente injusto.

Tal vez, a la vista de lo dicho, lo más prudente y equitativo



sería suprimir las gratificaciones, masitas, mandos, derechos ob-  
vencionales, vivienda, puntos regalados, etcétera, y fijar, conse-  
cuentemente, unas retribuciones únicas, conocidas y decorosas  
para todos los funcionarios del país, sean éstos militares o pai-  
sanos.

(1964)

## LIBROS CON SANTOS

ÚLTIMAMENTE se percibe en el mundo editorial español una inclinación creciente hacia los libros ilustrados. Mas ya no se trata de obras literarias con algunas fotografías, sino de auténticos álbumes fotográficos con alguna literatura. Bien mirado, el fenómeno no es español, sino que lo que acontece en España es sólo un eco retardado de lo que viene aconteciendo en Europa y América, orientación que, por otra parte, coincide con la aparición de buenas películas literarias, es decir, películas que como "Proceso en Nuremberg", o "El Presidente", o "Becket" encuentran en el diálogo uno de los más eficaces recursos expresivos. Esto nos lleva a pensar si la relativamente vieja competencia "palabra-imagen" no se habrá resuelto partiendo la diferencia. Sea como quiera, la literatura va derivando hacia un género híbrido o, para decirlo con palabras más simples, la literatura requiere hoy un soporte plástico para llegar a las multitudes.

Esto equivale a reconocer que, intelectualmente, el mundo retorna a la infancia. El hecho de que el hombre exija para su recreo los libros con "santos", demuestra que su curiosidad se ha hecho preferentemente visual y que es lógico, por tanto, que los editores hayan llegado al convencimiento de que hacer "tebeos" para mayores constituye un buen negocio. La gente nueva precisa informaciones que le entren por los ojos, tal vez porque la pugna verbal Este-Oeste ha desprestigiado la palabra llevando al mundo al escepticismo. Esto, sin olvidar la baza importante que en esta disposición del hombre nuevo hayan jugado los modernos medios de difusión: cine, televisión, revistas gráficas. Lo cierto es que el hombre de hoy nace con una curiosidad visual inagotable. Y no deja de ser peregrino el he-

cho de que el libro ilustrado, que debió de ser lógicamente el origen de este proceso — recordemos a los miniaturistas medievales — sea, de momento, su última manifestación. Esto nos lleva a pensar que la necesidad de la imagen — como base de cualquier lucubración intelectual — ha nacido en el hombre a medida que la plástica se erigía en medio expresivo de primer orden. Para la gente nueva, que bebe cada día en los documentales, la televisión o la revista gráfica, un libro sin “santos” constituye un espectáculo de una aridez, de una insulsez irresistible. La literatura en surcos, como el trigo, apenas se concibe ya. Bardem dijo hace tiempo que la Humanidad está abocada a una nueva forma de cultura: la cultura visual. Y ante esto, hay quien se permite vaticinar que la televisión terminará con los diarios y el cine con la novela. De hecho, nada termina con nada. Los periódicos — los que merecen tal nombre — aumentan sus tiradas en plena euforia televisiva y la seda sigue cotizándose a pesar del nylon y las fibras sintéticas.

En el mundo hay sitio para todo y la aparición de productos o medios informativos más evolucionados no tiene por qué representar el fin de los que les precedieron sino, a lo sumo, su transformación, su adaptación a las exigencias del momento. Tal es el caso, creo yo, de los libros ilustrados, cuya proliferación, por otra parte, invita a pensar si la pereza mental que enerva a la sociedad de nuestro tiempo no estará tomando proporciones alarmantes.

(1964)

## TIERRAS DE VALLADOLID

*(Guión para un programa de televisión,  
presentado por la actriz vallisoletana Con-  
chita Velasco y realizado por F. Ardavín.)*

A la gente de Valladolid nos gusta conquistar Madrid para poder regresar luego, de vez en cuando, a pasear por la calle Santiago y darnos pote. Porque en contra de lo que suelen creer algunos madrileños, Valladolid es una ciudad importante, que fue corte de España y tiene sus fábricas de autos y de tableros de fibra, su Capitanía General, su Semana de Cine Internacional, su equipo de fútbol, su Academia de Caballería, su Delegación de Hacienda, su Polo y su Polígono, que es como un Polo un poco más chico pero que no está mal. Pero, minucias aparte y, aunque me esté mal el decirlo, Valladolid también es importante porque en ella nací yo... Cosas...

\* \* \*

Pero, vayamos por partes; Valladolid limita al norte con don Pero Ansúrez, el conde (diluido en la bruma matutina porque el Pisuerga es fecundo paridor de nieblas) que fundó la ciudad hace un montón de años y por el sur con don José Zorrilla, el poeta romántico. Entre don Pero y don José se extiende toda la historia de la ciudad, su pasado. Pero también entre don José y don Pero se extiende todo su presente, porque entre don José y don Pero zigzaguea la calle de Santiago, ágora de la ciudad, en la que a ciertas horas se dan cita universitarios y modistillas, intelectuales y horteras, militares y paisanos, artesanos y menestrales, médicos y pacientes, abogados y pleiteantes, niñas inútiles y campesinos que se arrimaron al as-

falto por aquello del Servicio Nacional del Trigo y la Concentración Parcelaria.

Don Pero Ansúrez, el conde, con una clarividencia mesopotámica, fundó la ciudad a fines del siglo XI, en la confluencia de dos ríos: el Pisuerga y la Esgueva, porque el río Esgueva es "la", femenino, tal vez por sus curvas y redondeces, tal vez por sus arrebatos intempestivos que en repetidos momentos de su Historia pusieron a remojo la ciudad. El Pisuerga, como río macho, es más ancho y corpulento, pero también más controlado.

Bueno, el caso es que don Pero Ansúrez, el conde, como todos los fundadores, no supo a ciencia cierta lo que fundaba. Al amparo de sus piedras, por ejemplo, iba a refugiar su baque-teada vida don Miguel de Cervantes Saavedra (aquí tienen su casa) y al amparo de sus piedras, casi a los pies de donde hoy se alza su vera efigie, iban a celebrarse los cruentos autos de fe y el degüello de don Álvaro de Luna, valido del rey don Juan II hasta que dejó de valerle. Cosas...

Pero si quieren ustedes estudiar el pasado de Castilla deben darse una vuelta por aquí, ya que aparte el Archivo de Simancas, "pisapapeles de la Historia", como le llamó Francisco de Cossío, encontrarán rincones sumamente evocadores, aunque quizá no demasiado bien conservados, puesto que Valladolid, lo mismo que Castilla con sus hombres, "hace sus monumentos y los gasta". [*Imagen de las ruinas del Castillo de Canillas.*] Vean:

En este caserón contrajeron matrimonio Isabel y Fernando, base de la unidad de España (ahí tienen la placa) y poco más allá tienen ustedes el palacio donde nació Felipe II, hoy Diputación Provincial. Por cierto, por esta ventana, cuyos barrotes separados han sido protegidos con una gruesa cadena, dice la tradición que sacaron a bautizar al príncipe, ya que de haberle sacado por la puerta, don Felipe hubiera sido bautizado en otra parroquia. Cosas... Mis paisanos siempre han tenido muy buen humor y una idea muy particular de la competencia. Y si de la ciudad saltamos a la provincia nos encontraremos con Villagarcía de Campos, donde se crió Jeromín, quien cuando ya comenzaba a ser don Juan de Austria se entrevistó por pri-

mera vez con su hermano Felipe, a escondidas, como dos amantes, entre los robles de Torozos.

Pero dejemos los Ecos de Sociedad ilustres y pasemos a las ilustres necrológicas. Observen:

Esta es la villa de Tordesillas, en cuyo convento de las Claras pasó parte de su vida doña Juana, La Loca. Dirán ustedes que esto no es propiamente una necrológica pero, la verdad, no encuentro otra palabra a mano para designar un enterramiento en vida. Tordesillas tiene, además, otras piedras eminentes [*designar las imágenes que tome la cámara*].

A un paso de Tordesillas se encuentra Villalar de los Comuneros, en cuyos campos se perdió la más grande oportunidad de nuestra Historia. [*Planos de las ruinas de la vieja iglesia.*] Mentira parece que un nombre que significa tanto haya llegado a tan poco. He aquí en lo que han quedado [*más ruinas*] las luchas de Castilla por sus libertades.

Y vamos con otro muerto eminente. El único dato cierto que tenemos de Cristóbal Colón es que murió en Valladolid. Los vallisoletanos que aunque otra cosa diga la fama, somos bastante imaginativos, acabamos de levantar la casa donde falleció, hace la friolera de cinco siglos, el genial almirante. Me explicaré. Colón murió aquí, en Valladolid, posiblemente en el convento de San Francisco. Bueno, esta es una opinión más. Pero lo cierto es que la fachada de la casa reconstruida se apoya en un murete de una vieja posada que desde tiempo atrás se llamó Casa de Colón. ¿Por qué se llamó así esa casa? ¿No viviría en ella el almirante? He aquí la razón que inspiró la iniciativa de don Jaime Alba, embajador en Brasil, de levantar esta Casa-Museo, idea que aprobó "El Norte de Castilla" e hizo suya el Ayuntamiento de don Santiago López. Cosas...

A un paso de don Cristóbal, en la ciudad de Medina del Campo, murió la reina Isabel. Medina tuvo su época de esplendor. En Medina del Campo, Medina de Rioseco — la llamada "India Chica" — [*tomar, quizá, la Puerta de Ajujar*] y Villalón [*tomar "el rollo"*] se celebraban las famosas ferias castellanas de finales de la Edad Media. Las ferias tuvieron en principio un carácter económico y terminaron por tener un carácter financiero, con lo que era preciso esperar la llegada de

los galeones cargados de oro y plata de América para cerrarlas. El retraso de estos galeones era proverbial, hasta que en 1571 pasó de castaño oscuro y el alcalde de Medina montó en cólera, expulsó a judíos y negociantes de la ciudad y embargó los libros de los cambistas. Total, que todo se lo llevó la trampa, es decir, Madrid, pues detrás de las ferias se fue la Corte. ¡Qué le vamos a hacer!

Bien, pues a la sombra de la Mota murió la reina Isabel. He aquí otra necrológica importante. Con ella, diríamos, se cierra la etapa de los castillos que dan nombre a Castilla e imprimen una especial fisonomía a mi tierra; vean si no: con la Mota, Torrelobatón, Peñafiel, Fuensaldaña, Montealegre, Villafuerte... y tantos y tantos más.

Esto no quita para que Valladolid tenga otras cosas que mostrar, de antes y de después de los castillos. ¡Sólo faltaría! Ocurre simplemente que están dispersas, pero ustedes con un poquito de voluntad y otro poquito de paciencia, porque las carreteras están infames, pueden reconstruir la escala de los estilos artísticos, sin salirse de un radio de cincuenta kilómetros. Ahí tienen, por ejemplo, los restos visigóticos de Wamba, la iglesia mozárabe de San Cebrián de Mazote, los baños árabes de Tordesillas, el Monasterio de Retuerta, la torre románica de Nuestra Señora de la Antigua, ya en la capital, y sin salirnos de ésta, la puerta morisca del Monasterio de las Huelgas, el patio de Santa Cruz, el claustro de San Gregorio, la fachada plateresca de San Pablo, o la inacabada catedral herreriana... Y no les cito más porque no quiero ponerme pesado.

Bueno, pues a pesar de ello, la mayor parte del turismo pasa hoy de Burgos a León o de Salamanca a Burgos sin más que hacer un alto en nuestra ciudad para almorzar y atiborrarse de otro de nuestros monumentos: el pan lechuguino. Las cosas. Si es caso, el turista estable llega a mi pueblo por otra razón, por la sencilla razón de que al salir de su pueblo su profesor de español le dijo: "Si quieres oír un buen castellano, vete a Valladolid; allí es donde mejor se habla". Y esta fama no deja de tener su gracia porque mis paisanos a duras penas pronuncian la "LL"; son "yeistas", ya ven qué curioso, aunque la "LL" figura hasta en el nombre de la ciudad. Claro que esto nada



tiene que ver con la sintaxis. El caso es que en invierno y en verano en mi pueblo se alojan grupos enteros de extranjeros [*entrevistar a la americana Sandra*] que vienen, sencillamente, a aprender a hablar.

Pero sobre esto del Valladolid académico nadie mejor para informarnos que nuestro académico, don Narciso Alonso Cortés, que a sus 92 años aún sigue trabajando en su barojiano rincón de la calle Núñez de Arce. [*Habla don Narciso.*]

Quedamos, pues, en que mi pueblo no es propiamente una ciudad-museo, lo que no quita para que tenga un Museo en la ciudad. ¡Y menudo museo! Dejando de lado la sillería de San Benito, de Diego Siloé, los mejores exponentes de la imaginería castellana y de la sugestiva técnica del estofado están ahí. Y los que no están ahí, están en las iglesias. Todo este tinglado de imágenes se ordena y se monta sobre ruedas para las procesiones de Semana Santa.

Pero estábamos con los imagineros, aquellos hombres que sacaron arte de nuestros pinos: Gregorio Fernández, con su Cristo de la Luz y su Piedad; Juan de Juni, con su dramática Virgen de los Cuchillos o su Entierro de Cristo, ya más teatral, pero, sobre todos, Alonso de Berruguete, con sus retablos de la Mejorada, de los Reyes y de San Benito, del cual son estas dos patéticas tallas: “El sacrificio de Isaac” y “San Sebastián”...

Observen ustedes atentamente... Prescindan de sus llagas y sus ligaduras... Eliminen la sugestión del martirio... ¡San Sebastián está bailando flamenco! Créanme, no se trata de una irreverencia. Simplemente busco una raíz a la tradición viejísima que imprime a Valladolid una categoría dentro del arte “jondo”. En mi pueblo se entiende de esto, se lo digo yo. “Pero, Conchita, ¿vas a decirnos ahora que el padre del foco flamenco de Valladolid fue don Alonso de Berruguete?” Bueno, yo no he dicho tal cosa. Simplemente he apuntado una interesante teoría que puso en circulación el doctor Luis de Castro, que ha echado en el Museo más horas que el conserje, según la cual no es ningún disparate interpretar a san Sebastián o al lucero del alba dibujando un arabesco, en expresión y movimiento de “siguirilla gitana” o en un “desplante por alegrías”.

Sea o no sea así, mi pueblo tiene una profunda raíz flamen-



ca, eso no hay quien lo discuta. Y, si no, que nos lo diga Rafael, el Gitano [*habla Rafael*].

Pero por si las razones de Rafael no fuesen convincentes ahí tienen ustedes dos botones de muestra: Vicente Escudero, nacido en Valladolid, en el barrio de San Juan, y Mariemmma, natural de Iscar, pueblo que, a más de alumbrar a la gran bailarina, es uno de los pocos progresivos — en población y nivel de vida — de toda la provincia, tal vez porque Mariemmma, antes de marchar, enseñó a sus paisanos a mover las tabas.

Porque creo que ya es hora de decir que la oveja negra de Valladolid, como todas las ovejas, está en el campo. El refrán dice que Castilla es ancha y los extranjeros aseguran que su cielo es alto, pero si esto es así, si el cielo de Castilla es alto, es porque lo habrán levantado los campesinos de tanto mirarlo. Porque del cielo baja en mi tierra todo, hasta el refranero. Escuchen “Septiembre seca las fuentes o se lleva los puentes”, “Año de nieves, año de bienes”, “Marzo varía siete veces al día”, “Marzo ventoso y abril lluvioso sacan a mayo florido y hermoso”, “Si llueve en Santa Bibiana, llueve cuarenta días y una semana”, “Abril frío, ensancha el silo”, “Mayo sin lodo, perdido todo”, “Agua agostera, tronza la era pero apaña la rastrojera”... En fin, lluvia, sol, piedra, escarcha, nieve, viento... siempre la misma canción. ¿Cómo conseguir de estos elementos un orden racional? Y si este ordenamiento falla cuatro años de cada cinco, y falla un ordenamiento eficaz de la política agraria, y la cosecha de mi tierra es de año y vez, y el trigo tiene un precio político mientras lo necesario para producirlo encarece cada año... ¿cómo salir de este atolladero? Y, en tanto, el par de mulas, el pollino, el arado romano, la hoz y el adobe continúan amueblando el paisaje de mi tierra... ¡Triste cosa! Y las mujeres de sayas negras, envejecidas antes de tiempo, y los hombres embutidos en trajes de pana parda, parcheados en las rodillas, la boina capona calada hasta las orejas, seguirán paseando su torva resignación por las callejas enlodadas en invierno y polvorientas en verano. El campo de Castilla debe más que vale. Y si las cosas son así, ¿a quién puede extrañar que los jóvenes escapen? Lógico, ¿no? El campo grita: “¡Faltan brazos!” Y los teóricos responden: “El treinta

y tantos por ciento es todavía una población rural excesiva". Vean la población rural de mi tierra [*desfile de rostros viejos de una solana de cualquier pueblo*]. ¿Creen ustedes que aquel porcentaje se mantendrá mucho tiempo?

Bueno, me estoy poniendo de mal humor y eso no es recomendable, ni correcto. Por otro lado, el campo vallisoletano no tendrá dinero pero tiene nobleza. Si ustedes salen de Valladolid para Salamanca, por carretera, observarán que el padre Duero teje una línea divisoria muy concreta. De la parte sur está el Valladolid pinariego, más rico, o para ser más exacta, menos pobre que el Valladolid de paramera, Torozos y la Tierra de Campos, exclusivamente cerealista. Y en torno al Duero es, precisamente, donde ha surgido en estos últimos años una nueva riqueza campesina: la avicultura. Y mire usted por donde, merced al esfuerzo de unas docenas de hombres, en el sombrío panorama agropecuario castellano se dibuja un punto de luz: la gallina. Los profanos nunca pudimos sospechar que un ave tan insignificante pudiera poner en pie tantas cosas. Ella es el enlace entre un campo deprimido, agónico, y una capital industrial, en brusco desarrollo. Don Pero Ansúrez, el conde, nunca pudo imaginar que la ciudad que él fundara para servir de enlace entre una provincia agrícola y otras — Segovia, Ávila, Zamora, Salamanca — ganaderas, pudiera estar incensada un día por el humo de tantas chimeneas. Pero así es, Valladolid, capital, crece y se ahuma. Ha adquirido en pocos años una sorprendente pátina industrial. Vean. Naves, estructuras fabriles por todas partes. Fábricas de automóviles, de camiones, de fibras aplicadas, de aluminio, de nitratos artificiales, de fibrocementos, de materiales extruidos.

Y para ponerse a tono, la ciudad se desempolva: nuevas avenidas, nuevos accesos, parques infantiles, un comercio remozado, *Night Clubs*, y hasta su modesto rascacielos... Dos hombres, don Santiago López y don Martín Santos, alcaldes de la ciudad, han sabido acoplarse al ritmo de las circunstancias, controlando y dirigiendo este crecimiento vertiginoso. Buenas gestiones las de ambos Ayuntamientos. Si es caso, con la insuficiencia de escuelas y viviendas de renta modesta (aun habiéndose construido muchas) la fiebre de renovación les ha desbor-

dado. Mis paisanos no han tenido paciencia para aguardar la urbanización de la Huerta del Rey y han invadido callejas, calles y plazuelas de rancio sabor con las nuevas construcciones. Y la voz de Martín González, velando por la conservación de un pasado, de una tradición, es, las más de las veces, una voz que clama en el desierto. La euforia del progreso, un pueril afán de aproximarnos a Nueva York, va acabando con todo.

En fin, yo no entiendo; será que tiene que ser así...

Ahí la tienen ustedes. Ésta es Valladolid, mi ciudad, con su Plaza Mayor, sus soportales, sus viejas rúas, sus viejos teatros sin teatro, su Pasaje Gutiérrez, su Campo Grande, sus puentes... y su Universidad, sacando fuerzas de flaqueza, desperdigada, luchando siempre con la falta de medios... Las cosas.

Valladolid limita al norte con don Pero Ansúrez, el conde, fundador de la ciudad, y al sur, con don José Zorrilla, el poeta romántico. Entre don Pero y don José cabe toda su historia; su pasado. Pero también entre don José y don Pero está todo su presente, porque de don Pero a don José se extiende la calle de Santiago, ágora de la ciudad...

(1966)

## GRADACIÓN DE NECESIDADES

SEGÚN declaraciones hechas por el propio director general de Enseñanza Primaria, los niños españoles entre siete y catorce años que aún carecen de escuela suman alrededor de trescientos mil, cifra lo suficientemente abultada como para dedicarle unos minutos de reflexión. El mismo señor Tena Artigas admite que el plan cuadrienal según el cual se proyecta la construcción de catorce mil escuelas se ha quedado corto y, en el mejor de los casos, estos centros alcanzarán la cifra de nueve mil, siquiera, a pocos meses fecha de la conclusión del plazo previsto, no lleguen todavía a seis mil. El señor Tena Artigas concluye que la colaboración privada y la de la Administración local han sido tan escasas que no ha habido posibilidad de llegar más lejos.

A uno se le abren las carnes sólo de pensar que en los treinta años transcurridos desde la guerra española aún no hayamos sido capaces de atajar el endémico y vergonzante problema de la enseñanza primaria. Y no hablo de resolverle en la forma revolucionaria y justa que permita a los muchachos pobres intelectualmente dotados acceder, sin necesidad de recurrir a la caridad de las becas, a la segunda enseñanza y aun a la enseñanza universitaria, sino dentro de la modestísima pretensión de que cada muchacho en edad de educación disponga de un modesto pupitre dentro de una modesta escuela. La demora es grave y más grave aún, y sintomático, el que esta insuficiencia pueda atribuirse a falta de medios.

Es posible que dentro de la cifra presupuestada para el Ministerio de Educación en nuestro país la construcción de catorce mil escuelas constituya un programa de siglos; es muy posible. Pero muchos españoles entendemos que en la distribu-

ción de las partidas del presupuesto nacional debe prevalecer, como en el viejo mercantilismo, un criterio de economía doméstica. Quiero decir que entre los diversos departamentos ministeriales debe establecerse una amplia comunicación de tal manera que la gradación de necesidades del país se realice de manera conjunta y eliminando vanidades y actitudes competitivas. Y si una madre antepone la nutrición de los hijos a su vestido no vemos razón para que en un plano nacional prevalezca, pongamos por caso, la adquisición de media docena de submarinos, y es un decir, a la construcción de unos millares de escuelas.

Hace pocas semanas la agencia Cifra rectificó el presupuesto del programa espacial español en el sentido de que los seiscientos millones de su coste no eran dólares, como afirmó en principio, sino pesetas. Convengamos en que así, la cifra es más modesta, pero con eso y con todo, ¿hemos pensado en que 600 millones equivalen a 1.200 escuelas y que 1.200 escuelas pueden albergar y educar a 60.000 niños? Hemos de convenir en que los españoles, desde el más alto al más bajo, somos un tanto gloriosos y petulantes. El español, por naturaleza, nunca se aviene a quedarse atrás. Y el día que se conquiste la Luna no estaría a gusto si no pudiese exclamar: "Nosotros hemos colaborado a ello". Pero aparte de que en la Luna nada se nos ha perdido, estos alardes pirotécnicos de Arenosillo resultan tan pueriles y desfasados como si el Estado se dedicara ahora a subvencionar a un laboratorio para que tratase de descubrir una vacuna contra la viruela o de aislar el bacilo de Koch. Estas cosas ya están hechas y si nos interesa saber lo que ocurre en los primeros kilómetros de atmósfera siempre resultará más rápido y económico preguntárselo a los americanos o a los rusos. El hecho es tan peregrino como si los pescadores de la península de Cornuailles de 1492 quisieran llamarse a la parte en el descubrimiento de América o, al menos, jactarse de una colaboración eficaz.

Pero esto no es sino un botón de muestra. A los ojos de todo español preocupado por los viejos problemas nacionales, existen muchas partidas del presupuesto que van a atender necesidades menos perentorias que esta de las escuelas que de-

nunciamos. La gradación de las necesidades nacionales debe hacerse con un claro sentido práctico, dejando de lado las muy humanas, y por tanto comprensibles, debilidades departamentales. Y esto que decimos del Estado puede ser aplicado a los municipios. Y, por supuesto, aquél debe exigir a éstos, en aquellas localidades donde exista problema escolar, la colaboración que se resisten a prestar voluntariamente. Todo, antes que admitir que el plan cuadrienal para la construcción de escuelas — nada ambicioso por otra parte — se quede en la mitad por falta de medios y asistencias. Los trescientos mil niños sin escuela que hoy constituyen nuestra vergüenza pueden ser mañana los huéspedes de nuestras cárceles. ¿Y de quién será entonces la responsabilidad?

(1967)

## JUAN RAMÓN JIMÉNEZ EN MARYLAND (1943-1951)

**C**REO que puede decirse, sin temor a ofender a nadie, que el norteamericano actual, si no es un especialista, no es; no es nada, quiero decir. En aquel país, la especialización significa, en última instancia, no ya el sustento, sino el acceso a la sociedad. El pobre americano es aquel que se ofrece para trabajar en "cualquier cosa"; pero, este hombre, así tenga muy buena voluntad e, incluso peregrinas aptitudes, quedará inevitablemente desplazado. Por contra, el que conoce una sola cosa — por limitada e insignificante que parezca —, pero la conoce a fondo, se situará donde quiera, hallará en seguida una holgura económica y un puesto en la sociedad.

Pero lo curioso es que esta situación, que parecería razonable aplicada a la técnica, encuentra también una aplicación rigurosa en las Humanidades. El estudiante americano de Humanidades, para llegar a ser algo, debe apresurarse a acotar su parcela; y, una vez acotada, afanarse en ahondar en ella, en desentrañarla, en la seguridad de que su esfuerzo se verá un día recompensado. Esta disposición de entrega abnegada a una tarea, encuentra para el viajero una resonancia especialmente emotiva cuando el norteamericano se decide a dedicar su vida al español y a la literatura española. En España es frecuente escuchar que si el norteamericano se dedica al castellano es con vistas a la América Hispana y, preferentemente, impulsado por móviles económicos. Hora es ya, me parece, de hacerle justicia en este punto. Es innegable que la vecindad de los países hispánicos empuja con frecuencia al yanqui al estudio del castellano, pero lo normal — y digo esto después de haber recorrido y visitado más de veinte universidades de aquel país —, es



que el estudioso de nuestro idioma ponga a España como última meta, atraído antes que por intereses materiales, por la riqueza de nuestra lengua y por nuestra tradición histórica y cultural. Esto no es un tópico. El hispanista yanqui ama a España por encima de todas las cosas, excepto, naturalmente, los Estados Unidos. Sus vacaciones, su año sabático, sus becas, los consume en España y no en otra parte. En España viaja, estudia, investiga, escribe y, cuando regresa a su país, hace partícipes a sus estudiantes de su nueva experiencia. De este modo, el amor por España y lo español se extiende día a día en los Estados Unidos a un ritmo apreciable. Hoy, posiblemente, haya en Norteamérica casi medio millón de estudiantes de nuestra lengua, atendidos por doce o quince mil profesores. Por mi parte, puedo atestiguar que un conferenciante español que hable en español y sobre literatura española, tiene garantizado en cualquier universidad un auditorio de doscientas personas cuando no de quinientas, como le sucedió al viajero en Mary Washington College (Virginia). Con una particularidad asombrosa: en cien millas a la redonda, los hispanistas se movilizan — coches particulares, autobuses —, cuando de escuchar a un orador español se trata. Sabido esto, no tiene nada de particular que un escritor español pueda hoy acudir a América a enriquecer sus conocimientos sobre literatura patria. En cualquier parte encontrará una señora Rand que sepa mucho más que él sobre Azorín; una señora Nemes que domine a Juan Ramón; un señor Shoemaker, especializado en Galdós, o un profesor Mendeloff que ponga los puntos sobre las *ies* a los estudios lingüísticos realizados hasta el día sobre “El libro del Buen Amor”. Ésta es una realidad evidente y para nosotros, los españoles, por demás confortadora.

Es claro que ahora empezamos a recoger una cosecha que ayudaron a sembrar hace veinticinco o treinta años, codo a codo con los hispanistas norteamericanos, un excelente plantel de escritores y profesores españoles. El interés despertado en los Estados Unidos por la presencia de figuras tan universales como Juan Ramón Jiménez, Américo Castro, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Ángel del Río, Navarro Tomás, Rafael Alberti (hasta su marcha a la Argentina), Ramón Sender, García Lorca, Fran-



cisco Ayala y tantos otros, ha revertido en un interés creciente por lo español. Es, éste, un servicio que nuestro país nunca les agradecerá bastante. De modo que Norteamérica no sólo se interesa por lo español, sino que está inmejorablemente orientada en este empeño.

\* \* \*

A mi paso por la Universidad de Maryland resultaba inevitable el recuerdo de Juan Ramón Jiménez. Juan Ramón y Zenobia permanecieron en Maryland, si no yerro, alrededor de ocho años, desde el otoño de 1943 hasta enero de 1951. Mucha gente de la Universidad les añora y cualquier detalle facilita la evocación: "Aquí aparcaba Zenobia su coche esperando a que Juan Ramón concluyese su clase". "Bajo estos árboles, J. R. charlaba con las muchachas cuando estaba de buen humor." "Aquí... allá..." En verdad, ocho años son muchos años y cuando la memoria se conserva fresca como les ocurre a las doctoras Rand y Nemes — ésta, alumna, cuando Juan Ramón pasó por allí —, la reconstrucción de la vida de nuestro Premio Nobel durante esos ocho años no resulta difícil.

No deja de ser curioso que J. R. llegase a Maryland de suplente, esto es, de profesor consorte. La invitada en 1943 era Zenobia. Venía a pronunciar unas conferencias en el Programa de Instrucción del Ejército, pues, por aquel entonces, Norteamérica ya había entrado en la guerra y urgía instruir a los soldados en Historia y Cultura Europeas. J. R. venía, pues, de acompañante, pero como quiera que la víspera de su charla, Zenobia enfermase, los profesores Rand y Zucker, tras muchas vacilaciones, se decidieron a pedir a J. R. que la supliera. La petición, conociendo a J. R., era muy delicada, pero el poeta, que por aquellos días andaba eufórico, aceptó sin vacilar. La sustitución, lógicamente, no fue un remiendo, una salida de apuro, sino un verdadero éxito. Juan Ramón conquistó al auditorio. Su voz meliflua, su claridad expositiva, su repertorio de anécdotas, la diversidad de sus conocimientos, entusiasmaron a los estudiantes-soldados. Desde ese día, Juan Ramón quedó vinculado a Maryland. Daba sus clases por la tarde y llegaba

a la Universidad, como un gran señor, en un Chevrolet coupé de color gris, conducido por su mujer. En clase divagaba, no profesaba un tema concreto. (Ésta es otra ventaja de América. Al que tiene alas le dejan volar su vuelo, sin ceñirle un collar ni amarrarle a una cadena.) Las enseñanzas de J. R. resultaban mucho más provechosas de esta manera. A veces se mostraba duro con sus colegas; otros días les elogiaba sin tasa, de acuerdo con el estado de sus glándulas y sus nervios. Mas, en todo caso, sus cursos eran apreciados.

A menudo, en sus períodos de estabilidad, recibía en su casa y mientras él charlaba con los invitados sobre arte y literatura, Zenobia — siempre discreta, siempre eficaz —, servía a los contertulios una taza de té o un vaso de vino de California. Al parecer, Zenobia era muy sociable, pero su anhelo de comunicación lo condicionaba siempre al estado de salud de su marido. Ordinariamente, Juan Ramón, sometido a una dieta muy rigurosa, se resistía a aceptar invitaciones de sus amigos de Maryland o de Washington. Únicamente cuando la confianza era grande, Juan Ramón acudía y mientras los demás cenaban opíparamente, él sorbía lentamente un vaso de leche o una tacita de té. Cuenta Mrs. Rand en bello artículo evocativo, que en cierta ocasión, Juan Ramón, que había sido invitado a comer con ella, al concluir la comida se obstinó en recoger la mesa y llevar los platos a la cocina. En este detalle puede observarse el empeño de nuestro Premio Nobel por adaptarse a las circunstancias. Incluso la propia señora Rand nos refiere que cuando el matrimonio Jiménez vivía en Docester House, Juan Ramón recibía clases de inglés, pero su ánimo, siempre voluble, le llevó a desistir ante la imposibilidad de imponerse en el idioma — en pocas semanas —, con objeto de discutir cuestiones literarias o culturales que era lo que ambicionaba.

Los primeros años de Juan Ramón en Maryland fueron años tranquilos y equilibrados. Pero poco a poco, el poeta iba resumiéndose en sí mismo, “sufría por no poder hablar con los niños en el parque y por no poder usar su idioma con más frecuencia”, nos dice Marguerite Rand. Su nostalgia por lo español se acentuó tras un viaje a Sudamérica en 1948, y, a pesar del recibimiento entusiasta que le tributó, a su regreso,

la Universidad, su depresión melancólica fue en aumento. Graciela P. Nemes, entonces alumna suya, ayudaba a Zenobia. Juan Ramón se negaba a quedarse solo y ella — la doctora Nemes — le acompañaba cuando su mujer se veía obligada a ausentarse. Pero su depresión era grave. La doctora Rand nos dice que “cuando visitaba a los Jiménez en el invierno 1950-51, se daba cuenta de que J. R. no podía continuar en Maryland”. Y tanto fue así, que la última vez que Marguerite Rand vio a Juan Ramón, éste la recibió, desplomado en un sillón de la sala, con las siguientes palabras: “Estoy agonizando; usted va a ser testigo del tránsito”. El tránsito del poeta no fue al otro mundo, como él temía, sino a Puerto Rico, con una licencia de seis meses. El contacto con lo hispánico le serenó. La isla le fue ganando de tal modo que ya no regresó a Maryland. En Puerto Rico discurrieron sus últimos años y allí murió Zenobia y allí murió él. Ello no fue obstáculo para que en la solicitud y tramitación de los papeles para la concesión del Premio Nobel, la Universidad de Maryland — en las personas del doctor Zucker y la doctora Nemes — jugara un papel decisivo.

Uno ha sentido, como es lógico, la curiosidad de recorrer los escenarios por donde discurrieron ocho años de la vida de Juan Ramón Jiménez: su aula en la Universidad, la silla en que se sentaba, su casa... Y no deja de ser curioso observar cómo ésta — la casa que habitó — aún conserva unas indefinibles reminiscencias juanramonianas. Se trata de una casa de tablas rodeada de césped en el que se levantan una docena de olmos (a estos olmos de su jardín los cantó J. R. en uno de sus últimos poemas), donde gorjean los pájaros y trepan las ardillas (a él le divertía dar pan y nueces a las ardillas, según me cuenta Graciela Nemes). El edificio no encierra nada de particular, es decir, es muy semejante a los edificios rayanos, y, sin embargo, a uno se le antoja transido por el espíritu del poeta. La casa es de madera pintada de blanco, con un porche en la entrada y cuatro ventanas en el frente del primer piso. Ubicada en Queensbury Road, número 4310, hace esquina con la Avenida 44. El tejado, de pizarra, vierte a cuatro aguas. En conjunto, dentro de su serenidad, infunde una impresión de melancolía. Y el visitante, a poco observador que sea, advertirá en

seguida dos detalles que aun en el caso de carecer de orientación le ayudarían a identificar la casa del poeta. Primero: la pequeña ventana que se abre a la izquierda del edificio, en la planta baja, es un hueco que desequilibra la arquitectura original; ha sido abierto con posterioridad. Juan Ramón, al parecer, pidió a Zenobia que lo hiciera así, porque deseaba "más luz" en la escalera. Segundo: a cien metros de la vivienda se levanta un hospital adventista, el Hospital Ugene Leland Memorial. Es un edificio un tanto tétrico, de ladrillo renegrido, suavizado por el blanco del porche y los marcos de las ventanas. Pero, sombrío o no, alojaba a un médico. Y esta seguridad — la conciencia del médico próximo — fue, como se sabe, una exigencia en la vida de Juan Ramón. La ventana y el hospital inmediato confirman que en Norteamérica, como en Madrid, J. R. J. vivía atemorizado por las tinieblas y la idea de la muerte.

(1967)

## LA FIESTA NACIONAL

Es muy posible que el español haya elevado el espectáculo de los toros a categoría de fiesta nacional por aquello de que al torero en la arena no le resta otra opción que la de matar o ser matado. Uno de los dos ha de perder la verticalidad; de la arena, solamente una de las partes en litigio sale por su propio pie; a la otra, la sacan. ¿Y no será éste, a fin de cuentas, el símbolo de nuestro radicalismo tradicional? ¿No serán los toros “nuestra fiesta” — “España es diferente” — precisamente por lo que tan tremenda opción recata de simbolismo?

En el temperamento español existe una antropofagia latente, presta a manifestarse en cuanto se le da ocasión. El español siempre ha jugado a polarizarse en los extremos. Antes que afirmar, niega; antes que esto, es antiaquello. En su posición dialéctica no cabe la posibilidad de comprender al adversario, cuando menos la de que éste le convenza. Y si frente a aquél nada pueden sus razones, apela a las voces; el caso es imponer su criterio como sea y, por supuesto, sin escuchar antes.

Contemporizar, dialogar, transigir han sido en nuestro país palabras sin sentido. Mas todo esto, entiendo yo, deriva, antes que del cotejo de ideas, del menosprecio hacia las personas que las sustentan. En España, país muy poco leído, no se rechazan las ideas — que se desconocen — sino las personas; no hay juicios, sino prejuicios. Una tendencia borreguil nos empuja a excomulgar sin más, a aquel a quien nuestro grupo señala como peligroso. Basta con esto. El español no se mete en averiguaciones; el rastreo intelectual le aburre y le fatiga. Odia cordialmente, insulta cordialmente, mata cordialmente; jamás se preguntará el porqué de todas esas actitudes. “Con

ésos, mejor no hablar; son unos fanáticos”, decimos fanáticamente. Y de este modo todos nos fanatizamos.

Sin respeto a las personas no hay posibilidad de entendimiento. En este difícil país nuestro, aunque otra cosa se predique, no hay contraposición de ideas. Podría haberla si el prójimo que representa una ideología que se nos dice contraria a la nuestra nos inspirase algo más que un insulto.

En España, las guerras civiles se han mamado. El niño que crece ya no pregunta por qué aquel señor es “malo”; nació bajo esta idea y la acepta como un hecho natural, lo mismo que acepta tener cinco dedos en cada mano; es así y basta. No hay por qué escuchar las razones de ese hombre malo: son infundios, son falacias, son mentiras. Y así nos crece el pelo. Por eso yo sugeriría, si las famosas Tres Marías tienen necesariamente que subsistir en nuestros planes de enseñanza, que sean cuatro, esto es, que se añada a las existentes la Educación Cívica, sin otra finalidad que la de enseñar a los muchachos a respetar al prójimo y a separar lo que en él hay de “humano” y de “político”.

Se me ocurren estas cosas al filo de la lectura de un admirable y emocionante reportaje de Ana María Badell de Fisac en torno a “La Pasionaria”. La escritora, que ha entrevistado en Moscú a Dolores Ibarruri, nos cuenta de sus recelos antes de la entrevista, recordando que su abuela se santiguaba como si se hablase del diablo cada vez que se mentaba a “La Pasionaria”. Pero Ana María Badell se había comprometido a llevarle un recado de una amiga monja. “Dolores — le dijo al fin, tras muchas vacilaciones —, la madre X me ha encargado que le diga que reza mucho por usted.” Y la señora Fisac quedó en silencio, la mirada humillada, esperando el exabrupto, pero en vista de que no se producía, levantó los ojos y se encontró con una anciana conmovida, que apenas acertaba a pronunciar palabra. Luego se enteraría de que fue la actitud de algunos católicos lo que separó a Dolores Ibarruri de la Iglesia, y la muerte violenta de su marido, y, posteriormente, las de sus tres hijas por falta de atenciones lo que la impulsó a buscar una fórmula de justicia sobre la tierra. En suma, el hecho de que nuestras fórmulas de justicia no coincidan con la de ella, nunca

deberá llevarnos a identificar a una madre atribulada con el diablo. "La Pasionaria" es un ser humano con "sus razones" y, al parecer, con una sutil, conmovedora sensibilidad, aunque su "fórmula de justicia", repito, no nos convenza.

(1967)





CON LA ESCOPETA  
AL HOMBRO

*Primera edición:* diciembre 1970

*Segunda edición:* noviembre 1971

## DOS PALABRAS

A menudo el creador alude a la dicha, a la felicidad de la creación, aunque yo debo reconocer que rara vez me siento dichoso escribiendo, bien porque vivo la angustia del tema que desarrollo, bien porque la inadecuación entre lo que quiero expresar y lo que realmente expreso me conduce a la perplejidad y al hastío. Es decir, necesito escribir pero no soy feliz escribiendo, porque inevitablemente no sólo me quedo corto sino que, consciente de mis limitaciones, advierto mi incapacidad para enderezar lo torcido.

Esto no me sucede cuando escribo de caza. Para mí, escribir sobre asuntos de caza constituye, en cierto modo, una liberación de los condicionamientos que rigen el resto de mi actividad literaria. Si cazando me siento libre, escribiendo sobre caza reproduzco fielmente aquella placentera sensación, torno a sentirme libre y, por no operar, no opera sobre mí ni la coacción de la forma expresiva.

Escribir este libro ha constituido, pues, para mí un placer. Una vez aceptada la cálida hospitalidad de José M.<sup>a</sup> Hernández en "El Noticiero Universal" todo ha sido coser y cantar. Mis cacerías semanales, la carta de un amigo, una noticia, la discusión del proyecto de ley de Caza me facilitaban temas en abundancia, tantos, que la única dificultad ha sido en ocasiones la selección. Con esto quiero insinuar que la temporada de caza 1969-70 me ha ofrecido dos vertientes placenteras: el ejercicio de la caza dominical y la interpretación, entre semana, de cualquier incidente relacionado con aquélla. Bien mirado, al ir hilvanando periódicamente estas cuartillas, yo no hacía sino ampliar las lacónicas anotaciones que de tiempo atrás suelo hacer en mi carnet de cazador.

De otra parte, el hecho de haber escrito por entregas o, como quien dice, cara al público, me ha deparado la satisfacción de tomar contacto epistolar con otros cazadores — preferentemente catalanes — quienes, semana a semana, con una constancia que les agradezco, han ido apostillando, corroborando o desmintiendo mis conclusiones. Así ha sucedido, por ceñirme a unos cuantos casos, con la correspondencia relativa a la invasión del campo por la técnica, la resurrección del conejo y la nueva ley de Caza. Particularmente interesantes me resultan las cartas y fotografías de D. Onofre Camp sobre la recuperación del conejo en Cataluña y el área pirenaica, y especialmente divertidas las de D. Damián Ribas, cuyo proverbial sentido del humor le llevó a sacar punta al debate sostenido en las Cortes en torno al lobo. Al parecer, según me cuenta Ribas desde Barcelona, el teletipo de un periódico catalán escribió por error “loro” en lugar de “lobo”, con lo que la peregrina discusión fue subrayada así hasta la evidencia: “El procurador don Fulano de Tal sostuvo con firmeza que el *loro* es pieza de caza mayor y no alimaña”. En fin, así vamos pasando el rato. Lo cierto es que el gran número de cartas recibidas — que he procurado contestar puntualmente — o bien me han estimulado, o bien me han sugerido nuevos temas, o bien me han inducido a replantear ciertos problemas bajo un prisma diferente. Gracias, pues, desde aquí a mis espontáneos comunicantes a quienes me place dedicar esta obra ya que de un modo tan desinteresado y directo han participado en su elaboración.

Lo antedicho ya sugiere y excusa la inexistencia de método en este trabajo. La preocupación por el método embaraza y yo no puedo cazar ni escribir sobre caza embarazado (cosa, por otro lado, bastante explicable). Sobra decir, para terminar, tratándose de un libro mío, que una vez más — sí que cada vez con más menguadas esperanzas — mi pluma se ha movido activada por tres impulsos esenciales: romper una lanza en favor de la caza democrática, defender el deporte de la caza en su prístina pureza (en mano, con perro a la vera) y, por último, tratar de persuadir a las altas esferas del riesgo que amenaza a nuestras especies (hablo de los terrenos de todos)

y de la necesidad de partir, para una presunta futura repoblación, de lo que hoy existe y no de lo que pueda *ponerse*. Decididamente la caza *puesta*, no nos interesa a los cazadores fetén.



## I

### LA TEMPORADA DE CODORNIZ

CON este pájaro, todos los años se repite el cuento, lo que quiere decir que el cuento de la codorniz, como el de la buena pipa, es el cuento de nunca acabar. Mi memoria cinematográfica, con profundidad de treinta años, apenas registra temporada en que la codorniz subiera a modo, esto es, a gusto del consumidor. Claro que en estos avatares de la caza el consumidor suele mostrarse muy exigente y si dispara cuatro cohetes, pide seis, y si le dieran la posibilidad de tirar seis, reclamaría doce. Con las perchas se muestra uno egoísta, como dicen en mi pueblo a los ansiosos. El caso es que este año, codorniz subió poca, siquiera no falten quienes afirman haberse divertido en tal o cual punto, cosa admisible, puesto que en esto de la caza de la codorniz, todo estriba en tener la suerte de agarrar un corro o sorprender una pasa. (Los meseteros estamos ya habituados a que los bien informados nos traigan como un zarandillo con la garantía de que “ayer los pájaros salían en X de seis en seis” o de que “otro y yo, en Z, a las dos horas, ya andábamos sin cartuchos”, afirmaciones sinceras la mayor parte de las veces, ya que en esta época, iniciadas las migraciones, uno puede irrumpir inopinadamente en el rastrojo donde pernoctó el bando y a la mañana siguiente no quedar allí una para contarlo. Tal cosa es frecuente en septiembre y, si agosto viene frío — como ha venido este año, doblado el mes, con temperaturas de tres grados en los páramos — y la pollada ya está crecida, en agosto también.) De manera que el que uno la goce en las hazas de los altillos mientras a otro le crece la barba en los bajos, es el pan nuestro de cada día en este menester.

La codorniz, como es sabido, es ave caprichosa; pero ni su veleidad, ni los fríos agosteños, que más o menos desabridos suelen darse todos los años, justifican por sí solos su escasez esta temporada en la mitad norte de la península. Y, puesto a buscar razones de más enjundia para explicar aquélla, yo me iría a los otros fríos, esto es, a los largos fríos de primavera que este año se prolongaron hasta la segunda decena de julio, época en que los pollos en años normales andan ya apeonando por los rastros. O sea, la codorniz que se mueve, la codorniz digamos veraneante, que cada vez es menos, y que inicia sus divagaciones en primavera, no precisó esta temporada subir mucho para hallar frescura y un lugar adecuado para la cría. En pocas palabras, la mayor parte de la codorniz debió aposentarse en las siembras andaluzas o extremeñas y fueron las menos las que se llegaron a la meseta norte, más alta, y por ello, notablemente más fresca. Esta sospecha se acentúa moviéndose por las hazas de las tierras altas de Burgos y de Palencia en las que, ya metidos en septiembre, se encuentran polladas de siete o quince días, lo que significa que la codorniz crió este año por estos pagos con notorio retraso.

Mas existen otras razones para que la inmigración primaveral de codornices sea cada año menos nutrida en Castilla, a saber, la concentración de parcelas que, aunque a paso de tortuga, va borrando los linderos de los campos, el aprovechamiento de tierras marginales, la sustitución de cultivos de trigo por cultivos de cebada — menos querenciosos de esta ave — y el perceptible incremento de ganado lanar, que deja hollados y polvorientos los rastros a las pocas horas de la siega. En una palabra, a medida que el artificio y la organización se asientan en el campo, el cazador tiene menos probabilidades de divertirse.

Todo esto, unido a la proliferación de escopetas, reduce lo que los franceses llamarían “chance” del pájaro, de tal modo que en tierras de Santa María del Campo (Burgos) que, aparte la iglesia y la muralla, ofrece abundancia de caza y rastros, uno no disparó la escopeta a los tres días de abierta la media veda, caso insólito en un terreno acotado que el día de la apertura dio aproximadamente setecientas cincuenta codornices re-



partidas entre seis u ocho cuadrillas por un total de treinta escopetas. ¿Qué puede suceder para que unos pajonales ricos ayer en pájaros no den uno a los dos días de la masacre? A esta pregunta me respondía, con propiedad, mi consocio, el molinero señor Calleja, vecino del lugar:

—Mire usted, al margen de las perchas curiosas del primer día, si considera usted que los arroyos bajan secos, o sea, no bajan; que las lindes son cada día menos y más ralas, y que los rastrojos, de por sí escuetos, son arrasados por los rebaños, nada puede extrañarnos que la codorniz tome las de Villadiego, se suba a la paramera de la noche a la mañana, y si te he visto, no me acuerdo.

Y, en efecto, la poca codorniz que uno ha visto este año por los pagos de León, Palencia y Burgos, la ha encontrado en los altos, donde se concentran las de los vallejos y vegas y las que arrumban al África de retirada. Estos pájaros no se sienten aquí a la intemperie, pues aparte los mohedales, pimpolladas, y perdidos de brezo, de los bordes, aún se encuentran, en pleno septiembre, con un importante número de parcelas sin segar ya que las nubes se agarraron este año a las crestas desde mediados de agosto, y entre el agua y el rocío, el grano, inflado en la espiga, se resiste a separarse de la argaya y el cascabillo con lo que la cosechadora apenas puede hacer vida de él. En suma, el infortunio del labrador — que a estas alturas, con las cosechadoras atolladas, está pensando en abandonar el cereal pinado en el campo — ha permitido que la poca codorniz que subió este año permanezca — pese a los fríos y lluvias de las últimas semanas — unos días más entre nosotros para consuelo del cazador, por más que las rayas de lo pinado signifiquen para él — para el cazador — una nueva versión del suplicio de Tántalo.

## II

### LA CODORNIZ EN LA MESA

Ni los cazadores ni los no cazadores se ponen de acuerdo sobre cuál, de entre todos los animales cazables, es el mejor, el más delicado y apetecible en el plato. La becada y pato a la naranja son aves con buena prensa, muy merecida por otra parte, pero yo puedo afirmar, tras una encuesta a nivel doméstico, que es la codorniz quien se lleva la palma. La codorniz en sus mil variantes culinarias es animal que nunca da el pego, que, como los tentetiesos de nuestra infancia, es un bichejo que, se haga con él lo que se haga — hablo de la cocina —, siempre queda de pie. Únicamente puede fallar el guiso debido a la edad del pájaro, pero una olla con dos docenas de codornices, normalmente no nos deparará más de dos o tres ejemplares musculados por los años y el ejercicio. Por lo demás, la codorniz es ave tiernísima, de unas carnes prietas — de muy matizado sabor — que se desprenden del hueso sin más que una ligera presión de labios. Basta observar el insignificante montón de huesecillos que deja un pájaro de éstos para comprobar que la codorniz es el ave comestible por excelencia; ave que apenas deja cenizas o, si lo prefieren, es, de los que conozco, el único pájaro que en lugar de huesos tiene espinas (y ustedes ya me entienden).

Con frecuencia, el profano, que no sabe de las delicias que este pájaro singular depara en el rastrojo y en la mesa, menospreciará a la codorniz por su tamaño, a lo que el codornicero fetén replicará sin demora: “Aguarde usted a que caigan cuatro gotas”. Porque es un hecho comprobado que el mágico metabolismo de la codorniz, le permite transformar el agua en man-

teca prácticamente en veinticuatro horas. De aquí que entre la codorniz agostaña y la septembrina haya una distancia; la primera es magra, de pechugas prietas y alargadas y caderas escurridas, es decir, su contextura, diríamos, es atlética. Basta un chaparrón que empape el grano para que la grácil avecilla pierda su figura lineal y elástica y se convierta en un rollito de manteca, de anatomía indeferenciada. Su metamorfosis es completa y vertiginosa. La lluvia, pues, es grasa para este pájaro. Y esta grasa, unida al variado repertorio de su dieta (cualquiera que sienta curiosidad por la alimentación de esta ave no tiene sino que analizar los ingredientes que se mezclan en su buche: trigo, centeno, cebada, avena, semillas de plantas rastreras, insectos, hierbecillas, etc.), nos da esa prodigiosa gama de matices tan difícil de registrar literariamente. Hablo, claro es, de codornices silvestres, ya que la industrialización de este pájaro ha inducido — con éxito — a su cría artificial, cría que tengo entendido iniciaron los japoneses y ahora se copia en todas partes. Esta cría y engorde se hace a base de inmovilidad y piensos compuestos, con lo que una vez más se sacrifica la calidad a la cantidad. Para que una codorniz sea sabrosa, su ceba debe ser natural y a base de una dieta espontánea y variada y, por supuesto, sin sacrificar su libertad para que el animal divague sin impedimentos.

Los islotes de grasa acumulados bajo la fina epidermis de la codorniz, hacen de su desplumadura un ejercicio delicado, ejercicio que cuando se realiza en equipo (el pelado de la codorniz, siendo tantos los pájaros necesarios para hacer plato, y tan abundante su pluma, es prudente dividirlo para efectuarlo a conciencia), conviene someterlo a una experta dirección. De otro modo el desgarrón — avería de muy difícil arreglo — se producirá inevitablemente. Para evitarlo, la celeridad que permite el desplumado de alas, espalda y obispillo, ha de ser refrenada al alcanzar la larga pluma que cubre muslos y caderas y, en particular, la gorguera y el buche. En estas zonas, la desplumadura debe efectuarse pluma a pluma, protegiendo la piel con el dedo pulgar de la mano izquierda. Esto que parece una tontería, deja de parecerlo cuando uno se enfrenta con uno de estos pájaros y se ve en trance de desnudarlo.

La codorniz bien pelada, despojada de la última vellosidad mediante una chamusquina de llama de alcohol, queda dispuesta para la cocina. Y es aquí, como dije, donde el pájaro autoriza todo tipo de giros culinarios y veleidades. El tropiezo, como dije, es difícil. Yo recuerdo, por ejemplo, la succulenta receta de mi madre: los pájaros, redondeados por las mantecas, se envolvían, uno a uno, en lonjas de tocino y, luego, en hojas de parra que se sujetaban pacientemente con un hilo. Hilos y hojas desaparecían en el momento de ser servidas, tras un concienzudo asado al horno. No hay que describir la untuosidad, la succulencia de una salsa conseguida a base de la fusión parcial de las grasas del bicho y del abrigo de tocino, a las que ponía un contrapunto vegetal el jugo de las hojas de parra. Aún recuerdo cómo la torre de ocho panes de kilo que entraban diariamente en mi casa iba decreciendo ante las exigencias de aquella salsa que no podía ser desdeñada.

Mas esto de coser las codornices, arroparlas con abrigo e impermeable, constituía un ejercicio culinario paciente, inimaginable en nuestra época, hecha de prisas y de improvisaciones. El paso del tiempo también se percibe — y quizá con mayor dureza que en otros lugares — en la cocina. Con esto quiero sugerir que mi mujer ha sustituido el asado de la codorniz, con toda la impedimenta descrita, por un estofado a base de una cama de cebolla, ajo, perejil, laurel y aceite — todo en crudo — sobre la que van depositándose los pájaros, salados, uno a uno. El resultado es también exquisito, y, por supuesto, nada pierde si se le añaden unos champiñones o, como he visto recientemente en San Sebastián, unas uvas de moscatel.

La codorniz, en suma, es ave golosa, tanto que cuando falta en los pajonales se la busca en la incubadora. Y si no que lo diga ese pollero de Burgos que el primer día de la temporada vendió a los cazadores nortños, que regresaban de vacío, dos mil piezas. La ocasión de lucir una buena percha y de obsequiarse con un sabroso estofado no debe despreciarse y, si el campo no da pájaros, nada tiene de particular que se busquen en la pollería, siquiera, como apuntado queda, entre pájaro doméstico y pájaro silvestre exista una distancia considerable.

### III

#### LA CAZA DE LA GANGA

LA ganga es uno de los pájaros más misteriosos e insociables — en su relación con el hombre — de nuestra fauna. Por sabido yo no hablo para ornitólogos, sino para vagabundos, cazadores y trotapáramos. Y para éstos, la ganga es antes un ruido — o si se prefiere una gangosa modulación — que una presencia. O sea, que si a la ganga se la oye poco, todavía se la ve menos. Se trata de un ave que nunca se le arrancará al cazador — ni larga, ni corta — a su paso, sino que está ahí, en el aire — en el cielo neblinoso principalmente —, y emite, de cuando en cuando, un gargarismo cadencioso — gaag, gaag — mediante el que se delata. De otro modo, muchos cazadores y hombres de campo consumirían su vida sin percatarse de que la ganga es una realidad.

Empezando por su denominación, la ganga constituye un semillero de equívocos. En tierras burgalesas se la conoce por el nombre de chorla, mientras en tierra de pinares vallisoletana he oído llamarla churra. El desacuerdo continúa a la hora de identificarla, ya que a menudo, incluso entre gentes que se precian de pajareras, se la confunde con la ortega, ave tan esquiva e invisible como la chorla, pero de más bulto, vientre oscuro y propensión a las salinas y labajos. La ganga frecuenta las tierras áridas, y según los entendidos anida en el suelo (yo nunca vi un nido de ganga), y su plumaje, bastante rico dentro de la gama del castaño, es mimético con las tierras meseteras, indiferenciable, a cierta distancia, en los barbechos. A mi ver, la ganga tiene algo de paloma y algo de perdiz; en cualquier caso, las patas, cuello y pico cortos le imprimen una

contextura maciza que, incluso en vuelo, produce una sensación de firmeza y robustez.

Otro de los grandes misterios de la ganga es su alimentación. Tan es esto así, que mi buen amigo Ramón Coronado, que sabe de pájaros más que la madre que los parió, está preparando su tesis doctoral sobre la dieta de estos bichos. Su paciencia — la de Ramón Coronado — es tanta que lleva años metido en el empeño y si uno sale a cazar gangas con él, en el reparto de piezas no se reserva otro botín que los buches y mollejas de las presas. De esta forma, Coronado lleva ya analizados los bolos alimenticios de centenares de pájaros, con lo que es de esperar que, al menos en lo que atañe a su comida, el misterio de la ganga no tardará en desvelarse.

Topar con uno de estos bichos a tiro de escopeta es un lance de fortuna, tanto que yo, que me he pasado un tercio de vida en el campo, no he visto derribar, en mano galana, más que dos, una a mi hermano Adolfo, allá por los años cincuenta, en tierras zamoranas de Cañizo, y otra a mi hijo Germán, de la parte de Tordesillas, hace escasas temporadas... Ambas fueron abatidas en mañanas de niebla alta, de esa niebla que sin ser cerrada estorba la visibilidad y desconcierta a los pájaros.

De forma que lo poco que uno sabe de las gangas es que son independientes y escamonas y que en las mañanas de calor — en julio y agosto — bajan a beber y a bañarse a las lagunas y fuentes y, luego, buscan unos revolcaderos de su gusto para secarse. De modo y manera que si la ganga no sale cuando uno va con la escopeta al hombro, habrá que esperar a que entre, que ésta es la añagaza inventada por el hombre para hacerse con aquellos bichos cuyos hábitos y prevenciones los hacen prácticamente inabordables. Así, para cazar unas gangas sobran las piernas y los pulmones; basta con apelar a nuestro sentido de observación y estudiar detenidamente sus bebederos y revolcaderos habituales; esto es, sus querencias.

Yo recuerdo haber hecho mis primeros pinitos a la ganga siendo todavía un rapaz, mediada la década de los treinta, con los hermanos Igea, dos excelentes muchachos que la guerra se llevó. En aquel tiempo bajábamos de mañana a los labajos



del Raso, en Boecillo, a pocos kilómetros de Valladolid. Nuestra inexperiencia cinegética era entonces de tal monta, que disparábamos alevosamente a calzón quieto, mientras los bichos bebían, sin el menor asomo — que todo hay que decirlo — de remordimientos. Después fui aprendiendo a ocultarme entre los carrizos, a fundirme con el campo, de forma que la ganga pudiera ponerse a tiro y tratar así de abatirla en vuelo. Esta modalidad de tiro recata sus dificultades y constituye un magnífico pasatiempo en las mañanas estivales. Para ello hay que meterse en el tollo con el sol y retirarse a media mañana. (De ocho a once son las horas preferidas por la ganga para efectuar sus pediluvios.) Una vez que el cazador ha disimulado su presencia, no cabe otra cosa que echarle paciencia al asunto, aguardar ojo avizor, supuesto que la ganga no llega, irrumpe, es decir, las más de las veces, si el animalito no canta, surge de buenas a primeras por encima de nuestras cabezas, por detrás o por delante, y es posible que no nos facilite más que una sola oportunidad de derribarla, bien porque, pese a nuestras precauciones de camuflaje, nos divisa, bien porque, si el bebedero no es muy localizado, termine por amerizar lejos del tollo donde la aguardamos. Como además, el vuelo de la ganga es brioso y rápido, el pájaro tiene más que matar de lo que — dadas las condiciones del aguardo — podría suponerse. A estas dificultades hay que añadir otra, aparentemente paradójica, pero que en mi caso no lo es: que en lugar de una ganga, vengan tres o vengan seis, ya que la ganga, sin ser animal de un gregarismo exagerado, propende a asociarse con sus congéneres, bien que, salvo cortas excepciones, de manera moderada, en bandos de cuatro a ocho individuos. La irrupción simultánea de varias aves provoca en uno, de inmediato, la vacilación para elegir blanco, vacilación de segundos, pero suficiente, las más de las veces, para que la oportunidad se pierda y el bando se marche a criar sin sentir siquiera el espolazo de la detonación.

La espera es de resultados muy desiguales y, naturalmente, más generosa cuanto más aprieta la canícula. Por regla general, en zona ni muy pródiga ni muy roñosa, en un día ni muy frío ni muy caliente, es normal colgar de seis a doce pájaros después de partir los cartuchos con el campo.

Esta caza veraniega y matutina ofrece sobre otras una gran ventaja: ser testigo mudo — sin hambre, ni sed; sin fatiga, ni calor — del despertar del campo en los días y las horas de mayor plenitud. Este desvelamiento paulatino de la naturaleza — más animado si en la charca a cuya vera montamos el tollo anidan los parros — no da ocasión al aburrimiento, y aunque las gangas no bajen ni al baño ni al secadero, siempre cabrá decir lo que diría el otro: “Que nos quiten lo bailado”.



## IV

### ZORREANDO EN EL ARLANZA

A PROVECHANDO la media veda y velando por el desdoblamiento sin sobresaltos de perdices y conejos, hemos dedicado una tarde a zorrear la margen derecha del Arlanza, un soto angosto pero muy denso, junto a Escuderos, término municipal de Santa María del Campo, dirigidos por la experiencia de dos consumados venadores: el molinero Enrique Calleja y José Luis Montes, un hombre que mudó los dientes corriendo polladas por los majuelos.

— ¿Zorreamos un rato?

— Vamos a zorrear.

Si el señor Calleja, el molinero, o José Luis Montes, hombre de asfalto que no ha perdido — ¡y Dios se lo conserve muchos años! — su apetito montaraz, dicen que a zorrear, o que a huronear, o que a mover las perdices, se produce en los aledaños del molino — portalón, sotechados y corralizas — un movimiento canino inusitado. Enrique Calleja es cazador que entiende el oficio, y si con un ojo vigila la molienda, con el otro otea el cielo, o los tesos, o el río. Y súbitamente, como suelen ocurrir estas cosas, Enrique Calleja, el molinero, siente la llamada del campo y, sin más, trueca los trebejos de molinero por los trebejos de cazador — o de pescador — y se larga al campo. Imagino que Enrique Calleja no ha leído a Marcuse, pero su cabeza entrecana, protegida por la boina negra espolvoreada de harina (o sea, entrecana también), intuye que la represión del instinto silvestre no es en modo alguno recomendable. Y es suficiente que el señor Calleja diga “a zorrear”, o que agarre la canana y la escopeta sin decir palabra, para

que los nueve perros del molino, dóciles y cansinos de ordinario, entren en una nerviosa agitación.

Los perros del molinero, no es porque yo lo diga, son cosa de libro. Allí hay un pastor alemán, un setter, un pointer, varios galgos, un ratonero, dos perdigueros de Burgos y, sin embargo, no hay castas. Quiero decir que si Enrique Calleja tuviera que elegir compañía — un solo compañero — para cobrar unos gazapos, desdenaría probablemente a los canes de caza y marcharía con la “Morita”, una perrita ratonera que en apariencia no vale un real y, sin embargo, trabaja los conejos como los ángeles. Y si lo que se propone es tirar a los patos, lo mismo echa mano del “Lobo”, un pastorazo alemán que, en teoría, no caza, pero se zambulle en las aguas del Arlanza sin un mal gesto. Mas, de ordinario, el molinero no establece limitaciones a sus perros, y si sale al campo le basta con emitir un tenue silbido desde la ventanilla para que la “Mora”, la “Morita”, el “Zar”, el “Buey”, el “Rifle”, el “Roy”, el “Lobo” emprendan una loca carrera tras el automóvil, galopada muy útil para desfogarles y meterles en cintura a la hora de la verdad.

Sorprende este dinamismo en la jauría del molinero, ya que, como dije, los perros de Enrique Calleja, en contra de lo que suele ser frecuente en granjas y cortijos, son animales pandos y sosegados, de forma que el forastero puede arrimarse al molino sin un gruñido ni una mirada torva. La actitud cívica de los canes del molinero es una actitud ejemplar. Dichos perros no parecen españoles; su instinto de agresividad es mínimo. Observo en ellos una apacibilidad de rumiantes, una sumisa mirada bovina por demás tranquilizadora. Más tarde me advertirá el molinero que buena parte de su dieta alimenticia se compone de harina y salvado, de lo que podremos deducir que un animal — y no olvidemos que el hombre lo es —, dejando de lado los genes y el medio, es lo que come. Sería cosa de estudiar la dieta de los españoles para tratar de remediar su inveterada propensión al cainismo. Pero si el señor Calleja dice “a zorrear”, raro será que el zorro falle. En esos asuntos cinegéticos, el señor Calleja sabe dónde se mueve. A veces, el molinero se asoma desde la ventana del molino a las

aguas del Arlanza, da una fumada a su pitillo, entrecierra los ojos y dice tranquilamente:

—Ese barbo pesa más del kilo.

Y si alguien le lleva la contraria, el molinero, valiéndose de buenas o de malas artes — que esto no hace al caso —, atraparé el pez en un decir Jesús y lo pondrá en el platillo de la balanza.

—Kilo y cuarto — dirá escuetamente.

Porque el señor Calleja desconoce la jactancia y jamás abusa de su experiencia en apuestas que versen sobre el campo y sobre las criaturas que lo pueblan. Enrique Calleja sería un franciscano perfecto si su debilidad gastronómica no le empujara hacia el estofado de perdices o las truchas a la navarra. Tampoco es hombre de zancadillas el señor Calleja, y si ve a algún despistado armarse de horquilla y reteles para dar un tiento al arroyo Franco en un día de viento sur, le advertirá noblemente:

—Oye, tú, ¿quieres que te diga una cosa?

—¿Qué?

—Que podrías ahorrarte el viaje.

El molinero sabe de requetesobra que el cangrejo sale con el norte tras un día de calorina, conoce los lugares donde crece la ova para la carpa, manipula el pez muerto y le hace “vivir” para atrapar a la trucha de cuatro kilos (luego le retratan en los periódicos de Burgos), desconfía de las laderas sur en las pasas de codorniz, barrunta los encames de la liebre de acuerdo con el estado del tiempo, conoce, en fin, por las espumas del Arlanza, cuándo amaga la lluvia.

—¿Zorreamos un rato?

—Vamos a zorrear.

El “Zar”, el “Roy”, la “Mora”, la “Morita”, el “Buey”, el “Rifle”, el “Lobo” compiten en la cinta gris con el 124 de Luis Pulpón. A poco, Enrique Calleja coloca a las escopetas en los pasos del soto (“la primera bien arrimada al río, que una vez a Aldo Evangelisti se le largó nadando el marrajo de él sin hacer ni caso de los cinco tiros de la repetidora”) y dirige luego a los batidores armado de una lata de gas-oil, en la que redobla estrepitosamente con dos guijos que ha cogido en la

casajera. De vez en cuando, mientras avanzamos, cesa el redoble y me hace una advertencia o de paso me da una información:

— El raposo tiene las bocas ahí arriba, en la ladera, pero en días como hoy busca la frescura para la siesta.

La "Morita", el "Zar", el "Buey", el "Rifle" rastrean entre los tamarindos, los sauces y las mimbreras, y de pronto la "Mora", la vieja "Mora" ("ahí donde la ve, lo mismo tiene quince años"), se arranca en unos ladridos espaciados, de rara solemnidad:

— Si la "Mora" late ya sacó la zorra, eso por descontado.

Aumenta el griterío, mas los aullidos del animal se han desplazado ahora a nuestra espalda.

— ¡Ya nos toreó el tunante de él! ¡Me cago en la madre que lo parió!

Enrique Calleja, el molinero, redobla en la lata enmohecida con furor creciente, y de súbito, en el profundo silencio de la ribera, retumba un estampido:

— ¡Ya está! — grita el señor Calleja desarrugando el ceño.

Y apenas ha concluido de decirlo cuando suena otra detonación:

— ¡Esto va bueno!

La batida toca a su fin, y al salir a lo limpio Manolo Núñez y mi hijo Germán nos aguardan, cada uno con un raposo en la mano. El de mi chico es hembra, una hembrita proporcionada, de piel rojiza, y el de Manolo Núñez un hermoso macho de diez kilos, de piel pintada. Es el primer pelo de Manolo Núñez, un muchacho asentado, con dieciocho años y sus matrículas de honor en segundo de Agrónomos, que hasta en el campo — dada la flema con que apunta y dispara — se diría que aplica el cálculo diferencial. Manolo Núñez no se ofusca al tomar los puntos a la pieza, sea ésta una codorniz o un raposo de diez kilos:

— Quedó seco — dice, y se vuelve al señor Calleja —: Le atiné al brazuelo, como usted dijo.

Enrique Calleja, el molinero, le sonríe, como sonríen los maestros a los discípulos aventajados:

— Es éste tu primer zorro, ¿no es cierto?

Manolo Núñez asiente. El señor Calleja se pasa lentamente la lengua por los labios:

— Pues esto habrá que mojarlo, hijo. El próximo día que te arrimes por el molino te traes una botella de champán, ¿oyes? Es la costumbre.

## V

### LA DESVEDA

EL domingo 12 de octubre, día de la Raza por más señas, se abrió en este país la temporada de caza menor y tengo entendido que también la de algunas especies mayores como la del jabalí, por ejemplo. La apertura trajo su sorpresa, como la trajo el cierre de la temporada anterior. Esto sugiere que la caza se está convirtiendo en un roscón de reyes o en un juego de prestidigitación en el que nunca se sabe si la Administración va a sacarse de la manga un pichoncito blanco o un conejo. Así, al concluir la temporada pasada, los cazadores del país vieron con perplejidad lo nunca visto: el primer domingo de febrero, como es tradicional, comenzó la veda de las especies menores en toda nuestra geografía... excepto en dos o tres provincias del sur próximas a Madrid. Esta desigualdad de trato provocó, como es de ley, comentarios harto desfavorables supuesto que la única razón de esta medida fue, al parecer, que los prohombres de Madrid tenían ya organizadas un par de cacerías de campanillas en La Mancha y Extremadura. Ante tamañas pretensiones no restaba más solución que la de cortar por lo sano y declararlas inviables — las pretensiones — o, por el contrario, saltarse la ley a la torera y complacer a los prohombres con la consiguiente indignación de los venadores marginados. Al acceder a aquéllas, la irritación estaba más que justificada, ya que si es el apareamiento de las especies y su subsiguiente desdoblamiento lo que motiva el período de veda y este desdoblamiento viene determinado por las condiciones climáticas, resulta obvio que las cazas se emparejan antes en las zonas manchegas y extremeñas que, digamos, en la Mara-

gatería leonesa o en el páramo de la Lora, en Burgos. No obstante, en la Maragatería y la Lora se clausuró la temporada el día previsto mientras en la zona sur se prorrogó por la importante razón de que unos cuantos señores de Madrid se habían quedado con las ganas de soltar cuatro tiros. Una vez más, la ley del embudo prevalecía sobre la ley de Caza que, vieja y todo, aún sigue vigente, siquiera la semana pasada haya ido a las Cortes un nuevo proyecto que, poco a poco y de pasada, iremos comentando en estas páginas.

Pues bien, como antes decía, la apertura de esta temporada ha traído consigo otra sorpresa de índole semejante: el campo se ha abierto a las escopetas el 12 de octubre, excepto, que yo sepa, en dos provincias castellanas: Salamanca y Zamora. ¿Por qué razón? Desconozco, por el momento, los verdaderos motivos que hayan aconsejado demorar la caza en estas provincias hasta el próximo noviembre e, incluso, habiéndose producido en ellas una cría normal, resulta asimismo cuestionable la licitud de esta medida. Pero lo hecho, hecho está, aunque a uno le quede en los entresijos la sospecha de que lo que han pretendido con esto las provincias citadas es librar a sus pegujales del aluvión de cazadores del norte — vascos, asturianos, montañeses — que se desparraman en estas fechas como a toque de clarín por los pagos castellanos. De ordinario, estas inmigraciones masivas duran lo que el buen tiempo y ceden en proporción notable con las primeras heladas. Si el preludio de los grandes fríos meseteros lo señalan en el calendario las festividades de Todos los Santos y las Ánimas, resulta palpable que aplazando la apertura de la caza hasta esas fechas nos libraremos en buena medida de los autocares cinegéticos norteños. La decisión, si mi razonamiento es válido, puede ser oportuna, pero no deja de ser injusta por tres razones: primera, si el norteño se afloja el bolso por un papel que le autoriza a soltar perdigonadas por todo el territorio nacional, no parece congruente que después de hacerlo se le pongan trabas. Segunda, la prolongación del candado en un par de provincias incrementará la invasión de las restantes y consecuentemente lo que aquéllas ganen será a costa de las demás. Y, tercera y última, de prosperar tales criterios, día llegará en que la provin-



cia más conservadora, cinegéticamente hablando, no abrirá sus puertas hasta pasadas las Navidades. He aquí un punto a considerar en la nueva ley: el carácter nacional, regional o provincial de las aperturas y cierres de vedas y su aplicación a rajatabla una vez determinado este extremo, a no ser en casos de calamidad venatoria evidente.

Bueno, el caso es que se abrió la veda de la caza menor y salvo en zonas muy concretas y en lo atañadero a la perdiz, los resultados fueron decepcionantes después de los pronósticos favorables que había escuchado en las zonas más dispares:

—Codorniz, poca, pero la perdiz vaya si ha criado bien.

Yo aducía mis reservas, basándome en la escasez de polladas que este año había visto por las carreteras, argumento deleznable si se quiere, ya que la perdiz asoma cada vez menos al asfalto debido a la proliferación de automóviles, pero, con eso y con todo, este verano el eclipse fue casi total. Y me ha bastado una jornada para confirmar mis temores. La perdiz decae a ojos vistas. La perdiz, en amplias zonas, si Dios y la nueva ley no lo remedian, terminará extinguiéndose. Un dato: mi cuadrilla y yo abrimos la temporada en el mismo punto que el año anterior: las Gordillas, un cazadero apañado, surcado por el río Voltoya, a caballo entre Ávila y Valladolid. Pues bien, aunque no se trata ni mucho menos de un cazadero de perdiz prestigiado, la temporada pasada abatimos un total de 31 pájaros entre dos manos de cuatro escopetas cada una. Este año las escopetas fuimos asimismo ocho, pero los pájaros cobrados no pasaron de cinco. Podría alegarse que no tuvimos nuestro día, pero si yo les digo que no disparé más que a una perdiz en toda la jornada la cosa se pone más seria. El problema, por muchas vueltas que se le dé, es grave; yo diría, gravísimo. Pero lo he dicho ya tantas veces que me duele la lengua de tanto decirlo. Y ¿qué he conseguido? Nada o, a lo sumo, que me salgan por peteneras con que nunca hubo en España tanta perdiz como ahora. Y lo cierto es que si nos ceñimos a los grandes acotados del sur, bien entablillados, bien encorsetados, por mojones, bien custodiados por ejércitos de a caballo, la afirmación es incuestionable: parte del país es un inmenso gallinero de perdices. Pero estos gallineros sirven para



acallar la afición de unos pocos, lo que equivale a decir que también en la cinegética se produce el fenómeno de las dos Españas. Y no hablo, al decir esto, de terrenos acotados y terrenos libres — acotados siempre ha de haber si queremos caza —, sino de zonas rígidamente guardadas, con repoblaciones frecuentes y atenciones minuciosas, y otras zonas — acotadas o libres, tanto da — dejadas de la mano de Dios, donde día a día la naturaleza pierde naturalidad, ahogadas por los insecticidas, desprovistas de lindazos, en las que los perdidos y montes de encina se transforman en roturos y la actividad de los furtivos se celebra como una manifestación más del pintoresquismo de la España “diferente” en lugar de perseguirse como una actividad delictiva. No nos engañemos: de Madrid para abajo, la patirroja se multiplica. ¿Por qué razón? Porque de Madrid para abajo caza Madrid, cazan los notables de Madrid, y de Madrid para arriba, no. En fin, no me gusta ser reiterativo, pero camino del cazadero el pasado domingo, tropecé con dos coches recorriendo pausadamente los caminos, las ventanillas erizadas de escopetas. Esto a pleno día. Las noches son de los tractores que baten impunemente las liebres y conejos de lo libre y los pequeños cotos con guardería insuficiente. Mi amigo Zorita, catedrático de León, me expresaba su asombro el pasado mes de abril por el hecho de haber sorprendido en la Mudarra, pueblecito cercano a Medina de Rioseco, al conductor de un Seiscientos haciendo fuego sobre una pareja de perdices con un rifle del 22. Otro amigo — éste de Zamora — fue obsequiado este verano con una pareja de perdices vivas que uno de sus renteros atrapó en el nido. Y ¿qué decir de los destrozos ocasionados a otras especies en la quincena de codorniz? Yo mismo he tenido que sujetar este año a un zangón en la zona de La Seca y Valdestillas para evitar que se fuese tras un bando de perdices. Ni mi irritación, ni mis palabras gruesas le frenaron, más tarde, para disparar a mansalva sobre una liebre. A mis reconvenciones, saltó:

— Yo, si salgo al campo, salgo a todo.

— Pues no salgas, mira.

— Ya, y si me quedo en casa se las meriendan otros que a lo mejor ni son del pueblo.

En fin, este es el panorama. De esta manera nada puede sorprender nuestra decepción en el primer día de la temporada que, por otra parte, tuvo sus compensaciones: la primera liebre de mi hijo Juan y la gineteta que atrapó en un cepo el señor Práxedes, un bellísimo ejemplar que pendía, oreándose, de la rama de un algarrobo, junto al caserío de Las Gordillas.

## VI

### EL AGUARDO DE TORCACES

LA segunda quincena de octubre y los primeros días de noviembre deparan al aficionado a la escopeta en Castilla una caza de ordinario pingüe, entretenida y descansada; me estoy refiriendo al acecho de la paloma torcaz. La paloma torcaz emigra en estos días hacia el sur y su paso por “entre” los Pirineos — que no sobre — da origen a estas famosas cazatas a la espera en tierras navarras y guipuzcoanas, sirviéndose de escopeta (o bien de redes cuando la bruma se espesa y se cierne sobre los montes), de las que todos hemos oído hablar. Las perchas de Echalar y otros pasos semejantes son muy desiguales, aunque puede afirmarse, sin ningún género de dudas, que, si entra paloma, el festival pirotécnico que se organiza no tiene par en ninguna época, ni en ningún otro lugar de la península.

Pues bien, esta viajera, una vez salvada la cordillera, no se dispersa; prosigue su ruta, imperturbable a las asechanzas, en bandos nutridísimos, en ocasiones por encima de los diez mil individuos. Es decir, constituyen auténticas nubes que, de proponérselo, nublarían el sol. Las etapas de su viaje vienen señaladas por las manchas de encina, mata y árbol, que le prestan cobijo para el descanso, y alimento — la bellota — en abundancia. Esto no significa que la paloma asiente mientras haya fruto en los encinares, supuesto que su punto de destino es remoto, pero sí que durante varios días consecutivos, una vez que la emigración se inicia, oleadas sucesivas de palomas darán oportunidad al cazador para foguear en forma. La pasa dura poco tiempo y es preciso aprovechar el momento, ya que cualquier demora en este lance puede dar al traste con las más

fundadas esperanzas. (En la provincia de Segovia, un gobernador consciente ha dispuesto que durante la presente temporada la prohibición de disparar un tiro fuera de jueves y domingos no reza para las torcaces durante la segunda quincena de octubre.)

De modo y manera que la primera condición para poder practicar esta modalidad de caza estriba en que pase paloma y, la segunda, en que la paloma baje. Este año, pongamos por caso, la paloma dobló poco al divisar los sardones de Castilla, principalmente en Ávila y Segovia, provincias tradicionalmente querenciosas. El año pasado, en cambio, la entrada fue excepcional. Naturalmente, en todo esto de la escasez y la abundancia juega un papel misterioso — al menos para nosotros — la meteorología, pero, esto aparte, existen otras razones que el buen cazador debe investigar. El pasado jueves, por ejemplo, cobré en tierras de Ávila, cazando en mano, tres palomas torcaces. Como la escasez me traía intrigado dada la espléndida cosecha de bellota, dediqué unos minutos a examinar los buches de las aves. (Debo anticipar que, por regla general, la paloma torcaz es de una glotonería inimaginable. En otras ocasiones he tenido la paciencia de contar las bellotas de buen tamaño que son capaces de almacenar en el buche y las marcas más lucidas me han dado 41 y 36 frutos, cifras de por sí suficientemente elocuentes.) Pues bien, en el examen practicado por mí el otro día, solamente una de las tres torcaces tenía una bellota en el buche, el resto del almacén lo constituían vicias, cebada y otras semillas inidentificables. Tamaño descubrimiento me llevó a echar un párrafo con los indígenas. Resultado: el agosto húmedo y frío que hemos padecido ha retrasado la sazón de la bellota y, en consecuencia, los ingentes bandos de palomas sobrevuelan Castilla y van a tomar tierra a Extremadura o Andalucía, esto es, allí donde la bellota ha madurado ya. La razón por la que la torcaz sabe de antemano que su comida predilecta no ha sazonado en Castilla, nos es desconocida. Es decir, habrá que pensar en una comunicación especial que, como el biólogo Konrad Lorenz ha demostrado, existe entre otras especies.

El caso es que la torcaz se ha movido y se mueve poco

esta temporada en los sardones castellanos. Y si la torcaz no divaga sobre los encinares a pleno día es inútil aguardarla en los crepúsculos. Porque este aguardo tiene sobre la generalidad de los aguardos una particularidad: salvo los que utilizan — que en Castilla son contados — el cimbel, la espera de torcaz en otoño se realiza a cuerpo limpio, con lo puesto, escogiendo la encina que más nos acomode, sin incitar — para atraerlas — ninguna de sus necesidades o de sus instintos (sed, hambre, amor, etc.), vil añagaza que suele ser común a todas las cazas a la espera. Aquí, como digo, no. Simplemente se inmoviliza uno, de mañana o al atardecer, allí donde barrunta que la paloma ha de moverse. Como norma cabe pensar que la torcaz irá a alojarse a los árboles más copudos o a aquellos otros que, sin ser más viejos o más frondosos que otros, se yergan en los altillos de la finca: cabezos, cuetos, cotarros. (Cosa diferente es la caza en terreno conocido, supuesto que las querencias de un año suelen ser las querencias de los demás.) Mas, para apostarse, no hay reglas y las previsiones, cuando son varios los puestos, suelen fallar. De manera que el cazador, con una indumentaria que facilite el mimetismo con el mobiliario del campo, no tiene más que elegir árbol y liar un pito, en la seguridad de que si hay paloma bajará. Y si no baja, lo más aconsejable es ponerle buena cara a la adversidad recordando con cuanta frecuencia en lides cinegéticas se da la vuelta al refrán de “días de mucho, vísperas de nada”:

He insistido antes en la conveniencia del camuflaje por la sencilla razón de que esta original y típica cazata al aguardo es, en rigor, una competencia de vistas: el ojo de la paloma contra el ojo del cazador. La torcaz posee una mirada larga y afilada, y si uno acude a la cita con una camisa blanca ya puede esperar sentado. La ocultación debe cuidarse por tanto más aún que la elección de puesto. De nada vale atar escrupulosamente todos los cabos si uno no se tapa o su vestimenta no es discreta. Y como quiera que la renuencia de la torcaz es proverbial y su recelo mayúsculo, y como quiera, asimismo, que estas aves suelen divagar en bandos muy espesos — lo que no ve una lo ve otra —, no conviene armar un tollo en lo limpio, entre encina y encina, porque inevitablemente se herirá

su suspicacia. Lo más congruente, pues, será integrarse en un carrasco de cierta entidad o colocarse contra el tronco de una encina poderosa. Tanto en un caso como en otro — más en el segundo — las dificultades para descubrir la torcaz a tiempo son grandes, y acrecen a la hora de tomarle los puntos a un blanco en fuga, que eclipsándose de árbol en árbol, con lo que el cálculo de velocidad, distancia y adelantamiento de tiro exige buena vista, nervios bien templados y reflejos sensibles. Mis amigos del Club Alcyon las bajan muy diestramente. Yo he de reconocer que a estos bichos no les he cogido el tranquillo y aún debo confesar que hubo un tiempo — y no hace mucho — que llegué a pensar que eran inmortales, ya que con frecuencia las he visto encajar el tiro con una indiferencia desconcertante. La torcaz es dura y conviene usar con ella un cartucho fuerte si no queremos provocar un “strip-tease” espectacular — la rociada de plumas que queda flotando en el aire — sin el menor resultado práctico. Con eso y con todo, el palomero conspicuo, en años de pasa normal, suele armar unas perchas sumamente apetitosas. Por otro lado, la torcaz nueva constituye un plato suculento sin más que un poquito de mano y una renuncia generosa a las conquistas de la técnica (en este caso, la olla-exprés). Por lo demás, su guiso no ofrece dificultades: las palomas enteras se rehogan en una sartén con mitad de aceite y mitad de manteca. Seguidamente se trasladan a un puchero donde se deposita asimismo la grasa sobrante en la que se han frito unas grandes rodajas de cebolla. A esto se añaden unos dientes de ajo, unos granos de sal, unas gotas de vinagre y unas hojitas de perejil y sobre ello se vuelca caldo, o, en su defecto (grave defecto), agua. Una vez todo en el puchero, se cierra éste con un trozo de papel de estraza sobre el que se coloca un plato con agua. La salsa, naturalmente, se pasa por el colador. La torcaz — si no es vieja — tiene unas carnes oscuras y apretadas, pero tiernas y jugosas (su pechuga no es impermeable como la de la perdiz) y su gusto a bravío es moderado. Un plato en suma, que vale la pena probarlo.

## VII

### LA BRAVA CAZA EN LADERA

**A**LLÁ por los años cuarenta, en la época de la cartilla de racionamiento, cuando una buena percha o un pesado morral constituían un alivio de la rígida escasez, yo tenía aún las recias piernas y los resistentes pulmones de los veinte años y mi caza favorita era entonces, como corresponde, la caza de la perdiz en ladera. Posteriormente, las piernas del cazador se fueron aburguesando y los bofes encogiéndose, de tal modo que, sin renegar de la caza a salto — eso, nunca —, hubo de reducir ésta a los montes de encina o la fusca de las choperas, terrenos de escasos plegamientos, donde piernas y pulmones marchan menos revolucionados. Uno, sin embargo, evoca siempre con nostalgia aquellas bravas cazatas en las inhóspitas laderas del valle de Esgueva, apenas abrigadas por cuatro tomillos raquíuticos, unos majanos en la línea alta y una franja de cardos y espinos en las faldas. Entonces — como digo, los años cuarenta — era el tiempo de los automóviles con gasógeno, y además escasos, de forma que para desplazarse uno al cazadero había de utilizar la tercerola de cualquier mixto — de esos que paran diez minutos en cada apeadero — o bien “la burra”, el estilo heroico de Lorenzo, el protagonista de mi “Diario de un cazador”. Esto ya presupone que en aquellos tiempos, tan próximos y tan lejanos, ¡ay!, los cazadores eran menos que hoy y el que se ponía al oficio no era precisamente un alfeñique o un aficionado a los juegos artificiales, sino que el calificativo que mejor le cuadraba era el de esforzado. En la actualidad existen modalidades de caza que no exigen ni dar un paso, lo



que ha fomentado la multiplicación asfixiante de tiradores y matadores, aunque no, ciertamente, de cazadores.

Bien, pues hace unos días, uno tuvo el gusto de someter a prueba sus músculos, sus válvulas y sus pulmones y, aprovechando una mañana soleada, se lanzó a las laderas en compañía de José Luis Montes, su hermano Manolo y su hijo Germán. Fue esta cazata una evocación muy vívida y tonificante de mejores días (desde el punto de vista físico) y al propio tiempo la constatación de un hecho incuestionable: la caza de perdiz en ladera es la caza fetén, la caza arriscada y ruda, la caza auténticamente competitiva: piernas contra alas, bofes contra bofes, astucia contra difidencia. De otro lado, el programa — para mí, insólido desde hace años — sirvió para demostrarme que la maquinaria aún responde y que concediéndome el privilegio de marcar el ritmo aún está uno para estos trotes. Tal comprobación siempre resulta alentadora, máxime si en el balance final uno se encuentra con un saldo favorable de media docena de perdices y una liebre contra una percha record — la de mi hijo Germán, con sus veinte años elásticos e incansables — de nueve perdices y tres liebres. El cacerío, pues, resultó y la satisfacción íntima de “haber cazado perdices como hay que cazarlas”, compensa las agujetas que me martirizan pantorrillas y muslos al pergeñar estas líneas.

¿Que qué tiene de particular la caza en ladera? Varias cosas, sin duda. En primer lugar el esfuerzo. Operar sobre el plano inclinado de una ladera castellana, generalmente de greda revestida de guijos, es ya de por sí un ejercicio de equilibrio meritorio. El cazador de esta guisa ya realiza algo plausible manteniendo la vertical, esto es, conservándose de pie. Las alternativas de cárcavas y caballones, de vaguadas y repliegues, de giros a derecha e izquierda, hacen de la andadura un ejercicio forzado para piernas, cintura y pulmones, ejercicio que se endurece por los obligados desplazamientos arriba y abajo, buscando los escobos, las bandas de tomillo y espinos, los breñales donde la perdiz dispersa y cansada suele echarse a reposar. El sol arriba, que al iniciar la jornada era una dulce caricia, va convirtiéndose a medida que el día progresa en una bola de fuego que nos envuelve en sudor. La sed empieza a



atormentarnos, en tanto las perdices, sorprendidas en las vaguadas o en los pajones rayanos a la ladera, vuelan briosas y largas, sin brindar ocasión al disparo. Esta situación de difícil estabilidad, de castigo corporal creciente, va a ser la tónica de la jornada. El secreto en este tipo de caza radica en no claudicar, en no dar respiro a los pájaros, a sabiendas de que nuestra fatiga es "su" fatiga y nuestra sed "su" sed, de ahí que nuestras posibilidades de poblar la percha dependan, en primer término, de no abandonar el campo prematuramente, de insistir sobre los mismos bandos levantados de salida y, por último, de ajustar la operación a una estrategia inteligente merced a la cual nuestras previsiones acaben imponiéndose a las conocidas difidencia y bravura de la patirroja. Únicamente aceptando de entrada este espíritu de sacrificio y perseverancia y sujetando nuestros movimientos a una disciplina dúctil, corregible sobre la marcha, el éxito podrá coronar nuestros esfuerzos.

Esta disciplina a que aludo es lo que podríamos denominar táctica de la caza en ladera y es el segundo punto a considerar. La perdiz, fogueada ya desde posiciones análogas, trata de esquivar la persecución con arreglo a sus querencias, querencias que naturalmente varían con el número de cazadores, la temperatura o, simplemente, con la dirección del viento. En líneas generales, el duelo se establece sobre este plano: el cazador se obstina en que las perdices prosigan ladera adelante, mientras la perdiz instintivamente trata de rehuir este camino que sabe la conduce al matadero, bien repullándose a las nubes en vertical — así bajé una el otro día en un tiro espectacular — para volver sobre la línea de escopetas, bien arrancando larga para echarse al valle o remontarse al páramo. La cuestión — para la perdiz — radica en orillar la línea de escopetas antes de que una serie sucesiva de vuelos enerven sus defensas. Planteada así la competencia, los cazadores deben tratar de evitar esta fuga adelantando las alas, la escopeta alta cerrando el camino del páramo, y la de la falda, el del valle. El plan es más sencillo de esbozar que de ejecutarlo, supuesto que la sinuosidad de las laderas castellanas fuerza a los extremos a acelerar y frenar alternativamente, pero estos frenazos y aceleraciones deben ser intuitivamente sincronizados, ya que una vez metidos en fae-

na y con la inmensa ladera por delante, la comunicación — de no ser a grito pelado, fórmula poco aconsejable — no es fácil. Así y todo muchas perdices se descuelgan como verdaderos reactores, ocasión que ha de aprovechar la escopeta faldera para ensayar el tiro adelantando mucho, después de tomarle los puntos al pájaro, y de esta manera, aunque problemático, algunas caen. (Precisamente uno de los recuerdos más sabrosos de mi vida de cazador es la primera perdiz que abatí a los once años, en la ladera de la Sinoba. Su velocidad era tan endiablada que una vez muerta en el aire — hecha un guiñapo — la inercia la arrastró más de cincuenta metros para ir a dar un pelotazo espléndido en los surcos de los bajos.) Mas lo normal es que la perdiz empujada en varios vuelos se vaya dispersando por la ladera, guareciéndose en morros y cabezos, en los breñales de los cárcavos, de tal modo que a la hora de la asomada debemos olvidar nuestra fatiga, asentar bien los pies en el suelo y afinar. De ordinario, tras varias horas de persecución sistemática, la perdiz no vuela ya larga, ni recia, de tal modo que, la mayor parte de las aves, es nuestra debilidad física, la agitación de nuestros pulsos y nuestra postura inestable, lo que provoca el fallo. Llegar a este punto, es decir, al punto en que nuestro enervamiento es parejo al del pájaro que apetece, es llegar al momento de matar la perdiz a postura de perro (si es que éste — cosa frecuente — no está más extenuado y sediento que nosotros mismos y que las perdices). En cualquier caso, tras unas horas de volar pájaros hacia adelante y de promover la dispersión de los bandos, lo aconsejable es remitir en la andadura, abandonar la línea recta y desplazarnos por las brozas, subir y bajar, registrar escobos, majanos y peñascales, arrimarnos a los cinturones de tomillos y aulagas... En una palabra, es la hora de poblar la percha, de sacarle la renta a nuestro sudor. Hora que si nos sorprendiera frescos y enteros aprovecharíamos a conciencia, o sea que en estas circunstancias la mejor defensa de la perdiz la constituye nuestro propio agotamiento. Esto equivale a decir que si la deportividad reside en una confrontación noble de esfuerzos — toda alevosía eliminada — la caza de ladera es, sin discusión, la caza deportiva por excelencia.

## VIII

### CONVERSACIÓN SOBRE LA NUEVA LEY

DESDE que la prensa comunicó la noticia de que el proyecto de ley de Caza había pasado a las Cortes, uno se siente solicitado como un divo para que dé su opinión, como si la opinión de uno sirviera para algo o se fuera a tener en cuenta para modificar el proyecto. Pero uno, como es natural, irá manifestando su opinión a medida que venga a pelo, sin forzar las cosas y, sobre todo, no antes de haber leído y desmenuzado aquel papel como se merece. Hasta entonces hubiera preferido no hablar y, sin embargo, me he visto obligado a hacerlo ayer, en Las Gordillas, cuando a mediodía, después de manear las riberas del Voltoya, nos sentamos a comer un cacho, y dos estudiantes de ingenieros de montes expusieron su opinión sobre la caza y la ley que debe reglamentarla. En verdad, la opinión de estos señores no me sorprendió tanto por su contenido como por venir expuesta por gente que seguramente no han cumplido los treinta años. En estos asuntos de caza, como en todos los asuntos, los privilegiados — entre los que me considero — no aceptan ceder ni tanto así y se obstinan en nadar contra corriente, en conservarlo todo, sin querer advertir que, como ha dicho recientemente el novelista alemán Günter Grass, la única manera eficiente y justa — cristiana — de oponerse al marxismo radica “en un alargamiento social de la pequeña democracia”. Tratar de amarrarnos a viejos privilegios de casta o de dinero es atentar, no ya contra los privilegios, sino contra la misma democracia. De ahí que sin haber ojeado apenas la nueva ley, o sea el proyecto, me vi envuelto en una discusión con los aspirantes a ingenieros, cuyo argu-

mento base arrancaba del hecho de que el jamón — la caza — es pequeño y que como somos muchos a tirar de él, el jamón — la caza — no da para tantos. Aquí se originaba la discrepancia, ya que mientras yo — el burro delante para que no se espante — opinaba que sería preciso hacer los pedacitos más chicos, ellos sostenían que el que no tenga dinero que se quede sin probar el jamón.

En primer término creo que el símil no es válido. El hambre puede matarse de muchas maneras sin recurrir al jamón. El jamón está hecho para matar un hambre de lujo, un hambre eminente, ilustre, pero hay otros alimentos más asequibles, suficientes para matar un hambre proletaria, un hambre sin pretensiones, un hambre normal. Ahora bien, el hambre cinagética es una sola hambre, lo que sucede es que para aplacarla, unos — los asiduos a ojeos de fuste — requieren unas docenas de perdices por cacería, mientras otros, los cazadores en mano o de escopeta y perro, la satisfacemos con un par de perdices o tres por barba y por jornada. Lo que no parece equitativo es que a los cazadores de mano en lo libre se les deje sin su par de perdices para que los otros, que no parecen saciarse nunca, cobren cincuenta y dos pájaros por barba y cacería en lugar de cincuenta.

Todo esto vino a cuento porque a mí se me ocurrió decir que el veinticinco por ciento de terrenos libres era un porcentaje insuficiente, habida cuenta de que del medio millón de escopetas que pueda dar el país — y la cifra exacta no hace ahora al caso —, 450.000 no tienen, ni probablemente tendrán nunca, acceso a un acotado. Entonces, sin que la cosa sea todavía equitativa, yo sostenía — ante la necesidad de que los cotos subsistan para que la caza subsista — que partir la geografía física española por la mitad, entre acotados y libres, garantizaba por un lado la conservación de la caza y, por el otro, daba oportunidad al aficionado más modesto a salir al campo los domingos y fiestas de guardar a procurarse su morralito. Mas si se hace del país un coto gigantesco, va a suceder que más de la mitad de los aficionados de España se queden sin disparar un tiro o, para continuar con el símil inicial, se queden sin probar ni la corteza del jamón.

Las razones de los futuros técnicos eran muy prácticas: la compra de la caza a un término municipal por unos millones, sacrificará al dos por ciento de los habitantes de ese término municipal — los cazadores —, pero el noventa y ocho por ciento restante — los no cazadores — saldrá beneficiado, podrá arreglar la torre de la iglesia, asfaltar la carretera, poner bancos en la plaza Mayor y hasta llevar una orquesta de postín para las fiestas de septiembre. Esto es evidente, pero dentro de un sentido democrático de la vida resulta absolutamente inhumano. Si el primordial goce que la caza proporciona es el disfrute de la libertad, eliminar de entrada la libertad de acceder a esta libertad montaraz me parece, aparte de un desatino político, un atropello social (dejando al margen que son escasos los términos municipales cuya caza pueda valer millones). En la mitad norte de la península se viene pagando alrededor de las cincuenta mil pesetas por un acotado modesto, pero que da para entretenerse, y con cincuenta mil pesetas anuales es obvio que se arreglan pocas torres de iglesia y pocas carreteras y que una conciliación cristiana de intereses debe hacer posible que el ejercicio de la caza por unos cuantos sea compatible con el bailoteo de las fiestas de septiembre aun a costa de rebajar el postín de la orquesta.

Todo, como advertirá el lector, es una cuestión de enfoque. Los técnicos razonan con el cerebro; los humanistas, en general, dejan que en sus argumentaciones prevalezca el corazón. Aquéllos plantean el problema en un plano frío, estrictamente económico: la caza es una riqueza nacional y debe sacársele todo el rendimiento posible, incluso arrendando términos enteros a los norteamericanos, que pagan con una moneda sólida. Éstos, los humanistas, plantean la cuestión en una vertiente social: la caza no sólo es dinero; es esparcimiento para un elevadísimo porcentaje de españoles modestos y, en consecuencia, debe renunciarse hasta a los dólares si los dólares impiden el desfogamiento — y nunca mejor dicho — de medio millón de compatriotas. Por supuesto, yo me alinee entre estos últimos, y ni la sociedad de consumo me convencerá de otra cosa de que el dinero no es sino un valor adjetivo al lado del hombre. La profesionalización del fútbol, salida de madre, no me lle-

varía a aplaudir — aunque ello supusiera la adquisición de los mejores rematadores del mundo — la construcción de un estadio donde el setenta y cinco por ciento de las localidades fuesen para adinerados y el veinticinco restante para ganapanes, de no ser el día — que todavía no se vislumbra, al menos en nuestro país — en que el setenta y cinco por ciento de ciudadanos tengan acceso a lo superfluo. Esto, a mi entender, no tiene vuelta de hoja.

En consecuencia, para mí, todo español que obtenga la licencia de caza debe disponer de un campo suficiente donde matar el gusanillo. Que luego haya más caza o menos caza es otro cantar, mas, de entrada, el español que dentro de la ley quiera lanzarse al campo a matar una perdiz — a intentarlo — debe poder hacerlo, y con el veinticinco por ciento de tierras libres es evidente que tal posibilidad resulta cuestionable. Ante esta pretensión mía, uno de los técnicos demarró y saltó con un argumento desgraciado:

— También yo puedo querer matar un cura y tengo que quedarme con las ganas.

La discusión rebasaba, evidentemente, el marco cinegético y como, por otra parte, el desconocimiento del proyecto me ataba de pies y manos, hube de recurrir al único artículo que he leído con detenimiento porque en su día, cuando el proyecto era más niño, es decir, todavía no había pasado de anteproyecto, le combatí con todas mis fuerzas. Me refiero a los artículos 43 y 44 sobre delitos y faltas de caza. Aquí, en los apartados b) y a), respectivamente, puede comprobarse que la presunta ley antepone a la defensa de la caza la defensa de la propiedad privada; antepone los faisanes o los venados de don Fulano de Tal a las perdices y conejos de todos los españoles; esto es, protege con más firmeza la caza de uno que la caza de todos. Así, si dar media vuelta a la tablilla de un acotado puede costarle al bromista la friolera de un arresto mayor y 50.000 pesetas de multa, arrasar desde un coche o mediante una mano de tractores las perdices de un término municipal, puede representarle al responsable un dispendio de 250 pesetas, con lo que la caza mecanizada, si la perdiz va a 85 pesetas en el mercado, puede llegar a convertirse en una actividad suma-

mente lucrativa. Sin duda, si dar media vuelta a una tablilla constituye un delito — con toda su cohorte de antecedentes penales y demás — y matar las perdices de lo libre desde un coche no es más que una falta, hay derecho a pensar, pese a lo que la ley diga en su exposición de motivos, que en su redacción han pesado más de la cuenta reminiscencias de viejos privilegios. La defensa de lo de todos debe, al menos, estar a la altura de la defensa de lo de uno.

Y dicho esto y en vista de que caía la tarde, los técnicos y el que suscribe agarraron las escopetas y se fueron a dar una mano al Cerro Castillo y, el que suscribe, sin querer, puesto que aún no está muy impuesto en cuestiones de límites, se saltó el lindero de lo del conde y anduvo media hora perdido en el mohedal, tiro aquí, tiro allá. Afortunadamente la guardería no hizo acto de presencia ni había entrado aún en vigor la nueva ley.



## IX

### LA NUEVA PERDIZ

LA mecanización del campo y la proliferación de escopetas invitan a una reconsideración de los hábitos y resistencia de la perdiz e incluso de sus cualidades gastronómicas.

He conocido y conozco trotacampes que en la época dorada de su juventud atrapaban perdices a la carrera en pleno invierno. Ahí tienen ustedes, sin ir más lejos, para que no atribuyan mi aserto a imaginación, a Segundo Baraja y José Luis Montes. El primero apostaba fuerte y siempre ganaba, puesto que al cuarto de hora del desafío regresaba con una perdiz viva en el regazo. Su técnica era primitiva: correr sin perder de vista al pájaro.

— Eso es muy difícil, Segundo.

— Cómo va ser difícil si entonces mis piernas eran tan rápidas que yo corría debajo de él.

Y, en verdad, Segundo Baraja asomaba tan pronto en la cotarra de aquí como en el morro de allí. Una dilatada experiencia le llevaba a intuir el carrasco donde el pájaro se alojaba; lo demás era fácil. Segundo Baraja (unas piernas y un fuelle que, debidamente orientados, podrían haber dado mucha gloria al desfibrado atletismo español) se acaricia la barbilla con nostalgia cada vez que recuerda sus proezas.

El procedimiento de José Luis Montes, si más científico, resultaba menos esforzado. Montes requería calor para sus demostraciones. Su secreto era el de los buenos toreros: templar y mandar. Las perdices que Montes atrapaba no llegaban a levantar del suelo: las hacía apeonar y apeonar, siguiéndolas de lejos y caminando en zigzag, entre los surcos, los sarmientos y



los terrones hasta que las veía abrir la boca y jadear como perros. Éste era el momento. Cuando Montes echaba a correr, la perdiz, exhausta, entreabría las alas, pero no llegaba a volar; sencillamente no podía:

— Más de doscientas perdices habré atrapado así de chico.

Cuando José Luis Montes era chico, doscientas perdices no suponían aún una quiebra importante para la riqueza cinegética mesetera. Entonces había pájaros en lo libre para las escopetas y los trotacampos. Hoy apenas si hay para unos ni para otros, pero, por otro lado, la perdiz que queda en lo libre se ha robustecido de tal modo que en la actualidad no conozco un solo arrapiezo en todos los pueblos que frecuento que sea capaz de atrapar — de no ser un pollo con la canícula de agosto — una perdiz a la carrera. La era de los electrodomésticos, afortunadamente, ablanda al hombre y endurece a la perdiz. Hoy no hay muchachos capaces de correr un par de kilómetros tras un pájaro hecho y aunque los hubiera, su pechada les serviría de bien poco.

Quiero decir con esto que hoy día la perdiz no se entrega así como así. La perdiz mesetera vuela y vuelve a volar hasta ocho y diez veces seguidas. Aquel dicho de “tres vuelos y al zurrón” ha pasado a la historia, pese a que todavía quedan ingenuos que se lo creen a pies juntillas. Después de tres vuelos en un día de sol, no diré que la perdiz esté entera, pero sí que aún le quedan arrestos para dar esquinazo al más pintado. La perdiz actual — hablo de los terrenos abiertos a todo quisque — es un pájaro preparado para una porfía que se inicia desde el momento que se despega del cascarón. (Hace dos veranos, en el camino que accede al páramo de Masa desde Sedano, fui testigo de la persecución de un bando — por parte de dos obreros de la carretera —, cuyos pollos no abultaban lo que gorriones. Los polluelos dieron dos breves vuelos por la ladera y a la postre se refugiaron entre los brezos y las aliagas, con un sentido de conservación tan inteligente, que aunque sus perseguidores registraron mato por mato no fueron capaces de hallarlos.) Naturalmente esta sañuda persecución opera, de inmediato, una selección casi espartana. La perdiz enferma o débil cae a las primeras de cambio, mientras la perdiz fuerte o

normalmente constituida se desarrollará y hará los posibles por llegar a vieja. La patirroja — como la liebre ante los faros de un coche, como la avutarda ante un carro — intuye que las reglas del juego han cambiado y se adapta a las nuevas con prodigiosa rapidez, de tal modo que aquellas alitas desproporcionadas al peso de su cuerpo, que parecían resumirse año tras año como dos apéndices inútiles, van cobrando fuerza y consistencia por la sencilla razón de que en nuestro tiempo, con un campo mecanizado y hostil, la perdiz empieza a volar desde que nace y ha de recurrir a este extremo con mayor frecuencia de lo que quisiera. Este hecho ha transformado a un pájaro andarín y más bien pando y reposado, en un volátil nervioso y siempre en guardia. Las numerosas cuadrillas que los días de fiesta baten la meseta no dejan perdiz por levantar. La patirroja, pues, está siempre en danza; no para quieta; su entrenamiento es constante y, consecuentemente, su resistencia y fuerza son cada día mayores.

Este hecho, que nadie pondrá en duda, ha traído dos consecuencias inmediatas y de muy diverso signo: el abandono progresivo del perro como compañero de andanzas cinegéticas y el descenso de calidad de la perdiz mesetera en la cazuela.

Respecto al primer punto, debo reconocer que yo todavía no he prescindido del perro, pero más que por lo que representa como indicador, por su ayuda para cobrar las perdices alicortas y porque, de entrada, verle trastear entre las pajas, observar su actitud y sus miradas inteligentes me proporcionan ya de por sí un entretenimiento. Ello no es obstáculo para que día a día compruebe su casi inutilidad en la caza de la perdiz a salto. En cambio, cazando codornices, mi perrita “Dina”, una setter en plena madurez, es una cosa muy seria. No es temperamental ni demasiado reposada. Ha terminado, además, por ser obediente. Entonces, entre dos escopetas, con un rastrojo por delante, da de sí todo lo que pueda dar un perro. El morro en el suelo, a una distancia discreta, olfatea obstinadamente los pajones entre los dos cazadores. Sus muestras, si es caso, pecan de voluptuosas, de exceso de recreo, de ingenuidad, de manera que en los pajonales espesos en días frescos la codorniz se la corre. Mas en estos casos no hay más que es-

perar y darle cuerda. Tarde o temprano concluirá por levantar el pájaro. Y en el momento supremo participa de la euforia o del mal humor del cazador. Pero si el pájaro cae, allí estará la "Dina", buscándole bajo el haz o la morena, tomándole luego delicadamente entre sus mandíbulas y acarreándole — el rabo como un péndulo —, sin machucarlo, intacto, hasta la mano del matador. Pues bien, esta perrita, así que se inicia la temporada de perdiz, se desconcierta, esto es, llegada la ocasión, hace la muestra — una muestra pétrea, fija, de fotografía — mas a poco comienza a mover el rabo, avanza encucillada cincuenta metros y torna a ponerse. Así le trae a uno en jaque durante doscientos y trescientos metros y a la postre, muchas veces sin que ella se entere, la perdiz vuela lejos, en la espuela o al borde de la ladera, fuera de tiro. El animalito se desazona. Cuando se pone de muestra, le mira al cazador de soslayo, como diciendo: "Prepárate, aquí está", mas al observar que no, que no está, y que esta decepción se repite una y otra vez, hasta diez o veinte, le asalta la desconfianza y termina por no saber dónde tiene la nariz derecha.

Este caso, que he comentado con otros cazadores, es hoy frecuente en tierras de Castilla. Se argüirá que perro que no sabe parar la perdiz no es perro perdiguero. Pero el problema, pienso yo, no es problema de perro, sino problema de perdiz. No es la incompetencia del can, sino la creciente nerviosidad del pájaro lo que va dando al traste con el más hermoso método de caza conocido. Y no voy a negar que alguna perdiz todavía aguanta la postura del perro — particularmente en la caza de ladera —, pero ésta, a buen seguro, será una perdiz enervada por un exceso de vuelos, enfermedad o una perdigonada antigua. Ocurre también en días soleados que la perdiz concluye por amonarse en los chaparros o los linderos, pero a estas alturas el perro está más fatigado que ella, su nariz es de estopa y su afición ha cedido a los embates del calor y de la sed. Este hecho, que tendrá excepciones, no lo dudo, pero que marca una tendencia cada día más ostensible, está provocando en Castilla una acelerada postergación del perro en la caza de perdiz a salto.

En cuanto al segundo punto, y aun a riesgo de herir la

susceptibilidad culinaria de algunos, debo decir que, a mi entender, la perdiz en el plato es un ave que está viviendo de las rentas. El desenlace de los cuentos que escuchábamos de niños solía engrasarse con un “y fueron felices y comieron perdices...”, estableciendo una relación inmediata entre la ingestión de perdices y la felicidad. Otro tanto podríamos decir de nuestro refranero. Mas esta nueva perdiz, alumbrada por una nueva sociedad y una nueva cinegética, debe a su vez alumbrar un nuevo refranero gastronómico menos optimista que el vigente. A través de muchos rodeos quiero ir a parar a que la perdiz — en el plato — no es lo que era. La perdiz nacida del sobresalto y el ejercicio — esto es, la perdiz de los terrenos no acotados —, al eliminar las grasas, se ha convertido en un pájaro fuertemente musculado, a menudo duro y, con frecuencia, insustancial. No se trata ya de la pechuga estoposa e impenetrable, sino de los muslos, hasta ayer una delicia para el paladar, correosos y secos. (Esto no reza con los pollitos de poco tiempo, pero los pollitos de poco tiempo desaparecen en cuatro días.) Y nada digamos del hermoso macho con espolones, el macho viejo, que aguanta más horas de cocción que vuelos en el monte. Sin duda estoy tratando de destruir un mito culinario secular y sé que no faltarán voces de oposición, que yo respeto, pero después de cuarenta años de experiencia gastronómica al respecto, nadie me sacará de mis trece: la perdiz mesetera, al perder sus hábitos tranquilos y sedentarios, ha perdido las mantecas y la golosa flaccidez de sus músculos y con ello ha enajenado la prioridad que con toda justicia le atribuyeron de antiguo los buenos “gourmands” y los más sabios maestros de cocina.

## X

### TEORÍA DEL GANCHITO

LA decisión, creo que todavía no general pero muy extendida, de reducir los días de caza a dos semanales — jueves y domingos, aparte festivos — ha recortado considerablemente la temporada y supone, en principio, una grave cortapisa para lo que el buen cazador más estima: la libertad. En rigor, desde el hombre de la Edad de Piedra a nuestros días la cinegética perdura a base de cortapisas. Si los cazadores van en aumento, los canes son más diestros, los campos más domesticados, las siembras más extensas y las armas más eficaces resulta obvio que sin trabas que la dificulten cada día, a la caza se la llevaría la trampa en poco tiempo. De esta manera cazar constituye una carrera de obstáculos que se inicia bastante antes de que el cazador se decida a salir al campo.

No necesito decir que yo, instintivamente, estoy contra esa limitación de días hábiles, contra esta especie de método Ogino venatorio, pero comprendo su necesidad; me hago cargo de que sopas, caldo y sorber, no puede ser. De este modo, uno ha de cazar no cuando quiere sino cuando le dejan y para salir al monte ya no rige aquello de la llamada del campo — que un buen día tiraba irresistiblemente del cazador — sino que el cazador ha de resignarse a que sea la ley en lugar del campo quien le convoque. En estas circunstancias, una vez abierta la temporada, el cazador se decide a no perder ripio, pero si su ejercicio venatorio predilecto es la caza a salto y uno no dispone de unas piernas y unos pulmones de repuesto, ha de ingeniárselas para no desperdiciar jornada, así vengan — como ha ocurrido este año con la festividad de la Inmaculada, lu-

nes — dos consecutivas. Ante esto, las facultades físicas reclaman la claudicación, mas el fervor cinegético rara vez transige:

—Damos unos ganchitos y lo comido por lo servido.

El gancho es un método de caza impuro que, de entrada, detesto. Pero a la fuerza ahorcan, como diría el otro. Y si en el gancho unas escopetas patean el campo mientras otras aguardan, a la postre viene a resultar que uno ha movido las tabas exactamente la mitad de lo que le es habitual y, en consecuencia, dos jornadas seguidas a base de ganchitos suman lo que una sola jornada de caza en mano.

—Pero ¿tanto anda un cazador al cabo del día?

Mi hermano Manolo, metido en estos asuntos del automovilismo, lleva años tratando de perfeccionar un cuentakilómetros humano que colocado a la espalda del cazador nos dé exactamente los kilómetros, hectómetros, decámetros y metros que uno ha recorrido en una jornada de caza. Mas hasta que este invento — que aunque en forma primaria ya existe — se perfeccione, no cabe otro recurso que el cálculo. Y si la cuadrilla de uno anda en el campo sobre las nueve de la mañana y no se retira antes de las seis de la tarde, resulta, si descontamos una hora para comer, que se ha metido entre pecho y espalda una caminata de ocho horas. La jornada de trabajo no es manca, especialmente si consideramos que se lleva a cabo en un día de descanso. El promedio de un andarín a paso normal suele calcularse en cuatro kilómetros a la hora, lo que haría un total de 32 kilómetros al día. Es evidente que el buen perdicero, el joven perdicero de elásticas pantorrillas y bofes a prueba de bomba, rebasa con holgura esta marca, pero los que desgraciadamente hemos dejado ya la juventud atrás, es probable que no la alcancemos. Por otro lado, uno descubre con la edad que no caza más quien más anda, sino quien lo anda con más cabeza. Las triquiñuelas de la liebre, por ejemplo, son conocidas de cualquier mediano venador. La rabona busca su salvación levantando larga o amonándose. Diría igual del conejo encamado. El gazapete suele ser muy remiso y rara vez se arranca si uno no pisa el carrasco donde yace. Y ¿qué decir de la perdiz físicamente débil una vez desperdigada, volada y revolada? Ciertó, como ya he dicho, que a la perdiz normal no



le bastan dos vuelos como aseguraban nuestros padres y abuelos para entregarse, pero sean dos o dos docenas, lo cierto es que la perdiz fatigada y aislada del bando, si encuentra broza donde ocultarse, aguanta tenazmente y uno puede pasar a su lado sin levantarla. (Y no importa que sean pocas puesto que de estas pocas se hace la percha.) Total, que en la pluma movida y en el pelo encamado, conviene andar con cautela si queremos rebañar bien el monte. Vale más recorrer veinte kilómetros, registrando chaparros y breñas, pateando espueñas y pajonales, que cuarenta a tontas y a locas. Tal vez sea éste el consuelo del cazador en mano cuyas articulaciones empiezan a enmohecerse, pero, en todo caso, uno prefiere al andar mucho el andarlo bien. Así las cosas, la jornada del que suscribe puede depararle un paseo de 25 kilómetros por mal piso, cifra resistible si dispone de un par de días para digerirlo. Pero ¿y si no cuenta con esta pausa?

—Damos unos ganchitos y lo comido por lo servido.

Y aunque uno abomina este procedimiento, cada vez que coinciden dos fechas consecutivas de caza, suele agarrarse a él. Tal aconteció el pasado domingo, día 7, seguido de la festividad de la Purísima y tal aconteció el pasado noviembre con la festividad de Todos los Santos. En ninguno de los dos casos, los resultados fueron alentadores, no ya por la percha — que, a fin de cuentas, el botín no lo es todo en la caza — sino por la escasez de lances afortunados. Y es que el ganchito carece de sentido y de eficacia de no ser en corto y a perdiz vista. Se trata de un sistema híbrido, insípido y sin definir, como todo aquello que no es carne ni pescado. En teoría, el gancho es un ojeo modesto en el que los batidores también van armados. Son pocos — dos o tres — contra pocos — dos o tres. Pero en la práctica resulta que el gancho no es batida ni es caza en mano. El que se mueve va a lo suyo, con lo que el que aguarda suele aguardar en vano. El secreto de la batida es el acoso (amplia línea de batidores que mueven mucho terreno, con las puntas adelantadas), con lo que la perdiz o se repulla o ha de salvar forzosamente la línea de escopetas. En el gancho, el acoso no se produce. Las escopetas en faena empujan pero no acosan. Son pocas y poco distanciadas entre sí. Consecuen-

temente la perdiz escapa por los extremos, muchas veces sin que disparen ni los que caminan ni los que esperan. A veces, sí; en ocasiones la perdiz vuela por derecho y los puestos tienen su "chance" pero esto no es lo normal. En todo caso, lo que en la batida organizada es matemática, es puro azar en el ganchito. Dos o tres escopetas apostadas a la caída de una ladera no constituyen ninguna garantía de no ser desbordadas. El conocimiento previo de las querencias aumenta las probabilidades, mas hay que pensar que la perdiz no tiene trazado un camino en el aire y que es suficiente una desviación de cincuenta metros para dar al traste con el ganchito más meditado.

Como, por otra parte, la escopeta batidora va "cazando", no se le pueden pedir heroísmos y ante el morro tentador, la escopeta batidora (en 90 casos de ciento) cortará a la asomada en lugar de faldearle, con lo que tal vez derribe un pájaro pero, con seguridad, el resto se dispersará en todas direcciones. Y esta dispersión que sería aprovechada por una mano ordenada y tenaz puede constituir una catástrofe una vez metidos en ganchitos. En resumidas cuentas, el gancho no resuelve otro problema que el de reservar energías. Cazar, lo que se dice cazar, no lo es ni para el que anda (temeroso, por si fuera poco, de disparar sobre los puestos) ni para el que aguarda, quien generalmente ve pasar las perdices fuera de tiro. De este modo, seis amigos que abiertos en mano hubiéramos conseguido en los dos días una percha de tres docenas de perdices, hubimos de conformarnos con cinco, el primer día, y siete, el segundo. Hubo, sí, una anécdota aprovechable: el enorme raposo que asomó por el borde de la ladera ante mi hermano Manolo y que dado el tono de su piel — muy oscuro por el lomo y muy claro en el vientre — confundió con el "Lobo", el perro del guarda, hacia quien horas antes había mostrado su prevención. Cara a cara con el bicho, a mi hermano no se le ocurrió cosa más prudente que tratar de conquistarle con zalamerías y extendiendo la mano hacia él y tabaleando los dedos, le dijo melosamente: "Toma, 'Lobo', majo". El rabotazo del raposo no necesita ser descrito. Ni, por supuesto, el rebufe de mi hermano.



## XI

### LA JORNADA DE LAS SORPRESAS

ESTA fue, para el cazador que suscribe, la del 14 de diciembre próximo pasado. Hablando en términos futbolísticos, diría que fue ésta una jornada no de muchos goles, pero sí de muchas variantes. En contra de lo que suele creerse, la caza menor aún puede proporcionar emociones inéditas aun a los que llevamos más de seis lustros en el oficio. Esto significa que no siempre la cuantía de la percha determina en el campo los grados de diversión. La temperatura cinegética sube a impulso de los más impensables motivos. Así, en la fecha antedicha, el morral fue sin duda parvo, pero las incidencias de las capturas fueron varias y apasionantes. En la caza no hay quien “se las sepa todas”; aun al venador más conspicuo le resta siempre algo por aprender. Y es este descubrimiento paulatino de los misterios del monte y de la vida animal lo que en el último extremo nos mantiene al acecho, en un vitalicio estado de alerta, que diría el maestro Ortega.

Ya la amanecida resultó poco esperanzadora el citado día 14. Por estos páramos castellanos las brumas son frecuentes, y menos frecuentes, pese al optimismo del refranero, las tardes de paseo que deparan las mañanas de niebla. O sea que cuando en Castilla el día amanece gris, es más que probable que el día se desvanezca gris. No ocurrió así el pasado día 14, ya que la niebla levantó a mediodía para asomar el sol, tímido, como enganchado en unas nubes deleznales que, no obstante, no terminaron de despejar. Pero con el sol salió el norte, un norte fino, no precisamente desmelenado, pero auténticamente congelador. El día, pues, no resultó propicio para la pluma. Se

vieron pocas perdices y las pocas que se vieron, salvo media docena, no se desperdigaron y levantaron en París. Resultado: cuatro pájaros para tres escopetas.

— ¿Y esto es todo lo que tenía que contar?

Esta es la percha que con una hembra de azulón y un par de liebres compusieron el mezquino botín de la cuadrilla. Ahora bien, si prescindimos del número de presas, el aludido domingo fue el día más rico en avatares que hasta el momento nos ha facilitado la presente temporada. Sopesemos uno por uno los lances insólitos o pintorescos de esa jornada: la liebre de los trece tiros (esta vez la cifra de la mala suerte fue para ella), la rara astucia del azulón y la perdiz de la nariz aguileña.

Creo no equivocarme si afirmo que es la primera vez que la cuadrilla precisa hacer trece disparos para acular una liebre en el morral. Y aún estoy por asegurar que, en cualquier caso, se trata de una cifra record, con la particularidad de que en tres momentos estuvimos a pique de perderla. El animal se arrancó de unas jaras — dentro de un monte de encina — cuando la cuadrilla se reunía para reorganizar la batida hasta ese momento inútil. Como es frecuente, el bicho sorprendió a mi chico desenvolviendo una tableta de chicle y con la escopeta abierta, de tal modo que cuando quiso meterse el chicle en la boca, cerrar la escopeta y disparar los dos tubos, la rabona ya había puesto entre medias sesenta o setenta metros. Mi hermano y yo, advertidos por los disparos, acertamos a verla de costado, en plena fuga, y aunque la distancia era disparatada, soltamos cada uno el izquierdo después de atinarla bien, entre dos matas. Cuando salió de la segunda, aunque erguido, el animal renqueaba, había perdido velocidad, ocasión que aprovechamos para foguearla los dos nuevamente. Pienso ahora que estos segundos disparos no la tropezaron, siquiera al llegar al borde de lo limpio la liebre se inmovilizó en una mata grande a doscientos metros de nosotros, a la que me llegué de una carrera. Fue una escena curiosa, ya que al observar al animal tan entregado, puse el seguro a la escopeta, me acuclillé y la eché mano, mas en el instante de rozar su piel la rabona se me escurrió y reinició la carrera escapando por la parte opuesta de la mata. Entre abandonar la maleza, enderezarme, rodear

aquella y disparar — los dos cañones — se me fueron unos segundos preciosos, de tal forma que la liebre prosiguió su galopada hasta perderse de nuevo en el mohedal. Hacia allá nos fuimos los tres, registrando mata por mata, y cuando al cabo de diez minutos nos disponíamos a abandonar la búsqueda, mi hermano chilló: ¡“Aquí está”!, al tiempo que disparaba y yo corría hacia él, con tiempo aún de tirar también sobre ella sin ningún resultado práctico dada la distancia. Tomamos nuevamente el rumbo de la rabona bastante desesperanzados, ya que el arcabuco se espesaba por momentos. La fortuna, sin embargo, nos sonrió, puesto que a cosa de trescientos metros el animal, hostigado por la perra, tuvo la mala ocurrencia de cruzar de mata a mata y emboscarse en la última, que rodeamos, para disparar yo, en última instancia, el trigésimo y definitivo cartucho.

Son muchos años y muchas liebres las que tengo sobre mis costillas y, por tanto, es lógico que aún me esté preguntando qué clase de perdigonada llevaría el animal, ya que lo ordinario, de no quebrarle algún hueso, es que la liebre siga corriendo hasta morir asfixiada, cosa que suele suceder entre los cincuenta y los trescientos metros de recibido el tiro. Ahora bien, un bicho que corra sin dificultades — sí que un poco refrenado — y que se detenga y aguarde por tres veces a que el cazador se le meta encima es un caso verdaderamente insólito. La liebre, de no encajar una perdigonada mortal, o de no contar con un perro corredor que la corte a tiempo, es animal de cobra difícil. Sin embargo, ahí queda esta anécdota para quien quiera anotarla.

Lo del azulón fue, asimismo, un caso sorprendente, habida cuenta de la torpeza con que suelen defenderse estos animales una vez abatidos, aunque sea de ala. La perplejidad del cazador que me lea acrecerá al consignar que el riachuelo donde le derribé mide metro y medio de ancho — se cruza de un brinco —, y que en el sector donde cayó apenas hay una zarza y cuatro carrizos mal contados en las márgenes de la corriente. Sin duda, mi error fue azuzar a la “Dina”, mi perrita, que no quiere saber nada de acuáticas aunque caigan en tierra, y que tan pronto le olisqueó volvió grupas y si te he visto no me

acuerdo. Entonces, ante mis ojos confiados, el azulón pegó dos brincos, se sumergió en el agua — dos palmos de profundidad — y desapareció de mi vista. Hay teóricos que aseguran que las anátidas, al verse indefensas, suelen enredar su pico en la maleza del fondo y se dejan morir allí; se suicidan antes que permitir ser capturadas. Por esta razón mi chico cortó una rama de encina y estuvo un buen rato rastreando el lecho del arroyo. Todo inútil. En tanto mi hermano y yo registrábamos asombrados las salciñas de las riberas sin mayor éxito. No hay que decir que en todo este tiempo las palabrotas y juramentos fueron de todos los calibres. Y de pronto, cuando ya nos disponíamos a abandonar la pieza, divisé al pato, pero le vi allí mismo, a un metro de donde se había zambullido, a medio de donde mi chico hurgaba con la improvisada pértiga, a un cuarto del morro de la perra.

Disimulado entre dos carrizos (el mimetismo de la hembra de azulón con los despojos vegetales del río es increíble) permanecía absolutamente inmóvil, como un barco varado, los ojos listos, redondos como abalorios. Y fue después de descubrirle y mostrarlo a la mirada incrédula de mis compañeros, cuando me di cuenta de que perder un azulón en aquel hilo de agua era algo así como perder un pavo dentro de la cazuela. Y, sin embargo, habíamos estado a un tris de perderlo, y si, a la postre, lo hallamos fue por pura chiripa.

Finalmente, el tercer episodio es algo que aún no me ha sido aclarado ni por los más acreditados ornitólogos. Aconteció al finalizar la jornada, entre dos luces, al arrancarme a diez metros un gran pajarote entre la fusca de una chopera. El bicho voló con un pitido agudísimo y prolongado, un silbido de angustia, y su vuelo era acelerado, de aletazos visibles y firmes, el abanico de las timoneras muy pronunciado. Al tomarle los puntos, me pasó por la cabeza la idea de la becada y la del faisán, pero cuando le derribé, según me aproximaba a él, me iba diciendo entre bromas y veras a mí mismo: "Miguel, hijo, vas a cobrar el primer lagópodo de tu vida". Pueden imaginar mi estupor al encontrarme con una perdiz, un macho aparentemente normal y, no obstante, a mí me constaba que "aquello" no había volado como una perdiz, no había chillado

como una perdiz y, por añadidura, había saltado a diez metros, en solitario, con un día helador, en que la perdiz más próxima arrancó a cincuenta metros — y eso en el monte — y a sabiendas de que en ningún momento habíamos logrado romper los bandos. Como es lógico, convoqué rápidamente a capítulo y tras las deliberaciones y los análisis pertinentes, llegamos a la conclusión de que aquella perdiz tenía una anomalía: el pico. Su pico era aguileño y frágil, acentuadamente curvo, en contraste con los de las otras tres que pendían de nuestras perchas, cortos y sólidos. Tras examinarlo detenidamente, observamos que, a pesar de sus dimensiones, la parte superior estaba quebrada (no desgastada). Como es lógico, durante estos días las charlas con mis amigos cazadores han girado sobre este punto y sometida la cuestión a debate aprovechando una cena homenaje en torno a Félix Rodríguez de la Fuente, Carlos Valverde — campeón de caza con perro de muestra de Castilla y León y taxidermista él — apuntó una teoría sugestiva: el pájaro podía ser un cautivo escapado de su jaula. Este hecho explicaría: a) su vuelo de paletazo torpe; b) su aislamiento; c) su particular reacción de alarma, y d) sobre todo la extraña conformación del pico, su fragilidad y, finalmente, su longitud, pues sabido es que el pico de las aves — de las que comen en el suelo — adquiere solidez y forma por exigencias de su alimentación, por su constante fricción con la tierra. Un pájaro prisionero no necesita escarbar, ni someter, por tanto, su apéndice a un desgaste continuado que le mantenga afilado dentro unas proporciones invariables.

En resumidas cuentas, la jornada del 14 de diciembre de 1969 fue para mí un hito, uno de esos días a los que se vuelven los ojos — los recuerdos — cuando uno, en torno al fuego, de parte con otros compañeros sobre los atractivos y peculiaridades de su afición.

## XII

### EL DÍA DE LAS SOMBRAS BLANCAS

LA desesperanza en que iba envuelto uno de los capítulos anteriores no significa que la perdiz haya dejado de ser el más vigoroso atractivo que aún ofrece el campo español al cazador a rabo. La perdiz, pese a su escasez, a su desconfianza y a la pérdida de succulencia de su tajada, continúa siendo la reina de las especies menores. O quizá fuera más cierto decir que su progresiva desconfianza y poquedad compensan, como estímulo, la merma en la exquisitez del bocado. En todo caso la perdiz sigue ganando adeptos y como quiera que la caza de la liebre es caza complementaria (aunque es la especie que con su celo vivo y prolongado se recupera antes) y el conejo escasea pese a que, con gran esfuerzo y exasperante lentitud, va saliendo de la mixomatosis, bien podemos afirmar que el ochenta por ciento de los disparos deportivos que hoy se producen en el campo tienen por blanco la patirroja.

Ahora bien, en otro orden de cosas, la perdiz es un pájaro desconcertante. Ortega afirmaba que la liebre, de animal diurno derivó a noctívago como discreta medida de prudencia, como único medio de pervivir. Lo mismo, seguramente, aconteció con el conejo y el raposo. Bueno, pues sin que pretenda profetizar el futuro de la perdiz roja, sí puedo afirmar que sus costumbres se han modificado tanto por la mecanización del campo como por el cerco constante a que se ven sometidas. De esta manera, la perdiz, sin ser animal nocturno, ni siquiera crepuscular, es ave que cada día se hace menos notoria. Esta circunstancia induce a frecuentes errores a quienes nos ocupamos de temas cinegéticos, como el deslizado por mí en estas



mismas páginas, al afirmar ligeramente el día de la desveda, que el año de perdiz venía malo. Ahora, después de dos salidas consecutivas tras las primeras heladas registradas en la meseta, debo rectificar en el sentido de que el campo castellano no anda mal de perdices. Entendámonos. La gráfica de la perdiz — en particular en los terrenos comunes — va acelerada e indiscutiblemente a menos, pero este descenso se produce con intermitencias, con suaves y ocasionales recuperaciones y una de éstas se ha producido este año en relación con la temporada pasada. Sucede sencillamente lo que decía más arriba, es decir, que a la perdiz cada día le interesa menos dejarse ver, y que tratar de censar las de un término en plena vendimia o el día de la apertura es exponerse al patinazo. Con los primeros disparos y la irrupción de los vendimiadores en los majuelos, la patirroja se dispersa, busca el perdedero — como las liebres — y se eclipsa entre los terrones de los barbechos, los sotos de los ríos y los maizales. De esta manera, el campo, a las primeras de cambio, produce la impresión de desierto. Mas las aguas, tarde o temprano, vuelven a su cauce y entonces, una vez que en los bacillares cesa el alboroto y los cazadores ocasionales, a quienes el hielo o la lluvia atemorizan, se quedan en casa, los bandos se congregan y todo se reconstruye y torna a la normalidad. Esto no suele suceder hasta mediados de noviembre, cuando las primeras escarchas blanquean los rastros y se alza de los campos solitarios como una cristalina aura de serenidad. Entonces es la hora de decir si la perdiz ha criado bien o ha criado mal, si el año viene flojo o viene esperanzador. Y es después de una excursión en estas condiciones a la finca de Alejandro F. Araoz, en Villanueva de Duero, a pocos kilómetros de Valladolid, cuando he regresado convencido de dos cosas: que la temporada es más bien pródiga — al menos en determinadas zonas — dentro de la escasez, y que las perdices, como las mujeres y los creadores, también tienen su día.

¿Y cuál es el día de la perdiz si puede saberse? He aquí la cuestión. Yo trataría de resumir la respuesta de un modo un tanto abrupto: el día que a las doce de la mañana las sombras son blancas, ése, con toda seguridad, es el día de la perdiz. Con esto quiero decir que el día propicio para ver perdices y

para cobrarlas es el día calmo, de helada fuerte, cielo enrasado y sol centellante en lo alto. Pese a este sol, la temperatura, allí donde sus rayos no inciden, es de hielo y la escarcha se difumina, pero no desaparece. En otras palabras, el día de la perdiz es aquel en que la nariz se quema o se hiela, según la mano marche de cara o de espaldas al sol.

En las madrugadas de estos días las perdices se aprietan unas contra otras y su plumaje se recubre de escarcha de tal modo que, inmóviles y blancas, a cierta distancia semejan un montón de piedras. Y hasta tal punto llega el parecido que en una ocasión, en Villafuerte de Esgueva, estuvimos diez minutos parados en el coche, discutiendo — dos contra dos — si aquellos bultos redondeados y simétricos que divisábamos a cien metros de distancia serían piedras o perdices. Una carrerita por los barbechos blanqueados y unas palmadas estrepiosas pusieron de manifiesto que eran perdices. De esto deducimos que en este clima a la perdiz le cuesta romper su inmovilidad nocturna, aunque una vez rota vuela fuerte y con brío. Luego, una vez que sobre la helada brilla el sol, la perdiz — como los nórdicos en Canarias — se empereza y opta por despegarse del bando, acostarse en una jara y hacer, por un día, vida de playa. Diríase que la perdiz trata de almacenar grados bajo el plumaje para soportar la nueva helada que presiente. Pues bien, estos días en que la perdiz se ve de lejos, propende a la dispersión y a la laxitud tan pronto se le dan unos vuelos, son los días de la perdiz. Y no porque la perdiz aislada le vaya a arrancar a uno de los pies (la perdiz está a gusto al solillo invernal, pero no extenuada), sino porque entre las docenas de perdices revoladas y próximas entre sí, pero no juntas, y que no levantan al unísono sino gradual y escalonadamente, algunas arrancan a tiro.

En un día así, el cazador y su cuadrilla han visitado el cazadero de Villanueva, un cazadero acogedor, con el río Duero embalsado en su tramo más majestuoso rematando un costado, y dos manchas de encina y pinares entre tierras de labor — secano y regadío — cerradas en el extremo opuesto por extensos y arrugados campos de vides. El piso, arenoso en el monte, tiene guijo en los altos, lo que atrae a la perdiz, querenciosa de



los terrenos ingratos (por eso abunda en las zonas más desamparadas de la península). Bien, pues en tal cazadero y en el ambiente descrito, el cazador y su cuadrilla —mano va, mano viene— lograron reunir entre las carrascas cuatro o seis docenas de perdices. Los preliminares se prolongaron durante tres horas, en las que apenas una liebre, dos perdices largas y un fogueo animado pero casi inútil a las zuritas quebraron la mudez de las escopetas. Pero así como la perdiz tiene su día, también tiene su hora dentro de ese día, hora que podemos fijar, ante la eventualidad siempre mudable del descubrimiento de los bandos, entre las once de la mañana y las tres de la tarde. Así el cazador y su cuadrilla, una vez dispersas las perdices entre las manchas de encina, tomaron los costados enfrentados de ambas —una escopeta por uno y dos por el otro— con tan buena fortuna que en una hora de reloj colgaron doce pájaros. (Uno, que ya va para viejo, y cuando no le falla el resuello, le falla la vista; y cuando no le falla la vista, le fallan las piernas; y cuando no le fallan las piernas, le fallan los reflejos; y cuando no le fallan los reflejos, le fallan los nervios, tuvo la gran satisfacción de derribar seis perdices sin cero —sirgadas, repulladas, levantadas en el otro monte por la escopeta solitaria— y la debilidad de creerse una escopeta importante; una escopeta que no sólo afina, sino que viene sometida a la disciplina y autocontrol de un cuerpo en plenitud de facultades. Luego, a la tarde, vendría el tío Paco con la rebaja y se le irían a criar dos o tres perdices muertas.)

Mas la percha no es indicio de haber acertado con el día de la perdiz. Hay perchas estimables en días negros y perchas esmirriadas en días de abundancia. Lo decisivo en este capítulo no es lo que se cobra, sino lo que se ve: el campo animado por las bestezuelas, el vuelo metálico y vibrátil de la perdiz que uno no pierde de vista hasta que se da, la posibilidad de lances afortunados que uno barrunta a cada paso, el tiroteo sostenido de las alas, la excitación del perro, todo ello coopera a que el cazador no sienta su cuerpo, que camine y camine en un estado de ingravidez, de concentración afanosa, que es lo que hace de la caza —y de la pesca— el tratamiento ideal para un cerebro de ordinario martirizado.

En espera de estos días de la perdiz, el cazador soporta la inclemencia de los días de eclipse; esos días chatos, aplastados, en que la bruma o la llovizna — el calabobos — se enseñorea de los campos y parece apagar en ellos todo rastro de vida. En esos casos, la perdiz se esfuma, literalmente desaparece. Basta un pimpollo para que el bando se apelotone bajo él sin dar la menor muestra de vida. Y si acaso, por un azar, se le levanta, su vuelo se pierde en la turbiedad de la atmósfera sin que el cazador, la mayor parte de las veces, acierte a volarle de nuevo. Estos días de “no perdiz”, estos días negados en los que cada bota pesa diez kilos, constituyen para el cazador-cazador el fondo ideal para valorar los días de sombras blancas como el pasado 15 de noviembre en Villanueva de Duero.

### XIII

#### LA PEQUEÑA AGACHADIZA

EN mis escritos de caza nunca he tocado, que yo recuerde, las posibilidades de desfogamiento cinegético que depara esta avecilla, ya que la becacina o agachadiza era para mí, hasta hace muy pocos años, no la “gran”, sino la “pequeña” desconocida. Castilla, si por algo se caracteriza, es por la escasez de agua y ya es sabido que la perdiz y el conejo son animales de secano, de siembras, laderas y arcabucos, donde, salvo en años de lluvias excepcionales como el actual, es hasta difícil encontrar un charco. Esto no obsta para que en las vaguadas y bajos y en los aledaños de los arroyos en épocas de avenidas, sean relativamente frecuentes los terrenos pantanosos donde surgen anárquicamente junqueras y herbazales. De ahí que a lo largo de mi vida de cazador haya abatido algunas becacinas, pero siempre, hasta hace muy poco tiempo, circunstancialmente, esto es, cuando iba rastreando otras piezas. Y hasta tal punto esta avecilla de largo pico y lomo jaspeado — muy mimético con la tierra — nos era desconocida a la cuadrilla, que aún recuerdo la vez que, hace unos años, mi hermano Manolo bajó una en un lugar insólito — un páramo pedregoso de Serrada — y fue tanta su sorpresa que convocó a capítulo, pregonando a los cuatro vientos que había derribado una chocha-codorniz. Naturalmente se trataba de una broma, pero su convocatoria vocinglera, chungu aparte, ya revela que entre nuestras perchas habituales la becacina ha constituido siempre un elemento detonante y excepcional.

Nuestra ignorancia, pues, antes que al hecho de que nuestros campos no cobijen agachadizas, era debida a la sencilla

razón de que una piececita tan insignificante en apariencia no nos engolosinaba y, por otra parte, a la creencia, ésta bien fundada, de que las concentraciones de becacinas son infrecuentes en Castilla, aunque naturalmente, también para esta regla haya excepciones.

Tal actitud es general entre los cazadores de estos pagos. Tampoco creo que la de los tiradores de los grandes y animados cotos del sur difiera en lo substancial. En España, y aunque a algunos les sonroje, hasta anteayer, hemos sido partidarios de las mujeres rollizas y los pájaros grandes. En la mesa y en la cama al español siempre le gustó tener donde agarrarse. Nuestra más cacareada que efectiva aproximación a Europa se va haciendo palpable por una cierta propensión a la exquisitez y ahora estamos aprendiendo que lo abultado no es necesariamente lo mejor ni, por tanto, erótica ni cinegéticamente hablando tiene por qué ser lo más codiciado. Pero en términos generales se puede afirmar que el tirador del sur que se jacta de cobrar cien perdices en un ojeo desdeñará la becacina porque le exige andar, enlodarse, disparar poco y, a la postre, en el mejor de los casos, alcanzar una percha exigua. Y en lo que atañe al cazador mesetero no le vaya usted con monsergas de dificultades, ni con exaltaciones deportivas.

— ¡Quite usted de ahí! Si dos docenas de pajaritos de esos no abultan lo que una liebre. ¡Pero si no tienen más que pico!

La agachadiza, en verdad, fuera de media docena de cazadores sensibles en cada provincia, carece de clientes y, en consecuencia, se desconoce todo lo relativo a ella. Por si fuera poco, la becacina es ave discreta en sus devaneos y únicamente el que está sobre ella sabe más o menos cuándo llega y cuándo se va. No es lo mismo, pongamos por referencia, que la avefría — caza también poco golosa —, que con su arribada estridente y gregaria pone de inmediato sobre aviso a toda la parroquia.

Contrasta esta actitud celtibérica de indiferencia por la becacina con la que en este apartado ofrece Francia por ejemplo. La cultura francesa es algo que se manifiesta en todos los terrenos. Hace unos años traduje con mis hijos una bella obra de caza editada en París que incluía un capítulo dedicado a las acuáticas y, dentro de él, unos párrafos muy sabrosos destinados

a la agachadiza. La finura gala se hacía bien patente allí. La finura gala llega al extremo de practicar la batida con estas avecillas tan incontrolables y veleidosas. La finura gala llega a un punto que para nuestra impaciencia celtibérica resulta inaudito: construir cazaderos para la becacina, segando juncos, quemando hierbas... y atando una res a una estaca cada quince metros para que mediante sus desahogos periódicos vaya abonando el terreno. La finura gala, en resumen, se hace patente al recomendar al lector el equipo más cómodo y adecuado para dedicarse a este tipo de caza. Claro que los franceses trabajan con la cabeza y si, pongamos por caso, el ciclismo francés aspira a hacer del corredor un atleta completo — llaneador, escalador, “sprinter” de velódromo —, nosotros nos conformamos con fabricar peones de brega, forzados, que aguanten y que, a lo sumo, puedan ofrecernos la satisfacción de ganar el Premio de la Montaña. Es el camino que separa la reflexión de la improvisación — de la que otro día hablaré —, el enfoque meditativo y frío de cualquier problema del optimista y pueril “eso también lo hago yo”. En el mundo calculador y matemático de nuestros días, la tan traída y llevada “furia española” tiene, en mi modesta opinión, muy poco que hacer.

Y, sin embargo, este desdén no está justificado porque basta ponerse a la becacina para ser conquistado por la becacina. La caza de la agachadiza encierra un atractivo especial que comienza en el instante de calzarse las botas de goma que esta modalidad cinegética requiere. A la agachadiza se la incluye entre las acuáticas, cuando en rigor no es caza de agua, sino de barro. Una laguna de márgenes recortados no es cazadero de becacinas. La becacina requiere marjales, terrenos encharcados y con maleza — hierbas, junqueras, carrizos — para que el cazador no se haga demasiado ostensible. La agachadiza, asociada en pequeños grupos o emparejada, picotea entre los verdes islotes reblandecidos y con su largo pico extrae de la tierra las lombrices y gusanos de que se alimenta. Si estos islotes quedaran sumergidos un día la becacina se marcharía (esto he podido comprobarlo con ocasión de las lluvias torrenciales de enero).

Georges Vernes tiene razón cuando afirma, en la obra a que aludí más arriba, que el mayor aliciente de la agachadiza es

que nunca se sabe lo que va a hacer; esto es, su espontaneidad. Con el resto de las especies se puede presumir su comportamiento, por lo que la experiencia es un caudal muy valioso. Con la becacina, la experiencia nada más nos enseña que la experiencia aquí sirve de muy poco, a lo sumo para presumir el lugar donde va a arrancarse el pájaro o las dificultades que pasaremos a la hora de cobrarlo. Poco más. Por otra parte, Vernes alude a las becacinas que vuelan a postura de perro, oportunidad que confieso aún no se me ha presentado. Es más, la becacina abulense — provincia donde yo las cazo — es sumamente recelosa. No es que arranque fuera de tiro; pero sí a treinta o cuarenta metros, lo que dados su pequeño tamaño y la frivolidad de su vuelo hace sumamente azaroso el disparo. Mas he observado una cosa: si el cazador no foguea, la agachadiza no suele desplazarse lejos y, al segundo vuelo, ya prevenido, el cazador tiene más posibilidades de disparar con garantía de éxito. De otro lado, la becacina es uno de esos pocos pájaros que se achican volando; tan es así que el último día que me he dedicado a ellas he hecho fuego, confundido, sobre un pajarito de vientre blanco poco mayor que un jilguero. Y es que la becacina crea en nosotros — en los novatos en estas lides — un complejo de identificación. Uno nunca está seguro de reconocerla a tiempo, pese a su característico chillido, a su largo pico y a su vientre albo y fosforescente. Mas, con frecuencia, el cazador, que sabe de su vuelo versátil y de la conveniencia de disparar antes de que el pájaro inicie sus cabriolas, fintas y tumbos, se precipitará y errará el disparo o hará, en ocasiones, una víctima inocente. Estos son escrúpulos de cazador inexperto, lo reconozco, pero explicables si tenemos en cuenta que estos cazaderos no se distinguen por la abundancia y uno no se resigna a malbaratar las pocas oportunidades que se les ofrecerán a lo largo de la jornada.

Por otra parte, la becacina es pusilánime y basta a veces una detonación para que ocho o diez pájaros — la mitad cuando no la totalidad del censo en ese lugar — levanten el vuelo y evacuen el marjal atemorizadas durante el tiempo que dure el cacerío. A esto hemos de añadir el escollo de tomarle los puntos, puesto que la becacina en su vuelo es ave que des-

conoce — o prefiere desconocer — la línea recta. Y si esto es así y su arranque es prematuro y chico su bulto, nada tiene de particular que se yerren con frecuencia y ya es sabido que pájaro que se yerra con frecuencia es pájaro que desafía más y, por ende, que proporciona mayor felicidad a la hora de colgarlo.

Si reparamos en estas características — pájaro menudo, vuelo vivaz y zigzagueante, tiro a treinta o cuarenta metros — parece aconsejable utilizar perdigón de mostacilla, ya que, por añadidura, la becacina es sumamente sensible y basta un pequeño plomo para derribarla. Pero aquí se presenta la empatadera. Los terrenos de becacina, en particular los meses de hielo, son propicios a la liebre, por aquello de que “la liebre en enero cerca del agua”, y así lo que no va en lágrimas va en suspiros. El problema es de difícil solución, aunque tal vez lo pertinente fuese meter décima en el tubo derecho y sexta en el izquierdo, por si las moscas. La caza, después de todo, es un juego de despropósitos que quedaría poco menos que en nada si eliminásemos de entrada lo que yo considero su elemento fundamental: la sorpresa.



## XIV

### SOBRE LA CAZA CON PERDIGÓN

ESTÁ visto que la propensión al mínimo esfuerzo — manifestación expresiva de la molicie que promueve el consumismo — está tomando carta de naturaleza en la sociedad contemporánea. Antaño había en nuestro refranero una magnífica sentencia que, día a día, va dejando de tener sentido. Rezaba así la aludida sentencia: “El que quiera peces que se moje el culo”. Todo esto, como digo, va haciéndose inoperante a medida que el hombre empieza a utilizar los pies que Dios le dio para andar, en acelerar o desembragar. Sombrío panorama el que se avecina. Y más aún cuando este emperreamiento se traslada a un deporte como la caza, que hasta hace pocos lustros venía montado sobre un agotador esfuerzo físico. Pues ahora no señor, ya ve como progresamos. Uno podría pensar que las nuevas leyes cinegéticas se concebirían para que los esfuerzos del cazador resultaran más rentables, pero no es así, al menos no lo es en la nueva ley de Caza que se nos anuncia a los españoles. A lo que se ve, el progreso en este terreno se planea también sobre la base de que la caza deje de ser no ya un ejercicio esforzado y saludable sino ni siquiera un ejercicio. El día que consigamos que a un hombre sentado cómodamente a la sombra de una encina se le acerquen las perdices y se suiciden, ahorcándose de la percha que cuelga de su canana, podremos decir que el deporte de la caza ha alcanzado el techo de sus posibilidades. En esta dirección, al menos, parece que tratamos de caminar si comparamos la ley de Caza de la Tartana (1902) con la ley de Caza de la Era Supersónica (1970). A la vista de que estos sesenta y ocho años transcurridos están sepa-



rados por una idea bastante distinta de la velocidad, cualquier mediana cabeza pensaría que en lo que a la caza atañe, el futuro vendría determinado por un aumento del dinamismo cinegético. Pues bien, la cabeza que tal cosa imaginara estaba muy equivocada, es decir, a lo que aspiramos es a que el movimiento, que fue la tónica de la caza en la Era de la Tartana, se convierta en inmovilidad en la Era Supersónica. Una paradoja, ciertamente, pero una paradoja que, si Dios no lo remedia, acabará asentándose sobre nuestros campos con todos los pronunciamientos legales favorables.

Una lectura de la vieja ley que ahora se pretende arrumbar, despierta en el cazador-cazador una conmovida nostalgia. A uno le entenece, por ejemplo, observar el amor con que el legislador de antaño velaba por la conservación de la patirroja. Entre pájaro y cazador, el legislador de ayer tomaba partido por el pájaro: no formar cuadrillas, no utilizar el sistema de manos encontradas, no emplear ardidés para atraer a la caza... Automáticamente quedaban excluidos los métodos alevosos: ojeo, mano demasiado extensa, caza con perdigón, etcétera. De pronto, la vieja ley — que lo peor que tenía es que no la acataba nadie — se desestima por inoperante y surge el nuevo proyecto donde el legislador vuelve a tomar partido, pero esta vez, con un mal entendido criterio humanista, no en favor del pájaro sino en favor del cazador: el hombre podrá atrapar perdices en cuadrilla, podrá diezmar los bandos en ojeo (aunque no en terrenos libres) y podrá, en fin, utilizar legalmente el reclamo para abatir pájaros aprovechando la época de celo (artículo 23, apartado 5, párrafos a y b del proyecto). De todo esto se deduce que el legislador se ha ablandado, reblandecimiento que se hace particularmente notorio al autorizar la caza con reclamo en un tiempo — la primavera — que la perdiz utiliza para procrear y que, en consecuencia, debería estar rigurosamente prohibido que sonara una detonación en el campo. Los españoles somos de una pasta tal que desde el momento en que se autorice a uno a agarrar la escopeta, nadie puede estar seguro de nada. “Para eso está la guardería”, se aducirá. Mas uno pregunta ingenuamente: ¿Qué guardería? Porque si hay algo que aumenta el riesgo de la caza en nuestro tiempo es, precisamente, eso:

que no hay cristiano que la guarde. Autorizar la caza con reclamo, con todos los obstáculos teóricos que se quieran interponer al efecto, constituye un gravísimo peligro por la sencilla razón de que nunca podrá haber un guarda para acompañar a cada escopeta, porque nadie puede garantizar la integridad de esos guardas y, sobre todo, porque las oportunidades que todo esto brinda al furtivismo son que ni pintadas.

Ya sé que existen argumentos en favor de la caza con perdigón. Los reclamistas deportivos hablan y no acaban de las delicias que procura esta emboscada. Para mí, como para Juan Gualberto, el Barbas, esto de esperar a que el macho entre a disputar la hembra al compañero decidor o a cortejar a la hembrita enjaulada, y despacharlo de un disparo alevoso, no es una maniobra correcta. De niño me decían que con las cosas de comer no se juega, pero de mayorcito empiezo a pensar que con esas otras cosas — las del amor — debería jugarse menos. Aspiro a decir que el argumento de que la caza con reclamo es una ciencia y aun un arte, no me vale. Hay muchas maneras científicas y aun artísticas de enredar a la caza y atraparla. Como tampoco me vale ese argumento de falsa piedad en favor de los que carecen de piernas para cazar perdices como Dios manda. Si en la ordenación del fútbol se moviera uno por la piedad habría que dictar un artículo en virtud del cual al delantero con los 30 cumplidos no se le silbaría el “off-side”, y otro para que el guardameta que rebasara los 35, defendiera un marco cuatro metros más corto que el reglamentario. Las cosas son las cosas y si uno desconoce los naipes es mejor que desista de jugar al tute.

Evidentemente no es bastante con que la ley — aparte los reglamentos que pudieran venir detrás — proscriba la atracción de pájaros con la hembra y señale el límite de 500 metros “de la linde cinegética más próxima” para utilizar el reclamo. En primer lugar, a la hembra sólo entran machos — machos engolosinados por la cita — y si lo que se busca es un equilibrio demográfico entre machos y hembras, y son aquéllos los que sobran, el hecho de que los prolegómenos sean menos distraídos que los del reclamo con perdigón macho — que es el autorizado por el proyecto — no justifica esta diferencia de trato. Otro

tanto cabe decir de la linde. ¿La linde de lo libre será considerada "linde cinegética"? Porque si no es así sobrevendrá un nuevo atropello para los terrenos de todos, baqueteados ya más de la cuenta. Si lo libre no es "linde cinegética" veremos al excelentísimo señor armar el tolo a cincuenta metros del terreno de nadie y matar la tarde a costa de la media docena de perdices de los demás (y también de él, por supuesto, pero no en la proporción que se atribuye). En resumen, es ésta una cuestión sumamente espinosa que mientras la educación cívica, la guardería y el respeto al prójimo y a lo del prójimo no suban muchos enteros en el país sería preferible "no menealla". La repugnancia instintiva que a cualquier sensibilidad medianamente dotada produce el solo pensamiento de hacer de Celestina para, a la postre, apiolar al seductor, no significa nada al lado del daño que puede ocasionar al campo este proceso cinegético-amoroso forzosamente incontrolado. No olvidemos que este método, de ser autorizado, contaría de inmediato con ejércitos de cultivadores, ya que su práctica (al amor del primer solillo primaveral, sentado cómodamente en un silletín y con la bota y la merienda a mano) rima a la perfección con el gusto por la indolencia que caracteriza al hombre contemporáneo.

Creo sinceramente que de concesión en concesión — ¿no está ya bien con el ojeo y la mano de media docena de escopetas? — estamos llegando demasiado lejos. Dejémonos de ciencia, de arte y de piedad. O, mejor aún, apliquemos la ciencia, el arte y la piedad para defender a nuestros pájaros en lugar de como argumentos para aniquilarlos. El reclamo debe proscribirse y con él esa vieja costumbre española de tener a la puerta de casa, pendiente de una alcayata, un perdigón enjaulado. La perdiz prisionera debe constituir de entrada una presunción de delito venatorio, porque ¿dónde, cómo, cuándo y por quién fue atrapado ese pájaro? Nadie formula tales preguntas y, sin embargo, los perdigones enjaulados que sestan perezosamente al sol girando aturdidamente sobre sí mismos, particularmente en los pueblos y caseríos del sur, son centenares, millares, incontables. Prohibamos este apresamiento caprichoso y terminaremos con una de las actividades furtivas más frecuentes y exterminadoras que se dan en el país.

Imagino que el reclamista deportivo (que los hay, sin duda alguna) no comprenderá mi radical intransigencia en este asunto y aducirá que el perdigón manejado discretamente, lejos de constituir un peligro, representa un Malthus redivivo que viene a equilibrar la demografía montuna. A esto respondo: ¿Quién puede garantizar el uso discreto de estos miles de pájaros enjaulados que hoy pueblan nuestra geografía rural? ¿No acarreará la autorización legal un nuevo negocio — un dañino negocio — como lo será la venta a buenos precios de machos parlanchines con la consiguiente persecución de polladas en la canícula estival? Para concluir, a aquellas argumentaciones prefiero responder con un párrafo que utilicé ya en mi obra “El libro de la caza menor”: “Si el campo que responde a la treta estuviera únicamente compuesto de machos, el argumento (demográfico) sería al menos considerable, siquiera siempre nos dejaría en la duda de si nuestros disparos no estarían provocando un incremento de solteras forzosas en la localidad. Porque ¿qué motivos hay para pensar que el macho no hace objeto de sus solicitudes antes a la perdiz prisionera que a una perdiz libre? (me refiero a la atracción con la hembra). De otro lado si, como sucede a veces, al engaño acuden macho y hembra y positivamente hacemos una viuda, ¿quién demonios nos garantiza que esa viuda vaya a hallar inmediato consuelo? El argumento, pues, es peregrino; no resulta concluyente. Partir de la base de que el campo da mayor número de machos que de hembras, es partir de una base falsa o, al menos, muy problemática. Y aceptando como buena la afirmación de que la perdiz es monógama — que vaya usted a saber si es monógama — el daño que se hace a la especie es, cuando menos, presumible”.

## XV

### EL MAÍZ Y LA CAZA

**L**A cuadrilla del que suscribe es muy dada a enriquecer el refranero y cada vez, pongo por caso, que uno de sus miembros derriba un pájaro que se arranca de entre las cañas de un maizal voceará:

— ¡La perdiz, en la maíz!

A lo que el compañero más próximo replicará:

— Y en diciembre, la liebre.

Esto induce a pensar que los maizales facilitan la concentración de caza, deducción exacta y fundada puesto que si, por una parte, las panochas procuran alimento, por otra, las cañas facilitan un apreciable resguardo contra el matababras y la humedad del gallego. Cualquiera que conozca el clima invernal de la meseta podrá comprobar, agachándose en un maizal, cómo mejoran, de pronto, las condiciones térmicas circundantes.

Pero mientras el fruto esté pendiente, hay una razón más para que la caza busque cobijo en los maíces: la seguridad. El cañaveral representa una frontera que los humanos no pueden forzar. La caza intuye entonces — e intuye bien — que ningún intruso podrá venir a perturbar su digestión o su siesta. Yo recuerdo que en Villamarciel, la última vez que me arrimé por allí a matar unas codornices con Vicente Presa, nos llevamos un chasco fenomenal. Las codornices volaban en grupos de ocho o diez, a cien metros de distancia y se perdían entre las altas cañas. Antes de llegar el maíz — cuyo cultivo se ha desarrollado mucho por mor de las fábricas de piensos compuestos — las escasas vegas de los escasos — y escuálidos —

ríos pincianos, constituían unos cazaderos de codorniz pintiparados. Los regadíos de Villamarciel, sin ir más lejos, le permitían a uno colgar doce pájaros en poco más de una hora. Bueno, pues con la arribada del maíz las cosas han variado de tal manera que el día a que me refiero entre tres escopetas no sé si hicimos cinco pájaros antes de sentarnos a comer. Es más, la codorniz que por tardía o por vaga decide invernar en la meseta, buscará los cañaverales para soportar las crudas heladas decembrinas. De lo dicho puede inferirse que cazar la codorniz hoy a la vera de los maizales es un desatino sólo parecido al de tratar de censar las perdices en una finca donde los cañaverales permanecen enhiestos hasta finales de enero. Y otro tanto sucederá con las liebres. Tales dificultades comportan, sin embargo, el consuelo de que todo aquello que representa un obstáculo para el cazador constituye una defensa para la caza (que tan pocas tiene la pobre), lo que, a la postre, quiere decir que, con el tiempo, se convertirá en una ventaja para aquél.

En el caso del maíz, el accidente es un Jano bifronte: antes de diciembre será un veto, una muralla infranqueable; a partir de la recolección de las panojas — y en tanto el ganado no malrote las cañas — puede ser el matadero ideal si acertamos a concentrar la perdiz en él y si las plantas no son de esos híbridos disparatados que levantan tres o cuatro metros del suelo. Un maizal de proporciones humanas, una vez desprovisto del fruto, con granos y mazorcas esparcidos por los surcos que proporcionan abundante alimento gratis es, sin disputa, el lugar apropiado para poblar la percha. Es cosa sabida que la perdiz en diciembre no permite que nadie se la arrime; es esquivo y desconfiado como aseguran que son las muchachas de Valladolid. Pues bien, abrigada en el maizal, la perdiz — confiada por seis meses de invulnerabilidad — aguanta y arranca a tiro y, forzada por la estatura de las plantas, habrá necesariamente de repullarse si quiere coger vuelo. Esto presupone que, llegada la recolección, las cañas se le vuelven lanzas a la patirroja. Lo mismo podríamos decir en lo referente a la liebre, si su agilidad y su fino regate no hicieran del disparo algo casi siempre ineficaz, ya que sus irrupciones y desapariciones súbitas im-



piden al cazador a salto tomarle los puntos como es debido. Para despojar el maizal de las liebres alojadas en él, las escopetas de las lindes deberán ir muy adelantadas, de forma que la liebre fugitiva vaya a coger la regadera del extremo, precisamente allí donde avanza la primera — o la última — escopeta, que aprovechará lo limpio — que también busca la liebre para tomar velocidad — para ponerla tripa arriba sin grandes dificultades.

Pero estábamos con la perdiz, para ser exactos, con el maizal decembrino como matadero de perdiz, porque a la perdiz, como a las vacas, si es que queremos comerlas, hay que conducir las previamente al matadero. Para ello, la mano deberá patear previamente las tierras rayanas, bien sean barbechos, siembras o mohedal, de tal forma que la perdiz achuchada acabe introduciéndose allí donde no ve y no la ven — una de las pocas circunstancias en que la perdiz utiliza la táctica del avestruz — y, sobre todo, donde a lo largo de seis meses ha venido encontrando seguro refugio contra las asechanzas humanas. Una vez entre las cañas, la patirroja se siente a cubierto; y es esta sensación absoluta de seguridad lo que la perderá a la postre. Porque todo ese crispamiento, esa difidencia recelosa, ese vértigo en la huida, esa vista de águila, que son características de la perdiz invernal en la meseta, se desvanecen una vez que la patirroja — en solitario o en bando — se aloja en el cañaveral. Por eso, tan pronto hayamos concentrado los pájaros en el maizal, conviene obrar con cautela y discreción si no queremos malbaratar la cacería. Para evitarlo, si el maizal nos es desconocido, convendrá estudiarlo con detalle, y organizar la batida — la mano — en consecuencia. Si la franja de cañas es estrecha — y este tipo de maizales son los que más abundan en las vegas castellanas — puede manearse de una vez con sólo tres escopetas, la del centro retrasada en relación con las de las puntas, quienes, por su parte, deben colocarse en la tercera o cuarta calle — desde donde dominen las tierras vecinas por si se arranca la rabona — y avanzar pausadamente, con frecuentes altos para evitar que la perdiz (hostigada a derecha e izquierda) se amone entre la maleza sin decidirse a arrancar. Si el maizal fuese ancho, debe tomarse en dos veces,

adelantando la escopeta interior, a fin de que se achuche a los pájaros hacia adelante y hacia el costado, disposición que se repetirá al regreso, pero lógicamente en sentido contrario. En toda esta operación conviene actuar con prudencia, particularmente en los maizales de mucha envergadura, aguardando en las regaderas a fin de determinar, de tiempo en tiempo, la disposición de las escopetas y reanudando la marcha en último término las centrales con objeto de conservar la táctica inicial. Es claro que en los maíces muy tupidos y enhiestos, las escopetas que caminan por el centro únicamente podrán disparar a la perdiz repullada y próxima, pero en las cañas recortadas pueden hacerse tiros muy largos y bonitos. Es muy frecuente, especialmente cuando se maneja un maizal de cortas dimensiones, que las perdices apeonen ante nosotros, generalmente sin dejarse ver, y únicamente al rebasar la regona del extremo, se alzarán con un zurrido tentador, no de golpe, generalmente, sino con intermitencias de décimas de segundo, tiempo más que suficiente para que una escopeta serena se dé el raro placer del doblete e, incluso, puesto que la perdiz en el maizal suele estar muy agrupada, nosotros mismos nos sorprendamos con la chamba de una carambola. La gran ventaja de estas manos, repito, es que tanto si la perdiz va saliendo aislada, como si aguarda al final para arrancar en bando, lo hará a tiro el noventa y nueve por ciento de las veces, cosa que a estas alturas del calendario — diciembre, enero — no suele ocurrir más que en el monte, donde las encinas no nos dejan ver los pájaros.

Por otra parte, todo lo que dije en otro capítulo sobre mi desconfianza y mi escasa afición por el ganchito fuera del que se hace en corto o a perdiz vista, no rige con el ganchito realizado en un maizal querencioso y siempre que se adopten las precauciones obligadas entre las escopetas que aprietan y las que aguardan, ya que la perdiz en maizal aguanta el emparedado y cuando brinca suele hacerlo a tiro de unos y de otros. Cruzar los disparos en estas circunstancias es temerario. Sin embargo, nuestra cuadrilla — normalmente de tres — lo pone en práctica en aquellos maizales donde la sospecha de perdiz es fundada. Manolo Grande, mi hermano, es muy fino en estos empeños y suele ser la escopeta que aguarda y, de ordinario, nos espera



siempre en la esquina del cañaveral sonriendo y con una perdiz en cada mano:

— De ganchito, en la maíz, no me echa mano ni Teba — suele decirnos.

En resumidas cuentas, el maizal, desde el punto de vista cinegético, es un nuevo elemento a considerar en la topografía castellana. Las cañas de los maíces constituyen, de un lado, un hurtadero de caza — de agosto a diciembre — y de otro — diciembre y enero — su mejor matadero. Esto supone que el maizal tiene sus ventajas y sus inconvenientes, más ventajas que inconvenientes por ahora, pero su extensión por las vegas de Castilla nadie sabe adónde nos podrá llevar. Esto es, el día — si es que está de venir — que las pequeñas cuadrículas actuales, diseminadas entre otros cultivos, den paso a largas y anchas hectáreas de cañaveral y la estatura del maíz normal sea desbordada por la de uno de esos híbridos gigantescos de laboratorio, las cosas cambiarán y los cazadores habremos de revisar entonces nuestra táctica y nuestra estrategia de acuerdo con este nuevo factor.

## XVI

### FURTIVISMO Y EDUCACIÓN CINEGÉTICA

EN nuestro país es una vieja rutina identificar al cazador de oficio con el cazador furtivo. Aquel que sale al campo no a ejercitar sus músculos sino a buscar comida, no se para en barras, se hará con lo que pueda y empleando todos los ardides imaginables, suele pensarse. Tal cosa, que en términos generales es cierta, nos da una concepción del furtivismo arcaica y en exceso restringida. En nuestro tiempo, el furtivismo no se agota en el cazador profesional. El cazador furtivo, el cazador que come y vive de la caza, sin duda no ha sido desterrado pero es, entre los venadores que viven al margen de la ley o que la vulneran con frecuencia, el más disculpable. A su lado, como ejemplares eminentes del furtivismo, habrá que colocar a los destructores de nidos, los corredores de pollos, los dueños de perros incontrolados, los ejecutores de liebres encamadas y, para terminar — aunque una sola relación de las actividades ilegales en el campo llenaría este capítulo —, los furtivos motorizados, esto es, aquellos que entretienen viciosamente sus ocios matando perdices sin enlodarse los zapatos. Pero si examinamos las manifestaciones del furtivismo más señeras, advertiremos que todas ellas, a excepción del matador desde vehículos a motor — y tal vez los venadores con fines científicos —, son contemporáneas de la vieja ley de Caza. Es decir, la novedad más importante aparecida desde comienzos de siglo, en lo que a la caza concierne, es el motor. El vehículo a motor — turismos, jeep, tractor, cosechadora, etc. — ejerce sobre las cazas una suerte de estupor que las conduce a la inmolación sin resistencia. Esta pasividad, hoy atenuada por

la difidencia de las especies, ha sido, sin embargo, de una notoriedad evidente. Aún recuerdo cómo en 1954 me deslicé con un automóvil entre un bando de avutardas, sin que los animales — algunas a menos de diez metros de distancia — se espantasen, antes bien considerasen el coche con complaciente curiosidad. Lo mismo podríamos decir de la pareja de perdices que apeonan por el barbecho y ante el vehículo se detienen para, desde lo alto de un cabón, ofrecer su pechuga a la avidez descompuesta del furtivo motorizado. De análoga manera, con la agravante de nocturnidad, se produce la inmolación de liebres y conejos atraídos por las luces de los faros en la noche. ¿Y qué decir de la codorniz, en la época de siega, ante el avance bamboleanante y tonante de la cosechadora? En suma, el motor, el vehículo de tracción mecánica, ha sido, sin ninguna duda, el mayor enemigo de la caza aparecido en los últimos setenta años. Y esto ha llegado a tal extremo que hoy no restaría en los terrenos libres una sola pieza cazable, si los accidentes de nuestra topografía y los vedados no hubieran tendido en torno a aquéllas una barrera protectora. Con todo — con la excepción quizá de la avutarda — son aún muchos los millares de piezas que se sacrifican anualmente por este procedimiento no sólo antideportivo, sino ilegal. ¿Qué hacer ante esto, ante esta plaga de furtivos letrados que día y noche atentan contra nuestra rica y varia fauna cinegética? Yo diría que dos cosas, una a largo plazo: educar; y a corto plazo, la otra: sancionar. Vayamos hoy con la educación.

— ¿De qué educación se trata? ¿Es que se refiere usted a la ilustración de analfabetos?

Más o menos, pero expongamos la cosa con un poco de calma. Ya he anticipado que hoy día el furtivo no puede ser identificado con el desheredado. Al furtivo no se le conoce ya por el atuendo; el furtivo no está en la chaqueta de pana parcheada; el furtivismo se lleva en los entresijos y encaja lo mismo bajo unos harapos que bajo una elegante cazadora de ante. El furtivismo es una actitud incivil, que unas veces va en burro y otra — y no pocas — en automóvil. De aquí deducimos que el furtivismo es una lacra propia de pueblos carentes de civilidad, aunque quizá no de buenos modales.

Y nuestro país — que cuenta evidentemente con otras virtudes — no conoce la educación cívica ni por el forro, con la particularidad de que esta falla afecta tanto al que no ha podido ir a la escuela como al prohombre educado — y es un decir — en colegio de pago. Pero una de las cosas que ha de salir destruida de la crisis actual de la sociedad es la hipocresía. Ya va siendo hora de tirar de la manta y aclarar que la educación no consiste en besar ceremoniosamente la mano de las señoras, ni en utilizar esmeradamente los cubiertos de pescado. La educación es algo de más enjundia que todo eso. La educación es, en esencia, el respeto “al otro”. Y la educación que en la gran urbe puede demostrarse de mil maneras, en el campo, en la soledad del campo, no puede manifestarse más que de una: respetando a la Naturaleza y al hipotético “otro” que mañana puede ocupar nuestro lugar o, dicho en palabras pobres, en no hacer a solas lo que no haríamos si tras el primer ribazo asomaran las alas charoladas de un tricornio. Ésta es la cuestión planteada sucintamente. Mas, por el momento, tendremos que pechar con lo que hay o, dicho con mayor propiedad, con lo que no hay: educación ciudadana, si bien para el asunto que nos traemos entre manos mejor sería decir educación campesina.

Al español no se le ha enseñado a tratar con la Naturaleza de la misma manera que no se le ha enseñado a convivir. La relación español-Naturaleza, como la relación español-español, de siempre se ha establecido a palos. A la Naturaleza la maltratamos, como maltratamos, de palabra o de obra, o de palabra y obra, al prójimo que discrepa de nuestra manera de pensar. Así nuestra historia, en no pequeña parte, es un largo rosario de guerras civiles y talas de bosques. El primer objetivo, pues, de la nueva ley de Educación, debe de ser este: imbuir el sentido del prójimo y la idea de que el respeto es la única posible base de la convivencia.

Estas nociones iniciales deben ser apuntaladas luego con una más estricta educación cinegética. Hoy día, por ejemplo, existen una serie de limitaciones en la captura de predadores, pero a buen seguro el ochenta por ciento de las gentes que andan por el campo con una escopeta en la mano, no dife-

rencian un cernícalo de un búho, o un milano de un alimoche. Difícilmente pueden, pues, respetar lo prohibido, si cuando encañonan la escopeta ignoran qué es el blanco. Imaginen ustedes la eficacia de un código penal que sancionara, como parece de cajón, matar a un semejante o violar a una doncella, en un pueblo que desconociese lo que es un semejante y lo que es una doncella (y, por supuesto, lo que es violar). Pues esto, aunque nos obstinemos en esconder la cabeza bajo el ala, es lo que está aconteciendo en nuestros campos. A diario se abaten animales protegidos y no por mala fe, sino por ignorancia supina, esto es, por ignorancia no sólo de la prohibición, sino de la pieza que se abate.

Los alemanes, que son gente muy reglamentada y concienzuda, antes de despachar una licencia de caza, someten a examen al aspirante, no ya para observar cómo manipula una escopeta y un rifle, sino para saber si distingue un animal de otro e, incluso, una huella de otra. Esto quizá sea excesivo para nuestra celtibérica indisciplina, pero, evidentemente, un poquito más de atención hacia aquel que va a enfrentarse a tiro limpio con la Naturaleza no nos vendría mal.

En este asunto de la formación cinegética hay que dar acceso a biólogos y especialistas. La eficacia de las charlas televisivas de Rodríguez de la Fuente nadie las pone hoy en duda. Rodríguez de la Fuente habla de la Naturaleza con amor y su acento es tan cálido y persuasivo, tan sinceras sus palabras, que no pueden menos de despertar un eco. De Rodríguez de la Fuente no sólo podemos decir que nos está distrayendo, sino que nos está formando. Rodríguez de la Fuente, entre otras cosas, al enseñarnos no que el hombre sea lobo para el hombre, sino que el hombre es hombre para el lobo viene a decirnos que hasta las especies más feroces conservan un código del honor, un último atisbo de nobleza y lealtad, que los humanos hemos olvidado. En cinco años, la matrícula de la Facultad de Biológicas en Madrid ha aumentado en un mil por ciento. Yo no puedo desligar este fenómeno de las charlas citadas que, por otra parte, es el primer intento serio que se realiza en el país para sembrar ideas de no-violencia, de tolerancia y amor. Si aprovechamos esta siembra, la Asociación para la Defensa de la

Naturaleza (ADENA) encontrará muy pronto un número de socios que nos permitirá mirar el porvenir con un poco más de esperanza. Y si éste es el resultado de los esfuerzos y de la pasión de un solo hombre, si este programa de televisión es el de más amplia audiencia en el país, ¿por qué no completarlo con otros temas y otros nombres? A mi entender hay mucha gente preparada a la que debemos dar entrada en la prensa y la TV. Los Bernis, los Valverde, los Castroviejo, el grupo Alcyon son alguien en estos menesteres, me parece a mí. Pues bien, manos a la obra. Un programa semanal es poco programa.

Menos superhombres, menos latiguillos triunfalistas, menos lavados de cerebro, menos publicidad y más espacios formativos, en particular en este aspecto de la fauna y la flora en el que la amenidad está garantizada.

## XVII

### LOS TERRENOS DEMASIADO LIBRES

**B**UENO, hemos dicho educar al pueblo — en su más amplio alcance, esto es, incluidos prohombres y señoritos urbanos — en el respeto a la Naturaleza, pero evidentemente Zamora no se ganó en una hora. La empresa requiere tiempo y en un país como el nuestro, alérgico a toda pedagogía, más tiempo aún. Y durante este tiempo, ¿quién guardará la viña? Porque es incontestable que si esperamos a recoger los frutos de una educación cívica y otra educación — complementaria — cinegética, es muy posible que para entonces no quede ni una sola patirroja por estos páramos de Dios. Apremia entonces contar con un guardián celoso para esta etapa de interinidad. Pero por muchas vueltas que le he dado en la mollera a esta cuestión, y aunque me repugna la represión como medio de enveredar a la gente, no he encontrado cosa mejor para salvar el bache que recurrir al miedo. El miedo, que dicen guarda la viña, puede servir también, pienso yo, para guardar la caza. Para los pueblos inciviles no hay argumentos más contundente que los civiles. Un cuadro de sanciones bien meditado, que apriete allí donde al cazador le duele, es, por el momento, la vía más expeditiva para proteger las especies. Pero tratemos de exponer las cosas con orden y, a ser posible, sin descomponer la figura.

El capítulo de multas y sanciones de la antigua ley de Caza — aunque nadie o casi nadie acatara sus preceptos — pudo ser eficaz en la época en que se estrenó “La verbena de la Paloma”, cuyo libreto nos informaba de que un honrado cajista ganaba cuatro pesetas. Hoy, desde luego, no lo es; no es eficaz,



quiero decir. Y no solamente no es eficaz porque hoy un honrado cajista gana más de cuatro pesetas, sino porque al furtivo motorizado de nuestro tiempo no le lastima una multa de cuatro pesetas, ni de cuatrocientas, ni — si me apuran un poco — de cuatro mil. Esto quiere decir que tampoco el proyecto de ley recién nacido va, me parece, bien encaminado en este terreno. El artículo 44 del mismo, en su apartado primero, deja la puerta abierta a la posibilidad de que un contumaz cazador desde automóvil salga del apuro con cincuenta duros del ala. Es cierto que esta sanción puede ser más dura pero nadie nos asegura que el susodicho infractor vaya a salir del trance con la pena máxima. De manera que una multa de cincuenta duros o de doscientos duros no supone un argumento disuasorio suficiente para aquel venador motorizado que en una sola jornada puede obtener en carne el importe de la sanción. Al cazador (?) hay que buscarle las cosquillas, hay que encontrarle su talón de Aquiles. Ahí está, a mi juicio, el quid de la cuestión. ¿Quitarle la escopeta, entonces? Bueno, esta puede ser una solución pero todavía incompleta. La pérdida del arma representará, en efecto, un duro escarmiento para el modesto furtivo rural pero significará bien poco para el furtivo motorizado de nuestro cuento que, entre otras precauciones, habrá adoptado sin duda la de armarse con un trabuco de dos reales por si las moscas. En resumidas cuentas, multa e incautación del arma pueden ser sanciones complementarias, esto es, deben mantenerse, aunque proceda reforzarlas con otra especialmente dolorosa y que nada tiene de inhumana: la privación de la licencia de caza. Por no cazar nadie se muere (siquiera en mi caso admita que podría enfermar gravemente de melancolía) y de la misma manera que al conductor de automóvil reiteradamente desaprensivo o sorprendido en grave falta, se le priva del carnet de conducir, al cazador reiteradamente desaprensivo, o atrapado en grave falta, debe despojársele de la licencia de cazar. La nueva ley de Caza que estamos tratando de alumbrar, si aspira a cumplir su objetivo, debe establecer una gradación de castigos que se coronaría, ante casos de suma gravedad o de reincidencia, con la retirada de las credenciales de cazador a perpetuidad. En este sentido

— tal vez ante nuestros insistentes requerimientos — el proyecto supone un avance respecto al anteproyecto, ya que en aquél la retirada de licencia puede ampliarse a cinco años (apartado 3 del artículo 44), cuando en el anteproyecto no podía rebasar los dos (artículo 39). Si continuamos andando con el mismo garbo, es muy posible que la ley acoja esta sugerencia de la privación de licencia a perpetuidad para aquellos cazadores (?) que hayan probado palmariamente su decidida vocación de maltratar a la Naturaleza o su flagrante incapacidad para usar la escopeta como mandan los cánones. Esta es mi opinión, al menos: anular las posibilidades de actuación a todo individuo cuya peligrosidad para la mejor conservación de la Naturaleza haya sido demostrada. Estos individuos, con su contumacia en la trapisonda, están manifestando de modo fehaciente que no tienen nada de cazadores. Y entonces me pregunto: ¿qué puede importarle a un no cazador que se le anule el derecho de cazar?

Hasta aquí — pienso — todo está claro como el agua. Ahora bien, es notorio que para poner orden en el campo no basta con un papel impreso — la nueva ley — por mucha inteligencia y mucha intención que se hayan derrochado en la letra; se precisan, además, gentes — arriba y abajo — que lleven a la práctica inteligentemente las sanciones consignadas en ese papel. En pocas palabras, la ley nacerá muerta o será a lo sumo un papel mojado, si no cuenta con valedores y ejecutores en el campo. Y abocamos así al gravísimo problema de la guardería, problema que no es tal, o lo es menos, para los propietarios o arrendatarios de los grandes cotos. En estas fincas es incuestionable que cabe la venalidad, pero este es un fallo del elemento humano que puede presentarse en cualquier parte y a todos los niveles. Lo normal es que un coto mimado, cuya cosecha primordial son las perdices, disponga de un buen guarda cuando no de un buen equipo de guardas. Asunto zanjado, pues. Pero ¿y en lo libre? ¿Quién vigila los terrenos de todos? Ahí está para mí la gran laguna de nuestra ordenación cinegética y mucho me temo que con la nueva ley no vayan a cambiar sustancialmente las cosas. A este respecto convendría que el terreno libre fuera menos libre, es decir, que no sea

tan libre como para que cada quisque pueda hacer en él mangas y capirotas. El concepto "libre", como el concepto "terreno no protegido", que se empleaba en la terminología del anteproyecto, parece invitar al abuso y la trapacería. Mejor sería, yo creo, hablar de terrenos de todos y es evidente que socialmente considerada la cuestión no existen razones para que lo que es de todos esté peor custodiado que lo que es de uno. Se argüirá que los terrenos del común están bien pertrechados de tricornos y bandoleras para su guarda. Pero esto no pasa de ser una entelequia, porque, ¿qué saca en limpio la caza de tanto uniforme? No nos engañemos: nada o, a lo sumo, muy poco. El campo de acción de los civiles es de por sí tan dilatado que es imposible que en la vertiente cinegética su intervención sea sensible. Incluso no pocas veces, algunos agentes se muestran desorientados en la aplicación de la ley. (Ahora recuerdo que en el pueblecito toledano de Lillo, en primavera del 67, fui privado de la escopeta y toda la cartuchería que portaba en el coche, porque me bajé a tirar a unos rabudos, al caer la tarde, en un labajo próximo a la carretera. Mi destino estaba ocho kilómetros más allá, en la laguna del Taray, y en otro coche que nos precedía llevaba la cazadora con la licencia. Traté de hacer ver a la pareja que mi situación era legal, incluso me ofrecí a volver en diez minutos con los papeles, todo en vano. Los celadores consideraban que la ley decía "llevar la licencia encima" e interpretaban que debía ser encima de la gorra. Fue necesario que el juez fallara en mi favor para que tres o cuatro meses más tarde se me devolviera el arma que, olvidada en el rincón de una alacena, había criado herrumbre.)

Pero si los civiles no pueden abarcar tanto, dirán ustedes, aún tenemos las bandoleras, los jurados. ¡Benditas bandoleras, y benditos jurados! Si yo les dijera que el Servicio de Caza y Pesca no cuenta en toda la provincia de Valladolid — donde vivo — más que con dos guardas oficiales que han de hacer al río y al monte, no lo creerían. Y, sin embargo, así es. Dos guardas cicateramente pagados, pobremente pagados, que paradójicamente custodian una "riqueza nacional". Aparte estos custodios oficiales, tengo entendido que alguna sociedad cinegética bien orginazada — ¿Medina de Rioseco? — dispone de

propia guardería; mas, en conjunto, las tierras de todos en la provincia de Valladolid apenas cuentan con cuatro o cinco bandoleras para velar por la caza. ¿Adónde iremos a parar con tan menguados recursos? Yo agradezco a los redactores del proyecto de ley la modificación que han introducido — probablemente siguiendo mi sugerencia — con respecto al anteproyecto, en el sentido de juramentar a los cazadores de más limpio historial en cada provincia para que puedan echar un parche al actual desamparo (artículo 40, apartado 4), pero esto no puede ser sino una medida circunstancial. Hacen falta guardas y hace falta que estén decorosamente retribuidos para que en los terrenos libres no proliferen impunemente la camama y el fraude.

Parece de cajón que en esta custodia que tanto nos interesa a los cazadores debamos participar los cazadores; así sí es admisible el incremento del precio de la licencia de caza. El dinero de la caza debe revertir a la caza. Entonces podríamos disponer de un servicio de guardería amplio, montado y motorizado, que controlase lo libre e impidiese la vergonzosa actividad de los desaprensivos. Con este fin, quizá fuese la mejor solución — aunque yo por instinto sea enemigo de todo asociacionismo forzoso — la inserción obligatoria de cada cazador en una sociedad cinegética, la que sea, y a través de estas entidades, analizar las exigencias del campo y ver, entre todos, de arbitrar las soluciones que mejor cuadren. Todo antes que permitir que los terrenos libres lo sigan siendo para la trapisonda en la impunidad.

## XVIII

### LOS RIESGOS DE LA IMPROVISACIÓN

EL desconocimiento en asuntos de caza — ya lo dije anteriormente — puede ser todavía más nocivo para ésta que la imprudencia, la vesania y la mala uva. Muchas veces las gentes en el campo hacen las cosas mal ignorando que están mal hechas. Por otro lado, el Estado, hasta hoy, se ha preocupado poco o nada de ayudar a la Naturaleza, salvo alguna que otra prohibición cuyo enunciado ni siquiera llega al pueblo o, si llega, no cuenta con un celador que la haga valer. Pocas veces podrá darse un desasistimiento tan pronunciado, pongo por caso, como el que hoy se advierte en nuestros Servicios de Caza y Pesca. En cualquier país organizado, tales Servicios disponen de una serie de medios para investigación, equipos, lucha contra pestes, guardería, etc. Aquí, en el nuestro, estos Servicios son poco más que un hombre que intenta llenar con entusiasmo su carencia de medios, de atención y de dinero. Lo acaecido con la mixomatosis, por ejemplo, es lamentable. ¿Qué se ha intentado para contrarrestar esta matanza del doctor Delille? ¿Se ha pagado a algún laboratorio, a algún equipo, a algún biólogo para que luche contra esta peste, para que ayude en la medida de lo posible a superarla? En rigor, no lo sé, pero los indicios son negativos. Afortunadamente, el conejo es duro de pelar y pese a su eclipse total durante años, el indino empieza a rebullir de nuevo. Y uno, que dista mucho de ser biólogo, ni siquiera un cunicultor, ha observado, sin embargo, que las recidivas de la mixomatosis coinciden con las canículas estivales, cuando los mosquitos proliferan. En cambio en zonas frías, poco mosquiles, la peste no ha alcan-

zado ni con mucho las proporciones catastróficas de las cálidas y húmedas y además en ellas la especie se recupera antes. Esto, me parece, es un hecho comprobado. Pues bien, ¿no podrían establecerse o estudiarse unos planes de fumigación que ayudaran al gazapete ibérico a recobrarse del desastre? ¿Ha pensado alguien siquiera que protegiendo al conejo se protege a la perdiz? El actual ocaso de la patirroja en la mitad norte de la península viene impuesto en buena parte por la falta de conejos, ya que antaño los gazapos que poblaban mohedales, montes, pinares, bosques y sotos de nuestros ríos, distraían un alto porcentaje de la pirotecnia cinegética del país. Bueno, pues a pesar de ser designada la caza como una "riqueza nacional", la preocupación por conservarla no puede ser más pobre. Aquí las riquezas nacionales se dilapidan, se consideran poco menos que como un maná que terminarán el día que el cielo deje de favorecernos con ellas. La plata de América, para entendernos.

En otro orden de cosas relacionadas con la cinegética, rige igualmente la improvisación. Recordemos la utilización de venenos en el campo. Ciertamente es que determinados tóxicos están reglamentados y requieren para su empleo una autorización especial, pero otros — verbigracia, los topicidas — se expenden en las farmacias y según mis informaciones sin serias dificultades (hace unas semanas, un campesino burgalés se suicidó ingiriendo un puñado de estos polvos que ayudó a pasar con un buche de agua en la fuente del pueblo, como quien toma bicarbonato). Bien, puestos estos topicidas, como las bolitas que otros emplean para eliminar urracas, suelen contener estricnina y al matar a unos animales — nocivos, en principio — iniciamos una cadena que nadie sabe dónde y cuándo puede concluir. Mas ¿quién se interesa aquí por la ecología? Las relaciones de causa a efecto en el campo apenas las conoce nadie fuera de los biólogos, pero lo que no hará tampoco nadie, porque para algo España es diferente, es confesar su ignorancia. Aquí, en España, el campesino practicón se niega a aprender nada en los libros. Él lo sabe todo y no ha nacido quien pueda enseñarle algo relativo a su quehacer. En lo atañadero a los pájaros o a los mamíferos les sucede otro tanto. Este pájaro es bueno porque se come los insectos y aquel es malo porque



se come las palomas del palomar. Y nadie los sacará de ahí. Los ejemplos son infinitos, pero ya que hemos hablado antes de la urraca continuemos con ella. La urraca, o la pica, o la picaza, o la marica, o el picazo, o la pega, es ese pájaro de luto aliviado y larga cola que suele encaramarse en los cabones de los barbechos y emitir un galleo triunfalista y satisfecho. Es pájaro de pico fuerte — familia de los córvidos — sumamente voraz y un terrible destructor de nidos y polladas de otras aves. Pues bien, la picaza tenía hasta hace pocos años un habitat muy definido: la meseta. Yo recuerdo aún que cuando de niño subía en automóvil a Molledo-Portolín, en la provincia de Santander, una de las notas que definían el cambio de paisaje era la progresiva desaparición de cuervos y urracas a medida que progresábamos hacia el Norte. La frontera podía establecerse entre Alar del Rey y Aguilar de Campoó: al sur, córvidos; al norte, no. Otro tanto ocurría subiendo hacia Burgos. A partir de Burgos capital, la pega raleaba y en el páramo de Masa no había ya indicios de ella. Hoy, en cambio, la marica ha desbordado las viejas fronteras, han franqueado los páramos y valles de la Castilla del Norte, las estribaciones de la Cordillera Cantábrica y está llegando al mar. ¿Qué ha sucedido? Sencillamente que el hombre que hoy lamenta su expansión le ha abierto la puerta sin darse cuenta. ¿Cómo? Destruyendo al azor. Al azor se le ha buscado para adiestrarlo en la cetrería. (Rodríguez de la Fuente lamenta ahora seguramente haber publicado una obra sobre arte tan noble imbuyendo en cabezas hueras ideas desproporcionadas a sus posibilidades.) Los rece-los del campesino frente al azor estaban por otra parte justificados. El azor, pájaro agresor y cruel, devoraba palomas de sus palomares. Esto era lo que veía y lo que le afectaba. La otra cara del asunto la desconocía. Que el azor fuese un guardián fronterizo, como se le decía, se le antojaba cuestionable y le tocaba más de lejos. Y sin embargo es así. El azor frenaba la expansión de los córvidos, como los halcones frenan la de los estorninos, que suelen desplazarse en grandes bandos. Hoy día, los habitantes de esa faja norte-centro donde se inician las Montañas Cantábricas y cuyos jalones podrían establecerse en Miranda de Ebro, Sedano, Aguilar de Campoó, Cistierna y



Villablino, en las provincias de Burgos, Palencia y León, se duelen de los destrozos causados por los estorninos, no sólo en la fruta, sino en los tejados de las casas y palomares donde acostumbran a formar colonias. Si durante años las gentes que salen al campo con la escopeta no se hubieran dedicado a abatir rapaces (con tan buena fe que no pocas veces se presentaban a las Juntas contra Animales Dañinos con el propósito de cobrar unas pesetas) hoy no tendrían que condolerse de algo de lo que solamente ellos y quienes hace años rigieron los destinos de la caza son responsables. A la vista de estos ejemplos — que repito tienen infinitas variantes —, se hace evidente la necesidad de enriquecer a la Dirección General de Caza y Pesca y los Servicios Provinciales con medios y recursos propios, a la vez que se da entrada en ellos a equipos de biólogos especializados en estas cuestiones. Yo recuerdo que en América, el simple desvío de un tramo de carretera, cuanto más la desecación de un pantano o una laguna, requería una serie de reuniones previas de científicos — geólogos, biólogos, zoólogos, etc. —, cuyas decisiones, con vistas a mantener el equilibrio ecológico de la zona, eran rigurosamente respetadas por los equipos técnicos encargados de la ejecución del proyecto. España puede ser diferente, pero, por favor, no tanto. Y el hecho de que un señor con tres títulos universitarios pueda jactarse de haber abatido un pájaro con la nariz ganchuda creyendo haber realizado una proeza, no dice mucho en favor de “nuestras diferencias”. Es indispensable que nos organicemos, dejando el menor margen posible a la improvisación. Los reglamentos sobre alimañas y predadores deben ser inmediatamente revisados. Y el apartado a) del punto 1 del artículo 43 del proyecto, suprimido, ya que nunca está justificado el uso de venenos cuyos efectos destructores en el campo rebasan ineluctablemente los límites previstos. Desgraciadamente la Naturaleza en España ha dejado de ser natural para su destrucción, pero se pretende que se recupere de los destrozos ocasionados en ella por el artificio: técnica, abonos, insecticidas, detergentes, residuos fabriles, etc. Tal actitud, de una inconsecuencia dolorosa, no puede conducirnos sino al desastre.

## XIX

### CEPOS Y ALIMANAS

**A**CABO de leer en "El Norte de Castilla" una crónica de su corresponsal en Cuéllar (Segovia) en la que informa de la obstinada lucha de los cazadores de aquella villa contra las alimañas y del alentador saldo de las cuatro últimas batidas: 18 raposos, lo que hace un promedio de casi cinco raposos por batida. En lo que va de temporada y hasta los primeros días de enero, estos hombres han destruido 52 alimañas que añadidas a las 90 presas logradas la temporada anterior hacen una cifra de respetable bulto. Esto supone que el español, una vez quebrado su recalcitrante individualismo, está en condiciones de afrontar con éxito meritorias tareas de interés común. La meta de los cazadores cuellaranos apunta a librar a sus campos de alimañas, pero llegado el caso podríamos encontrarnos con análogo problema al planteado en el capítulo anterior al tratar de las rapaces de la Castilla alta. Quiero decir que el equilibrio ecológico es esencial para la caza y que posiblemente aniquilando a los zorros en una determinada zona no conseguiríamos el incremento en caza que cabía esperar de tan drástica medida. La alimaña, por una parte, es perjudicial pero, por otra, favorece, al barrer, por ejemplo, de los contornos animales tocados por enfermedades — los más fáciles de aprehender — con lo que evita su propagación y posibles epizootias. Este es el lado beneficioso que no conviene olvidar. Plausible es, por tanto, la lucha contra las alimañas pero siempre dentro de una medida; en esto, como en todo, podemos pasarnos de la raya y entonces el remedio podría llegar a ser peor que la enfermedad. Si lo que los mozos de Cuéllar están

realizando es sacrificar el exceso de raposos y otras alimañas en la comarca, bienvenidas sean sus batidas, mas para evitar la desmedida convendría asesorarse del consejo de algún científico u organismo previsor.

De todos modos, los cazadores segovianos están actuando contra la alimaña como se debe actuar, esto es, a tiro limpio, puesto que el veneno, como vimos, ofrece sus quiebras, y la trampa y el cebo en estas tierras abiertas de Castilla comportan más riesgos que ventajas. El cebo suele ser útil, incluso indispensable, en topografías foscas y abrigadas, donde los pasos y veredas de la alimaña son notorios para el trampero de oficio. En la Castilla llana, de labrantíos, perdidos y monte bajo, yo no aconsejaría el cebo ni para descartar los conejos.

—Oiga, ¿y qué tiene usted contra el cebo, si no es indiscreción?

Pues verá usted. Durante años he cazado en varias fincas coincidiendo con la actuación de los conejeros (sabido es que en los lugares donde se pretende eliminar el conejo lo que se persigue es proteger a los sembrados) y he podido comprobar con mis propios ojos la enorme facilidad con que la perdiz es atrapada por el cebo. Por sabido, la comprobación ha sido inmediata y directa, es decir, para ser más claro, yo he encontrado en las ballestas dispuestas para el conejo, más perdices que conejos. Naturalmente esta contrariedad se obviaría en parte si los cepos, como es de ley, se tendieran a última hora del crepúsculo vespertino y se levantarán a primera del matutino. Pero ¿quién hace esto así? Por otra parte, durante los tres últimos lustros, en que la ausencia de conejos ha sido casi total, uno no se explicaba cómo el trampero seguía con su negocio, siendo así que estos hombres no suelen trabajar por jornal, sino a cambio de las piezas cobradas. En esta época de que hablo ha habido años en que un conejero habilidoso, incluso sabio en su oficio, no podía atrapar — aun manejando un centenar de artilugios — más allá de media docena de gazapos diarios y de esa media docena, tres, a buen seguro, andarían pustulosos y purulentos debido a la mixomatosis, o sea, resultaban comercialmente inútiles. Entonces, ¿qué? ¿Trabajaban por amor al arte? ¿Por amor al campo, si no? Eviden-

mente, ni una cosa ni otra. Y la única explicación convincente en estas zonas perdiceras de Castilla, es que el trampero encontraba la compensación a su esfuerzo en la patirroja. (A base de mala fe, levantando setos o bardizas en la raya de los montes, con pequeños huecos interpolados para colocar los cepos, y empujando — oseando — las perdices con calma desde las siembras, las perchas podían resultar opíparas y, consecuentemente, el descaste de conejos en la finca podría llegar a convertirse en un no deseado descaste de perdices. Naturalmente yo no señalo con el dedo. Ni siquiera digo que nadie haya hecho una barbaridad semejante, pero sí digo que puede hacerse, si se quiere, y aun que, si se tercia y pese a mi escasa maña para estas cosas, hasta me comprometería a hacer una demostración.) Por ello, yo aconsejaría a quienes pretendan mantener a raya al conejo o descartarlo que no apelen a los cepos. El hurón es mil veces más eficaz, mucho menos arriesgado y mucho más divertido. Con buenos bichos y unas escopetas o unas redes se conseguirán, sin disputa, unos morrales de más enjundia que a base de ballestas y, por sabido, sin el menor daño para la pluma.

Para mí, el cepto debiera reservarse para la alimaña, en sitios enmarañados y hoscós — donde no haya riesgo para la caza mayor y la perdiz no acostumbre a refugiarse — y, naturalmente, para ser colocados al anochecer y levantados así que amanece Dios (estos cepos son muy peligrosos para los niños e incluso para los adultos). De esta forma los emplean, y con buen éxito, en tierras de Sedano (Burgos) y en Maello (Ávila).

A mí siempre me han fascinado los tramperos — reminiscencias, quizá, de mis lecturas de Zane Grey y Oliver Curwood —, verlos actuar con ese sexto sentido que les permite intuir las encrucijadas, las noches apropiadas, los puntos de fuga y de refugio del animal herido. Por supuesto, también me atraen las alimañas, su hurañía montuna, sus vivas pupilas cruzadas de astucia y sabiduría, su intuición para eludir el peligro. De aquí que sea muy capaz de pasarme horas enteras de charla con Pedro Santamaría, el de San Felices de Abajo; José María, el Andalúz; Ángel, el guarda del Rudrón, o Santiago, el de Práxedes. Ellos saben de estas cosas de alimañas

más que nadie. A ellos debo algunas de las pieles que colecciono en mi refugio de Sedano: gato montés, tejón, raposo, garduño, jineta, turón, etc. Sin otra escuela que la experiencia, ellos han aprendido a desollar los animales, salvando incluso la mano o la pata magulladas por el hierro, orearlas colgándolas de una encina o un nogal para que no se pudran y adherirlas, luego, a la pared encalada de la cuadra con cuatro puntas (mis hijos suelen emplear el bórax para eliminar toda posibilidad de descomposición). Por Santiago, el de Práxedes, conozco la añagaza — difícilísima — de remedar la chilla del conejo para atraer al raposo, o que el tejo es, de entre las alimañas, la más sagaz. El tejo camina con pasos cautelosos y allí donde observa la tierra movida, da una voltereta y hace saltar la ballesta con el lomo, la parte más ancha de su cuerpo, donde el cepto no puede morder. Por Pedro, el de San Felices de Abajo, y José María, el Andalúz, sé de las veredas de la alimaña, en el monte o junto al río, entre la fronda, de sus cubiles o de sus huellas. Por Ángel, el guarda del Rudrón, he aprendido, en fin, el arte de domesticar un garduño, de forma que éste conviva y juegue con los niños — a quienes chupetea cariñosamente el lóbulo de la oreja —, respete a las gallinas y haga buenas migas con el perro, con quien, llegado el caso, es capaz de compartir la caseta. El garduño de Ángel fue atrapado de cachorrillo a orillas del río, y su domesticidad, al cabo de un año, está tan desarrollada que, a falta de compañía, en la época de celo escapa al monte y de madrugada regresa al hogar como si tal cosa. Conducta análoga observan algunos zorros cautivos o, mejor dicho, raposos adaptados a la vida doméstica. Diría más, en una granja de la provincia de Valladolid, he visto deambular un lobo por el corral tal que si se tratase de un perro guardián. Estos experimentos, que el biólogo austríaco Konrad Lorenz ha llevado a extremos increíbles, envuelven evidentemente sus riesgos, ya que, a veces, a estas alimañas enervadas les brota inesperadamente el bravío y entonces son capaces de cualquier tropelía (el lobo de que hablo más arriba acometió una noche al rebaño alojado en un redil vecino, y ejecutó a ocho ovejas).

El conocimiento de las alimañas requiere mucha observa-

ción y, en consecuencia, unas dosis de paciencia infrecuentes. Desde luego no se trata de seres pérfidos, sino de bestezuelas que tienen hambre y que por su instinto entran en ese terrible juego, tan viejo como el mundo, de que el pez grande se coma al chico. Pero, de ordinario, se las desconoce o a lo más que se llega es a saber que son voraces y que de modo inmediato constituyen una amenaza para la caza. Es obvio, empero, que la alimaña desempeña una función en el campo por lo que las Juntas para la destrucción de Animales Dañinos deberían reorganizarse bajo una dirección más científica, que evite no sólo los palos de ciego, sino que los presuntos beneficios que derivan de su actuación puedan trocarse mañana en reveses.

## LA SOLEDAD DEL CAZADOR A RABO

EL otro día le preguntaban a Carlos Valverde cuál era a su juicio la manera pertinente de aprender a cazar, en el sobrentendido de que cazar no es simplemente apretar el gatillo y soltar tiros. La respuesta de Valverde fue contundente: salir al campo, una y otra vez, a solas con el perro. Yo estoy de acuerdo con Carlos Valverde y aún iría más lejos que él para afirmar que la caza en solitario quizá no sea la más divertida, pero como tal caza sí es, sin duda alguna, la más decantada. Trataré de explicarme. En las grandes batidas, en las que la percha empieza a estimarse a partir del primer millar, el tiroteo suele compaginarse con el whisky, los naipes y la caza de cargos o de amigos. La perdiz o el venado quedan así relegados a la condición de pretextos. La cita campera es una mera disculpa para cumplir o para plantear un negocio en terreno abonado. Por añadidura, la diversión en estos casos no la depara solamente el fenómeno cinegético, sino que hay que apelar al póquer o al alcohol para aliviar los entreactos con objeto de que la temperatura no decaiga.

Si nos desplazamos de las grandes batidas a las modestas cuadrillas de cazadores en mano, convendremos en que si la amistad está sólidamente apuntalada en la confianza, la excursión nunca defrauda, supuesto que el hermetismo del campo en los días negados queda suficientemente compensado por el taco y las parlas al abrigo, la comida comunitaria con recuerdos de mejores días y las chanzas y pullas que se cruzan entre las escopetas. Esto es, hay jornadas en que no se disparan más que las bocas y las botas, pero estos disparos suelen



ser tan sabrosos como los que proceden de los tubos de nuestras armas. A mal tiempo, buena cara.

Por contra, el cazador en solitario no puede recurrir a sucedáneos. Está a solas, entre el cielo y la tierra. Con la escopeta entre las manos y el perro a la vera tiene el mundo entero por delante. Hay quienes no comprenden cómo un hombre puede divertirse en semejantes condiciones. Para ellos, soledad y aburrimiento son términos sinónimos. El hecho es real y preocupante particularmente cuando el mundo moderno está amenazado (?) por una progresiva ampliación del ocio. El ocio es como un odre vacío. Si no nos preocupamos por llenarlo sobreviene la flaccidez y el desmayo. De aquí que el problema de la soledad sólo lo sea para aquellos que no saben acompañarla, que desconocen lo que puede representar un libro, o un buen disco, o la misma Naturaleza para resolver estos vacíos, estas disponibilidades de tiempo. Para éstos, evidentemente, no se inventó la caza a rabo en solitario. Para ser cazador en solitario es requisito indispensable no temer a la soledad y, en segundo término, tener sensibilidad para la Naturaleza. El campo — aun el mismo campo — nunca se repite. Sucede igual que con las aguas de un río, pueden parecer las mismas, pero son otras. El cazador en solitario que me lea, sabe que esto es cierto. Y como quiera que ese campo — tan familiar para él, quizá, como su propia casa — está jalonado de incidencias cinegéticas susceptibles de ampliarse hasta el infinito, la tensión expectante del cazador solitario no decae nunca. Ortega, como sabemos, llega a la conclusión de que el cazador es un hombre alerta. Esto es exacto. Ahora bien, para ser un hombre alerta, para serlo enteramente, sin servidumbres, hay que estar solo. Esto presupone que únicamente el cazador solitario es un hombre en situación de libertad sin cortapisas, capaz de crear su propio destino, sea éste favorable o desfavorable.

La compañía en la caza exige por parte del cazador una disciplina: mandar u obedecer, acomodar el paso, subir o bajar, abrirse o cerrarse, adelantarse o retrasarse, volver la mano o aguardar a que la vuelvan los demás. Sea director o simple ejecutor de órdenes ajenas, el cazador acompañado es un ser en dependencia, todo lo grata y amistosa que se quiera pero

dependencia al fin (el mismo hecho de disparar sobre la pieza está ineludiblemente condicionado por otras presencias). El cazador en mano (o en ojeo), aunque sea de modo instintivo, cuenta siempre con "los demás", antes de oprimir el gatillo (y al que no lo haga, mejor sería dejarlo en casa); así, esperará a que la perdiz se repulle, o a que la liebre se distancie de la línea de escopetas, pero jamás hará fuego a tontas y a locas. El cazador aislado, disfruta, por ende, de una dosis más fuerte de libertad que el cazador en batida o en mano. La táctica prevista puede quebrantarse, y de hecho se quebranta, cuando uno navega por el campo sin testigos, y, ante las opciones constantes que la Naturaleza brinda, uno puede dar entrada al capricho y la corazonada. Hollar un carrasco, arrimarse a unas encinas donde uno sospecha que sesteaa la torcaz, pisar la linde de la siembra con el monte, patear una junquera, son apertencias que van surgiendo sobre la marcha y que el cazador aislado puede satisfacer sin romper ni retrasar la mano, esto es, sin perjuicio para nadie. La caza en solitario colma las ansias de libertad que subyacen en el corazón del hombre. Pero además, la comunión con la Naturaleza tórname de esta manera total. El discreto crujido del viento en el roble, el misterio de la bruma levantándose, la caricia del sol, el graznido lejano de las grajillas, la nube cenicienta desplazándose sobre el cielo azul, cobran un sentido para el cazador, le dicen algo, son piezas de ese cuadro total que anima la conciencia de la plena libertad y la espera, siempre latente, de que la pieza se arranque. De esta manera la grave quietud del monte de encina se acentúa, y acrece el misterio — biológico — de la gran nava a nuestros pies. El cazador, en situación semejante, tiene la sensación de estar inaugurando el mundo.

Por supuesto, el cazador a rabo, en solitario, ha de renunciar a muchas cosas. Una escopeta sola jamás podrá batir mucho terreno, ni aspirar — de no ser extremadamente joven y fuerte — a fatigar a las perdices en un navazo o una ladera. Las aspiraciones del cuarentón en solitario deben ser más modestas: el pelo, la cerceta en una charca, la paloma descuidada y, en su caso, la perdiz a la asomada, en un breñal, o amodorrada por la canícula. Cazar a solas es la mejor manera de demostrar

que cazar a salto no sólo es cuestión de andar, sino, sobre todo, de hacerlo a ciencia y paciencia. No hay que decir que la caza en solitario que no tiene igual es la de la codorniz. Agarrar un lindero con calma y seguirle paso a paso, pendientes de la nariz del perro, de sus piques, de sus indecisiones, y de sus muestras, es uno de los más grandes placeres que aún nos puede deparar la escopeta. Yo jamás olvidaré aquellas tardes en los páramos de Quintanilla de Abajo, con mi padre, cuando la escopeta no era todavía un signo de distinción, y aquel perrazo rojinegro, el "Boby", con una nariz de aquí a Lima, merodeando entre los majanos y las morenas, curioseando aquí y allá, el morro en el suelo, para concluir en una muestra escultural. Mi padre le azuzaba y yo — muchas veces su único acompañante y con diez años desarmados — aguardaba con el corazón en la garganta el "biiir" del pájaro y la detonación de la escopeta. Luego, el "Boby" traía la codorniz suavemente entre sus poderosas mandíbulas, sin magullarla, y abría la boca tan pronto uno la reclamaba. A veces, ahora, en la soledad total de los páramos burgaleses, entre los rastros crepitantes del atardecer, mi perrita "Dina" a la vera, vuelvo a experimentar la misma sensación de plenitud de entonces y es como si mi padre y el "Boby" no hubieran muerto y el tiempo se hubiese estancado y no hubieran entrado en uno el dolor, ni la angustia, ni el desengaño.

En todo caso, la soledad del cazador nunca es total si, como es de rigor, se acompaña de su perro. Hay que convenir que nunca se humaniza tanto un perro como cuando está en la inmensidad del campo a solas con su dueño. Yo he comprobado que el mismo perro se comporta de muy distinta manera cazando para uno que cazando para un grupo. Es más, tengo la impresión de haber destrozado canes de raza de muchas posibilidades por haber tratado de iniciarles cazando en cuadrilla. Perro para varios es perro que se disipa; por querer estar en todo, no está en nada; corretea de ala a ala, se fatiga inútilmente y termina por perder el resuello y, en ocasiones, hasta la afición. Yo jamás recomendaría iniciar a un can cazando en grupo, aunque luego, ya enseñado, y aunque nunca sea un ideal, pueda hacerlo. De hecho, el perro se torna espe-

cialmente inteligente y sensible no multiplicándose, cazando para uno y, mejor aún, cazando a solas con uno. Únicamente en estos casos la comunicación es total y la concentración del can absoluta. Si los ojos de un perro pueden llegar a hablar — y esto es incuestionable particularmente tratándose de perros de caza — esto sucederá cuando él y su dueño, mano a mano, patean el monte o los rastrojos sin testigos. En este punto, puedo hacer una observación interesante que prueba hasta qué extremo es exacto lo que afirmo. En varias ocasiones en que los miembros de la cuadrilla han derribado una perdiz alicorta, la “Dina”, mi perrita, se ha negado a cumplir su obligación de buscarla o lo ha hecho de mala gana. Entonces hemos recurrido a un ardid: seguir la mano como si nada ocurriese mientras yo, con la perra, aguardaba a que se alejasen. Tan pronto los he perdido de vista he estimulado al animal a buscar el pájaro abatido. Mano de santo. Eliminada toda posibilidad de distracción, concentrada en su quehacer, la perrita ha dado con la perdiz alicorta en menos de cinco minutos. Ante esto no cabe duda de que para sacar a un perro ventor todo el rendimiento posible — y con mayor motivo si se trata de un can joven — hay que evitar hacer de la caza una romería, cosa muy difícil en ciertos momentos tratándose de una mano dilatada en la que nunca falta un chungón.

A mi juicio, insisto, la caza a rabo, en soledad con el perro, es la caza químicamente pura, si bien admito que de esta manera se despoja a la faena de alicientes no despreciables que, aunque en otro orden de cosas, también resultan compensadores.

## LA RESURRECCIÓN DEL CONEJO

UNO de los temas de mayor interés para el cazador menor — y el adjetivo viene determinado, una vez más, por el tamaño de las piezas que caza — lo constituye el futuro del conejo. ¿Qué va a ocurrir con el conejo? ¿Cederá algún día totalmente la mixomatosis? ¿Habremos de pechar eternamente con sus reliquias? Es de pata de banco que el futuro del conejo únicamente podremos predecirlo partiendo del presente y relacionándolo con el inmediato pasado. En este sentido, hace tres años, creo que en 1967, experimenté una gran satisfacción al traducir el libro “Alegrías de la caza” y leer, en el apartado referente a este roedor, que en muchas regiones francesas la demografía conejil se reconstruía a pasos agigantados e, incluso, en algunas zonas había alcanzado la población normal. La noticia me llevó a pensar, en buena lógica, que la mixomatosis empezaba a ceder precisamente donde primero se manifestó y que lo mismo que la propagación de la enfermedad fue incontenible y salvó los Pirineos sin grandes dificultades, la recuperación seguiría el mismo itinerario y con la misma rapidez. Y si es cierto que desde hace algunos años empiezan a verse conejos por los bosques y montes españoles, no lo es menos que las recidivas periódicas merman implacablemente la población conejuna, particularmente durante la calorina estival. Ahora bien, comparando en cifras globales los morrales de los últimos años con los de hace diez, habrá que concluir que las esperanzas de recuperación son legítimas. Desconozco lo

que otros cazadores a salto podrán manifestar al respecto (\*); por mi parte puedo afirmar que si durante años, alrededor del 60, el conejo fue una pieza totalmente inédita — y cuando se cobraba uno era un enfermo —, en las últimas cuatro temporadas mi carnet, si no en abundancia, sí indica al menos la existencia de este animal. (Tengamos en cuenta que las cifras que registro no se refieren a unos mismos cazaderos, pero sí a la provincia de Valladolid y limítrofes, puesto que rara vez salgo de estos contornos.) Así resulta que en la temporada 1965-66 cobré 6 conejos; 9 en la temporada 1966-67; 8 en la siguiente, y otros 6 en la anteúltima. Si consideramos que en los años anteriores el conejo estaba a cero — en 1 ó 2 las temporadas que pintaron oros — y que el número de piezas que suelo cobrar en una temporada ronda el centenar — con escasas diferencias dentro de la normal propensión a descender — convendremos en que el conejo empieza a hacerse resistente a la peste o, como suele decirse, empieza a levantar cabeza.

Hoy escribo, recién concluida la temporada 1969-70, a impulso de un efervescente optimismo, ya que el último día de la temporada, entre la maleza de la ribera del Duero, en los pinares de San Miguel, mi hijo y yo hemos levantado docena y media de gazapetes — aunque sólo hayamos podido tirar a dos — en menos de una hora. Evidentemente esta es una noticia cinegética estimulante, que viene a confirmar que el conejo durante el año que corre ha hecho notables progresos en la Meseta, observación ratificada por el hecho de que el número de los abatidos por mí en este lapso suba a la cifra de 14 (en términos generales el doble de los derribados en las cuatro anteriores temporadas). Si nos atenemos, pues, a las estadísticas — aunque ya sé cómo se fabrican las estadísticas, entiendo que esta mía es inequívoca — resulta que tras la peste que durante años nos dejó bocas, se ha acusado una recuperación indudable, estacionada a lo largo de cuatro o cinco temporadas, y acentuada

(\*) Después de redactado este capítulo, recibo una comunicación espontánea de D. Onofre Camp, técnico de "La Colla els vuit conillaires", de Barcelona, en la que se me dice que el número de conejos cazados por la Peña durante la última temporada, en diversos cazaderos catalanes, asciende a 1.390, lo que quiere decir que mi optimismo respecto al futuro de este simpático animal no es infundado. (N. del A.)



visiblemente en la última. Los datos que consigno pueden, evidentemente, representar la iniciación de una nueva etapa hacia la normalización total, pero pueden constituir también una mejoría episódica, debida a las circunstancias climáticas (no olvidemos que el mes de agosto de 1969 fue sensiblemente lluvioso y frío, de tal manera que el mosquito, principal agente propagador de la mixomatosis, si no desapareció, sí deplegó una actividad muy enervada, al menos en relación con un agosto normal). Sin embargo, dadas las favorables noticias que nos llegan de Francia y Cataluña, yo me inclino a pensar que la recuperación apuntada no es circunstancial, sino que responde al proceso de reabsorción y tendencia a la estabilidad que subsigue a los períodos de peste más virulentos, hecho patente en las epizootias que afectan a todas las especies, incluso a la humana.

De otro lado, no es lícito tampoco comparar mi morral de 14 conejos en una temporada con el que podría conseguirse, por ejemplo, en los años 40, para sacar la conclusión de que andamos aún muy lejos de la normalidad total. Hacer tal cosa no sería jugar limpio o sería, en el mejor de los casos, una deducción impremeditada, ya que hay que sopesar y valorar muchos factores. En primer término, el cazador no se dedica hoy al conejo (aquí no dudo en afirmar que dedicando al conejo las veinte excursiones que tengo anotadas en la temporada última, no hubiera necesitado mucho esfuerzo para llegar al centenar, por supuesto a costa de la perdiz, la torcaz y demás pluma). El cazador ha perdido además el hábito del conejo, del tiro al conejo, a saque de escopeta en un pasillo inverosímil. Antes había expertos tiradores a tenazón que partían con el campo. Ahora, las nuevas generaciones no conocen siquiera este tiro y las pasadas o se han enmohecido o, como digo, han perdido la costumbre; en una palabra, no saben.

En este aspecto considero oportuno registrar un hecho sumamente expresivo. Uno de los ratos que he dedicado este año al conejo, lo hice deliberadamente en una ladera poblada de jaras y sardones, recién batida por una mano de cuatro escopetas. Éstas iban fogueando con discreción — perdices, torcaces, liebres — pero cuando, ya de regreso, me topé con ellos, me



comunicaron que no habían cazado un sólo gazapo y apenas si habían visto dos. Pues bien, yendo tras ellos, en solitario, en apenas un par de horas, eché al saco tres conejos, erré otros tres y me faltaron reflejos para tirar a otros cinco. Esto significa tanto como que no salimos a conejos que ya no sabemos cazarlos. Yo que de niño acompañaba siempre a mi padre a un monte conejero, aprendí entonces que el gazapo es la pieza más perezosa y renuente de cuantas pueblan nuestra topografía. De no contar con un perro enseñado, el conejero tiene que aprender a andar despacio y a registrar mato por mato. Y aquí no vale — no vale al menos en multitud de ocasiones — la patadita o la piedra a la mata. Hablo, claro está, de hechos comprobados personalmente. En una carrasca de no más de tres metros cuadrados y un palmo de altura me he detenido después de pisarla y sólo al cabo de veinte o treinta segundos de estar allí parado como una estatua, el gazapo ha brincado de entre mis pies. Una espera semejante me han exigido tres o cuatro veces otros tantos conejos amonados en los tomillos de unas escorrentías. El conejo es el animal que con más gusto coge la cama y más a regañadientes se despega de las sábanas. Su encame es muy gustoso e indolente.

Estas dificultades aumentan con la progresiva desaparición de los perros conejeros. En estos años han pasado dos o tres generaciones de canes sin conocer al conejo. (En un ayer no demasiado remoto cazaban conejos — yo los he visto — hasta los perros sabuesos y los ratoneros y nada digamos de los perros de los pastores.) De esta manera se hace menos perceptible la recuperación de este bicho; los perros apenas sacan ahora conejos. Han perdido la afición por meterse en las matas, puesto que las matas, deshabitadas durante años, ya no les tientan; no les brindan el menor atractivo. Habrá, pues, que reeducar a los canes o educar a los nuevos en la caza del conejo, al tiempo que nos reeducamos nosotros — los cazadores — en el tiro a tenazón, o educamos en el mismo a nuestros hijos. Porque esto del tiro del conejo se complica también con la pérdida del interés económico de las cortas. El carbón de encina está englobado en la crisis general del carbón. En los pueblos, las glorias, y en las capitales, el gas y la electricidad, están relegando el

uso del carbón. Hace poco tiempo, los montes de encina en Castilla se dividían en catorce partes y cada año se cortaba una de ellas, puesto que la mata tardaba catorce años en rehacerse. Entonces la corta dejaba al propietario sus buenas pesetas, tan buenas que con un monte de mil hectáreas, sin otro beneficio que la tala — y acaso la bellota —, era posible vivir como un duque. En la actualidad, casi cuesta dinero cortar el monte. Y entonces resulta que los sardones crecen y ensanchan, con lo que el habitat del conejo mejora de condiciones tanto como empeoran las condiciones en que el cazador puede tirarlo. (Ya era hora de que a la caza le ayudase alguien.)

En resumen, por lo que he visto a lo largo de la última temporada, creo que el conejo está dispuesto a volver por sus fueros (¡y hay que ver lo que alegran los gazapetes un monte de encina!) y de no darse una recidiva violenta, al año próximo comprobaremos la escalada iniciada hace cinco temporadas y acentuada notablemente en ésta. Convendría, además, por la cuenta que nos tiene — para dar un respiro al menos a la martirizada patirroja — volver a prestar atención a la caza del conejo, que carece sin duda de la calidad competitiva, de auténtico duelo, que plantea la de la perdiz, pero que, a buen seguro, también encierra su fascinación y su encanto.

## XXII

### EL PRIMER DOMINGO DE VEDA

EL primer domingo de veda para todo cazador que sienta el oficio es un día difícil de capear; el cazador no sabe qué hacer con su sobrante de energías, ni cómo disipar las toxinas almacenadas en su organismo a lo largo de la semana. El primer domingo de veda, el cazador, según suele decirse, se queda como sin sombra. Urge, por tanto, buscar un sustitutivo, cosa no sencilla cuando la familia aguarda precisamente este día para reincorporar el pródigo al hogar. Ante tamaña tesitura, uno que, al igual que la cabra — y ustedes disculpen —, tira al monte pero también tiene su corazoncito, decidió aprovechar el descanso del 8 de febrero para darse un garbeo, con la mujer y los hijos menores, por Sedano, su pueblo de adopción, en busca de tranquilidad. Pero, ¡qué tranquilidad ni qué ocho cuartos! Apenas rebasado el puertecillo del páramo de Masa, uno empezó a divisar manadas de coches aparcados por todas partes. “¿Qué harán estos aquí?”, se preguntaba. El misterio se aclaró al tomar la derivación de Covanera y tropezar con una caravana de turismos cuyos conductores eran todos de casa:

— Ahí va Alberto, el de la fonda.

— Papá, ese era Luisito, el de Masa, el yerno de Manolo, el carnicero.

— ¡Mira, Luis Mari!

Entonces frené. Luis María Gallo, que ha heredado la afición de sus mayores, me invitó desde la ventanilla:

— Vamos a Las Paldas, al jabalí. ¿Por qué no te vienes?

A uno se le revolvieron los humores:

— Y ¿qué hago yo con todo este cargamento, si me lo puedes decir?

Vacilaba. Finalmente decidí:

— ¿Tienes un arma?

— Un rifle del 22. ¿Vale?

— ¡Llévate a éste!

Y Juan, mi hijo, que apenas cuenta trece años, pero distingue con precisión un porrón de un rabudo, y un verderón de un serín, y tiene además un furor cinegético de los de aquí te aguardo, cambió de automóvil en menos tiempo del que tardo en contarlo.

De forma que mi primer domingo de paro forzoso transcurrió en una espera impaciente del hijo que apareció, sin comer, allá sobre las cuatro de la tarde, con la mirada encendida, los pelos revueltos y la voz tomada por la emoción:

— Padre, de jabalíes nada, pero han entrado un raposo y un lobo aunque X no los ha tirado. Decía luego: “¿Podéis decirme para qué quiero yo un lobo?”. ¡Fíjate!

— ¿Eso decía?

— Eso.

Por la tarde me di una vuelta por los altos y resultó que todos los cazadores de la comarca — y los de fuera de la comarca — andaban en pie de guerra tras los cochinos. Había monteros de la parte de Nocado, en Masa, en Tablada del Rudrón, en Valdelateja. La pausa de la veda no se advertía por ninguna parte:

— Pero ¿qué ha pasado aquí?

— Ya ve, el jabalí. Todos los domingos hacemos lo propio. En diciembre cobramos un macho que no vea. Se ha puesto de moda ahora.

De forma que ya tenemos al pueblo incorporado a la montería, cogiéndole el gustillo a la caza mayor. La noticia en sí me resulta confortadora en lo que entraña de abolición de viejos privilegios. Pero esto nos obliga, asimismo, a ir pensando también en esta caza de más volumen, en su mejor ordenación, en su defensa. Por de pronto la exultación popular, la exultación del que sube al monte y del que aguarda, viene a quebrar la monotonía gris, el tedio ancestral, de un pueblecito caste-

llano en día de fiesta. Es una novedad y un lenitivo, y esto ya es algo. Rescatar a nuestros medios rurales del sexo y el alcohol mediante algo tan noble — siquiera sea improvisado — como es la caza del jabalí, es indicio de la avidez de incentivos que existe en nuestro campesinado.

A la caída de la tarde, ya de regreso, encontré a todo el pueblo de Quintanilla Sobresierra en la carretera general, apiñado en torno a unos automóviles. Me detuve. Sobre la vaca de un “1.500”, con matrícula de Santander, reposaba un peludo jabalí de 80 kilos, con un balazo en el lomo, la áspera pelambre teñida de rojo, y unos remolones afilados. Apenas bajé el cristal, se me acercó un hombre cuarentón (barba crecida, boina capona en la cabeza, un dedo vendado, la satisfacción irradiando por todos sus poros):

— Yo le he rematado, yo. Con estas manos. Ya ve. Me dijeron: “¡Quieto, Quirino!”. Pero yo, de qué. Le clavé tres veces el machete. Yo le he rematado, yo, que lo diga éste. Y lo castré; le fui a quitar sus partes y entonces fue el cabrón de él y me tiró un viaje... Mire mi dedo...

Los hombres, las mujeres, los niños, iban y venían. Una mujer se asomaba a la ventana:

— ¡Baja! — le voceó otra —. Es todavía mayor que el del jueves.

— ¿Es que el jueves mataron otro?

— A ver, ¿qué se ha creído? Aquí las gastamos así.

El matador, de Torrelavega, se recostaba en el capó del “1.500” y juntaba su cara a la del cochino y sonreía, levantando la escopeta:

— ¡Venga, ahora!

El otro apuntaba con la cámara:

— No hay luz.

— ¡Déjate de luz, algo saldrá!

El otro disparaba:

— Hala, ahora a mí, pero apura que se va la luz.

Una euforia colectiva, electrizada, corría desde la general hasta la plaza, por las callejas enlodadas:

— ¡Fulano, Zutano, venir, han matado un cochino más peludo que un oso!

Repito: ¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Qué ha sucedido para que en apenas dos o tres años la gente de estos páramos se movilice y vibre a la convocatoria del jabalí? Sencillamente, dos cosas: primera, el jabalí se ha multiplicado en esta comarca de un tiempo a esta parte y, segunda, los cazadores nortños, ávidos de piezas, han contagiado su unción venatoria a estos pueblos adormecidos. ¿Y cuál es la razón para que el jabalí prolifere precisamente en unas circunstancias adversas para el resto de la caza? A esto yo respondería con otros dos argumentos: primero, la falta de organización en las batidas ha preservado a las piaras hasta el momento y, segunda, la repoblación forestal (aparte, como ya es sabido, la difidencia típica de estos bicharracos).

Castilla dista aún mucho de convertirse en un vergel, pero una de las cosas eficaces alcanzadas en los últimos años y que, sin embargo, suele marginarse a la hora de los recuentos triunfales, es esta de la repoblación forestal, particularmente en las estribaciones serranas, ya que en los bajos la aridez se defiende con las uñas y el plano sol del estío convierte en leña en unas horas a los pimpollos de poco tiempo. Empero, en amplios sectores más húmedos, donde aún no se han efectuado las operaciones de olivado y entresaca, el jabalí encuentra un habitat propicio. Esto ha facilitado su desarrollo y su extensión a zonas, como la de Peñafiel en Valladolid, donde hace un par de lustros era impensable encontrarlos. Las antiguas, si que breves, manchas de encina, al hallar una prolongación en las pimpolladas de las laderas, han formado mohedas de cierta prestancia donde las piaras se refugian y viven a gusto.

Esto al margen, las zonas septentrionales de León, Palencia y Burgos, siempre dieron cochinos, ésta es la verdad. En lo concerniente a Sedano, yo recuerdo aquellas viejas historias —como la del recluta cumplido que de regreso a casa fue cosido a dentelladas por un enorme jabalí— que me relataban hace veinticinco años, cuando empecé a tomar contacto con este pueblo. Posteriormente, ya asiduo del mismo, los encuentros con el jabalí de mis amigos y convecinos han sido frecuentes. No hará seis años que Luis Gallo tumbó uno, disparándole desde el coche con perdigón de sexta, y, si mal no recuerdo,

fue el 68 cuando la furgoneta del Niño arrolló a una piara en el alto de Huidobro y dejó tres en la cuneta. Y más reciente aún es la historia de un vecino de Nocedo (a cuatro kilómetros de Sedano) que agarró un mamoncillo de poco tiempo, pero a sus gritos irrumpió la madre escarpe abajo, arruando, rompiendo monte, de forma que aquél apenas tuvo tiempo de soltarlo y refugiarse en el automóvil.

Pues bien, aquellos primeros pobladores que acuchillaban a los reclutas cumplidos, iniciales habitantes de los hayedos y los robledales de la zona, se han desdoblado tranquilamente porque hasta ahora nadie les ha incordiado y, a mayor abundamiento, la repoblación les ha facilitado una defensa — extensa e inextricable — con la que indudablemente no contaban (los bosques de pinos de esta zona andan entre los diez y los quince años de edad, y, aunque el suelo es de poco espesor, allí donde han agarrado ofrecen ya una densidad ideal para cobijo de jabalíes y alimañas. También el lobo parece que empieza a agradecer esta indirecta protección).

Y con la multiplicación del jabalí, y con la facilidad de desplazamiento de los hombres, y con la fuerza contagiosa que encierra el entusiasmo venatorio, estamos abocando al advenimiento de una nueva etapa: la de la caza mayor organizada en una comarca donde hasta el momento prácticamente no había existido. (A este respecto puedo decir que en esta zona no hay todavía hombres ni perros jabalineros, verdaderamente diestros en caza mayor, y salvo la aportación de los cazadores nortños, la tónica de estas batidas es la espontaneidad.) Lógicamente este hecho pone en juego un nuevo factor en el panorama cinegético nacional; un factor a considerar pero que, de entrada, ofrece un claro sentido positivo que debemos acentuar encauzándolo y orientándolo.



## XXIII

### MIS EXPERIENCIAS DE CAZADOR MAYOR

**H**ABLABA en el anterior capítulo del jabalí, de cómo va imponiéndose su caza en unos predios — Palencia, Burgos — donde jamás estuvo esta caza organizada, siendo, como ha sido siempre aquélla, una topografía adusta, bronca, sumamente adecuada para el asentamiento del cochino. Me apoyaba para demostrar este último aserto en una serie de historias que he oído referir de labios de los protagonistas. Ahora me propongo escribir de mis relaciones personales con el jabalí, aunque debo empezar por decir que en mi vida he derribado uno. Alguno me argüirá que poco podrá sacarse de mi inexperiencia pero yo entiendo que en estos asuntos venatorios la experiencia no la da tanto el matar como el observar, y a mí, de la caza mayor, me gusta, sobre todo, ver al bicho corriendo por el monte y haciendo de las suyas. Esto es, si yo no he cobrado en mi vida una pieza mayor es, supongo, porque apenas si lo he intentado seriamente. Mi amigo y compañero Emilio Salcedo me invita anualmente a una montería en La Carolina (Jaén), pero por fas o por nefas — y él es testigo — siempre me las arreglo para rehusarla. ¿Y es que tiene usted algo contra la caza mayor? — me preguntarán ustedes. Y yo debo reconocer que como tener, tengo tres argumentos: la caza mayor — a excepción precisamente del jabalí — tiene unos ojos humanizados, especialmente dóciles y sumisos, que yo no me siento con arrestos para apagar. Por si fuera poco, los venados, los corzos, las gacelas muertas, adquieren un agarrotamiento, una rigidez que no me peta. Una perdiz pendiente de la percha es una pintura; un venado, es un cadáver. Ignoro si la cosa

estará clara, pero para mí es suficiente. Por otro lado, yo no soy de los que prefieren un pájaro en mano que ciento volando. Cien pájaros volando me infunden la esperanza de colgar media docena y esta esperanza es para mí más valiosa que tener uno — bien asegurado — en la mano. O sea que en la caza me seducen más cien oportunidades de derribar una pieza modesta que una de derribar una pieza excepcional. Con la pesca me ocurre otro tanto: antepongo las cien pequeñas emociones de capturar cien truchas discretas que la emoción — vivísima, no lo dudo — de sacar del río un salmón de diez kilos al cabo de cinco o seis jornadas de intentarlo. En pocas palabras, conozco a mucha gente que sube al monte día tras día y día tras día, se vuelve con las orejas gachas: “Los jabalíes no estaban en la mancha”, “los jabalíes se les volvieron a los batidores”, “los jabalíes arrancaron en diagonal y eludieron la línea de escopetas”. Al fin, el día favorable, los monteros — quince o veinte — cobran un par de cochinos. ¿Quién los mató? Fulano y Mengano. Está bien, ¿y qué fue de las otras trece o las otras dieciocho escopetas? Se quedaron bocas, o si ustedes lo prefieren, se quedaron a verlas venir. El cálculo de probabilidades en estos empeños — los “cerebros” podrán decírnoslo ahora con exactitud — es muy escaso. Derribar una pieza mayor en las monterías modestas a las que yo puedo tener acceso es como la lotería: el gordo puede caer pero, casi con toda seguridad, no a mí. Entonces, la aventura no me tienta, no me encandila, vaya.

Está, por último, el argumento de la espera. Para mí cazar en mano es una garantía contra el frío y contra la nerviosidad. La espera, el aguardo, me hiela y me impacienta. Hay quienes se enfrían por la cabeza y quienes se enfrían por el estómago. Yo me enfrió por todas partes, esencialmente por la cabeza, por los muslos — ¡ah, mis estornudos en la misa de cazadores cuando no tengo la prudencia de abrigarme con una prenda larga! — y por los pies. Todavía recuerdo la vez que Miguel Varona me subió al alto de la cazuela de Huidobro a aguardar al jabalí. Soplabá un norte helador y a la media hora, cuando aun los perros — se extraviaron tres de cinco — latían a dos o tres kilómetros de distancia, mi cuerpo era ya un puro ca-

rámbaro y mis dedos, agarrotados, no podían ni apretar el gatillo. En tal situación lo único que se me ocurrió fue pedir al cielo que no me entrara la piara, pues a la primera embestida acabaría conmigo. Claro que se trataba de una súplica superflua puesto que los jabalíes no me entraron a mí ni le entraron a nadie. Eso sí, la compañía me obsequió con claras demostraciones de su existencia: huellas, rascaduras, excarvaduras, revolcaderos. Algo semejante me sucedió muchos años atrás en la finca de mi compañero de bachillerato, José M.<sup>a</sup> Gutiérrez Ruiz, en Saldaña, de la parte de Palencia. La excursión fue tan baldía — aunque menos fría — como la descrita y de un aburrimiento cinegético tan supino, que empujados por la impaciencia y por la necesidad de dar gusto al dedo, terminamos lanzando al aire y haciendo fuego sobre un sombrerito escocés que yo había cogido del ropero de mi padre por considerarlo una basura pero que a la hora de la bronca — cuando lo devolví, perforado por las perdigonadas — me di cuenta de que él lo estimaba como una reliquia. Esto es lo que han dado de sí mis tentativas de convertirme en un cazador “mayor” y las razones por las que esta vertiente venatoria no me subyuga.

Esto no es obstáculo para que yo me haya topado con el jabalí varias veces en Sedano, donde tengo mi minúsculo cuartel general. Mi hijo Miguel, que ya ha dado en decir que “tanto le da salir al campo sin escopeta”, esto es, está en trance de convertirse en un contemplativo, anda, sin embargo, empecinado con el jabalí y con este objeto se apuntó las Navidades últimas a una montería en los Picos de Europa. El viaje, entre la nieve, los hielos y el agua, fue de órdago a la grande y el desenlace previsible: no vieron gorrino. Entonces, cuando a la hora de comer trataba de reaccionar y andaba metido en cálculos sobre las horas que le llevaría el regreso, el director de orquesta se le acercó y le dijo: “Esta no es buena zona de jabalí. Donde no falla es en Burgos”. “¿En Burgos?” — dijo mi hijo sorprendido —. ¿Y en qué parte si no es mala pregunta?”. El anfitrión miró de soslayo a un lado y a otro y agregó en tono confidencial: “En Sedano. Ahí sí que va de veras”. Bien mirado, esto es algo que suele suceder. Al cazador le mueve la ingenua impresión de que cuantos más kilómetros se aleje de sus lares

más se aproxima al paraíso cinegético y luego, a la postre, resulta que la caza la tenía en el balcón de su casa. Bueno, pues en este Sedano que para el anfitrión de Potes era el centro de la riqueza jabalinera, he tenido, el pasado verano, aparte otros de menor interés, dos encuentros con los cochinos que merece la pena relatar: el primero el día 20 de julio, cuando a las once y pico de la noche regresaba con mi mujer y mis hijos menores de una boda. Al doblar un recodo de la carretera, divisamos sobre la cinta gris dos bultos que se movían, bultos excesivamente grandes para ser conejos y demasiado chicos para ser tejones o raposos. Ante mi sorpresa, la paulatina aproximación del automóvil no les produjo el menor sobresalto, de tal modo que pudimos detenernos a cinco metros de donde estaban y contemplarles a nuestro sabor: eran dos jabatillos listados en pleno juego, retozando, mordisqueándose, gruñendo. El espectáculo era para mí tan nuevo que por un momento quedé extasiado, como si contemplara una película de Walt Disney, pero al fin reaccioné y le dije a mi hijo Juan — trece años — a media voz que bajara con cuidado y procurase atrapar uno pero que actuara rápidamente ya que la jabalina, que andaría por los alrededores, era muy celosa de las crías y que recordara el episodio de Nocedo. El chico se apeó cautelosamente pero su hermano Adolfo — ocho años — descendió por el otro lado sin precauciones y, al portazo, los dos jabatillos salieron corriendo hacia la cuneta que tenía unas pajas de cierta consistencia. El chico mayor los siguió y se asomó a la ladera, hollando las pajas, y en ese instante se oyeron unos chillidos, mi hijo se desconcertó y levantó el pie — ¡tenía pisado a uno de los marranillos! — y el jabalí salió a galope carretera adelante. Recogí al chico y durante casi un kilómetro perseguimos al animalito desconcertado (el otro había quedado entre los robles de la ladera) ya que los pajonales de los costados, a la luz de los faros, daban la impresión de unas bardizas impenetrables, y su línea lógica de huida era la carretera. Poco a poco, el jabato remitía en su galopada y hubo un momento en que no dudé de que le atraparíamos por agotamiento. Pero ya, ya. Una vez que el fuelle no le dio más de sí, el tostoncete arremetió contra las pajas del costado izquierdo de la carretera y aunque los

chicos se apearon al instante, apenas si les dio tiempo de oír el rumor del bicho perdiéndose entre los carrascos de la montaña en tinieblas.

El segundo encuentro fue con un macareno formidable, una bella bestia con sus buenos cien kilos encima. Días antes, cazando codornices, habíamos reparado en unas huellas deladoras y un revolcadero entre los relejes del camino, orilla de un rastrojo de cebada. Una noche, al llegar mi hijo mayor de Valladolid, nos comunicó que había visto cruzar un hermoso jabalí en la parte de la Torca Palomera, donde un camino que arranca de la carretera accede al rastrojo en cuestión. Cenamos tranquilamente y sobre la medianoche cogimos el coche y tiramos para arriba, hacia el páramo. Era una noche de plenilunio y se veía a distancia sin necesidad de focos pero, no obstante, los llevábamos encendidos. Al alcanzar la encrucijada, desviamos por el camino y durante cosa de un cuarto de hora recorrimos el páramo en distintas direcciones, antes de llegarnos a los relejes del revolcadero. La irrupción repentina del gran bulto oscuro en el haz de luz de los faros, nos dejó paralizados. Allí estaba, inmóvil en el rastrojo amarillo, la gran bestia negra, la gacha cabeza un poco ladeada hacia nosotros, su ojillo desconfiado clavado en el automóvil. Pero, al igual que los jabatos semanas antes y pese a la escasa distancia que nos separaba, no se inmutó: macizo, arrogante, implado miraba y se dejaba mirar. Fue preciso hacer sonar el claxon para que se alejara unos pasos pausadamente por el sembrado. Ante su calma imperturbable nos apeamos del coche palmeando sonoramente. El gran solitario dio una carrerita y tornó a detenerse a una distancia de ochenta metros, bajo la luna. Entonces, un poco ebrios por la emoción, mis hijos y yo rompimos a correr hacia él gritando a voz en cuello, como locos, y el jabalí entonces inició un galope frenético en línea recta, arruando como un condenado, hacia el sardón, hasta que le perdimos de vista.

A la mañana, retornamos al lugar de marras. Las huellas, excarvaduras y hozaderos, se extendían por un radio de acción de un centenar de metros y, poco más lejos, hallamos el estímulo de su querencia: una pila de sacos de trigo y cebada, dos de los cuales habían sido destripados y acuchillados sin duelo. El

grano esparcido — poco si consideramos el tamaño de los sacos — nos daba idea de la copiosidad del festín. Sin la menor duda — a juzgar por los indicios —, no había sido la última noche la única que el solitario había visitado el lugar. La tentación de la comida fácil y de la baña que le proporcionaban los charcos de los relejes, explican, por otro lado, su apego al cuartel, su resistencia a evacuar aquel rastrojo.

La proliferación del jabalí y su glotonería, vienen a replantear el viejo pleito entre campesinos y cazadores, cuya versión conejuna alcanzó notable acritud hace bastantes lustros. Un labrador de aquellos contornos me decía el pasado verano: “Mire usted, allí donde cae la piara no cogemos un grano, ni una patata. Si no los matan ustedes, habrá que dar parte al gobernador”. Hace pocos días un ingeniero del Patrimonio Forestal en Burgos, me informaba del empeño del campesino por que se incluyese al jabalí en el repertorio de animales dañinos. Cuidado. En estos problemas no hay que perder la cabeza; hay que esforzarse por encontrar una solución que haga compatibles las patatas y el jabalí, los intereses del campesino y los del cazador. Por otra parte, si hubiese prosperado la iniciativa de los forestales de dedicar a pastos los páramos donde la repoblación no ha cuajado o no se ha hecho, hoy no tendríamos que lamentar esta incompatibilidad. En cualquier caso, declarar nocivo al jabalí y proclamar la libertad de captura sería un solemne disparate. Nada digamos de autorizar el empleo de venenos o artimañas para su eliminación como más de uno pretende. El equilibrio del jabalí debe regularse con las escopetas. Ya he apuntado que la afición a su caza crece más aprisa que se multiplican las reses. Será, pues, cosa de esperar a que las gentes de estos altos le cojan el tranquilo a la cosa. Y, si procede, simultanear la acción directa de los monteros con las indemnizaciones oportunas por parte de los organismos más allegados al campo. Porque aun siendo cierto que una piara de jabalíes puede causar grandes destrozos en los sembrados, no lo es menos que sumando todos ellos — todos los daños — en cada provincia, la cobertura de los mismos no es para echarse las manos a la cabeza, ni para arruinar ninguna economía por endeble que ésta sea.



## XXIV

### LA TÉCNICA Y LA CAZA

No voy a volver sobre el motor. Del motor y de los daños que de su uso puedan derivar, ya hablé bastante, creo, unas páginas más arriba. Ahora me refiero a otra cosa que más que de un enemigo real de la caza se trata de un enemigo en potencia. Mi aspiración, pues, va encaminada a anticiparnos a lo que se ve venir. La ley de Caza saca de nuevo a colación los explosivos, alares, barreras, lazos, etc., lo que no está mal, pero estas argucias son un simple juego de niños comparadas con lo que se avecina. La técnica, en un proceso de aceleración como la Humanidad no ha conocido otro, inventa cada día algo distinto, algo nuevo cuando no impensable. ¿En qué sentido pueden incidir estas conquistas sobre la caza? ¿Cómo compaginar los deslumbrantes avances técnicos con una Naturaleza-natural? He ahí la cuestión, porque de entrada, Naturaleza — o caza — y técnica son conceptos antitéticos, términos que mutuamente se repelen, ya que nada hay tan alejado de una perdiz como — por concretar de alguna manera — una radio de transistores.

Ya Ortega dejó sentado que la caza nos torna primitivos. Esta es su esencia. Quítese a la caza este retorno a la rusticidad, a la selvaticidad, y se quedará en nada. Entonces si pretendemos que la caza sobreviva, preservémosla de todo aquello que tiende a falsearla, a prostituirla, a despersonalizarla. Un primitivo — un paleolítico — armado de los más variados artefactos, resulta inconcebible. O primitivo o técnico. De ahí que en la caza no proceda evolución. Se admite como es o no se admite. En este terreno, el conservadurismo es la única salida:



no hay opción. Todo intento de progreso, es regreso; pérdida de primitivismo. Por ejemplo, una batida — procedimiento ya de por sí discutiblemente procedente — orientada desde avioneta mediante transmisores portátiles, es sencillamente indecente. Aun así y todo, el transmisor portátil es algo que empieza a entrar en algunas modalidades de caza, verbigracia el ojeo de avutardas. Pues bien, yo esto no lo veo bien, me parece jugar con ventaja, aun admitiendo que de entre las últimas conquistas técnicas, es el transmisor la más inocente en su relación con la caza. (Otra cosa es que se utilicen — como viene ocurriendo en estos simpáticos campeonatos de caza con perro de muestra, que el entusiasmo de algunos hombres ha puesto en marcha en el país — con fines informativos cuando hay por medio otros intereses ajenos o laterales a la más pura cinegética. Pero para cazar, para orientar a los batidores sobre la situación de la caza o de las escopetas o informarles de las variaciones introducidas sobre la marcha, yo no puedo aprobarlos. Se debe cazar con todas las de la ley y si batidores o escopetas se equivocan, que paguen las consecuencias.)

Defender la caza ciertamente en nuestros días no es moco de pavo; no es tarea de niños. Hay que vocear y vocear mucho y reiteradamente para que se nos oiga. Yo recuerdo que de chico, me impresionaba mucho la historia de Bayard — el caballero sin miedo y sin tacha — que cuando sobrevino la aparición de la pólvora y la invención de las armas de fuego, hacía ahorcar a cuantos arcabuceros encontraba en el camino. Bayard entendía que la competencia debía establecerse sobre unas bases nobles: armas iguales, condiciones iguales. Y el que transgredía esta norma caballeresca — el arcabucero — merecía ser ahorcado. Este Bayard era todo un tipo, no cabe duda. Pero, en fin, ya que no es cosa de renunciar hoy a las armas de fuego — aunque los galgueros y los halconeros lo hagan con la mayor elegancia —, no seré yo quien dé un nuevo paso hacia adelante — hacia atrás — para acabar privando a la caza de su íntima substancia. Ante ciertos alardes técnicos hay que descubrirse, es cierto, pero mantengámoslos apartados de aquellas esferas donde su aplicación no procede. Porque en asuntos de caza, el dilema es claro como el agua: o aceptamos la incor-

poración de la técnica a la caza y se va todo a hacer puñetas o impedimos a cualquier precio que la técnica invada el campo de los deportes naturales. No hay más.

Soy el primero en reconocer que el empeño no es sencillo. ¿Bajamos la barrera a la técnica ahora, a partir de hoy, admitiendo lo que ya está admitido, o lo tomamos más atrás? ¿El cerrojazo debe ser total o debemos estudiar caso por caso? Concretamente, ¿qué hacemos con la escopeta repetidora? La aceleración técnica, esto es obvio, va a presentarnos un problema — cuando no dos — cada día. La técnica en el campo — como diría Joaquín Garrigues de la letra de cambio — no es problema, es un semillero de problemas. Por de pronto, existen nuevos Bayard que no admiten armas automáticas, escopetas de más de dos tiros, en los ojeos. En cuanto a la caza en mano, en terreno libre, el que lleva escopeta de cinco tiros es porque no la ha encontrado de diez. A mí esto, sin ánimo de ofender, me parece abusivo; es una manera de entender la caza muy a la americana. ¡Pim, pam, pum!, venga, la ráfaga, si no te alcanzo con el primero, te alcanzaré con el quinto; el caso es alcanzarte. No. Los dos caños se me antoja ya una tolerancia. Es un duelo en que se nos da una oportunidad más que al contrincante; la posibilidad de enmendar un yerro. Lo esencialmente deportivo sería no disponer más que de un tubo. La perdiz tiene una oportunidad y yo otra; vamos a ver quien gana. ¿Y si salen dos? La que ha arrancado después, con su intuición, se ha ganado la victoria y la vida. Pero, bueno, esto son ganas de enredar las cosas. A lo que quiero ir a parar es a esto: de un caño pasamos a dos; de dos tiros, a cinco; de cinco pasaremos a diez y, si Dios no lo remedia, llegaremos a la ametralladora de caza. Pregunto: ¿En qué punto debe detener este proceso el legislador? (Porque hoy se trata de matar con perdigones pero, ¿qué sorpresas no puede depararnos la técnica en este apartado?)

Advertirá el lector que para exponer mi tesis me estoy sirviendo de ejemplos muy concretos cuando en realidad mi aspiración no se limita a esto; nadie puede decir por qué registros va a salir mañana la inventiva humana, de manera que de lo que trato es de parar el golpe a tiempo, venga éste

de la derecha, de frente o de la izquierda. Lo decisivo para mí, entiéndaseme, no es que el legislador proscriba la escopeta repetidora, sino que esté prevenido para que su ley no quede en un par de años más anticuada que lo que está hoy, en 1970, la de 1902. Por eso entiendo que tratar de frenar la corrupción de la caza por la técnica con el punto 16 del artículo 31 de la ley (queda prohibido atraer... la caza existente en terrenos ajenos), el apartado c) del punto 1 del artículo 43 (serán castigados los que cacen con luz) y el a) del 1, del 44 (se castigará al que cace desde aeronave y otros vehículos), me parece tan ingenuo como tratar de ir a la luna montado en el mango de una escoba. Hay en todo esto como una risible desproporción entre las posibilidades humanas actuales y las limitaciones de la ley. Las tablas de prohibiciones, delitos y faltas — que están bien — nos quedan, incluso hoy, demasiado estrechas. ¿Qué sucederá mañana? Porque, continuando con otro ejemplo, que es la mejor manera de entendernos, ¿qué piensa el legislador del magnetófono — dotado de potente altavoz — como reclamo? Esto ya está ahí, no es hablar de lo que puede ocurrir en un futuro más o menos próximo. Es más, un amigo mío ha hecho una experiencia curiosa que viene a probar, tanto como la eficacia del magnetófono en estos envites, el ardor erótico de la codorniz. Mediante una cinta bien grabada consiguió que un macho engolosinado copulase con una hembra disecada y, al cabo, hubo de volarle para que no la destrozase. Mis amigos Enrique Calleja y José Luis Montes atrajeron mediante una cinta grabada con la llamada del azulón, uno tras otro, hasta cuatro patos que sobrevolaban el Arlanza. ¿Qué no podrá conseguirse en una laguna querenciosa con una buena cinta y una variopinta cuerda de cimbeles? ¿Se ha pensado que mediante la cinta magnetofónica y una perdiz de madera — una vez autorizada la caza de perdiz con reclamo — puede llegarse a una total perversión de este deporte? Imaginen, por un momento, que el grabado de una cinta (con el saseo, piñoneo, copla de buche, etc.) llega a ser tan perfecto que permite la elusión del perdigón vivo y, con ello, los inconvenientes de alimentarlo, educarlo, etcétera. Imaginen que para estas grabaciones se ha utilizado el perdigón más dicharachero y persuasivo

del mundo, un perdigón tan gentil que no hay hembra que se le resista. Imaginen que el éxito en las primeras demostraciones se traduce — técnicamente — en centenares de millares de reproducciones de la cinta en cuestión. ¿Adónde iríamos a parar? Pero, repito, esto no es más que un ejemplo. Pueden tomar ustedes el hilo donde les pete, verbigracia en el detector de cuerpos que ahora está utilizando la justicia inglesa para encontrar el cadáver de la señora Mc Kay. Si ya existe un detector de cuerpos humanos muertos, no parece difícil que mañana se invente un detector de animales vivos, si es que no está inventado ya, que imagino que sí. Bueno, ¿quieren ustedes decirme qué será de los conejos y de las liebres, que buscan en el encame recalcitrante su defensa (José Miguel Merino, el chico del Antonio, mató este año una liebre de una pedrada), el día que ni su renuencia, ni su mimetismo les sirvan de nada? Hemos de convencernos de una cosa: la irrupción de la técnica en el campo y su aplicación a la caza nos conducirán, inevitablemente, a su destrucción. Es lo mismo que ese elixir misterioso que atrae a los peces y les induce a morder el anzuelo descarnado. ¿Es que esto es pescar? ¿Es que aquello es cazar? La caza no es conseguir un morral sea como sea, sino ganarnos ese morral; sudarle. Existe un principio que hay que meter en la mollera de tantos advenedizos: cazar es competir, confrontar nuestras facultades con las facultades de un animal. Si somos más hábiles, o más sutiles, o más resistentes, o más tranquilos, nos tocará ganar. Si lo somos menos, nos tocará perder. Si ha de llegar un momento en que al cazador le toque siempre ganar, yo dejaré de serlo; dejaré de ser cazador, palabra. Mas al tiempo que insuflamos estas ideas de elemental deportividad en los cazadores viejos que no lo entienden así y en los nuevos que no lo entienden de ninguna manera, queremos subrayar la importancia que encierra para la caza el que entre las prohibiciones que se relacionan en el artículo 31 de la ley se incluya una, todo lo genérica que se quiera, que proscriba la aplicación de ingenios técnicos y mecánicos para atraer y detectar la caza. Posteriormente los reglamentos complementarios podrán ir marchando a compás de la técnica y prohibiendo todo aquello que sea menester prohibir.

## SOBRE LA CRUELDAD DE LA CAZA

**A**NTES de rematar estos comentarios, que han ido hilvanándose al hilo de las incidencias cinegéticas de la temporada 1969-70, me gustaría dedicar un párrafo a un tema que me encocora y desazona: el de la presunta crueldad de la caza.

Mientras uno no se mueve de los medios rurales y consume sus jornadas urbanas en un centro de trabajo, digamos, corriente y moliente, el problema no se manifiesta, la caza es un deporte más, un pasatiempo más que a lo sumo invita al compañero de oficina o de tajo a motejarnos de chalados o de embusteros. Mas cuando uno, rebasado este marco, empieza a relacionarse con personas de especial sensibilidad — artistas o intelectuales —, el juicio toma otro cariz y surge ante la figura del cazador-deportista la contrafigura del cazador-guerrero o del cazador-verdugo. No nos engañemos, entre los intelectuales, los venadores tenemos muy mala prensa; les merecemos una consideración muy baja que de modo instintivo relacionan con la belicosidad, la agresividad, o la violencia. A uno, que como todo quisque, también tiene sus fibras sensibles, le duele esta consideración o, por mejor decir, esta desconsideración. Porque lo peor de esto es que resulta fácil que nuestro amigo intelectual nos reconvenga mientras se chupa los dedos y despacha a dos carrillos un succulento estofado de perdiz o una becada a la Perigueux, lo que puede traducirse en el sentido de que expresamente está admitiendo que la caza nos ha sido puesta ahí para matarla y comerla luego. Es decir, las únicas protestas de no-violencia en este campo que un cazador puede aceptar son

las que proceden de un consecuente e incorruptible vegetariano.

Hay que reconocer que Ortega, que es un escritor que a mí me merece el máximo respeto, fue en este aspecto una excepción. Para Ortega, la caza era la caza, un deporte viril y primitivo, y en ningún momento de su lúcido y famoso prólogo al libro de Yebes, se desprende que lo considere un oficio propio de sanguinarios desalmados. Pero esto, insisto, es la excepción. Lo habitual es que al intelectual no le caiga en gracia el cazador y no sólo no le caiga en gracia, sino que no le comprenda. Será inútil que tratemos de convencerle de la deportividad del lance, de que también las piezas tienen sus defensas, de la dureza de la persecución de una perdiz por una ladera, del equilibrio de fuerzas... Al final, terminará, indefectiblemente, diciéndonos:

“Pero la perdiz no puede disparar sobre ti”. He aquí su argumento supremo.

Reconozco que el primero que me abrió los ojos a esta nueva concepción del cazador fue mi buen amigo y traductor al francés, Maurice E. Coindreau. Antes, nadie me había dicho en letras de molde que mi deporte favorito pudiera considerarse inhumano. Hijo de cazador, morralero desde la infancia, para mí el conejo y la perdiz no podían tener otro destino que el morral, primero, y la cazuela después. Coindreau, sin embargo, en su inteligente preámbulo a “*Sisí, mon fils adoré*”, editado por Gallimard, afirmaba, hablando de mi persona: “Un voyage en Amérique du Sud l'éloignera pendant trois mois de sa ville natale où, tout en combinant ses obligations pédagogiques, son activité de journaliste et *les cruels plaisirs de la chasse*...”. Confieso que tal afirmación, aunque escrita de pasada, me hizo mella y, por un tiempo, me dejó chafado. No voy a decir que el menosprecio de Coindreau hacia un deporte que, cuando se practica como hay que practicarlo, cuenta con mi adhesión incondicional, me indujese en ningún momento a colgar la escopeta; eso, no. Pero sí me dio que pensar y, aun hoy día, cuando oigo los chillidos del conejo malherido o el berrido de niño de pecho de la liebre perniquebrada — expresiones que hasta entonces me habían dejado indiferente — mi conciencia no reposa mientras a uno o a otro no les propino el golpe de



gracia detrás de las orejas. Esto es, Coindreau me sensibilizó al dolor de mis víctimas y, en consecuencia, humanizó, en la medida en que esto es posible, mi conducta cinegética, induciéndome a evitar en el campo el sufrimiento inútil.

— Entonces, ¿admite usted que la caza es un deporte cruel?

No se trata exactamente de esto. La caza es un deporte cruento, que no es lo mismo, como es cruenta la matanza del cochino, o el sacrificio de los pollos o la tabla del matarife. La cuestión estriba en decidir si el hombre es o no un animal carnívoro, ya que si esta disyuntiva se resuelve en sentido afirmativo, lo único que procede es estudiar la manera de que en el sacrificio de las víctimas que requiere aquél para su sustento, no se produzca exceso o, más concretamente, se aceleren los trámites de su ejecución. Pero mientras admitamos que a todo cerdo le llega su San Martín y a todo pavo o todo capón su San Silvestre o su Nochebuena — mala —, entiendo que no proceden los aspavientos al tratar de la caza (hablo de la caza con escopeta, con galgo o con halcón, ya que el carácter de suplicio de los animales atrapados con cepos o trampas, no tengo por qué ocultarlo), supuesto que el final de una perdiz derribada a tiros suele ser mucho más fulminante y dulce que el de cualquiera de los animales inmolados por cualquier procedimiento de artesanía. (Con no poca frecuencia, la pieza que vamos a cobrar — a treinta o cuarenta metros de distancia — está ya inmóvil cuando la recogemos o en los postreros espasmos. Y cuando esto no es así, la mano piadosa del cazador concluye con sus arrestos en una decena de segundos.)

No, la muerte de la caza no es cruel. Para mí el auténtico problema en torno a la crueldad de la caza se plantea con el animal herido, si bien también en estos casos la naturaleza suele resolver sin demora el enojoso pleito. La herida visceral conlleva casi inevitablemente la muerte a brevísimo plazo. (¿Quién no ha cobrado a doscientos o trescientos metros de donde se produjo el tiro docenas de perdices o liebres, totalmente muertas, con un perdigón alojado en los bofes o los riñones?) Más complicado — y doloroso — es el caso de la pata o el ala quebrada, aunque aquí, si contamos con un buen perro, tampoco suele haber cuestión, ya que una caza dismi-



nuida rara vez podrá con un can íntegro. Mas cuando esto falla, la Naturaleza está al quite. Si la herida ha dejado al animal indefenso, casi con seguridad, no sobrevivirá a la noche. Los raposos, los garduños, los gatos monteses, constituyen unos cuidadosos barrenderos de sardones y mohedas y es obvio que entre sus presas nocturnas las cazas pegadas son las más abundantes (tengo entendido que en los cotos donde se producen grandes matanzas, la alimaña, habituada a la presa fácil, pierde facultades, en cierto modo se domestica, de forma que cuando las escopetas no le facilitan capturas, pasa graves apuros para sobrevivir y entonces apela a los gallineros). Y si este riesgo le salva, tenemos los barrenderos diurnos, las águilas y otras rapaces, para quienes las cazas constituyen las presas más codiciadas. (Por otra parte, y a medida que la civilización y la técnica invaden el campo, no son pocas las perdices ali-quebradas al topar con los cables de conducción eléctrica. Solamente en esta temporada, he visto dos, sin que hasta el momento haya oído acusar de crueldad — por este motivo, se entiende — a Iberduero o a la Telefónica. Esto, como el tiro impreciso, son para la caza meros accidentes.)

Existen finalmente otras heridas (olvidémonos del perdigón muscular, el perdigón enquistado, por ejemplo, en el culo de una liebre, que aparte del latigazo momentáneo no causa otros trastornos) que no incapacitan a la pieza, aunque en algún sentido mermean sus defensas: el que secciona el tarso de una perdiz, pongamos por caso, o la mano de una liebre o de un conejo. Todo cazador habrá cobrado piezas con muñones o miembros amputados de tiempo atrás. Ante esto, ante el prodigio de estas “intervenciones” quirúrgicas, ante la limpieza con que la Naturaleza opera, no queda otro remedio que quitarse el sombrero.

Para mí, este hecho constituye la mejor demostración de que el remedio para todos los males de los seres vivos está en el campo — dónde, es ya otro cantar — y de ahí mi veneración creciente por el naturismo y los herbolarios. En este punto, recuerdo una anécdota expresiva. En una ocasión mi hijo Miguel volteó una liebre que acabó huyendo a la vista de todos, con una pata quebrada. Al domingo siguiente, en el mismo cuartel,

mi propio hijo Miguel (que a lo que se ve tenía sobre ella derechos adquiridos) consiguió matarla. Se trataba evidentemente del mismo animal (por el lugar y por la pata segada) y cuando observamos su herida comprendimos que en ningún hospital del mundo, ni atendida por los cirujanos más eminentes, podía aquel animal haber mejorado más en menos tiempo. La sección era limpia, el muñón — recubierto de lodo — había empezado a formarse y no había allí rastro de sangre ni inflamación de ninguna clase. Todo perfecto. Si es caso, la liebre adolecía aún de la torpeza comprensible — para desplazarse — al verse repentinamente privada de una pata. (En ese mismo cazadero, un año más tarde, cobré yo una liebre con tres patas — la cuarta, una mano, amputada hacía tiempo a juzgar por el callo — y no advertí el defecto hasta que no la tuve en la mano; su carrera era absolutamente correcta.)

Resumiendo, la muerte de la caza a escopeta, es instantánea o muy rápida. Las piezas heridas no suelen eludir la limpieza de rapaces y alimañas, y cuando la eluden, su recuperación es acelerada y espectacular.

La caza no es, de entre los animales que sacrificamos a diario, la especie que más sufre. Así lo entendió Baltasar Porcel — escritor a quien no podremos ciertamente calificar de insensible — cuando en nuestro “encuentro” en la revista “Destino” y a su pregunta, ya un poco automática, sobre la pretendida crueldad de este deporte, le respondí con estas palabras:

— ¿Cruel? ¿Y por qué cruel? Que yo sepa nadie se plantea estos casos de conciencia ante una lubina o un solomillo de ternera. El fin de la perdiz no suele ser más cruel que el de la lubina o el de la ternera. Se está imponiendo una falsa sensibilidad que me aterra. Tengo entendido que un carcelero de Dachau lloraba porque se le murió un canario. ¡Ojo! Yo procuro fomentar la sensibilidad ante el sufrimiento gratuito de los animales, pero sin caer en lo enfermizo.



# UN AÑO DE MI VIDA

*Primera edición:* febrero 1972

*A mi amigo y editor  
José Vergés.*





## INTRODUCCIÓN

UN día de junio de 1970, después de almorzar en su casa, José Vergés me sugirió que iniciara la redacción de una especie de diario, con anotaciones sobre mis lecturas, mis impresiones ante un hecho político, mis venturas y desventuras cinegéticas, esto es, una especie de cajón de sastre donde todo tuviera lugar. He de reconocer ahora que, en principio, su idea se me antojó descabellada, ya que nada de lo que a mí me ocurra me parecía que pudiera tener importancia para nadie. Estoy muy lejos de cualquier forma de narcisismo y por otra parte soy plenamente consciente de las limitaciones de mi personalidad literaria. Creía, en fin, y así se lo dije a Vergés entonces, que estas cosas pueden encerrar interés tratándose de un genio universalmente reconocido (Einstein, Picasso, Chaplin), del que nos interesa hasta las veces que estornuda, o bien de un ordenado pensador que no sólo piense sino que sugiera y ayude a pensar. En mi caso carecía de sentido y con mayor razón cuando cualquier desabogo intimista me repugna y cualquier observación en torno a un libro, una película o un hecho político, habría de afrontarlo con las naturales prevenciones. Así es que le dije que no, con lo que el primer sorprendido fui yo cuando horas más tarde me puse a redactar unas breves impresiones sobre los últimos días de mi estancia en Barcelona.

Al principio, aquello avanzó a trancas y barrancas, con largos paréntesis, pero pronto me di cuenta de que los estímulos se multiplicaban, y de que los días no me daban de sí para recoger las observaciones que me asaltaban ante un pájaro, una crítica literaria, un artículo, una carta, un encuentro, una muerte, o un partido de fútbol. Advertí dos cosas que para mí eran fundamentales: que cabía realizar un diario sin incurrir en

*subjetivismos improcedentes y que esto era posible hacerlo rebuyendo la reiteración. Me puse, pues, aplicadamente a la tarea coaccionado ya por la necesidad de coronarla, supuesto que mis primeras impresiones habían empezado a aparecer semanalmente en la revista "Destino".*

*Ésta ha sido la génesis de las notas que el lector tiene ante sí. Ahora, al compaginarlas con vistas a un libro, dudo mucho no sólo de su interés sino de que acertara a eludir la monotonía. No obstante, el nutrido y estimulante epistolario que he recibido a lo largo de su publicación fragmentada me llevan a pensar que si, dispersas, fueron útiles en su día para unos, reunidas ahora en un volumen pueden resultar igualmente eficaces para otros. Con esta esperanza las doy a la imprenta.*

M. D.

22 de junio. — Planas operó hoy por segunda vez a Adolfo en Barcelona. Esto de la cirugía estética fue considerado frívolamente hace años pensando que era una profesión para rectificar las narices de las señoras. Es preciso rehabilitar este oficio, que rescata para la sociedad centenares de monstruos fabricados por nuestra automación y nuestra sociedad supertécnica. Charlé con Planas largo rato y me enseñó diapositivas con su técnica para “fabricar” orejas, técnica que deslumbró a los japoneses — gentes que suelen ser maestros en estos menesteres de la “mecánica menuda” — el año pasado en Tokio. Planas va aislando un tirabuzón de carne a lo largo del cuello hasta el nacimiento del pelo. El problema consiste en no cortar el riego sanguíneo para que la oreja no se convierta en un apéndice muerto. En sucesivas intervenciones va conformando el tirabuzón — con un cartílago injertado — hasta darle la apariencia deseada. La última diapositiva me mostró una oreja perfecta. La madre del paciente no la hubiera hecho mejor.

23 de junio. — Me comunican desde Valladolid la muerte de mi querido Francisco Antón. Don Paco Antón, pese a sus noventa años y a su sordera casi total, era uno de los amigos más sinceros que haya tenido nunca. Gran escritor y experto en arte, siempre andaba dispuesto a ayudar a todo el que recurriera a él. Antón armonizaba la inteligencia con la modestia. En este país nuestro donde tantos mediocres se encumbran y envanecen, Paco Antón era un ave rara. Viajero de primera, nunca intentó salir de la tercera. Zamorano de nacimiento, fue en su juventud gran amigo de Unamuno, con quien mantuvo copiosa correspondencia. Después de muchos tira y afloja conseguí publicar estas cartas en “El Norte de Castilla”, cartas que don Paco Antón, hombre profundamente religioso, se consideró en el deber de apostillar. Antón, que conocía el campo

de Castilla como nadie, participó muy activamente en las campañas del periódico en favor de nuestros pueblos, campañas que me costaron la dirección.

La prosa de Antón era rica, tersa y matizada. Me cuentan que cuando dirigió "El Norte", hace ya de ello muchos años, los redactores encontraban en sus mesas cada mañana un ejemplar con los gazapos gramaticales de su sección subrayados con lápiz rojo. Antón no soportaba la sintaxis deficiente, ni los errores de prosodia y ortografía. A Santiago Alba, en cambio, le desazonaban las erratas de imprenta. En una ocasión en que sufrió un accidente de automóvil, la Redacción se apresuró a enviarle un telegrama interesándose por su salud. Respuesta telegráfica de Alba: "No duelen heridas, punto, duelen erratas «Norte Castilla»". También en los periódicos cada directorcillo tiene su librito. La vida sigue, pero el querido Paco Antón ya no está entre nosotros.

29 de junio. — Vi la final de Copa de Fútbol en casa de Vergés. De chico jugué mucho al fútbol y de mayorcito fui espectador asiduo. Hasta que me cansé. Entiendo que el profesionalismo desahogado y las tácticas defensivas han destruido la armonía del espectáculo. Por eso, en contra de la opinión general, me pareció bien el arbitraje de Ortiz de Mendivil. Si es caso, le reprocharía el haber silenciado otro claro penalty en el segundo tiempo. Si todos los árbitros actuaran con esta severidad, las tácticas del cerrojo no menudearían tanto y el fútbol posiblemente recuperaría su fuerza y su belleza originales. Hay, pues, que pitar penalty cada vez que ante el marco se produce una obstrucción fea, dentro de una elemental estética deportiva. Quizás entonces los equipos empatarían a cuatro goles en lugar de a cero y las tablas de clasificación — que parece ser lo único que preocupa a jugadores y aficionados — no sufrirían alteración, pero los espectadores desapasionados no nos aburriríamos tanto.

30 de junio. — De nuevo en Valladolid, recibo carta de Juana Roldán lamentando mi renuncia a ir a la Universidad de Southern California el próximo curso en calidad de profesor

visitante. Me ofrecían 20.000 dólares por ocho meses, pero no he aceptado. Teniendo lo necesario para vivir aquí, vender ocho meses de vida, aunque sea a buen precio, sería abrazar esa sociedad de consumo que tanto venimos criticando.

*7 de julio.* — Hoy nos trasladamos a Sedano. Cada vez me agrada más este aislamiento. Los montes verdegreen más que de costumbre. Me dicen en el pueblo que, al desaparecer las cabras, el revestimiento vegetal se despliega sin trabas. En Valdenocedo el roble se ha desarrollado de tal manera que, o mucho me equivoco, o esta ladera será con el tiempo uno de los resguardos favoritos del jabalí.

*8 de julio.* — He traído conmigo las notas para escribir una nueva novela — ¿“Las guerras de mis antepasados”? —, pero no creo que me meta con ella. Me encuentro cansado. Con la correspondencia, preparar un prólogo que me pide el “Reader’s Digest” para un libro de viajes, colaboraciones, visitas y viajes a Valladolid tengo bastante. Por medio hay tres conferencias en Madrid, dos en Valladolid y una en Burgos. Todas ellas para extranjeros. Cada vez me hacen hablar más y cada día tengo menos cosas que decir.

*9 de julio.* — Hay más nidos que otros años alrededor del refugio. El agateador, como de costumbre, ha hecho el suyo entre las tablas de la caseta de baño. Creo que es el quinto año consecutivo. Ignoro si el de ahora es el mismo — desconozco los años que vive un agateador —, son las crías, o no tiene nada que ver con la familia primitiva. Antes, verle trepar por los troncos me sedaba. Ahora me desasosiega porque me recuerda al naufrago de mi “Parábola”. Este detalle de la novela lo tomé de aquí. Tras de la casa, entre la maleza, hay un nido de chochín y, al costado, en el santo suelo — cosa rara —, otro de mosquitero con el que habrá que tener cuidado para que la madre no le aborrezca. Arriba, en los pinos, ha anidado la torcaz. Tampoco es éste el primer año que lo hace, cosa que no me choca, pues los pinos de lo alto forman ya una mancha considerable.

*11 de julio.* — Estuve con la familia en Moradillo del Castillo a pescar cangrejos. Me sorprendió mucho que entre Tubilla del Agua y Moradillo no hubiese un solo coche estacionado, pues otros años parecía aquello un jubileo. Luego me expliqué esta deserción, ya que entre dieciséis reteles sacamos 637 cangrejos, de los cuales solamente cinco daban la talla. La guardia del Servicio y los civiles nos visitaron dos veces. Todas estas precauciones me parecen bien si de verdad aspiramos a conservar la Naturaleza. Lo que encuentro exagerado es el tamaño de ocho centímetros — de ojo a centro de la cola — que la ley exige para que el cangrejo pueda ser capturado. Hay cangrejos de siete centímetros que son cangrejos con toda la barba y unas pinzas como para perder la cabeza. Esta disposición es algo así como si el Ministerio del Ejército dictaminara que sólo los mozos de 1,90 cumplirían el servicio militar. Hay mucha gente que así viva mil años nunca alcanzará esa estatura. Por otra parte, considero que esta meticulosidad de la guardia — que llega incluso a detener los coches y registrarlos — debería aplicarse con el mismo rigor a presas más golosas y amenazadas. Si los coches de los cazadores durante la época de codorniz fuesen registrados, la perdiz viviría más a gusto y los cazadores auténticos nos divertiríamos un poco más.

*14 de julio.* — Hoy leí “Relato de un naufrago”, de García Márquez. Estos cuadernos de Tusquets Editor son un acierto (el epistolario sentimental de Freud era una delicia). La narración del desastre marítimo es tan viva y vigorosa que me mareé. Esto me había sucedido rara vez viendo una película, pero jamás, que recuerde, leyendo un libro.

*15 de julio.* — El tiempo está hermoso. Por otro lado, este clima de Sedano, fresco y de cielo alto y enrasado, me va bien. Al caer la tarde hay que ponerse el chaleco y por las noches dormir con manta.

*22 de julio.* — Acabo de leer los sucesos de Granada con el triste desenlace de tres albañiles muertos. Estas duras repre-

siones me desazonan. Comprendo que el orden público es una cosa muy importante, pero me parece aún más importante una vida humana. No dejo de pensar en esas familias que despidieron esta mañana a un marido o unos hijos con la ilusión de cobrar cinco duros más y ahora los tienen en el cementerio. Siento un auténtico malestar físico. Recuerdo que durante el Mayo francés, con centenares de miles de manifestantes, barricadas en las calles, incendios y saqueos, solamente se produjo un muerto (otros tres fueron accidentales). Hay países y países. Esto me obliga a reconsiderar dos cosas: primera, la necesidad de dar un cauce legal a la protesta y de crear un sindicato representativo y, segunda, la conveniencia de establecer una nivelación salarial que permita vivir con dignidad a todo el que trabaja. De entrada, cuando un albañil español protesta por lo que gana, aposteo doble contra sencillo a que tiene razón.

23 de julio. — Esta mañana se cayeron del nido los dos pichones de la torcaz. He dicho a mis hijos Juan y Adolfo que los metan en una jaula de tablas con el nido dentro y cuelguen ésta del árbol. Recuerdo que mi padre hacía esto con los ruiseñores y los jilgueros y la madre los alimentaba a través de los barrotes hasta que estuvieran en condiciones de volar. Con los palomos haremos lo mismo.

24 de julio. — Sigo con el remusguillo por lo de Granada. Pensando que tenía que hacer algo, he enviado una carta al P. Llanos (para que la firme también y la envíe personalmente al ministro de la Gobernación). En el escrito me limito a indicar que hay procedimientos menos duros que las balas para disolver manifestaciones y encarezco la conveniencia de crear un sindicato libre y establecer una nivelación de ingresos más cristiana.

25 de julio. — Al volver de pescar me encontré en casa a dos muchachos que habían venido desde Madrid para proponerme hacer una película de "La mortaja". Hace un mes y pico me visitó otro en Valladolid para hacer lo propio con "Parábola del naufrago". Acepté en principio, aunque no se



me oculta que “La mortaja” es un tema muy leve (si el espectador no se interesa porque el niño logre vestir a su padre muerto, el film fracasará) y delicado. Más difícil aún me parece la “Parábola”. Aquí, si los recursos empleados para comunicar al espectador la angustia del cerco son inadecuados, la película puede caer en lo grotesco y salir el tiro por la culata.

*26 de julio.* — Al ponerse el sol he atrapado una trucha de kilo con cucharilla. Han sido unos momentos emocionantes porque había olvidado en casa la tomadera y he tenido que sacarla a pulso, cansándola antes.

Al primer lance, el pez siguió al engaño y, al segundo, se enganchó. Cuando la traía, tiraba tanto que el carrete empezó a patinar y la trucha se metió en un rápido. Como pude apreté la bobina mientras el pez coleaba como un cetáceo. Tenía un hilo del 20 y cedí un poco para evitar que se rompiera, aunque me daba miedo que la trucha se enredara entre las salcinas de las márgenes. Con el corazón en la garganta, finalmente la traje hasta mis pies y oculto tras unos lirios aguanté los trompazos finales. Cuando la extraje del agua, agarrando con la mano izquierda la punta de la caña, el animal estaba rendido y ni siquiera coleó. Es un bicho hermoso, asalmonado, que cocido y con mayonesa estará como para chuparse los dedos. Ha sido gran satisfacción, mayor aún pensando en la que se le soltó a Juan anteayer del mismo tamaño por el dichoso carrete.

*27 de julio.* — Estuve en Valladolid, en el periódico, y, como sospechaba, hubo una indicación telefónica para que se diera lo de Granada en páginas interiores y sin destacar. ¿Para qué la Ley de Prensa? Si a un director le privan de la libertad de elegir emplazamiento, plana, columnas y tipos para dar una información oficial, ¿qué le queda?

*28 de julio.* — Hemos subido a los pinos a ver a los pichones del cajón. El cajón estaba vacío. La torcaz había retirado un palito y los había sacado por el hueco. Los dos palominos andaban en la copa balanceándose y aunque estábamos muy próximos no se han decidido a volar.

29 de julio. — Terminé "Olas sobre una roca desierta" de Terenci Moix. Oliveri, el protagonista, afirma que es el residuo de una sociedad burguesa que él no ha creado y, por tanto, no es responsable, pero yo pienso que es un cínico, ya que si la sociedad que nos ha engendrado no nos agrada, lo que hay que hacer es trabajar para cambiarla, no huir. A mí los ideales burgueses me deprimen, pero los del heredero de estos ideales, el joven Oliveri, sencillamente me revuelven las tripas. ¿Cómo serán los de los herederos de este heredero? No creo que haciéndonos todos Oliveris mejorasen las cosas. Afortunadamente, Moix, con mucho talento, expone únicamente la actitud de un pequeño sector juvenil. El libro revela a un buen escritor. La mezcla de lenguaje culto con el taco, que tan sabiamente empleó ya el pobre Martín Santos en "Tiempo de silencio", está aquí bien administrada. El epistolario de Oliveri es interesante. Se me ocurre que quizá por aquí puede encontrar una salida la novela moderna. La obra participa del relato, el ensayo e incluso la poesía, esto es, más o menos, como el "nouveau roman", pero el libro de Moix es mucho más enjundioso y penetrable que éste.

30 de julio. — Madrugamos para ir a truchas. A la luz de los faros encontramos en la carretera, a la altura de Basconcillos del Tozo, dos liebres guarreándose. Verdaderamente el celo de estos bichos es caprichoso. No obedece a leyes, como el de los pájaros. Mi hijo Germán vio dos liebres empalmadas en Villa Esther, cerca de Toro, en pleno enero, hace un par de años.

1 de agosto. — Recibí carta del P. Llanos. Ha enviado la nuestra. Se lamenta de que estamos solos. Yo no lo creo así.

3 de agosto. — Vergés me comunica la muerte de nuestro buen amigo Damián Ribas. ¡Pobre Ribas! Hace mes y pico que estuve en su casa, en Pedralbes, y me mostró los trofeos obtenidos en un safari por un hijo suyo. Ahora acababa de recibir carta suya. Siempre que había alguna noticia referente a caza

o a animales, Ribas me ponía unas letras, apostillándola. La última vez que le vi le encontré mal, muy flaco y casi sin poder andar. Sin embargo, conservaba sus ilusiones cinegéticas. Me decía que si no mejoraba de las piernas se haría construir una silla de ruedas para desplazarse por los rastrojos y poder cazar codornices. Vergés me dice que el día antes de morir estuvo cargando cartuchos. Así me gustaría morir a mí. Ilusionado con algo la víspera. El que se muere sin ilusiones era ya un muerto. ¡Dios mío, cuántos amigos en el otro lado! Hasta los cuarenta, el desagüe de la humanidad se hace imperceptible. A partir de los cuarenta, todos los días se nos muere alguien. Es muy breve todo esto y desproporcionado el énfasis que ponemos en algo tan efímero como es la vida.

6 de agosto. — Vinieron mis hijos Ángeles y Miguel de Madrid, ambos biólogos. Estuvimos hablando de los esfuerzos inconexos que se llevan adelante en España para defender la Naturaleza y de un ensayo de primavera silenciosa que, según parece, se ha realizado en Jaén. Estas cosas me ponen los pelos de punta. Se trata de hacer experiencias agrarias en un medio donde se han eliminado insectos, reptiles y pájaros. De no soplar la brisa, el silencio es de camposanto. Nos estamos saliendo de madre. La gente se olvida de que Mao decretó la guerra contra los pájaros que les comían los cereales y el arroz y, al año siguiente, pidió angustiosamente pájaros porque los insectos les devoraban. Tampoco sirve de nada la protesta airada de destacados biólogos y premios Nobel contra la decisión del Parlamento italiano de autorizar el exterminio de las aves. Los políticos son audaces e imprudentes en todas partes. Ignorar que los pájaros juegan un papel imprescindible en el equilibrio ecológico terrestre es, sin embargo, excesiva ignorancia.

7 de agosto. — Ayer tarde me atacó un gallo cuando pescaba truchas en Mave, en el Pisuerga. Había una granja junto al río y una tela metálica cortaba el camino de sirga, de forma que tuve que atravesar el cercado. Al hacerlo, las gallinas huyeron, como corresponde, pero el gallo me hizo cara y cuando

menos lo esperaba se arrojó aleteando sobre mí y me dio un trompazo en el pecho con los espolones. Le azoté con la caña, pero que si quieres; no retrocedió ni un paso. Ahuecaba las alas y se agachaba para saltar de nuevo. Mi situación resultaba muy desairada, pero como no era cosa de matarle intenté ahuyentarle arrojándole piedras. Todo en vano. Entonces traté de marchar, pero en cuanto le di la espalda volvió a arrojarse sobre mí picoteándome el trasero. Al alejarme, se encaramó en las bardas y lanzó un quiquiriquí triunfal. Al comentarlo con Avellanosa en Burgos me decía que los gallos eran iguales a los hombres. La verdad es que yo había oído hablar de la agresividad de los gallos en defensa de su cuartel, pero nunca había vivido la experiencia. Ante la estupidez del gallo se siente uno igualmente estúpido y no sabe qué partido tomar.

*10 de agosto.* — Esta noche se nos presentó inopinadamente Edgar Pauk. Traía su tesis — “Miguel Delibes: Development of a writer (1947-1969)” — terminada. Un enorme volumen de más de 500 folios. Apenas llegado me preguntó: “¿Qué tiene Viñó contra usted?”. “¡Oh, nada! — le dije —, son dos maneras diferentes de entender la trascendencia. Para él, llamar Pierre al protagonista de una novela, ambientarla en París y arrancar diciendo: “Hoy he roto con Dios”, es muy trascendente. Para mí, la trascendencia depende de la carga humana de la novela, aunque el protagonista se llame Crescenciano”. “¡Ah!”, dijo él. Cenamos juntos y charlamos largo rato. A grandes rasgos me explicó el trabajo, ya que yo no leo inglés. Me parece bien orientado. Pauk ha dejado la Universidad de Yale y está ahora en Queen’s College, en Nueva York.

*11 de agosto.* — Subimos a la Laguna Negra con los Marías, los Carpintero y Emilio Ruiz y los suyos, después de cistarnos en Vinuesa. Llevaba años pensando en esta excursión. Fue el primer día luminoso de un agosto un poco fúnebre. Esta parte de Soria es soberbia; la zona de la vieja Castilla que yo prefiero. Sin duda en estos bosques frondosos, erguidos sobre una tierra más o menos rojiza, es donde Ana María Matute ambienta sus novelas. Estamos lejos de las llanuras bélicas y

los páramos de ascetas de Machado. O no tan lejos, bien mirado. De todos modos, esto de la repoblación forestal es una de las cosas realmente positivas que se han hecho en el país en los seis últimos lustros. La Laguna, arriba, a 2.000 metros, entre dramáticos pinos retorcidos que nacen de las grietas rocosas, es verdaderamente fascinante. Hace años había que ganarse el espectáculo después de dos horas de caminata a campo través. Hoy había allí tres docenas de coches. Al año próximo habrá seis. Al otro, mejor será no verlo. Lo pasamos bien, en tranquilo, y no faltaron temas de conversación: Granada, América, carta a Rogers, la novela del exilio y los almuerzos de Pemán. Marías quedó en dar una conferencia en "El Norte" para diciembre, al tiempo que fallamos el premio Francisco de Cossío, cuyo jurado preside.

*12 de agosto.* — Estuve por la tarde en el Rudrón, pescando truchas. Al principio entraban bien a la cucharilla pero, de repente se cernió sobre el río una nube de hormigas con alas y se acabó lo que se daba. La trucha empezó a salir a la hormiga y aunque puse aparejo de mosca la trucha no se dejó engañar y únicamente al anochecer logré agarrar una, por cierto arco iris, de las que echaron esta primavera. Es curioso cómo ha desaparecido esta especie del río. Ciertamente son más confiadas en la picada, pero esto no justifica su total eclipse, ya que el Servicio depositó en el Rudrón varios millares, en una repoblación a mi juicio un poco precipitada. Nuestros ríos tienen todavía bastante trucha oriunda y lo que procede, antes de echar otras foráneas, es regular la pesca de aquélla, de forma que ni se multiplique demasiado ni se extinga. Siempre he llevado mal pescar el pez o cazar la pieza que otro me ha puesto, esto es, que *ya* ha sido pescada o cazada antes o ha nacido en cautiverio. Prefiero pescar — o cazar — poco, si el pescar mucho es a costa de una concesión pueril. Tal cosa me hace sentirme como un niño al que los mayores se obstinan en entretener con pelotitas y muñecos para que no llore. Me humilla, vamos.

14 de agosto. — Di ayer y hoy las conferencias anunciadas en el Curso de Extranjeros, de Valladolid, que poco a poco ha tomado volumen y tono. El grupo — muy heterogéneo en punto a edades y nacionalidad — parecía interesado. Me limité a exponer a lo largo de media hora — cada día — los temas anunciados. “Novela de la posguerra civil” y “Aportación española a la nueva narrativa”. El resto del tiempo lo dedicamos a charlar sobre los diversos problemas que aquéllos plantean. Creo que es lo que procede: hablar de lo que a ellos les interesa dentro de un esquema expuesto previamente. La cosa no resultó mal. A la salida bebí un vaso muy agradablemente con Emilio Lorenzo y César Hernández.

17 de agosto. — He subido a los altos con Miguel, el veterinario, para aprender las lindes de lo nuestro. El domingo 23 se levanta la codorniz. Cada vez hay más hazas en estos páramos y, consecuentemente, también aumenta la codorniz. Estoy convencido de que a este pájaro le gustan los altos y ahora que desaparecen linderos y espaldas con la concentración en la Castilla llana, la codorniz está más a gusto aquí no sólo por la frescura natural, sino por el cobijo que le prestan aliagas, pimpolladas y helechos. Los ingenieros de Concentración no son partidarios de que se extiendan las siembras por estos páramos. Preferirían el pasto. No sé, quizá tengan razón. Al bajar, el veterinario me estuvo enseñando un té silvestre que se cría en las rocas de Las Puertas, camino de Nocedo. Las plantitas crecen en los resquicios más inverosímiles, allá donde se forma un poco de mantillo. Tiene un olor muy aromático, más parecido a la manzanilla que al té. Lo he tendido sobre un periódico en la viga de la cabaña y cuando seque lo probaré.

18 de agosto. — Hablé en el Curso de Extranjeros de Burgos de la aportación española a la narrativa mundial en los últimos decenios. Contrapuse la opinión del hispanista italiano Carlo Bo a la de Ramón Buckley, profesor en Detroit. Bo dijo hace unos años — pocos — en “Corriere della Sera” que la nueva novela española no merecía un comentario porque sus tentativas de exploración en la narrativa de vanguardia



eran prácticamente nulas. Tal afirmación — al reducir la calidad a la vanguardia — equivaldría a prescindir de Moravia, Bellow, Böll, etc., al valorar la novela actual. Para Buckley, en cambio, la novela española de posguerra ha realizado escarceos interesantes. Él ha necesitado todo un libro — “Problemas formales de la novela española contemporánea” — para exponer su tesis, es decir, que de entrada su trabajo parece más reposado y honesto que el de Bo. Ante la evolución de la novela, yo expuse mi punto de vista: considero pertinente la renovación del género renovando sus elementos (enfoque, cronología, construcción, personajes), no destruyéndolos. Por último formulé las razones por las que a mi juicio España no ha figurado en la avanzadilla renovadora, ni considero oportuno que figure. Entonces uno del auditorio me preguntó que, si yo pensaba así, qué significaba en mi carrera mi última novela, “Parábola del náufrago”. Me dejó un tanto perplejo, pero traté de hacerle ver que esta novela no había salido de mí por una decisión previa — “Voy a escribir una novela de vanguardia” —, sino por exigencias del tema (relatar una pesadilla) y de las circunstancias. Después estuvimos con el profesor Nougé, Martín Santos y otros amigos tomando vino y charlando en “La Cueva”.

19 de agosto. — Estuvimos en Santander. Al menos no llovió, porque el agosto este, con el del año pasado, es lo menos agosto que he visto en mi vida. Ya no hay seriedad en las estaciones. No son nada de fiar. Nos bañamos sin sol y regresamos por Reinosa y el pantano del Ebro. Una vez más pude comprobar con satisfacción que La Montaña es una de las regiones españolas con personalidad más fuerte, más inmune a las influencias del turismo. Está igual que hace veinte años, sin postizos y con un digno nivel de vida. Únicamente las chirriantes carretas de bueyes han sido sustituidas por unos carritos más ligeros tirados por caballerías. ¡La dinámica de los tiempos!

20 de agosto. — Me visitó Ramona Trullols, dominicana, profesora en Nueva York, que prepara una tesis sobre mi obra. Comió con nosotros y luego charlamos. Le dimos muchas vuel-



tas a mi posición personal frente al progreso. Yo le dije que mi punto de vista era claro: las máquinas deben ayudarnos, deben servirnos, pero no deben esclavizarnos (y la TV es para mí una máquina más). Por eso aquellos que juzgaron reaccionaria mi actitud frente al Daniel de "El camino", deben reconsiderar sus juicios después de Marcuse, de la deshumanización creciente que nos envuelve. Hablamos también de Santo Domingo y la influencia norteamericana. Está visto que tal como está el mundo uno no puede vivir su vida. Tiene que elegir y echarse en los brazos de un amo. A última hora volví a confesarme con el magnetófono, que es un trasto que aborrezco, pero ella necesitaba esta grabación para su trabajo.

21 de agosto. — Recibí carta de Sopena. Vive unas horas de amargura, que comparto. Le han hecho dimitir irrevocablemente de su puesto al frente de la capilla de la Ciudad Universitaria de Madrid. Esto es tremendo. Las misas dominicales de Sopena congregaban en su capilla a lo más progresivo de la inteligencia católica del país. El caso, a lo que se ve, es no dejar cabos sueltos.

22 de agosto. — Terminé "Las memorias de Mosby", de Saul Bellow. El libro está bien. Por otro lado, leo en "El Norte" que su última novela está siendo un "best seller" en USA. Me alegro mucho. A mí Bellow me parece un gran caracterizador de tipos: el más directo heredero de Steinbeck. Es duro pero tierno y, cosa importante, su sentido del humor está muy desarrollado. Cada día admiro más a los escritores con sentido del humor. Será porque escasean. Pero para exponer problemas graves no juzgo imprescindible la gravedad. El neorrealismo italiano nos mostró auténticas llagas con la sonrisa en los labios. Eso es el talento.

23 de agosto. — La veda de la codorniz se levantó hoy. A las 4 ya andábamos en danza los chicos y yo (Miguel y Germán vinieron ayer) para ir a Santa María del Campo, donde nos esperaba José Luis Montes. Los rastros estaban indecentes. La mala cosecha ha inducido a segar por el pie para, al

menos, tener paja y, por otra parte, las empacadoras se llevan la poca que queda suelta. De esta forma la codorniz se larga o ha de refugiarse en junqueras y arroyos. La "Dina" trabajó bien pero como con una mano de cinco no podía, al dividirnos de dos en dos, había dos parejas que se quedaban sin perro. De todos modos, trabajando de la madrugada a la noche colgamos 79 pájaros. Después de comer estuvimos viendo a José Luis pescar en el río con el trasmallo. Nunca lo había visto. Verdaderamente la red puede ser un procedimiento exterminador para los peces. Como otras muchas actividades, habrá que regularla con cuidado.

*24 de agosto.* — Recibí las cuartillas de Tola. Este muchacho peruano, con su mujer, Patricia, ambos cordiales e inteligentes, me visitaron hace unas semanas en Valladolid para que yo diese mi opinión sobre el "boom" de la novela hispanoamericana y la situación de la nuestra. Tuvimos que hablar delante de un chisme de esos que todo lo registra. Naturalmente, las cuartillas ahora no me gustan. Y, decididamente, tampoco me gusta hablarle a un magnetófono. Ignoro lo que les ocurrirá a los demás pero yo tengo días en que no acierto a poner juntas dos palabras y otros en que yo mismo me sorprendo de mi fluidez; me creo Castelar. De aquí que nunca me atreva a pronunciar una conferencia si no tengo a mano las cuartillas. En mis clases (y llevo ya 25 años dándolas) tampoco puedo prescindir del guión. No me fío de mí, vaya. Y si la cosa va bien, el guión no me estorba. Y si va mal, me agarro a él como un náufrago. Si fuese trapequista tendría que trabajar con red. Bueno, el caso es que mis respuestas a los Tola no me agradan y he tenido que dedicar un montón de horas a rehacerlas, total para no decir nada. Lo del "boom" es muy complejo y muy confuso. Dentro del "boom" hay unos señores como Vargas Llosa, Márquez y Rulfo que me gustan mucho y otros que no me gustan nada, que son meros retóricos en busca de la eufonía. Para mí la novela no es la eufonía. Pero esto se dice en dos palabras y yo he tenido que llenar diecisiete folios. Hablamos demasiado.

26 de agosto. — Esta tarde y la tarde de anteayer hemos andado a la codorniz en una siembra del Páramo de Masa. No habrá más de veinte hectáreas de rastrojo pero los pájaros no se acaban. Anteayer cobramos dos docenas y una hoy, pero dejamos hora y media de cazar a causa del nublado. La proximidad del sardón, donde se refugian, ha hecho de esta codorniz un pájaro menos roncero y más montaraz que los de Tierra de Campos. Algunas arrancan a 40 metros, antes de que las acose el perro. Por otro lado, cazar ahí arriba, dominando la topografía, es un placer de dioses. Y uno se acuerda de la polución atmosférica de las ciudades y se pregunta cuánto tiempo tardará el hombre en destruir la pureza de esta brisa.

27 de agosto. — Leo en "Destino" un interesante reportaje de Bayo sobre Razquin, el fogonero que llevó a la reina a la frontera en 1931 y se trajo en el viaje de vuelta a Unamuno, Prieto, Ramón Franco y qué sé yo quién más. Razquin habla de la pita ensordecedora que hubo de soportar la reina en la estación de Valladolid, pero no cuenta el gesto conmovedor de Federico Santander — seguramente porque le pasó inadvertido — cuando en medio de un gran abucheo entregó un ramo de flores a la reina. Santander, según tengo entendido, fue un gran tipo. Dirigió "El Norte", dio la vuelta al mundo en automóvil antes del año 1930 y murió asesinado en Madrid durante la guerra. Fernando Altés Bustelo está encariñado con la idea de escribir su biografía. Yo estimo que sería un acierto. Santander debió de ser un hombre íntegro y flexible. Armonizar ambas cualidades no es fácil en este país nuestro. La biografía que proyecta Altés podría ser al propio tiempo una meditación sobre el hombre español. La figura de Santander impasible, con el ramo de flores en la mano entre la multitud vociferadora, bajo la visera de la estación, encierra un encanto poético que conmueve e infunde respeto.

28 de agosto. — Hoy estuvimos en R. Los dos últimos matrimonios que vivían allí el año pasado se han bajado al valle y el pueblo ha quedado vacío. Recorrer las callejas casi obstruidas por la ortiga y la zarzamora en medio de un silencio se-

pulcral, impresionada. Casi lo más patético es que falte el cacareo de una gallina y el rebuzno de un asno. Me acordé de una novela que tengo empezada y que ignoro si terminaré algún día, en la que desarrollo el tema del éxodo rural castellano. Aparte este problema, incidiría una vez más en el del cainismo español. Los dos matrimonios supervivientes de R. que marcharon este año estaban regañados entre sí. Pero no sólo no se hablaban, sino que unos a otros se ahorcaban los gatos y se envenenaban los perros. Yo le preguntaba al señor P., cuando me acercaba por allí, qué hacía en los largos inviernos, bajo la nieve. “¡Coño! ¿Qué quiere usted que haga? Cojo una carga y a esperar a que escampe.” “Bueno, señor P. — le decía yo —, ¿y si se tira nevando tres semanas?” Yo quería saber hasta dónde llegaban sus defensas contra la soledad. “¡Coño! — repetía él —. Pues agarro otra carga y listo.” Poco a poco iba centrándole sobre lo que me interesaba: “Pero leerá usted o pensará algo, ¿no?” “Mire usted, a mí leer no me gusta. En cuanto a pensar, ¿qué quiere usted que piense? Lo único, de Pascuas a Ramos, me decía: «Anda P., que si te da un mal, te mueres aquí como un perro».” El señor P. no pensaba más. Le he recordado al ver mudo el reloj de la iglesia. Y he recordado las mil historias que me contaba cada verano. Las casas de piedra noble, la mayor parte de ellas blasonadas y con arcos de dovela en los zaguanes, empiezan a derrumbarse bajo la presión de la madreselva y la zarzamora.

29 de agosto. — La inestable paz de Oriente Medio no parece que vaya a durar mucho. Es una pena. Este verano ha traído cuatro noticias para mí muy esperanzadoras: el acuerdo germano-ruso, el nombramiento de representante del Vaticano en Yugoslavia, la buena marcha de las conversaciones ruso-americanas para la limitación de armas estratégicas y el alto el fuego de Oriente Medio. Todo, especialmente esto último, un tanto precario; pero ciertamente durante los últimos años no han abundado las noticias positivas. Mientras no lo tengamos frío continuaremos agarrándonos a un clavo ardiendo.

*1 de septiembre.* — Falleció Mauriac. Me ha afectado la noticia aunque la esperaba. Estos grandes cerebros cristianos estimulan mi fe. No importa que la lectura de Mauriac — cuyas novelas, tal vez por seguir el consejo de Gide, su contradictor (“es con los buenos sentimientos con los que se hace mala literatura”), estaban cargadas de pecado — me desconcertara. Me bastaba su fe. En uno de sus libros más íntimos afirma que a menudo le producía repugnancia acercarse a comulgar junto a ciertas personas. Yo he notado a veces la misma sensación, tan poco cristiana. Tenía un gran talento, Mauriac, aunque el momento no sea muy propicio para reconocerlo. He pensado en Jiménez Lozano. Para él sí habrá sido un gran golpe la pérdida de Mauriac. Le seguía semana a semana en su “block-notes” del “Figaro” y conocía su obra a la perfección.

*2 de septiembre.* — Al fin se ha incorporado a “El Norte” Paco Martín Abril. Creo que esta nota diaria de Paco, cargada de nostalgia y de acendrado vallisoletanismo, viene muy bien al periódico. Sedante, literariamente impecable, es un contrapeso conveniente a las páginas inquietas y tensas que solemos hacer.

*3 de septiembre.* — Se casó mi hija Ángeles — la primera en desfilas — en una ceremonia impresionantemente sencilla, muy de mi gusto, en la ermita de Moradillo de Sedano (ocho vecinos). Siento una gran conmoción interior.

*4 de septiembre.* — Conluí “Los rusos de hoy”, del periodista soviético recién exiliado Leonid Vladimirov. La lectura me ha interesado, aunque el libro, sin pretensiones filosóficas por supuesto, es demasiado esquemático e incompleto. De todos modos, después de lo visto en Checoslovaquia, lo de Rusia no me ha sorprendido. Los miembros del partido equivalen a los privilegiados en los sistemas capitalistas. Su dios es también la producción. El hombre sirve a las máquinas. Y los desheredados, como en Occidente, viven hacinados esperando ocho o diez años a que el Estado-padre les ceda un piso de treinta metros cuadrados. El capítulo referente al control de la Prensa lo podía haber escrito yo. Es la misma cosa.

*5 de septiembre.* — La victoria de Allende en las elecciones chilenas abre una incógnita en el futuro de este país y de toda América del Sur. Si Allende, como parece desear, consigue contener su triunfo dentro de límites democráticos, es evidente que la hora de la esperanza ha llegado para aquel continente. No olvidemos, sin embargo, los dos peligros que acechan: desviación hacia una dictadura marxista, o el cuartelazo reaccionario. Chile, empero, me produjo una impresión de madurez política cuando pasé allí unos meses en 1955. Confie-mos. A la hora de la verdad, si lo que cuenta es la voz del pueblo y nos atenemos a las cifras, concluiremos que un tercio del país no desea cambiar nada, dos tercios aspiran a estructurar su política en un sentido socializante y progresivo y un setenta y cinco por ciento rechaza un comunismo dictatorial y, por ende, aspira a preservar los derechos individuales y la democracia. Ésta sería a mi entender la solución deseable: profunda socialización del país en lo económico y salvaguardar la libertad en lo político. América del Sur vive horas de inquietud y de esperanza. Chile tiene la palabra.

*6 de septiembre.* — Ayer tarde, cuando subíamos a codornices por el camino de Mozuelos, vimos una perdiz albina. No era totalmente blanca, ya que aparte patas y pico rojos tenía manchas grises bajo las alas, en la pechuga y en la cola. Es la primera vez que veo vivo un bicho así. Luis y Tati Herrero tenían disecada una totalmente cana en su monte de Quintanilla de Abajo. De ahí la tomé yo para el episodio de "Diario de un cazador". También tomé de un tío de los Herrero el personaje de don Juanito de "Diario de un emigrante", aquel que cada vez que le arriman una guindilla a la cara se arranca a sudar. Es curioso, después de escribir una veintena de libros, analizar lo que hay en ellos de autobiográfico, de observado o de inventado. Creo que el novelista mezcla proporcionalmente lo que vive, lo que ve y lo que imagina. En sustancia pienso que el arte de novelar consiste en acertar a ensamblar estos materiales de distinta procedencia en una misma historia.



*7 de septiembre.* — Hoy leí la tesis de María Elena G. de Jesús, una muchacha brasileña, "Cinco horas con Mario: una problemática". En breves páginas consigue una vivisección muy lúcida de la novela. Ella hace ciencia o, por mejor decir, psicología, sociología y filología de lo que en uno no es más que intuición. María Elena analiza los caracteres de Carmen y Mario a través de dos vertientes que ella considera claves en el libro: la erótica y la económica. Los métodos psicoanalíticos y estructuralistas que utiliza exceden mi capacidad de comprensión. Aunque al buen tuntún, me cabe la satisfacción de haber dado en el clavo al elegir los símbolos que tipifican a Menchu. Un inteligente trabajo el de esta chica.

*8 de septiembre.* — Sedano anda angustiado. El año ha sido bueno de fruta pero nadie compra las peras ni las ciruelas. Hace tiempo que vengo animando a los sedaneses a crear una Cooperativa, pues, con frecuencia, ellos venden a cinco y en los mercados de Burgos o de Bilbao, la misma fruta se cotiza a 20. Mas al parecer este año lo que ocurre es que los almacenes de Burgos están a rebosar. ¿Qué hacer con estos frutos perecederos, entonces? La ciruela claudia aguanta poco, unos días. Y la pera tampoco demasiado. ¿Habrà que dejarla perder? Esto es muy triste pero creo que es defecto del engranaje de comercialización. Fruta habrá mucha, pero está cara. ¿Qué hace el FORPPA? ¿Están todos los estómagos españoles saturados de fruta barata? Y si no es así, ¿por qué estas peras de Sedano no encuentran por el momento salida a ningún precio?

*9 de septiembre.* — Mi hijo Miguel, que se dedica al estudio de la conducta animal, me habla de la maravillosa sensibilidad de un perro del biólogo austriaco Konrad Lorenz, que muerde a las visitas que no son gratas al maestro a pesar de que éste muestra hacia ellas una aparente cordialidad. ¿Qué raro mecanismo advierte al perro de que los visitantes son inoportunos, o que, por una u otra razón, no resultan gratos? Se trata de un prodigioso caso de intuición canina y el profesor Lorenz podría hacerse rico cruzando el can con una perra



igualmente avisada y alumbrando una raza de perros guardianes del espíritu. Hace un par de meses hablábamos mi mujer y yo con el matrimonio Yepes de las visitas intempestivas en su casa de Torrevieja. Marysia Yepes, que es la simpatía personificada, afirmaba que tenía que tejer en torno al músico un cinturón protector para que pudiese trabajar. Lo creo. Esto de las irrupciones sin avisar, cualquier día y a cualquier hora, es otro de los graves males que ha traído consigo la mecanización multitudinaria. Porque ante un hecho así no caben más que dos soluciones: mandar todo a hacer gárgaras y pasarnos la vida charlando de lo que interesa y de lo que no interesa, con quien interesa o con quien no interesa, o sentar plaza de energúmeno inabordable y encerrarse en una torre de marfil. El perro de Lorenz podría abrir una tercera solución.

Recibí el libro de Lamb sobre estilística en la novela española. Incluye un trabajo sobre "El camino".

*10 de septiembre.* — Jean Tena me escribe desde Montpellier diciéndome que ha decidido abandonar su proyecto de tesis sobre Juan Pérez de Montalbán (1602-1638) y hacerla sobre la evolución de mi obra. Me conmueve la decisión de Tena, pues llevaba años pensando en Montalbán. Antes quiere hacer algo en Armand Colin (una antología) sobre la protesta o "contestation" en la novela española contemporánea. Aparte unos fragmentos de la "Parábola del naufrago" me pide unas cuartillas. Le envió unas líneas diciéndole que protesto contra las sociedades autocráticas, consumistas y deshumanizadas que estamos construyendo y protesto por igual contra los que protestan de estas sociedades mediante la evasión por la droga, el asesinato ritual o el petardazo irresponsable e indiscriminado. Para mí solamente el amor puede facilitar el cimiento de la nueva sociedad y de momento no veo el amor ni en los que detentan el poder ni en los que aspiran a derrocarlo. No veo el amor por ninguna parte. Al contrario, la insolidaridad se muestra por día más agria y violenta. De aquí que yo no esté muy seguro de que la Humanidad vaya a ver amanecer el año 2000. Soy pesimista, pero el gigantesco espectáculo del mundo no me brinda motivos para dejar de serlo.

*11 de septiembre.* — He charlado con Miguel sobre la noticia que me dio Jiménez Lozano anteayer en Valladolid: los árboles, cuando van a ser talados, sufren terrores agónicos como cualquier animal. Esto es, los vegetales sienten. La información proviene de la revista de psicología francesa. Al parecer, un científico ha logrado captar las ondas de un árbol amenazado, similares a las que emite el cerebro de un hombre en capilla. Éramos pocos y parió la abuela. No me he atrevido a decapitar las caléndulas mustias como suelo hacer cada mañana.

Después de comer probamos el té silvestre que recogimos en las rocas de Las Puertas con Miguel, el veterinario. La infusión es de color verde pálido y un gusto muy acentuado, entre boldo y manzanilla. Resulta una tisana agradable. Mi mujer dijo que era la misma cosa que compraba su padre hace muchos años a una mujeruca en el desaparecido Mercado del Campillo de Valladolid, y que allí le decían té purgante. Al cuarto de hora, Juan, que se había tomado dos tazas, ya estaba en el retrete.

*12 de septiembre.* — Me piden de la Universidad de Florida autorización para incluir un cuento mío en una antología para estudiantes americanos. Es exactamente el quinto permiso análogo que me solicitan en un mes. Imagino que a mis colegas les ocurrirá lo mismo. Por si a alguno le interesa — y no estaría de más unificar criterios — transcribo mi respuesta, que con leves variantes viene siendo la misma desde hace diez años: si el libro va a distribuirse gratuitamente entre los estudiantes, cuenten con mi autorización desinteresada, pero si, como supongo, es para su comercialización, condiciono mi visto bueno a la previa percepción de mis derechos de autor aunque ya imagino serán modestos (en una ocasión cobré trescientas pesetas por una antología de este tipo). Poco o mucho, no veo motivo para regalar a nadie nuestra participación legítima.

*14 de septiembre.* — Juan y yo cerramos ayer la temporada de codorniz con 21 pájaros. Marramos varios porque la “Dina”

se obstinó en cazar por su cuenta. Lo sorprendente es que hiciésemos la percha sin movernos de un rastrojo de cebada que no llegaría a las seis hectáreas. Los de trigo estaban ralos y ni los miramos. En total, en quince tardes, hemos cobrado 303 codornices (y hemos pelado otras tantas, ya que el pelaje de la codorniz, tan exigente, es en mi casa una tarea comunitaria). El otro día vi en un restaurante de dos tenedores que la pareja de codornices iba a 105 pesetas. Si las matemáticas no mienten, en un par de semanas nos hemos merendado 15.000 pesetas de codornices. ¡Somos unos estómagos de lujo!

*15 de septiembre.* — Encontré en la calle, en Valladolid, al P. Martín Descalzo. Hacía más de un año que no le veía, antes de su viaje a América y de ser nombrado director de “Vida Nueva”. Le elogí la revista, su nueva línea, y le dije que imaginaba que tendría disgustos. Le encontré de nuevo vital e incisivo (últimamente me daba la impresión de que en Madrid le habían apagado un poco). José Luis es periodista sobre todas las cosas. Hombre de pluma fácil, sincera y enérgica, y hombre de ideas, de organización. Jorge Guillén, que coincidió con M. D. en mi casa, dijo de él que era como un joven novillo lleno de fuerza. Quedamos en reunirnos a comer un domingo en Alcazarén, en casa de Pepe Lozano, antes de que se abra la perdiz.

*16 de septiembre.* — Santiago Álvarez, amigo y compañero de “El Norte de Castilla”, uno de los pocos seres — familia aparte — que es capaz de descifrar mi letra, tiene la gentileza, desde hace años, de copiarme desinteresadamente artículos y novelas. Hoy me ha hecho una aguda observación digna de un psiquiatra: cuando yo aprieto letra con letra, como arropándose unas con otras, de forma que quepan muchas en poco espacio, mi espíritu pasa por un período de depresión. Y, al contrario, en las temporadas de relativo optimismo, mi letra es grande, tendida, pródiga, abierta. Así era, por ejemplo, el manuscrito de “Diario de un cazador” — lo he verificado — y en cambio los manuscritos de “Cinco horas con Mario” y “Parábola del naufrago”, son macizos y tupidos y, por añadidura, están muy corregidos. El lado malo de esta observación

de Santiago Álvarez es que ya tengo una preocupación más a la hora de sentarme a escribir. El día que la letra salga prieta, metida y desigual, desconfiaré de mi objetividad, puesto que mi estado de ánimo es sombrío y pesimista. Pero me sucederá lo mismo cuando mi letra sea grande y generosa, puesto que ello es indicio de que propendo a ver las cosas de color de rosa. ¿Tienen las cosas color en realidad o se lo ponemos nosotros?

*17 de septiembre.* — Esta mañana mordió la "Dina" una mano a mi vecina y compariante Rosario Fisac. La perra se había desatado y se marchó por su cuenta a la puerta de la cochera. Al parecer, Rosario Fisac trató de encerrarla para evitar que la atropellara un coche y, al intentar acariciarle la cabeza, la tiró el viaje. Las reacciones de estos animales no suelen ser arbitrarias. Ayer por la tarde decidí llevar a la perra a dar un paseo. Ella me olisqueó las botas y los bajos de los pantalones y se imaginó que íbamos de caza. Al llegar a la Tobaza, cerca de la cochera, mi mujer y Rosario Fisac deliberaron un rato y decidieron que en lugar de subir al páramo las llevase a Burgos a hacer unas compras. Me costó Dios y ayuda amarrar de nuevo al animal en su caseta. De madrugada consiguió desatarse y se dirigió a la cochera, donde se dispuso a aguardarme. Con seguridad seguía esperando la excursión truncada. Y al morder a Rosario se vengó de la que consideraba responsable del inesperado cambio de plan. Todo esto no son sino frutos de mi imaginación — espoleada por las observaciones de Konrad Lorenz —, pero guardan cierta lógica. He de hablar de ello con Miguel si vuelve por aquí. Actualmente anda cazando ratones en los Pirineos.

*18 de septiembre.* — Terminé el "San Camilo", de Cela. Los españoles, con tener innumerables defectos, somos algo más que sexo e intestinos, creo yo. Tampoco estoy de acuerdo con eso de que a fascistas y comunistas foráneos no les diera nadie vela en nuestro entierro (la guerra civil). Mi idea al respecto es que por los dos lados se repartieron velas como rosquillas. Al margen queda, naturalmente, el gran talento literario de Cela, que no es cosa de discutirlo.

*19 de septiembre.* — Pedro Santamaría atrapó en San Felices un lirón gris. Lo mató a escobazos en el granero. Con ello se demuestra que esta especie que los zoólogos relegan a la zona norte de la cordillera cantábrica — con dos únicas penetraciones hacia el sur, La Demanda y Los Ancares —, también se da en La Lora. La distribución de la fauna por la península no está bien delimitada. Para este estudio hace falta algún dinero, pero nadie lo da o, en el mejor de los casos, lo da con cuentagotas.

*21 de septiembre.* — Me dice Kellex, comentarista agrícola del periódico, que las obras del Plan Tierra de Campos, en lo que afecta a Valladolid y Palencia, no progresan. No hay dinero y la empresa se ha ido con las máquinas a otra parte. Zamora y León van tirando con las tomas realizadas en el río Esla y la red de acequias y canales construidos. De todos modos, el plan, aunque ambicioso, no iba a redimir la economía agrícola de Castilla, o, si es caso, redimiría una zona. Por ello creo que más económico y equitativo sería alumbrar pozos aquí y allá y extender los riegos por aspersión, que están dando buenos resultados. De esta manera cada pueblo tendría un porcentaje de tierras irrigadas que aliviaría su penuria. Le pregunté a Kellex si no es todavía hacedera la supresión de barbechos en el secano, esto es, la siembra de trajoja en lugar de año y vez y me dijo que para estos pagos todavía no se ha inventado el abono que sustituya al oreo natural de la tierra. Con todo, el proceso de mecanización del campo sigue su ritmo. Y entre el subsolamiento que permite el tractor y el incremento de abonado, se hace cada vez más improbable la cosecha catastrófica. Desde luego, de muy pocos años a esta parte se advierte en nuestros pueblos miserables como un cierto esponjamiento.

*22 de septiembre.* — Anoche, cuando leía plácidamente antes de acostarme, advertí un tintineo nervioso en los cristales de la puerta. Me sorprendió ver aletear un pájaro, pues hacía cuatro horas que había anochecido. Me incorporé pensando que al verme escaparía pero, al contrario, cuando giré el pica-  
porte y entorné la puerta se apresuró a entrar en casa. Estaba

muy agitado y nervioso y su pechuguita subía y bajaba a compás de la respiración. Era un chochín minúsculo. La única explicación plausible es que estaría acosado por alguna rapaz nocturna. Le dejé reposar media hora sobre el arca y luego le solté por la parte trasera, junto a los olmos.

23 de septiembre. — Me parece muy sagaz el ensayo de Bernard Pingaud "La antinovela: sospecha, liquidación o búsqueda", que acabo de leer. Sin embargo, no comparto su idea de que Kafka, Hemingway y Camus — entre otros — representen un estadio de la novela equidistante entre la novela dogmática de Balzac y la novela objetiva de Robbe-Grillet. Estas corrientes narrativas no se suceden: coexisten, son paralelas. Se trata, creo yo, de dos corrientes simultáneas, de intención opuesta: una que busca la solución de la novela mediante la apertura de nuevos cauces y otra que da aquélla por periclitada. Kafka y compañía intentan renovar los elementos de la novela, respetando su esencia. Robbe-Grillet y los suyos tienden a destruirlos. En todo caso el concepto novela objetiva se presta a confusión. Objetiva (de objeto) es la novela de Robbe-Grillet y objetiva (de imparcial) es, como ejemplo ilustre, la novela de Ferlosio "El Jarama". Aquél destruye tema, personaje, tiempo... Ferlosio los respeta, ordenándolos conforme un nuevo y personal criterio. Ferlosio es novelista; Robbe-Grillet, no. No digo que no sea un genio, digo simplemente que no es novelista. El "nouveau roman" es un género híbrido, nacido de las circunstancias, al que no hay por qué echarle a reñir con la novela. Son cosas distintas.

24 de septiembre. — De mañana regresamos a Valladolid. Este año no hubo drama pero sí las inevitables caras largas en los chicos. El año pasado, la despedida de "Zuri", un pichoncito blanco domesticado, fue patética. Adolfo — nueve años — llegó a tal extremo de identificación con el pájaro que el avecilla le seguía a todas partes y cuando se cansaba de volar se le posaba en el hombro. El niño le hizo un nido en una caldera de cobre y el animalito dormía allí a gusto, pero cada vez que sentía hambre o sed abandonaba la caldera y recurría a él pidiendo



desaforadamente. El pichón comía en su mano y bebía en su vaso. Al marcharnos, Adolfo confió el pichón a los parientes de la Tobaza, de cuyo palomar procedía. El primer día "Zuri" salió de mañana con el bando, pero en las frecuentes incursiones de éste al palomar no participó. Según parece, se pasó el día entero junto a la casa esperando en vano la llegada del niño. Al oscurecer, regresó a la Tobaza y se posó en la ventana de la galería piando lastimeramente. Allí le dieron de comer y de beber. Al llegar las nieves, "Zuri" fue encerrado con otras dos palomas en el desván-palomar de José María, el Andaluz, y al anunciarse la primavera lo mató una comadreja de una dentellada. Al marchar este año hemos recordado a "Zuri" pero con serenidad. La inminencia de la escuela parecía preocupar más a los pequeños que el recuerdo del pichón muerto.

*25 de septiembre.* — Hoy reanudé formalmente mi actividad en el periódico. Hace un calor insoportable. Di una vuelta por la Huerta del Rey — el ensanche de Valladolid — y me sorprendió el número de estructuras que han brotado allí este verano. Ya era hora. La Huerta del Rey llevaba muchos años urbanizada y, sin embargo, no podía edificarse allí. En tanto, los solares de la ciudad antigua se vendían a precio de oro y, por si fuera poco, las viejas rúas y las plazuelas recoletas iban día a día perdiendo carácter. Valladolid, siempre lo he dicho, tiene más historia que piedras. Pero había barrios con personalidad que han sido modernizados de una manera grosera. Valladolid ha enajenado el poco valor que tenía. Ha sido inmolado al funcionalismo, la verticalidad y el gresite, cosa incomprensible en una ciudad que podía haberse extendido por los cuatro puntos cardinales sin obstáculo serio que lo impidiese.

*26 de septiembre.* — Vintila Horia publica un ensayo enjundioso en "La Estafeta Literaria" sobre "Parábola del naufrago", al que califica de libro sin esperanza. Y, en efecto, dentro del libro no la hay (no hay esperanza). Como no hay piedad. Pero si yo no he tenido piedad de Jacinto San José, criatura de ficción, es porque la tengo de los lectores, criaturas de carne y hueso. Entonces, mi esperanza (que desde luego



está fuera del libro) estriba en que los hombres de verdad acertemos a escarmentar en una cabeza ajena de mentira.

*27 de septiembre.* — Estuve en los toros. En mi vida he ido una docena de veces. No me gustan. Comprendo que deben tener su duende pero yo no acierto a hacerme con él o él conmigo. Me parece un suplicio organizado y, lo que es peor, coreado. Algunos arguyen que un cazador no tiene derecho a decir esto. A mi entender no hay cosa con cosa. La caza es un deporte; los toros, un espectáculo. La perdiz puede escaparse; el toro, no. La caza no tiene este carácter de tortura progresiva y cruenta — puyas, banderillas, estoque, puntilla — que distingue a los toros. En fin, para mí el interés de los toros se limita a la grada. Ayer un espontáneo, ante un puntazo atornillado, chilló con mucha sombra: “¡No le pinches más, que, si no, mañana no hay quien le coma!”.

*28 de septiembre.* — Camino de Zaragoza pasamos unas horas en Soria con Emilio Ruiz y su mujer. Cada día me gusta más Soria. A nuestras ciudades grandes las están matando el ruido y la circulación mecánica; a las medias, las pretensiones. Como ciudades vivideras, realmente acogedoras, sólo quedan las pequeñas: Zamora, Logroño, Salamanca, Gerona, Huesca... y naturalmente Soria. En Soria hay un par de cines, un par de periódicos — que se publican en días alternos para no estorbarse — y un par de semáforos que no hacen ninguna falta, pero así los sorianos aprenden cómo funcionan para cuando tengan que desplazarse a una de esas ciudades absurdas donde el automóvil es el rey. Pero Soria, además de sus piedras y sus alrededores, bellísimos, tiene una actividad intelectual envidiable con dos cabezas visibles: la Casa de la Cultura que lleva Pérez Rioja, con muy buen tino, y el SAAS, una agrupación de artistas de todo orden polarizados en torno a los hermanos Ruiz — Antonio, el ceramista, y Emilio, economista y escritor — y Heliodoro Carpintero. A temporadas — largas temporadas — se incorporan Julián Marías, Cela, Gaya Nuño, Lafuente Ferrari, Carpintero jr. y otros grandes de nuestras letras.

29 de septiembre. — Hablé en Zaragoza sobre los nuevos rumbos de la novela. Fue un acto muy protocolario en vísperas de las Ferias del Pilar. Sin embargo, ya es algo que una ciudad se decida a incorporar conciertos y conferencias a su programa de festejos. Me presentó, con su habitual generosidad, Francisco Yndurain. Al concluir me habló de un posible encuentro de novelistas españoles y portugueses en Lisboa al amparo de no sé qué fundación. Podría resultar interesante. Sería una oportunidad para charlar con Namora, del que no tengo noticias desde hace años.

30 de septiembre. — Comimos con Olegario Ortiz — que regresa a la Facultad de Medicina de Valladolid, atraído por la patirroja —, su mujer y el matrimonio Horno Liria. Luis Horno me confesó que lee a razón de un libro diario pero que, con todo, se siente desbordado por la cantidad de letra impresa que ve la luz en el país. He aquí un grave problema. Hoy día todo hombre culto, de la especialidad que sea, publica sus libros, muchos de ellos notabilísimos. Pero uno se siente cada día más impotente para abarcarlo todo. ¿Qué significan los 365 libros que puede leer anualmente Horno Liria — un lector infatigable — ante los diez, los doce mil que se publican en el mismo período en el país? Ha llegado un momento en que los libros nos pueden. Yo me hice construir hace años unos pequeños estantes para los libros que esperaban turno — tres o cuatro docenas — y hoy son más de quinientos. Dentro de pocos años serán mil. La conciencia de que me moriré sin leerlos me desazona.

1 de octubre. — Mi hija Elisa estudiará licenciatura francesa. Me agrada que conecte con el origen. Mi abuelo Federico era francés, de Toulouse. Vino aquí a construir el tramo de ferrocarril de Alar del Rey a Santander. A las puertas de Mollado-Portolín hay un túnel importante, excavado en la roca viva, que debió costar Dios y ayuda perforar. Allí conoció el abuelo a la abuela Saturna y allí se casaron. Parece ser que el abuelo Federico era un tanto hurón y una vez asentado aquí no volvió por su patria. Montó una serrería en Valladolid y

en Valladolid le enterraron. Ahora, con la decisión de la chica de estudiar la lengua y la cultura francesas, parece como que nos redimiera a tres generaciones de una desafección secular.

*2 de octubre.* — Recibo carta de Paco León en nombre del Club Alcyón. Ya tienen casi listos sus originales sobre el libro “La caza de patos y otras acuáticas” que preparo con ellos. A finales de mes vendrán por Valladolid a cambiar impresiones. Yo me aficioné a cazar patos al conocerles en Madrid hace seis años. Antes derribé algún que otro azulón y alguna que otra cerceta de pasada, en los labajos, charcas y riberas de los ríos cuando cazaba otra cosa. Ahora soy un entusiasta sin reservas de la caza acuática organizada. Los preliminares, con el despertar paulatino de la laguna, son literalmente encandiladores. Y el tiro también tiene sus dificultades y, en consecuencia, su encanto. Lo que me temo es que con este libro no hagamos otra cosa que echar carne a la fiera. En este país, en asuntos cinegéticos, los inciviles pueden más que los civiles y si ahora les da a los desaprensivos por lanzarse en masa a la laguna, ¡Dios nos coja confesados!

*3 de octubre.* — Jean Tena ha pasado dos días en Valladolid. Hemos divagado largo sobre su tesis y sobre lo que no es su tesis. Tena piensa reducir su estudio a mis cuatro últimas novelas. Se llevó el manuscrito de “Parábola del naufrago”. Estos hombres sacan punta de todo. Hay que ver el libro de Anthony Lamb. ¡Qué tío! En diez renglones de “El camino” ha encontrado dilogías, metonimias y sinécdoques para llenar un camión. Si uno supiera al tomar la pluma la cantidad de cosas raras que puede producir en cinco minutos, se esterilizaría. Firmé contrato con la Editorial Vysehrad, de Praga, para la edición checa de “Cinco horas con Mario”. El “Diario de un cazador” está haciéndolo Odeón.

*4 de octubre.* — Hoy publicamos un editorial sobre la absoluta indiferencia pública en torno a las elecciones municipales. Esto no significa crisis de las ideologías, sino fracaso de la monocromía. Si la elección recayera sobre todos los com-

ponentes del ayuntamiento empezando por el alcalde y cada uno pudiera anticiparnos su programa, podríamos saber al menos quién antepone la creación de escuelas a la pavimentación de la Plaza Mayor, pongamos por caso. Pero el alcance de estas elecciones, desgraciadamente, es mucho más modesto.

*5 de octubre.* — José Varela Ortega, nieto de Ortega y Gasset, lleva años investigando en la hemeroteca del periódico para su tesis "Política cerealista durante la Regencia". Piensa doctorarse en Oxford. Aparte la colección, ha revuelto cincuenta archivos y recorrido otros tantos pueblos. Hoy, charlando con él sobre el pasado y el presente del campesinado castellano, me ha dicho: "Apresúrate a escribir tus novelas; la Castilla rural desaparece". Y es cierto. Y las razones no son exclusivamente económicas. Existe un desdén, una desafección creciente por el campo a todos los niveles. Hay muchos que escapan de él a conciencia de que en la ciudad van a pasarlo peor. La televisión — sin enseñarles nada a cambio, simplemente encandilándoles con las oportunidades de la sociedad de consumo — está destruyendo su personalidad — tan viva hace apenas diez años —, su talante, su orgullo y hasta su idioma. Esto encaja, creo yo, dentro de la deshumanización general que nos envuelve. Las cosas despiertan nuestra codicia hasta tal extremo que incluso nos llevan a renegar de valores permanentes como la Naturaleza. No acertamos a dignificar la vida en los pueblos, conservando vivo el amor a la tierra. No acertamos o, a lo peor, ni siquiera lo hemos intentado.

*6 de octubre.* — Al fin pude ver "Helga". Es un documental de cierto interés, pero no me parecen justificados ni el escándalo ni el entusiasmo despertados en torno a ella. Hay una escena que considero superflua y falsa: cuando el niño descubre a su madre desnuda y le sorprende más su sexo que el vello. Con todo, la película puede valer como ilustración de los no iniciados. A los demás no les enseñará gran cosa. La puesta en escena (ambientes, decorados, color, composición de planos) me pareció de una cursilería de tarjeta postal. No había visto señalado este defecto en ningún comentario, pero para mí es evidente.

7 de octubre. — Asistí con mi mujer, en Madrid, a la sesión del seminario, montado por Álvarez Bolado en el Instituto Fe y Secularidad, sobre "Crisis del catolicismo". Veinte estudiantes para dos grandes cabezas: José Luis Aranguren y José Jiménez Lozano. Aranguren y Lozano centraron el problema de la Iglesia antes como acontecimiento que como esencia y la crisis del catolicismo como un aspecto de la crisis sociológica general. Al final, Álvarez Bolado recogió cabos y habló de la angustia, especialmente en los que tenemos más o menos su edad y fuimos educados en el preconcilio y madurados en el posconcilio. Lozano confesó que él no siente ninguna angustia. Es un caso admirable, el de Lozano, porque su fe es profunda y — cosa muy rara en el país — fundada. Todo lo contrario de la fe del carbonero. Luego cenamos juntos los cinco. Aranguren dará, si puede, una conferencia en el periódico. Depende de que se confirme o no su proyecto de viaje a Chile. Luego le hablé de su libro de memorias, que tanto me ha interesado, y le hice ver que emplea con mucho tiento la ironía y el sarcasmo, la fuerza terriblemente demoledora de su pluma, quizá debido a su sensibilidad cristiana. Respondió que no, que se debe simplemente a elegancia y buen gusto. Yo sigo pensando que la ética es para él mucho más que una asignatura.

8 de octubre. — Pasamos la mañana en el Prado, contemplando una vez más las salas de Goya. La transición de este pintor es algo que sobrecoge, tal vez porque es la demostración clara de que las cosas no tienen luz por sí mismas. Las vemos bajo la luz que proyectamos, simplemente. Entonces el problema de la objetividad se complica. El mundo no es tan dulce y bucólico como lo pinta el Goya de la primera época, pero tampoco, supongo, tan sombrío y espeluznante como lo interpreta el sordo de la Quinta. Nada de esto es obstáculo, claro, para que el genio esté en los dos, porque el genio no deja de serlo en la exultación ni en la desesperanza.

9 de octubre. — Comí con Umbral y Leguineche. Umbral — que hace unos días armó una marimorena en Valladolid por-

que en el pregón de Ferias habló del Valladolid triste y famélico de la posguerra que él conoció de niño, cuando el público esperaba que hablase del desarrollo, los semáforos, las maxifaldas y todo eso — me dice que su libro sobre mí aparecerá en enero. Con Leguineche quedé el 23 para hacer lo de “Estudio abierto” en la TV. No sé lo qué es eso de “Estudio abierto” porque todavía no tengo en casa el invento. No me parece sano para los chicos, aunque ahora salen algunos psiquiatras con que el carecer de televisión crea niños desplazados. Yo pienso que para soslayar el consumismo, nada como evitar los condicionantes. En fin, el 23 veremos qué es eso.

*12 de octubre.* — Ayer se abrió la temporada de caza. Como siempre ocurre, perdices se vieron pocas. Cuando empiecen los fríos y terminen las vendimias, será cosa de censar los cazadores. La novedad — que no sorpresa — es la confirmación de lo que ya vaticinaba hace un año en “El Noticiero Universal”: la resurrección espectacular del conejo tras el grave y prolongado bache de la mixomatosis. Las mismas escopetas cobramos ayer catorce conejos contra uno cobrado el año pasado en el mismo lugar. Esto, después de la dura sequía — tan favorable para la propagación de la peste —, es un indicio claro de que la especie se recupera. En cambio, la liebre ha disminuido sensiblemente en el mismo lugar, lo que prueba que los nichos ecológicos de ambas especies se interfieren aunque no parezca haber motivo para ello.

*13 de octubre.* — Cazamos en el monte de Esteban Monturus. La resurrección del conejo también es aquí palpable pese a la escasez de pasto. Cobramos ocho, más cuatro perdices y una liebre. Luego comimos las consabidas lentejas de Julita Monturus, que las prepara como nadie. A la comida asistieron dos jóvenes curas gallegos que iban camino de Zamora a ver a Gamo. Me preguntaron qué pensaba yo sobre la lengua y la cultura gallegas. Les respondí que, a mi juicio, un país es tanto más rico cuanto más vario, y que para mí la variedad no debe afectar a la unidad. A la unidad la amenaza más la terquedad por uniformar lo que por esencia es diverso. Luego hablaron



de la pobreza y la injusta estructuración de Galicia y me animaron a escribir una novela sobre el tema. Yo les dije que escribir una novela ambientada en Galicia después de pasar allí una corta temporada sería por mi parte una frivolidad imperdonable.

*14 de octubre.* — Esta mañana visité a don Félix Menjíbar, nuevo arzobispo de Valladolid, con tres compañeros del periódico. Martín Descalzo nos lo pintó hace un mes como un hombre virtuoso, a la derecha de la izquierda y a la izquierda de la derecha. Un hombre de centro, en suma. Tal postura ponderada en un obispo que roza los setenta, no estaría mal. De entrada me hizo la impresión de un hombre sereno y apacible. Tenía encendido el brasero a pesar de que en la calle hay 24 grados y me dijo que trabajando se le enfriaban los pies. A mí me sucede lo mismo en pleno verano, de manera que no me chocó. Eso sí, le advertí que en este palacio, con techos de cinco metros, en el mes de enero se congelaría. Me dijo que estaba preparando un rinconcito más acogedor y que el palacio no lo utilizaría. Aproveché para informarle de la escasez de centros escolares en la ciudad, ahora que tanto se está hablando de igualdad de oportunidades.

*15 de octubre.* — En una amable carta, Luis María Ansón me invita a colaborar en "ABC". Ansón es demasiado joven para recordar lo que me ocurrió con "ABC" hace cosa de diez años sin que hasta el momento haya recibido la menor satisfacción. El caso es que, tras mucha insistencia por parte de aquel periódico, acabé por aceptar formar parte del jurado para el premio Mariano de Cavia, que presidía Camón Aznar. Un buen día, estando yo pescando truchas en Sedano, oí por radio que "habíamos" fallado el premio "por unanimidad" en favor del actual ministro de Obras Públicas, señor Fernández de la Mora. Aquella comedia me indignó mucho. Recurrí al jurado, al director del periódico y al señor marqués para que puntualizaran, todo en vano. Entonces, con la ley en la mano, apelé a Muñoz Alonso, director general de Prensa, quien me rogó que tuviera en cuenta el prestigio del "ABC", el prestigio del



premio, el prestigio del premiado y el prestigio de mis compañeros de jurado, antes de tomar una decisión. Le respondí que tenía en cuenta todos esos prestigios pero que no podía prescindir del mío, y que si no me facilitaban una buena razón que explicase su actitud insistía en que la agencia Cifra y el "ABC" rectificasen la noticia difundida por todo el país en el sentido de que yo no había votado. Hasta ahora. Mi único consuelo fue que los directores de una docena de periódicos amigos insertaron la carta que les remití. Pero el "ABC" y sus mentores no me han dado aún una explicación pública ni privada, con lo que empiezo a perder las esperanzas. Y por ahí andará el acta correspondiente sin firmar, si es que algún grafólogo no me ha tomado la mano. Esto se lo contaré a Anson para corresponder a su gentileza. Y no es que yo archive rencores, ni que mis resentimientos sean vitalicios; sencillamente, no me agrada trabajar en una empresa donde pueden ocurrir semejantes cosas. Porque lo más divertido (?) del caso es que, pocos meses más tarde, el señor marqués, en animada polémica con Dionisio Ridruejo, le decía muy seriamente que el "ABC" era un periódico que podía ufanarse de que desde su primer número no había dejado a nadie en la indefensión...

*16 de octubre.* — Recibo una extensa crítica de "Parábola del naufrago" publicada por Josefa Rivas en la "Revista Hispánica" de Amsterdam. Me llama la atención el empeño de la comentarista por relacionar mi libro con mi viaje a Checoslovaquia. En efecto, esta visita y la subsiguiente invasión rusa del país influyeron en mí, pero para encontrar precedentes a Jacinto San José no hace falta irse tan lejos. El gregarismo, la autocracia, el endiosamiento de la técnica, la destrucción sistemática de la Naturaleza, están aquí y allá. Es decir, don Abdón nos amenaza por todas partes. Lo que necesitamos es un poco más de habilidad y de arrojo que Jacinto San José para romper el cerco. La nota abunda en aciertos, como esa observación — que tal vez operó en mi subconsciente — de que Sa-m-sa, el héroe (?) de "La metamorfosis", es también capicúa, como don-Ab-dón y — añadido yo — como el propio Ka-f-ka.

17 de octubre. — Esta madrugada he cumplido 50 años. Las decenas, en la edad, son hitos decisivos que invitan a la meditación. Y lo peor no es ser cincuentón — que eso les pasa a todos los que no se mueren antes —, sino la conciencia de tener 50 años — o de no tenerlos ya — y su irrupción inesperada. Uno diría, remedando al poeta: “La madurez ha venido, nadie sabe cómo ha sido”. En tal sentido no deja de ser risible que, hasta hoy, cada vez que oía hablar de jóvenes novelistas o de matrimonios jóvenes, no podía evitar la sensación de sentirme aludido. Este guarismo de los 50 acaba con esta sensación que ciertamente no era desagradable. Cincuenta es una cifra abultada y respetable (es la edad de los “ancianos” que en la crónica de sucesos de mi compañero Cerrillo resultaban arrollados por el tren en el vallisoletano Portillo de la Merced durante los años 30). ¡Ahí es nada, la mitad de centenario! Al cumplir los cuarenta, uno piensa que el pasado y el futuro previsible — con un poco de optimismo — se equilibran. En los cincuenta, el platillo del pasado se lleva el fiel de calle; tira mucho más. Desde la cima de los cincuenta se vislumbra ya la muerte.

18 de octubre. — En el programa de noche transmitió la TV el reportaje sobre caza que me hicieron el jueves en Las Gordillas. La imagen dio bien. Lo lamentable es que omitieron mi varapalo a la prórroga de la temporada en ciertas provincias del sur, como se hizo el año 1969. La veda la dicta el apareamiento de las especies y éste, como es sabido, lo impone el clima y, consecuentemente, se produce antes en el sur que en el norte. La disposición a que aludo no tenía, por tanto, justificación. Tan sólo se explicaba por el hecho de que algunos prohombres madrileños se hubieran quedado con ganas de dar gusto al dedo. Con ocasión de un reportaje sobre Valladolid hace pocos años, me ocurrió lo mismo. Había que reducir media cuartilla del texto y lo que sobraba (?) eran las alusiones a las carreteras intransitables, la destrucción sistemática de los viejos palacios y el abandono de los medios rurales. Luego nos dicen que hacemos crítica destructiva, y no es exacto; lo que tratamos de hacer es paliar, en una pequeña parte, los triunfalismos de la TV.

*19 de octubre.* — Una emisora japonesa me envía un puñado de dólares por la difusión de un relato mío. Estas cosas, por desusadas en nuestro mundo, le confortan a uno. Es lo mismo que en Praga, donde después de hacerme una entrevista me abonaron unas coronas en concepto de colaboración, “puesto que había llenado un programa”.

*20 de octubre.* — El secuestro y subsiguiente asesinato de Pierre Laporte en Canadá es, por ahora, el último acto de una serie de atropellos registrados en Uruguay, Guatemala y Amman contra las personas físicas. La repugnante política de los rehenes, donde las víctimas generalmente son inocentes, es la contrapartida de la represión desde el poder. Robert Escarpit, refiriéndose a ellas, dice en “Le Monde”: “Se trata de dos máscaras diferentes de firmeza sobre un mismo rostro de impotencia”. La quiebra moral de nuestra época ofrece cada día perfiles más inquietantes.

*21 de octubre.* — Una cosa que no entiendo. Después del cacareo aturdidor de los últimos meses, uno esperaba para este curso la puesta del huevo de la escolaridad obligatoria y de la iniciación de la gratuidad de la enseñanza, camino de una verdadera igualdad de oportunidades en la educación. Sin embargo, en cada capital de provincia hay millares de niños sin escuela y los colegios han subido sus tarifas de un 25 a un 40 por ciento. ¿Se trata, una vez más, de fuegos de artificio o del último coletazo de la injusticia en este terreno?

*23 de octubre.* — El espacio abierto de la tele, que dirige Manu Leguineche, resultó demasiado abierto para mi gusto; una emisión cara al público, en resumidas cuentas. Desde niño sentí horror por los escenarios, y la sola idea de vestirme de monaguillo me desazonaba. Pero un día no lo pude evitar, me colocaron una túnica azul y blanca con encajes en los bajos y las bocamangas, me pusieron entre los dedos un incensario, me propinaron un empujón y allí me vi indefenso, en lo alto de las gradas, moviendo el botafumeiro como un péndulo ante

las divertidas miradas de mis compañeros. Tendría apenas diez años, pero mi aturdimiento fue tal que terminé volcando el incensario y quemando la alfombra. Afortunadamente hoy no tenía que mover el incensario. Iñigo me lanzó una sarta de preguntas y salí del paso como pude. Al hablarme del actual confusionismo religioso y del Concilio, aproveché para decir que la confusión no derivaba del Concilio, sino de nuestra interpretación del Concilio, y puse como ejemplo el hecho de que los cristianos españoles que rigen la Prensa acaban de multarnos a los cristianos que hacemos "El Norte de Castilla" por publicar una cristiana carta de los movimientos católicos obreros, cristianos por definición. El Concilio — dije — no tiene la culpa de esto. Al acabar, nos fuimos con los Umbral, Eduardo Rico y su mujer, Leguineche y mis hijos a "Oliver". Estuvimos charlando y viendo notables hasta las tantas.

*24 de octubre.* — Conversé reposadamente con Eduardo Rico para "Triunfo", en una mesa vecina a la que utilizaba González Ruano en "Teide" para escribir y donde han puesto ahora una placa conmemorativa. Rico es un hombre inteligente que ahonda en uno con perseverancia y agudeza. Sabe adónde va. Me sentí identificado con él cuando hablamos de los sueños. Los dos soñamos a diario y a diario padecemos pesadillas. Naturalmente salió Freud a relucir. Le conté mis chالaduras de hace unos meses, mi afán por destripar mis propios sueños, levantándome a medianoche y redactando apresuradamente mis pesadillas casi sin abrir los ojos. La única manera de reconstruir los sueños con detalle es en este estado de semivigilia, en que sueño y realidad se entremezclan. Lo malo es que en esa mutua interferencia uno presente, más bien se asoma, al abismo de la locura. Lo considero un juego peligroso. Al día siguiente, con el borrador en la mano, reconstruía la pesadilla y la analizaba. Y conforme con la doctrina de Freud, yo podía ir hallando, una por una, las piezas del sueño en mis experiencias de las últimas 24 horas generalmente en actos y frases sin ningún relieve, casi mecánicos. Donde no podía llegar era a la última interpretación: el simbolismo fálico y el sueño como realización de deseos, tan caros a Freud. Tampoco Eduardo

Rico — que ha hecho por curiosidad las mismas experiencias que yo — ha llegado a mejores resultados. Por otra parte, y en lo que a mí atañe, puedo afirmar que en sus tres cuartas partes las pesadillas salen del estómago. Ceno poco, pero el día que dejo de cenar no hay sueño, o si lo hay — que debe de haberlo siempre —, a la mañana no lo recuerdo.

*25 de octubre.* — Trajimos de Madrid como pasajero a un conocido de mis hijos. Al regreso, éstos le preguntaron, cada uno por su lado, por el viaje. “¡Qué pesados con el viaje! Pero, ¿qué es lo que queréis saber, si me dieron el coñazo?” En ciertas cabezas no cabe la posibilidad de que sean ellos los que pueden dar el coñazo al prójimo, cosa por otra parte bastante frecuente. Ellos son la ponderación y la verdad. La egolatría y la impertinencia suelen caracterizar a ciertos aprendices a rendidores de nuestra era. Y de aquí a la total incomunicación no hay más que un paso.

*26 de octubre.* — Miguel me telefona desde Sedano, adonde fue a pasar el domingo, para decirme que han cobrado un enorme jabalí de 115 kilos de peso. La hazaña en sí ya es importante, pero el mérito acrece si consideramos que el jabalí fue abatido por Luis M. Gallo cuando cazaban perdices en mano. Antes estuvieron batiendo un robledal y en vista de que no había cochinos se desdoblaron en dos manos para la perdiz. Fue entonces cuando el jabalí se arrancó ladera arriba de una charca preservada por una junquera en el vallejo de Valdepuente. Gallo, que llevaba cartuchos de sexta, los cambió por bala con admirable serenidad, antes de disparar sobre el bicho. Desde luego nunca oí hablar de un jabalí que brincase ante la mano de escopetas como una liebre. Sin duda, éste es el gran solitario que ya había visto con mis hijos en el Páramo de Masa el verano antepasado, encuentro al que hago referencia en mi último libro “Con la escopeta al hombro”. Y como las noticias cinegéticas tampoco vienen solas, Miguel me informa de que Santos Peña colgó la perdiz blanca que descubrimos este verano junto al camino de Mozuelos. Pronto podré examinarla a satisfacción puesto que piensa disecarla.

*27 de octubre.* — Pedro Palol se va a Barcelona. Anteanoche le dimos una cena de despedida, a la que invitamos también a Eloísa García de Watemberg, directora del Museo de Escultura. Los Palol se van contentos aunque dejan aquí quince años de vida y afectos. Hace tres o cuatro años despedimos a José Planas y familia, también para su Barcelona natal. Es una pena que estos enclaves cultos de Cataluña en Castilla y a la inversa sean tan escasos. Los considero esenciales para un mutuo conocimiento. Con Palol perdemos, a más de un amigo, a un gran maestro en arqueología. En dos ocasiones le oí exponer y lo hizo directamente, con envidiable claridad, ajeno a toda petulancia. No es el tipo de maestro (?), que tanto abunda, que habla para escucharse, sino para que aprendan los que le escuchan. Supongo que en eso consiste el ser maestro, puesto que si al maestro le quitamos su proyección didáctica, se queda en huero charlatán para propia y personal complacencia.

*29 de octubre.* — Tengo ante mí la segunda fotografía que me envía Alfonso Viada para que le ponga un pie. La primera era de una señorita desnuda a contraluz en un balcón. No me inspiraba y se la devolví. Viada debió pensar que me asustaba la señorita desnuda y me envía otra de dos jóvenes vestidos en una playa desierta con una especie de mástiles truncados — procedentes tal vez de un naufragio — en primer plano. Pero, ¿qué puedo decir yo de la señorita vestida, del joven que la acompaña y de esos maderos inidentificables? Viada no creerá en mi buena voluntad, pero la verdad es que no se me ocurre nada. Nunca pude escribir una palabra de encargo, a pie forzado. Únicamente recuerdo que mis relatos “Viejas historias de Castilla la Vieja” nacieron de un álbum de grabados de Jaume Pla, sobre mi tierra. Vi la historia en seguida y la monté sobre ellos.

*30 de octubre.* — Esta tarde habló Vintila Horia en la Sala de Cultura del periódico. En su charla erigió al novelista en crítico de su tiempo y profeta de los venideros. Los vaticinios



delirantes de Joyce, Kafka y Orwell se están cumpliendo, dijo. Por otro lado, oscuros poderes tratan de amordazar al narrador: dictaduras políticas en el Este; grupos de presión, poderes económicos en el Oeste. El novelista que consigue salvaguardar su independencia es una excepción. En su conferencia y en nuestra conversación posterior observé que Horia no se siente demasiado optimista respecto al porvenir. Desgraciadamente, yo tampoco. Luego hablamos de la angustia de la creación. Me contó que tiene una novela corta empezada hace cinco años y cada vez que relee los 20 ó 30 folios que tiene escritos, tacha en vez de añadir; es decir, la novela se reduce en lugar de progresar. Le conté mis desazones cada vez que inicio un libro en fórmula equivocada y soy consciente de mis errores pero incapaz de enderezarlos. Cuando le dije que a veces problemas de situación se me resolvían durante el sueño, Vintila Horia no se rió, como yo esperaba, sino que compartió mi punto de vista.

31 de octubre. — Sally Carrighar, la famosa naturalista que durante treinta años ha convivido con animales en sus "habitats" respectivos, publica un interesante ensayo: "La guerra no está en nuestros genes", que en cierto modo es una réplica consoladora a las teorías de Lorenz y Ardrey. Para Sally Carrighar, el animal que mata para comer no es más agresivo que nosotros cuando vamos al mercado. La verdadera agresividad es la que se produce entre individuos de la misma especie, y ésta, en multitud de casos, no se manifiesta fuera de la época de celo. La naturalista llega a la conclusión de que hay infinidad de animales que no luchan salvo en el caso de verse hostigados por un depredador. Para ella las observaciones de Lorenz y Ardrey pierden valor en cuanto se refieren en general a animales cautivos o semisalvajes, cuya concentración incrementa su agresividad. Entonces resulta que ésta, más que un instinto, es un hábito; un hecho cultural antes que genético. La guerra, por tanto, no está en nuestros genes y, consecuentemente, no es un suceso fatal, sino previsible y remediable. Esto dice una científica. Lo malo es que los hombres corrientes y molientes nos empeñamos en demostrar lo contrario.



1 *de noviembre*. — Por estas fechas las nieblas y los fríos suelen ser la tónica de mi ciudad. Nieblas espesas y prolongadas que pare el Pisuerga, o vientos fuertes, del norte, con nubes blancas en el cielo. Pero este año no quiere llover. Por no haber, no se ve una nube en Castilla desde hace semanas. Los lamentos del campo ya se dejan oír. Falta tempero y las siembras se retrasan. Algunos lo hicieron aprovechando los 20 litros caídos en la primera decena de octubre o arando en labores profundas. Pero, por lo que dice hoy el ministro Allende, la cosa es más grave de Salamanca para abajo. A mí no hay quien me saque de la cabeza que, en lo que se refiere a Castilla, la sequía y la humedad se presentan por ciclos con una periodicidad bastante exacta de seis a siete años.

2 *de noviembre*. — Recibí el cuarto volumen de mi Obra Completa, que acoge los libros de viajes. Al ojearlo me doy cuenta de cómo domina en ellos la primera impresión. De Chile — país que conocí hace quince años — me sorprendió la geografía, cosa que, por otro lado, nada tiene de particular. De Norteamérica, su sociedad, y de Checoslovaquia, que visité durante la “primavera de Praga”, la evolución política. Esto me lleva a pensar que mis visiones son parciales y que, por mucha sinceridad que uno derroche, estas estampas no pasan de ser interpretaciones sumamente incompletas y fragmentarias.

3 *de noviembre*. — Hoy concluí de leer “Conversación en la Catedral”, de Vargas Llosa, una excelente novela. En resumen se trata de la historia de una frustración, la de Zavalita, y de una impotencia, la del Perú. Esto último condiciona, en una u otra forma, el retrato psicológico de los personajes. La crisis de Zavalita es típica y casi común a todos los mortales: hay un momento en nuestras vidas en que hemos sido puros. Luego — ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿por qué? — nos corrompemos de alguna manera; sustituimos los ideales por intereses, cuando no inventamos aquéllos para preservar éstos. En el caso de Zavalita, ni eso: su decepción es tal que renuncia a ideales e intereses y su vida llega a ser puramente vegetativa. La narración simultánea de acciones separadas en el tiempo, los diálogos gualdra-

peados, etcétera, constituyen otras tantas novedades técnicas, pero sigo pensando lo mismo que cuando leí “La ciudad y los perros”, la novela de Vargas que prefiero: el lenguaje es la más suculenta aportación de Vargas Llosa a la novela hispanoamericana. He hecho el ensayo de poner en castellano algunos de los párrafos más acentuadamente peruanos y la eufonía quiebra, resultan mucho más vulgares — para nosotros, claro — y secos. El uso gasta y desportilla el lenguaje, no cabe duda, y estas inyecciones de ultramar hacen el efecto de un abono: le oxigenan y le devuelven la jugosidad perdida.

*4 de noviembre.* — José Ortega Spottorno me sugiere la idea de escribir una novela entre seis autores, a razón de un capítulo por autor. Esta idea se nos ocurrió ya a los premios Nadal en el año 1953 (entonces éramos ocho o nueve) cuando nos reunimos o comer en “Lhardy”. En la euforia de la digestión y la degustación de copas, la cosa nos pareció hacedera. Luego no llegó a escribirse ni el primer capítulo. Ahora — tal vez porque he perdido la juventud — el asunto se me antoja inviable de no tratarse de un mero divertimento. Yo pienso que para escribir un capítulo de novela hay que sentirla y llevarla dentro — la novela — y, en tal caso, uno no escribiría un solo capítulo, sino la novela completa.

*6 de noviembre.* — De nuevo me he racionado el tabaco. Hoy fumaré cuatro pitillos. Desde hace más de ocho años vengo fumando a razón de seis diarios. Últimamente, de manera insensible, había ido aumentando la dosis. Abandonar del todo el tabaco nunca me lo he planteado, porque siempre me ha parecido más fácil decir no fumaré hasta después de comer que no fumaré hasta el Valle de Josafat. En esto del tabaco no nos ponemos de acuerdo. Hay quien dice se acabó y se acabó, como mi compañero Félix Antonio — el hombre que pidió públicamente derechos de autor para los padres de las coristas —, que vivía con el pitillo en la mano y hace quince años que no lo prueba. Para él es más fácil dejar de fumar que fumar poco. En mi caso, no, tal vez porque el hecho de liar los cigarrillos evita el automatismo, el mayor peligro que acecha

al fumador. Entre sacar el papel, plegar los bordes, verter el tabaco, eliminar las durezas y elaborar el pitillo hay tiempo sobrado para pensarlo. Por otro lado conviene alimentar algún vicio para tener algo que dejar el día que el médico encuentre duras nuestras arterias o nuestra circulación deficiente. De otro modo puede sucedernos lo que a aquel amigo mío que al recomendarle el doctor que dejara el pitillo y la copa y redujese las grasas y responderle: "Nunca he fumado, no bebo y soy vegetariano", le dijo aquél entre irritado y socarrón: "Entonces, ¿qué quiere que yo le haga?".

*7 de noviembre.* — El bollero de Arrabal de Portillo, que viene semanalmente a Valladolid a vender pastas de puerta en puerta, al lamentarme ayer de la sequía, me respondió que quizá durase poco porque en el cielo se advertía movación. Hoy, en efecto, ha amanecido un día gris y aborascado, con vientos racheados que bajan de las cuevas de Zaratán. A mediodía ha comenzado a llover tímidamente. Supongo que esto será la movación de que hablaba el bollero.

*8 de noviembre.* — "Telerradio" me pide opinión sobre el doblaje de las películas, viejo pleito que Pániker ha vuelto a resucitar. Mi punto de vista al respecto es claro. De entrada soy contrario al doblaje de toda película con una mínima sensibilidad estética. La voz me parece un elemento de expresión tan importante como la mímica. Entonces, una película norteamericana debe exhibirse en inglés (naturalmente con carteles), una francesa en francés y una mexicana en mexicano. Ahora bien, si una película inglesa o francesa se doblan para ser pasadas por la TV española, el doblaje debe hacerse en castellano y no en mexicano o en argentino. (Y aquí está, si no me equivoco, la madre del cordero.)

*9 de noviembre.* — Día negro. Dos telefonazos me comunican los fallecimientos de mi tío Miguel Nevares y de mi amigo Alejandro F. Araoz, en Madrid. Mi tío Miguel Nevares llevaba más de 20 años recluido en casa a causa de una parálisis y era el último superviviente familiar de la generación

de mis padres. Cada vez que le visitaba me recordaba al protagonista de "La muerte de un viajante". Poco a poco las construcciones vecinas le iban privando de ver la calle, de ver los tejados, de recibir un rayo de sol. Desde hace dos lustros era ya un hombre emparedado por el progreso. Araoz, como consejero del periódico, me ayudó a capear no pocos temporales cuando yo fui director. Hombre muy lúcido, hermanó algo que no es frecuente en nuestros lares: el arte y las finanzas. En su casa conocí a hombres importantes, como el padre Sopena, el arquitecto Fisac, el profesor Díez del Corral y el mercantilista Garrigues, el primer jurista literato con quien topé en mi vida. Araoz trató en vano de arrancarme mi costra montaraz y civilizarme: "Tienes que venir con más frecuencia por Madrid y conocer gente", me decía. Yerno del inolvidable doctor Marañón, tenía con él tres puntos de coincidencia: su liberalismo, un delicado espíritu humanista y un arte especial para multiplicar las horas. En su finca de Villanueva de Duero, en la que yo cazaba como si fuera mía, se fraguó mi obra "El libro de la caza menor", que está dedicada a él. Acudí a Madrid a enterrarle. Si siempre la muerte es desconcertante, en el caso de Araoz resulta paradójica. Se me hacía inadmisible que aquellos restos que yacían en el féretro fuesen el hombre vigoroso y vital que conocí.

*10 de noviembre.* — Regresé a Madrid con José Antonio Rubio Sacristán. Rubio vivió en la Residencia de Estudiantes con Lorca, Dalí y Buñuel, por los años veinte, y fue buen amigo de todos ellos. A estas alturas resulta un informador inapreciable, amenísimo y sorprendente. Por ejemplo, que Dalí en sus mocedades fuese un hombre tímido es algo que no me cabe en la cabeza. Y, sin embargo, Rubio me asegura que cuando una reunión pasaba de seis, Dalí no abría la boca. ¡Vivir para ver!

*11 de noviembre.* — "El Norte" trae hoy once esquelas de defunción, una cifra de respeto para una ciudad como la nuestra. Cada vez que ocurre una cosa así, recuerdo mi detenida conversación con un funerario hace tres o cuatro años. El

hombre hablaba de sus ataúdes con la misma naturalidad que el confitero de sus pasteles o el gerente de un diario de sus periódicos. “Créame — me decía —, a veces pasan dos semanas sin dar un clavo. De repente, zas, una noche bajan las nieblas o cambia la presión atmosférica y ¡quince servicios!” Quizá sea casualidad, pero ayer se abatió la niebla sobre la ciudad por primera vez en este otoño.

*12 de noviembre.* — Mi tía Amelia, muy viejecita, me decía a las pocas horas de enviudar: “Hijo, no pido más que tres días para descansar y después morirme”. No me atreví a preguntarle si no le daba lo mismo morirse primero y descansar después.

*13 de noviembre.* — He visitado las exposiciones de Águeda de la Pisa y Gabino Gaona, dos pintores vallisoletanos interesantes. Águeda, pese a su oficio, sigue siendo una intuitiva con un buen gusto nato para la composición y el color. En sus últimas telas se acusa su maternidad: niños sumidos en rosados limbos mágicos donde los volúmenes se sugieren delicadamente a base de sombras. Gaona, el pintor de la Castilla llana, de sus caseríos silenciosos, evoluciona de prisa. “Te metes insensiblemente en la geometría”, le dije. “¡Qué va! — respondió él —, ya estoy saliendo.” Y me mostró sus últimos cuadros después de sus visitas a Italia y Portugal. Las tendencias en el arte son como lo de las maxi y las minifaldas: se suceden tan aprisa que llegan, como las pescadillas, a morderse la cola. Gaona pasa meses enteros en un bello y árido pueblecito de Valladolid: Uruña. “He conectado con la caza — me dijo —. Pronto la incorporaré a mi pintura.” Me alegró la noticia. Los dramáticos paisajes de Gaona daban frío por excesivamente desiertos.

*14 de noviembre.* — María Teresa Font me envía desde Maryland su ensayo “La sociedad del futuro en Pérez de Ayala, Huxley y Orwell”. La autora conecta a los futuristas Huxley y Orwell con Pérez de Ayala a través del drama de éste “La revolución sentimental”. Hay un párrafo que María

Teresa Font dedica a Orwell y de cuya inquietud participo: "El interés primordial de Orwell era la búsqueda de valores humanos individuales. Creía firmemente en la influencia ineludible de lo histórico sobre lo social y que el hombre, ese ser totalmente libre de nuestra civilización, podría ser subyugado por fuerzas incontrolables".

*15 de noviembre.* — Dimos por terminada la campaña que bajo el lema "Una ciudad para todos" hemos venido desarrollando en "El Norte de Castilla" durante los diez últimos días, encaminada a la redención de los suburbios. Es inadmisibile esta manía nuestra — muy española — de limpiar sobre limpio en el centro, pensando que lo importante de una ciudad no es que los ciudadanos vivan a gusto, sino la impresión que se lleve de ella el turista que va de paso. En este sentido creo que debe establecerse un orden de prelación de las necesidades municipales, lo mismo que se hace a nivel doméstico. Es decir, en tanto exista una familia sin techo, un niño sin escuela, o un barrio sin agua, los gastos de hermosteamiento son gastos suntuarios que se aproximan mucho a la pura dilapidación.

*16 de noviembre.* — Ayer, según cazaba en mano galana por tierra de pinares, advertí que en uno de cada diez pinos han colgado una especie de jaula amarilla de tabiques macizos con un agujero minúsculo en uno de los costados. Las jaulas son la expresión de un nuevo sistema de lucha contra la oruga procesionaria que está haciendo mucho daño por aquí. El ensayo en otras partes ha dado buen resultado. Los agateadores, carboneros, herrerillos y otras aves insectívoras de pequeño tamaño no frecuentan la tierra de pinares porque los árboles carecen de agujeros donde guarecerse y anidar. Con las jaulas macizas se cubre esta necesidad que les preserva además de la voracidad de las urracas y otros pájaros agresores. Lo que desconozco es si ahora únicamente nos resta esperar, o la segunda fase consistirá en una repoblación de insectívoros de toda esta zona.



18 de noviembre. — Debemos darnos prisa por archivar nuestro tradicional machismo. En Torrecilla de la Abadesa, un pueblecito de Valladolid, no hay alcalde, sino alcaldesa, y muy joven por cierto. La muchacha confiesa en unas declaraciones que su nombramiento no cayó mal en el lugar pero a sus vecinos les malmietieron los de los pueblos próximos: "Pero bueno, ¿es que no quedan ya hombres en vuestro pueblo?". A Lidia Falcón, Elisa Lamas, Mercedes Fórmica y compañía les queda todavía mucha tela que cortar.

19 de noviembre. — Fraga Iribarne, cuando se le pidió una apertura para el cine, no la concedió en el terreno ideológico, sino en el erótico: las películas no traían más ideas, sino más camas. El mal se ha hecho crónico. Y yo no me escandalizo si un buen argumento exige una cama, pero sí me revienta que alrededor de una cama se monten, por sistema, malos argumentos. Pero ya no es sólo la cama. Las dos últimas películas que he visto — "El compromiso" y "Los girasoles" — aportan un nuevo elemento erótico inédito en nuestros lares: el caballero de la mano en el pecho (naturalmente, de las señoras). Esto no lo veía desde París, hace diez años, creo que en "Marienbad", y aquí, en España, se cortó entonces. El proceso de apertura prosigue, a lo que se ve. ¡Ya somos europeos! La quiebra de Occidente, si no me equivoco, se producirá por un empacho de erotismo.

20 de noviembre. — Ha muerto el doctor Solórzano, el papirólogo universal. La muerte le sorprendió haciendo lo de siempre: pajaritas de papel. Martín Abril recordaba a este propósito una anécdota de la que fui protagonista, hace quince años, cuando a mi paso por Buenos Aires el doctor Solórzano me entregó un cocodrilo de papel plegado y me dijo con sonrisa maliciosa: "Entregue usted esto en mano al doctor Montero cuando llegue a Valladolid. Dígame que he conseguido un cocodrilo en veintisiete pliegues. Para leer mi carta debe deshacer el cocodrilo. A ver si es capaz de volver a montarlo". Cuando regresé a Valladolid no encontré en mis maletas el cocodrilo ni vivo ni muerto y sospecho que el doctor Montero



aún no me lo ha perdonado. Estimo que estos pequeños refugios de la filatelia, el ajedrez, el coleccionismo de vitolas o de llaves, o la papiroflexia, nos son cada día más necesarios para aliviar la tensión de la vida moderna.

*21 de noviembre.* — Tres encuestas en un día. Esto del teléfono directo con Madrid va a resultar una pepla. 1.<sup>a</sup> ¿Qué piensa del Montepío de escritores? (Diario "Arriba"). R.: No pienso. No estoy informado. Desconozco el decreto (para mi capote: esto de los Montepíos me huele a desinfectante, a esparadrapo y hospital. Me deprime. Mi desdén por la previsión, la seguridad y el puesto para toda la vida no está de acuerdo, yo lo comprendo, con las ideas de mi generación). 2.<sup>a</sup> ¿Por qué no es usted del Opus Dei? (Eva Jardiel Poncela). R.: Porque creo que, en esencia, el cristianismo es opuesto a las capillitas (en particular si éstas ofrecen aunque sólo sea una apariencia aristocrática), y porque considero que "Camino" no añade absolutamente nada al Evangelio, y 3.<sup>a</sup> ¿Por qué la mujer no está en la Academia? ¿Quiénes merecerían estar? (semanario "Teresa"). R.: Ignoro cómo está ese asunto de las mujeres en la Academia, ni siquiera si pueden aspirar a un sillón. Lo que sí puedo decirle es que ésta es una manifestación más de la postergación de la mujer, relegada a la cocina durante siglos. Las cosas van cambiando, aunque aún coleen injusticias como la comentada. Respecto a qué mujeres deberían ocupar un puesto en la Academia no me atrevo a pronunciarme: soy poco aficionado a las quinielas.

*22 de noviembre.* — Llevamos siete días lluviosos, aunque le cuesta descargar. Hasta anteayer el promedio de precipitaciones apenas rebasó el litro diario. Anteayer fueron siete. Ayer cuatro. El volumen resulta insignificante para las necesidades hidroeléctricas y supongo que muy exiguo para las ganaderas. Los diez o quince centímetros de humedad en las tierras de Castilla bastan, sin embargo, para arrancar la remolacha y tirar las cebadas. Algo es algo.

23 de noviembre. — Se ha celebrado en Valladolid la asamblea anual de catedráticos y profesores de Comercio. La reunión ha servido al menos para evidenciar el confusionismo que la nueva Ley de Enseñanza ha traído consigo. Cada centro no es una incógnita o un problema, sino un semillero de incógnitas y problemas. Nosotros nos preguntamos: “¿Va a exigirse el doctorado para ingresar en el nuevo escalafón de catedráticos de escuelas universitarias? ¿No equivale la tesis de intendente o actuario mercantiles a la tesis de doctor? El que ha hecho aquéllas entonces, ¿tendrá que volver a hacerla? Si el catedrático de Comercio se equipara a profesor agregado, ¿puede pasar con el tiempo a catedrático de Universidad? En mi caso personal, si he de hacer otra tesis, ¿puedo elegir la Facultad de Derecho, la de Económicas o la que dicen que va a crearse de Periodismo (puesto que soy licenciado en Derecho, intendente mercantil y periodista) para doctorarme? ¿Y no es paradójico que yo me doctore en Derecho, Comercio o Periodismo para ser catedrático de Historia?”. En suma, a nivel docente, no hay quien se entienda. No digamos a nivel discente. Urge clarificar las cosas para que salgan cuanto antes a flote los aspectos positivos — gratuidad, obligatoriedad y alto nivel de la enseñanza — que la nueva Ley recata.

24 de noviembre. — No hay acuerdo sobre las víctimas producidas por un ciclón en el Pakistán. Unos hablan de 200.000 muertos, otros de un millón y otros de dos millones. En cualquier caso ha sido una catástrofe estremecedora, desproporcionada a las causas que la motivaron. Quiero decir que un ciclón así en un país desarrollado no hubiera ocasionado una mortandad semejante. La diferencia entre países pobres y países ricos no es, pues, una cuestión de alimentos solamente. El tercer mundo sufre no sólo hambre, sino carencia de todo. Así, estos centenares de millares de víctimas, antes que un ciclón los ha producido un primitivismo indefenso. La solución a esta injusticia no es fácil sin una conciencia universal encaminada a parear la marcha de todos los países, siquiera las perspectivas, de momento, sean más bien sombrías. Junto a esta carencia está el derroche insultante. Rusia fabrica un submarino

atómico cada cinco semanas. USA ha lanzado un nuevo tipo de bombardero cuyo envejecimiento se prevé para antes de dos años. ¿Qué cuestan estos submarinos y estos bombarderos? En lo que se refiere a este último, sabemos concretamente, porque nos lo dice "El Correo de la UNESCO", que su precio equivale al sueldo anual de 250.000 maestros, a 38 facultades dotadas para 1.000 estudiantes cada una, a 75 hospitales de 100 camas o a unos 50.000 tractores. ¿Cuánto duraría el hambre y la necesidad del tercer mundo si el hombre entrara en razón un buen día?

*25 de noviembre.* — Me cautivó "El submarino amarillo", original película que rompe todos los moldes, empezando por los que tradicionalmente han regido para los filmes de dibujos. Cada plano es un cuadro que colgaría con gusto en mi despacho. En pocas palabras, yo diría que es un vuelo imaginativo a chorro libre, exento de prejuicios estéticos y concesiones a la galería, donde, sin embargo, tema, línea, cromatismo y música orquestan una sinfonía. La gente, naturalmente, no acudió y la película ha durado cinco días en cartel.

*26 de noviembre.* — Bernis, Valverde y Rodríguez de la Fuente han regresado de un congreso sobre defensa de la Naturaleza celebrado en Londres con asistencia de centenares de naturalistas, oceanógrafos, biólogos y zoólogos del mundo entero, entre ellos el submarinista Piccard y el comandante Cousteau, autor de la inolvidable película "El mundo del silencio". Ya no anima a esta gente la actitud romántica de preservar tal o cual especie, sino la aspiración de que la Humanidad sobreviva. Como se comprenderá, el clima de la conferencia de Londres ha sido bastante dramático. El comandante Cousteau, que lleva más de cinco lustros sumergiéndose en todos los mares y que se incorporó a la reunión tras un periplo de tres años por los océanos Atlántico, Pacífico e Índico, manifestó que la vida submarina — fauna y flora — ha disminuido aproximadamente en un 40 por ciento en los últimos veinte años. Otro profesor, que ha atravesado el Atlántico practicando análisis periódicos, informó que un tercio de su viaje no navegó

sobre agua, sino sobre petróleo (estos informes hacen admisible la noticia publicada recientemente en la Prensa de que en el año 2000 podría haberse extinguido la vida en el mar). Igualmente alarmante resultó el informe de un equipo de científicos que regresaba de una isla del Pacífico donde la intensidad de la fuerza del sol — luminosa y calorífica — ha decrecido en proporciones increíbles en los últimos años, con lo que no puede descartarse la posibilidad de una nueva glaciación. Este hecho se atribuye en buena parte al aumento de reactores que surcan los cielos y a su consumo disparatado de oxígeno.

No es preciso hablar de la contaminación atmosférica de nuestras ciudades, ni de la polución de las aguas de nuestros ríos (ayer, precisamente, comunicaba nuestro corresponsal en Palencia la muerte de los peces del río Carrión debido a “causas desconocidas”). El problema me parece lo suficientemente grave como para sacarle del marco científico, donde hasta el momento ha estado debatiéndose, y que los Gobiernos del mundo lo asuman como su primordial preocupación.

*27 de noviembre.* — La conferencia que iba a pronunciar esta tarde Aranguren en “El Norte de Castilla” — “Evolución e involución de la sociedad española” — ha sido suspendida y la Sala de Cultura multada con 10.000 pesetas por anunciar el acto antes de ser autorizado. Esto es como cazar conejos con hurón y red, sobre seguro. Si yo no anuncio el acto no va un alma y si lo anuncio quebranto las normas. En fútbol, si no recuerdo mal, se llama a esto táctica del fuera de juego. Pero lo que más sorprende del caso es que Aranguren habló ya aquí, en esta misma aula, no hace dos años todavía. No sé. A lo mejor es que el proceso de apertura aquél está reculando y yo ni siquiera me había enterado.

*28 de noviembre.* — Decliné suscribir una nueva carta colectiva dirigida a no sé qué ministro. Refractario al gregarismo, cuando algo me inquieta o me parece injusto prefiero escribir yo directamente y decirlo sin rodeos (la última carta de los mil quinientos se envió a su destinatario con poco más de cincuenta firmas y la coletilla de “siguen hasta mil quinientas”). Cada

día soy más celoso de mi independencia y me resisto a que nadie me lleve más allá (o me deje más acá) de donde yo quiero ir. Creo, por otro lado, que pueden ser más eficaces — aunque desde luego menos espectaculares — mil quinientas cartas personales enviadas desde otros tantos rincones de España, que una sola suscrita por mil quinientos firmantes aunque esté fechada en Madrid.

*30 de noviembre.* — Tena me informa que el poeta norteamericano E. E. Cummings, nacido a finales del siglo pasado, ya empleó en uno de sus poemas la puntuación literal (coma, punto, punto y coma) que yo utilizo en “Parábola del naufrago” para romper la lógica (en este caso la gramática) que es la clave de las pesadillas y que creí haber inventado. Tan verdad como que yo no conocía a Cummings es que no hay nada nuevo bajo el sol.

*1 de diciembre.* — El gobernador civil, en un gesto espontáneo, ha decidido condonar la multa impuesta a nuestra Sala de Cultura con motivo de la conferencia de Aranguren que no llegó a celebrarse.

*2 de diciembre.* — Ya tenemos los secuestros en casa. El cónsul alemán en San Sebastián, señor Beihl, ha desaparecido. La táctica de los rehenes, como toda táctica de violencia sobre las personas, me parece vituperable. Si uno tuviera alguna audiencia intentaría infundir al país un poco de cordura. A los de arriba para que no extremen la presión y abran vías que hagan prácticamente innecesaria la clandestinidad. A los de abajo para que no apelen al expediente de la fuerza. Un peloteo de violencias no puede conducirnos a buena parte.

*3 de diciembre.* — José María de Cossío me confirmó la noticia que ya me dio Yndurain en Zaragoza: los novelistas portugueses y españoles nos reuniremos en mayo en Lisboa al amparo de la Fundación Calouste Gulbenkian, para discutir problemas literarios. Condiciono mi asistencia a lo que resulte de mi proyectado viaje a Yugoslavia y mi conferencia en Bucu-

rest. De momento envió a Cossío un guión de lo que podría ser mi comunicación sobre la identificación autor-personaje. A mi juicio, el novelista auténtico se nutre de la observación y la invención tanto como de sí mismo. El novelista auténtico tiene dentro de sí, no un personaje, sino cientos de personajes. De aquí que lo primero que el novelista debe observar es su propio interior. En este sentido, toda novela, todo protagonista de novela, lleva en sí mucho de la vida del autor. Vivir es un constante determinarse entre diversas alternativas. Mas, ante las cuartillas vírgenes, el novelista debe tener la imaginación suficiente para recular y rehacer su vida conforme otro itinerario que anteriormente desdeñó. Imaginativamente puede, pues, recrearse. Por aquí concluiremos que por encima de la potencia inventiva y del don de observación, debe contar el novelista con la facultad de desdoblamiento: no soy así pero pude ser así. Dar testimonio, en una palabra, no sólo de lo que le ha ocurrido, sino de lo que podría haberle ocurrido en cada caso y cada circunstancia.

*4 de diciembre.* — Vizcaíno Casas disertó esta tarde en el periódico sobre el tema "Los difíciles 40". Fue una charla aménisima, al menos para los que guardamos memoria de aquellos años de hambre, hongos milagrosos, censura extrema y apagones de luz. El anecdotario en que Vizcaíno apoyó su evocación no pudo ser más sabroso. Después cenamos juntos y comprobé que Vizcaíno Casas es un hombre vital y fundamentalmente festivo. Pasamos un gran rato.

*5 de diciembre.* — Ayer publicó "Le Monde" mi artículo sobre Ana María Matute, "Secret d'une esthétique", dentro de las páginas dedicadas a esta escritora. La publicación ha coincidido, más o menos (cosa que me alegra), con la salida en París de su novela "La trampa". Para mí, la obra literaria de Ana María es una protesta de su conciencia de niña contra la brutalidad circundante. Su predilección por el mundo infantil, los adjetivos cromáticos, la vida de la funámbula o la explosión metafórica, no son sino recursos para distanciar su propia angustia adulta y un intento por recuperar retazos de



su candor primero, antes de tomar contacto con la mezquindad y la muerte. Con ello se refuerza el patetismo de su obra que yo incluiría dentro del realismo mágico.

*6 de diciembre.*—De acuerdo con el P. Llanos, que no aspira a otra cosa que a servir a sus semejantes, hemos enviado al ministro de Justicia un escrito, firmado por los dos, en el que hacemos constar nuestra protesta por el hecho de que no sea un tribunal ordinario el que juzgue a unos ciudadanos civiles y nuestra repulsa porque aún perdure en el país la pena de muerte. Carta al margen, es paradójico que en España exista la última pena y no exista la de cadena perpetua. El castigo debe procurar la recuperación del delincuente y resulta obvio que los únicos seres no susceptibles de recuperación son los muertos. La pena de cadena perpetua podría servir para aquellos reos cuya peligrosidad habitual llevara a sus jueces al convencimiento de que su rehabilitación es imposible.

*7 de diciembre.*—Recibo una sabrosa carta de Eva Jardiel Poncela, hija de Enrique Jardiel Poncela, renovador genial de nuestro teatro y de nuestro humor (hasta él, varado en el chascarrillo). Me dice que Jardiel es apellido hebreo (Jar: energía; di: de, y El abreviatura de Eloim: Dios) y que el gran rabino de Jerusalén, sorprendido, le dijo, cuando le visitó, que sus antepasados tuvieron que llegar a España después de la Inquisición. Eva Jardiel ha investigado y resulta que esto es cierto: el apellido, de origen ruso-griego, tiene en España una raíz de muy pocas generaciones, la primera asentada en Quinto de Ebro (Zaragoza). Poncella es asimismo apellido judío italiano y al españolizarse perdió una *ele*. Eva Jardiel, que conserva la zumba de su padre, cierra su carta con estas líneas: "Los Poncela proceden de Valladolid y por eso mi padre tiene allí una calle y otra en Zaragoza por el Jardiel; y aunque el Jardiel y el Poncela les pillan más lejos, mi padre tiene otra calle en México D. F. y otra en San Luis de Potosí y, como es lógico, en Madrid, donde nació, no tiene ninguna calle...".



8 de diciembre. — La perdiz va de mal en peor en Castilla. Las razones me he cansado de desmenuzarlas en periódicos y libros pero nadie me hace caso. Particularmente sensible es la baja en la zona de Rueda, Tordesillas y Medina del Campo, siquiera su casi inexistencia obedezca aquí a una causa concreta: el terrible pedrisco del pasado agosto. Los vecinos de estos pueblos me cuentan que pese a haber descargado la nube de madrugada, al mediodía siguiente se encontraban, entre carrascas y breñas, piedras del tamaño de huevos de paloma. En el campo yacían centenares de codornices, tórtolas, torcaces, perdices y liebres muertas. En defecto de perdiz, mi hermano Manolo cobró ayer la primera chocha de la temporada, presa un poco prematura, pues la arribada de estas aves a los sardones de Castilla suele ser simultánea a la de los grandes fríos, que este año todavía no se presentaron. Y coincidencia curiosa: al llegar a casa me encuentro el libro de Rafael Puget "Becadas en Corriol", todo un pequeño tratado — basado en la experiencia personal — de cómo buscar, cazar y guisar esa avecilla, tan suculenta en el aspecto gastronómico (Josep Pla y Néstor Luján saben de esto) como en el cinegético.

9 de diciembre. — Pasé un par de horas con Isabelle Schousboë, que se propone hacer su tesina y su tesis sobre la estilística en mi obra. Ella venía con la ilusión de que yo la orientara pero para uno es cada día más ingrato y difícil explicarse a sí mismo. El novelista, creo, debe ir explicándose a lo largo de sus novelas. Así y todo, le dije que la cuestión de mi estilo fue planteada hace diez o doce años a través de un clisé que no me convence y que después ha sido repetido hasta la saciedad: las dos épocas de Delibes: el Delibes premioso, grave y prolijo de la primera ("La sombra del ciprés") y el Delibes menos pretencioso pero más hondo de la segunda ("Las ratas"). Yo no lo creo así. Yo no veo más que un Delibes que ha ido madurando — si es que ha madurado — a través de balbuceos, tropiezos y golpes. Martín Descalzo, que no sé si fue el primero que puso la guinda a la tarta, matiza aquella clasificación diciendo que las novelas de mi primera época se pueden contar y no se pueden contar las de la segunda. Esto me parece

desorientador. Yo pienso que todas mis novelas pueden contarse; lo que sucede es que las primeras pueden contarse más fácilmente por tratarse de relatos lineales con un personaje eje, mientras las segundas son relatos quebrados, con saltos cronológicos, vividos por un protagonista colectivo. Así, "Aún es de día" puede contarse de la cruz a la fecha de un tirón; en cambio, para contar "El camino" tendríamos que desglosarlo en tantas historias como se entremezclan en el relato: la de Daniel, la de Quino, la de la Guindilla, la del Indiano, etc. De aquí se infiere que cada novela requiere una técnica y un estilo. No puede narrarse de la misma manera el problema de un pueblo en la agonía ("Las ratas"), que el problema de un hombre acosado por la mediocridad y la estulticia ("Cinco horas con Mario"). El primer quehacer del novelista, una vez elegido el tema, es, pues, acertar con la fórmula, y el segundo, coger el tono. Técnica y estilo nos ayudarán a tender el puente de que hablaba Ortega para conducir al lector al mundo de ficción de la novela cerrándole previamente todos los escapes. Pero para tender este puente, como para tender cualquier puente, habremos de contar con la anchura, el caudal, la consistencia del lecho y la velocidad de la corriente que discurre por debajo. Resueltos estos problemas, la temperatura de creación — que algunos llamaron *musa*, e *inspiración* otros — no puede negárseles. En este momento han de entrar en juego los recursos selectivos del novelista para eliminar lo accesorio. Quiero decir que una vez en posesión de la fórmula (técnica) y cogido el tono (estilo), lo difícil no es hacer una novela larga, una novela río, sino decir lo que queremos decir con el menor número de palabras posible. En fin, no sé si lo escrito tiene algún sentido y mucho menos si a mi joven amiga Isabelle Schousboë podrá serle de alguna utilidad.

*10 de diciembre.* — De un informe político de FOESSA — interceptado por la censura — tras diversas calas efectuadas en distintos sectores y zonas del país: P.: "Si hubiera partidos y elecciones libres, ¿a quién votaría usted?". R.: Carlistas 2 %; Falange 7 %; Movimiento 14 %; Democristianos 27 %; Socialdemócratas 25 %; Socialistas 16 %; Regionalistas 2 %;

Comunistas y otras organizaciones de extrema izquierda 7 %. ¿Por qué entonces la política y la contrapolítica del país las hacen desde hace siglos los extremos?

*11 de diciembre.* — Tere Tió, esposa de Rubio Sacristán, me envió esta mañana dos musas de escayola para mi estudio, de una encantadora cursilería. Se trata de las musas de la Música y la Poesía (Euterpe y Urania, tal vez) que me vienen, según dicen por aquí, como por la mano. Hay que buscarles un emplazamiento digno y visible, pues se trata del elemento más “camp” que adorna mi refugio.

*12 de diciembre.* — Como era de esperar, Solzhennitsyn no ha podido acudir a Estocolmo a recibir el premio Nobel. Solzhennitsyn, cuando hace tres años fue expulsado de la Unión de Escritores Soviéticos, pronunció esta frase patética: “Yo estoy solo”. En rigor, todos los escritores independientes están solos, baqueteados por todos los vientos. Nuestra misión consiste en criticar, molestar, denunciar, aguijonear al sistema de hoy y al de mañana porque todos los sistemas son susceptibles de perfeccionamiento, y esto, a mi ver, sólo puede hacerse desde una conciencia libre, sin vinculaciones políticas concretas. Por eso me sorprendió en una encuesta relativamente reciente la respuesta de algún colega: “El escritor debe ser libre a no ser que el Estado sea verdaderamente progresivo, en cuyo caso cabría una orientación desde arriba”. ¿Quién decide el grado de progresismo del Estado? ¿Puede admitirse la mordaza de un Estado progresivo y rechazarse la de un Estado retrógrado? ¿A qué jugamos entonces? No, el escritor no debe casarse con el Estado en ninguna circunstancia; el escritor no debe casarse con nadie. Debe estar solo, como Solzhennitsyn. Y la soledad no es cómoda, pero es esta incomodidad lo que fundamentalmente nos enaltece y justifica.

*13 de diciembre.* — Cobramos tres becacas en Las Gordillas (Ávila). Son las primeras de la temporada ya que hasta ahora no se habían producido encharcamientos. Estos bichos tienen mucho que matar.

*14 de diciembre.* — El señor ministro de Justicia ha tenido la atención de contestarnos al P. Llanos y a mí. Entiende que la palabra protesta no es consecuente con nuestra actitud de no-violencia ya que en sí misma encierra una violencia. Esto es un círculo vicioso. Los más grandes no-violentos del mundo — Ghandi y Lutero King — fueron protestatarios, protestatarios pacíficos pero inflexibles. Ellos deben ser nuestro ejemplo.

*15 de diciembre.* — Recibo los primeros ejemplares de la edición norteamericana — “The Odyssey Press”, Nueva York —, para uso de universitarios, de mi libro “USA y yo”, prologada y anotada por Fortuna L. Gordon. Esta profesora utilizó durante un curso la edición de “Destino” y comprobó que las discusiones en torno a mi interpretación de los Estados Unidos alcanzaban una muy alta temperatura en las aulas, especialmente los capítulos relativos al alcoholismo, las drogas, los viejos, los pobres, la insolidaridad (sustituida allí por una fría y respetuosa convivencia) y el problema negro. Aquellas cuestiones que entonces plantearon los estudiantes las plantea ahora Fortuna L. Gordon en el libro desde sus “Ejercicios” y una sección titulada “Verdad o mentira”, vivamente polémica e inflamable.

*16 de diciembre.* — La revista “Mundo” me somete a otra encuesta, muy pormenorizada y prolija, respecto al antes y el después de la Ley de Prensa. Resumo: la diferencia entre el antes y el después de la Ley de Prensa estriba para mí en que “antes” no te dejaban preguntar, y “después” sí pero no te responden, de forma que en cualquier caso la posibilidad de diálogo se va a paseo. En lo que atañe a mi situación personal, me considero una víctima de la liberación por entender que con la censura uno calla pero la opinión ya sabe por qué, mientras que el hecho de no hablar o de hablar poco y con sordina — cuando ante la opinión se proclama la libertad — puede achacarse a incapacidad cuando no a otras razones más turbias.

*17 de diciembre.* — Estoy leyendo “El Giocondo”, de Umbral, que, por lo visto, se ha vendido muy bien en Madrid y ha dado origen a toda clase de interpretaciones. Evidentemente es un libro con clave pero a los provincianos nos cuesta mucho más que a los madrileños acertar a descifrarla. En todo caso, la sensibilidad literaria de Paco Umbral vuelve a ponerse aquí de manifiesto. Umbral escribe como los ángeles. Umbral es el último conquistador de Madrid. Antaño la conquista de Madrid requería la presencia física. Hogaño puede hacerse a distancia pero todavía perviven los conquistadores directos y Umbral es el último de que tengo noticia. (Hablo de conquistadores, no de cortejadores, pues éstos son infinitos.) Umbral, en pocos años, escribe donde quiere — diarios y revistas — y edita uno o dos libros por año (“Andorra” me anuncia ahora una nueva novela suya, “Las europeas”). A mi entender, Umbral posee, sobre toda otra virtud, ese secreto del artículo de periódico, privilegio de muy pocos seres en el mundo. Umbral, como Ruano, sabe sacar algo de la nada, pero es que además ese algo va arropado inevitablemente de rango literario, gracia y una punta de intención. ¿Qué más puede caber en un artículo periodístico?

*18 de diciembre.* — A medias con mi hermano Manolo, hemos matado un gorrinete de 120 kilos, en Villanueva de Duero. Siempre tuve ilusión por matar un cerdo pero por fas o por nefas hasta este año no se me logró. El día ha sido propicio, con una escarcha imponente y temperaturas de 7 grados bajo cero. Las morcillas las haremos de arroz y mucha cebolla y, por supuesto, embucharemos el lomo. Pasado mañana comeremos las chichas y el morcillón.

*19 de diciembre.* — Michael Davis, que me pide unas puntualizaciones para su tesis, me escribe una interesante carta desde la Universidad de Miami, donde trabaja. Ante mi preocupación por la marea creciente de desamor que constato por todas partes, Davis me da una noticia alentadora: el lema “kindness” (bondad o amabilidad) empieza a regir las relaciones profesor-alumno en no pocas universidades norteamericanas. Todos

son iguales aunque con obligaciones distintas; nadie es allí "Dios ni patrón". Como contrapartida, Davis me subraya el escepticismo de una parte de la juventud, no sólo en el aspecto religioso, sino en lo referente a la posibilidad de entendimiento entre los pueblos. "Ellos no pueden ni imaginar que la Humanidad exista a la vuelta de cien años. Para muchos, la suya es la última generación", dice.

*20 de diciembre.*—Me cuenta Montes que en un ojeo cerca de Burgos se han cobrado 102 perdices. Esto no es mucho ni poco; no dice nada. Lo que resulta expresivo es que, examinadas las perdices una por una, noventa fueran viejas (es decir, no de este año), cuando el porcentaje normal hubiera sido a la inversa. Esto quiere decir que este año la perdiz no ha criado o ha perdido las polladas. Aparte la proliferación de escopetas, ¿qué sucede con la perdiz? ¿La sequía ha malrotado los nidos? ¿La acción lenta pero persistente de los insecticidas, quizá? ¡Vaya usted a saber, porque aquí, fuera de los cazadores —para lamentarlo—, nadie se preocupa de estas cosas!

*21 de diciembre.*—Hoy fallamos los premios Francisco de Cossío para artículos periodísticos de menores de 25 años. El primero se fue a Madrid y el segundo a Barcelona (como suele ocurrir con el "gordo" de Navidad). Los dos trabajos estaban bien hechos: el primero, "Recordatorio de urgencia para Jan Palach", de José María Bermejo, es una bella exaltación de la libertad humana, y el segundo, de Jorge Delás (diecisiete años), es más bien un esbozo narrativo lleno de sensibilidad. En general, los trabajos que han llegado al concurso pecan de excesivamente ambiciosos, de pretender arreglar el mundo en un par de folios, cosa manifestamente difícil. Sugerí ampliar la edad de los concursantes a 30 años, pero Marías nos convenció de no tocarla, supuesto que nuestra aspiración es ayudar a los jóvenes que se inician en el periodismo literario y a los 30 años el que no está maduro ya no madura. Con Marías, formamos el jurado Ángel de Pablos, José Jiménez Lozano, Francisco Umbral, Félix Antonio González, Emilio Salcedo y yo, todos íntimamente vinculados a "El Norte de Castilla". El



próximo año se incorporarán Martín Abril y Manuel A. Leaguineche. Por la tarde, Marías habló en la Sala de Cultura del periódico sobre "Antropología metafísica", el tema de su último libro. Me admira la facilidad de expresión y la claridad mental de este hombre, ya que los problemas que desarrolla no permiten sino conceptos exactos, la palabra medida y justa. Los juegos de aproximación no sirven aquí y, sin embargo, a lo largo de hora y media de conferencia no he advertido en él la menor vacilación.

*22 de diciembre.* — La proximidad navideña no atenúa la tensión social. Manifestaciones y contramanifestaciones están a la orden del día, con la consiguiente polarización en los extremos y la obligada elevación de la temperatura política. La serenidad y la sangre fría, si siempre aconsejables, lo son especialmente en nuestro caso y en esta circunstancia.

*23 de diciembre.* — Por diversos conductos me llega la noticia (que ojalá no sea más que un rumor) de que la importación de cangrejos alemanes para repoblación ha sido nefasta ya que han transmitido a los crustáceos de nuestros regatos y arroyos una enfermedad de la que aquéllos ya estaban inmunizados. Entre esto (si se confirma), el dragado de nuestros ríos y la proliferación de pescadores, el cangrejo, pese a la atención que se le ha dispensado en los últimos años, puede abocar a una grave crisis, cuya salida presiento peliaguda. Parece ser que los amigos de la Naturaleza han discutido sobre este y otros asuntos en animadísimo debate con el jefe del servicio de Caza y Pesca, sin que se hayan puesto de acuerdo sobre lo que la protección debe ser, al menos en determinados extremos, como el referente al urogallo, ya que el señor jefe del Servicio, ante los insistentes requerimientos de Javier Castroviejo para que se disponga la protección de este animal, parece ser que respondió que "no entendía esta política de conservar por conservar". Sería terrible que tales palabras se confirmasen.

*24 de diciembre.* — Pasé con los chicos la mañana pateando las laderas de Santa María del Campo. Uno no tiene ya el



cuerpo para laderas pero se consuela viendo a su hijo Germán llevar la cresta a largas zancadas, silueteando vaguadas y caballones, para bajar al cabo de un rato como quien no ha hecho nada, con media docena de perdices colgadas a la cintura. (Otros días se coge el “2 CV” y se marcha él solo un rato a lo libre, a un paso de Valladolid, para regresar con tres o cuatro piezas, allí donde una mano organizada no alcanzaría en una jornada la mitad de este botín.) La verdad es que el chico sale fino y la “Dina”, la perrita, que no es tonta, se ha hecho a cazar con él. Me gustaría que a la próxima temporada se presentase al Campeonato de Caza con Perro de Muestra. De no tener mala suerte haría un buen papel, aunque me temo que no haya juez capaz de seguirle los pasos.

*25 de diciembre.* — Para que nada faltase al clima de Navidad, hubo nieve y un gesto de sensatez por parte de la ETA: la liberación del cónsul Beihl. Esto al margen, la Navidad me entristece. En estos días no me digo: “Ya estamos todos reunidos”, sino que inevitablemente me pregunto: “¿Cuántos faltan ya?”.

*26 de diciembre.* — Los primeros ejemplares de mi nuevo libro “Con la escopeta al hombro” llegaron esta mañana. Siempre es grato recibir a un nuevo hijo. La portada es sugestiva y el tamaño (alrededor de doscientas páginas de letra abierta) el que para mi gusto debe ser. De lo que vaya dentro ya hablará la crítica. Por mi parte sólo puedo decir que yo lo he pasado bien escribiendo esta obra (y todas las de caza), porque, al prescindir de un plan, la evocación de las horas de libertad que pasé en el campo se reconstruyen de una manera vívida, en casa, sin ninguna servidumbre que enerve tan placentera sensación.

*27 de diciembre.* — Salimos al campo ignorando que hubiera tanta nieve. El espectáculo resultaba soberbio, pero renunciamos a cazar porque era un auténtico día de fortuna. No obstante, nos colocamos entre los pinos a acechar a los bandos de avefrías que huían de los hielos nórdicos en dirección NE-SO

siguiendo, ocasionalmente, la línea del Duero. La pasa era ininterrumpida (no puedo calcular los cientos de miles de quincinetas que vimos esta mañana), pero en general volaban altas, fuera de tiro, buscando campos húmedos, pero no nevados, donde aterrizar (imagino que en la Mancha y Extremadura hallarán acomodo hasta marzo o abril que inicien el regreso). Descolgamos docena y media y nos entretuvimos con los lancés — para nosotros nuevos — a que esta caza da lugar.

*28 de diciembre.* — La sentencia de Burgos con nueve penas de muerte (tres dobles) me ha angustiado. Todavía faltan, es cierto, el pronunciamiento del capitán general y el derecho de gracia del Jefe del Estado, pero estas tres penas dobles me dan mala espina y destruyen por completo mis previsiones sobre este asunto y a las que hasta ahora se habían ajustado los hechos de manera sorprendente.

*29 de diciembre.* — Hoy ha sido uno de los días más crudos que recuerdo. Mínima temperatura, alrededor de los 10° bajo cero; máxima, — 5°. El Campo Grande era esta mañana una maravilla: desierto, silencioso, cisnes y palomas picoteando entre la nieve acumulada sobre el estanque helado y, por encima, los esqueletos de los árboles revestidos de escarcha. La radio ha dicho que en España ha sido el día más frío del siglo, pero yo creo que no. De niño recuerdo haber patinado sobre el Pisuerga helado (hoy sólo lo estaba en los bordes, aunque no hay que olvidar que los detritus de las fábricas marginales puedan dificultar la congelación) y una de las pesadillas que sufro desde la infancia está protagonizada por aquel compañero que desapareció entre el hielo roto sin que pudiera volver a aflorar (mi imaginación me inducía a verle sumergido, dándose terribles testarazos contra la resistente capa de hielo sin encontrar el hueco por donde se deslizó, en tanto sus pulmones estallaban). Bandadas inmensas de pequeñas lavanderas pernoctan estos días en los árboles de los bulevares, sobresaltadas por los motores y los bocinazos del tráfico rodado.

30 de diciembre. — Cuando regresaba de cursar un telegrama a El Pardo, pidiendo clemencia para los condenados a muerte en Burgos, me encontré en el periódico con la noticia de su indulto. Había una gran alegría en la Redacción, a la que me uní sin reservas. La medida no sólo me parece humanitaria, sino de suma prudencia política. ¡Qué alivio, Señor!

31 de diciembre. — Último día del año y de la década. En rigor, 1970 no ha sido demasiado alentador que digamos, ni en el campo internacional (aunque Alemania haya dado atisbos de entendimiento con el Este y Chile parezca haber encontrado un cauce democrático hacia la justicia) ni en el nacional (caracterizado por un estancamiento en el proceso liberalizador, y una crisis notoria en el terreno económico). En el aspecto más íntimo, un tristísimo remate ha sido la prematura muerte de mi compañero Agustín Cacho, redactor gráfico de "El Norte de Castilla". Treinta años de convivencia diaria originan un vínculo casi fraternal. Descanse en paz mi buen amigo y compañero.

1 de enero. — Entramos en el año, o el año entró en nosotros, a 11° bajo cero. Yo no me enteré, puesto que lo recibí en casa tranquilamente con mi mujer y nuestros hijos. Luego, los mayores marcharon por ahí y nos quedamos con los tres más chicos jugando a las cartas. A la mañana sí advertí que llevamos más de una semana viviendo sobre un carámbano. En mi ciudad, la nieve es visita invernal asidua, pero suele ser una nieve deleznable y efímera, que desaparece en pocas horas barrida por un inmediato cambio de temperatura, el sol o la lluvia. Ahora, no; ahora persiste con una obstinación siberiana. Las estadísticas me informan que desde 1948 no cambiábamos de año con unas temperaturas tan bajas. ¿No será ésta la nueva glaciación de que hablaron los congresistas de Londres hace pocas semanas?

2 de enero. — Volví a ver "Lo que el viento se llevó", película que tendrá sus buenos veinticinco años encima. La pieza, sin embargo, resiste bien el paso del tiempo. Diría más: la

primera parte sigue pareciéndome una excelente película que descarrila luego, debido a la acumulación de incidencias sentimentales, en el puro melodrama.

3 de enero.—La veda empezó para mí antes de lo que esperaba. Esta mañana, cuando empezábamos a cazar, con una temperatura de 15° bajo cero, resbalé en el hielo, caí aparatosamente y me fracturé el peroné derecho (esto se llama entrar en el año con mal pie). El chasquido de caña rota y el dolor agudísimo me advirtieron que se trataba de algo serio y pasé un mal rato porque, pese a mis voces, mi hermano Manolo, con los oídos cubiertos por orejeras, no se enteraba. Finalmente pudo atenderme pero, ante las dificultades de trasladarme hasta el coche, optó por trasladar el coche hasta mí en una aventurada prueba de hielo través. Si esto me ocurre yendo solo no quiero pensar lo que podría haber sucedido. La gente sensata dice que hace falta estar locos para salir al campo con este tiempo, y no le falta razón, pero someterse siempre a los dictados de la cordura y la sensatez, especialmente en estos asuntos, no deja de ser un poco aburrido, aparte de que una actividad que tanto amamos (la caza) justo es que nos exija estos tributos de vez en cuando.

4 de enero.—Las temperaturas continúan descendiendo. El termómetro ha llegado a rozar los 20° bajo cero. El Pisuerga y el Duero, según me dicen, están helados. En casa hemos amanecido sin agua y, al parecer, hay barrios enteros sin ella, sin calefacción o sin gas. Se conoce que las conducciones han reventado o han sufrido un grave deterioro con el frío. En otros lugares se han helado los desagües y los sumideros no tragan. Mi hijo Juan se presenta de vez en cuando en casa con una gaviota con las alas agarrotadas por el hielo, las deshiela junto a la caldera, la da de comer y la da suelta por el balcón. No creo recordar una ola de frío tan intensa y, sobre todo, tan pertinaz.

5 de enero.—Anoche llovió hielo (literalmente) y esta mañana los amagos de días atrás han degenerado en un auténtico

tico colapso. Los peatones no podían circular, los coches tenían el radiador helado pese al anticongelante, los autobuses públicos y los taxis no salieron de las cocheras, los servicios de leche, pan y Prensa quedaron paralizados, la mitad de las fábricas y oficinas no pudieron trabajar y la ciudad quedó sumida en un letargo inquietante. A las once de la mañana, con las calles desiertas, sin circulación motorizada, Valladolid imponía. En mi campo visual — el amplio campo que abarco desde mi ventana — no entraba más ser vivo que un hombre gateando inútilmente en el paso de peatones sin conseguir ponerse en pie, avanzar ni retroceder. Hasta mediodía aquello parecía una ciudad sitiada. A la tarde, fuerzas del Ejército, auxiliadas por las brigadas municipales y una subida lenta pero gradual de la temperatura, dejaron expeditas las calles y al anochecer la actividad de la ciudad se había encauzado hacia la normalidad.

6 de enero. — “De Valladolid, piñonero”, o “de Valladolid, pintor”, suele decirse por Castilla, pero nunca oí decir “de Valladolid, poeta”, que es más exacto. Ignoro si esta propensión a hacer surcos con las palabras proviene de nuestra tradición campesina y cerealista, pero es un necho manifiesto. Acabo de recibir un bello libro de versos (“A salto de vida”), de José María Luelmo. Simultáneamente, un villancico de Francisco Pino. En el periódico leo el éxito de la trescientas y pico “Mañanas de la biblioteca”, que dirige el también poeta Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña. Por supuesto, ninguno de estos poetas es de hoy, aunque el número de los que actualmente mantienen vivo el fuego sagrado tampoco sea pequeño. Luelmo y Pino fundaron la revista ultraísta “Dos”, allá por los años 30. Nicomedes también alumbró sus primeros versos por aquella época. Los tres siguen en la brecha (y que sea por muchos años). Las “Mañanas de la biblioteca” son lecturas de versos dominicales en la vieja casa donde habitó Cervantes. La gente de Valladolid, que suele ser reacia a estas cosas, acude a la casa de Cervantes las mañanas de los domingos — haga frío o calor — a escuchar versos de viva voz. Le da lo mismo que sean coplas de ciego o las “Soledades” de Góngora. Lo que necesita son versos leídos en voz alta y va donde se le sirven.

Es éste un fenómeno notable en la historia cultural de mi ciudad que se me hace a mí que en este aspecto no es demasiado inquieta. O a lo mejor es que no acertamos a pulsarle la fibra sensible. Los Reyes me dejaron una canana, un chaleco deportivo lleno de bolsos y una "cassette", de Jorge Negrete. Todo esto lo pedí cuando todavía era un bípedo. Ahora, salvo la cinta de Negrete, habrá que aplazar su estreno hasta la temporada próxima.

7 de enero. — El premio Nadal a Fernández Santos me ha hecho bailar en una pata (nunca con mayor exactitud). Es un reconocimiento a unos valores literarios un poco tardío pero justo. Uno de los reproches contra el Nadal que yo solía hacerle a Vergés desde hace muchos años es que hubieran dejado escapar una novela tan hermosa como "Los bravos". El yerro, si es que lo era, se ha enmendado ahora. Desde hace unos años el Nadal parece haber desistido de descubrir Mediterráneos (o a lo peor es que no quedan Mediterráneos por descubrir). Los tres últimos han venido a sancionar prestigios reconocidos e indiscutibles, cosa, por otro lado, que tampoco está de más. A Fernández Santos le conocí en un viaje colectivo que hicimos hace unos quince años por la Mancha. Yo iba de non y me uní a su grupo: Ferlosio, Aldecoa, Quinto (con quien después intenté una adaptación teatral de "La hoja roja") y Medardo Fraile, si no recuerdo mal. También hacía migas con ellos Castillo-Puche (que acababa de publicar "Con la muerte al hombro") y F. Santos y los suyos, no sé por qué, le llamaban Kafka. Recuerdo que Paco García Pavón — premio Nadal del año 1969 —, a quien también conocí entonces, nos hacía de introductor y cicerone. Fue una excursión divertida aquélla, pues todos teníamos algo que contar cada mañana después de pernoctar en distintas casas de familia. La hidalguía manchega nos puso de queso, pipirrana y vino de Valdepeñas que si me meto el dedo todavía me lo toco. El tiempo demostró después cuánto talento había en aquel grupo. En lo que atañe a Fernández Santos, su prosa me parece una de la más tersas, matizadas y plásticas (se delata en ella su inclinación al cine y a la pintura) de cuantas se escriben hoy en



España. Acabo de ponerle un telegrama dándole la bienvenida a la cofradía.

8 de enero. — Phyllis Turnbull me pide desde Pennsylvania que escoja fechas para mis intervenciones en el cursillo que Bryn Mawr College organiza en Madrid cada verano. Esto de concretar fechas a seis meses vista es muy americano. Los americanos, por regla general, necesitan tener lleno su carnet de notas con cosas por hacer durante el año que se avecina. Es una manera — como la de celebrar con máscaras el día de difuntos o la de pintar a los cadáveres — de ahuyentar la idea de la muerte, que no les gusta un pelo. “Tengo una retahíla de asuntos pendientes, no puedo morirme ahora”, parecen decirse. Y se quedan tan a gusto.

9 de enero. — Hoy me puso De la Mela la escayola definitiva. Según me dice el doctor tendré que permanecer mes y medio con esta pesada bota blanca. Me siento como un pájaro alicortado. En rigor, con estas sentadas ocurre un fenómeno chocante: no hay horas más largas mientras van discurriendo, pero, a cosa pasada, a falta de jalones de referencia, el tiempo no es largo ni corto; no existe. Quiero decir que yo llevo siete días clavado en una butaca con la pata en alto, pero lo mismo podrían ser tres que quince. Soy incapaz de diferenciarlos; falta perspectiva.

10 de enero. — Me desperté a las siete. Como cada domingo, sentí trajinar a Germán en la cocina y ya no me pude dormir. Mentalmente fui acompañándoles (a él y a mi hermano Manolo) en su excursión cinegética. Ahora saldrán de misa, me decía. Ahora estarán recogiendo el periódico. Ahora empezarán a desayunarse en la churrería. Ahora se habrán topado con Frechilla y su cuadrilla en los soportales y se detendrán a echar un párrafo. Ahora irán camino del monte. Ahora... Por añadidura ha hecho un día esplendente, magnífico, como no lo veíamos desde noviembre. Me he sentido prisionero tras los cristales. A las siete regresaron con cinco perdices y una paloma, que a estas alturas y entre dos escopetas no está mal.



*11 de enero.* — Mi preocupación por el mal trato que estamos dando a la Naturaleza, y que exponía en mi nota de 26 de noviembre, ha cristalizado oficialmente en Francia, donde la principal novedad de la crisis ministerial de ayer ha sido la creación de un Ministerio de Defensa de la Naturaleza. Pese a todo, Francia, en punto a sensibilidad — y naturalmente no excluyo la artística y literaria —, sigue siendo la cabeza del mundo.

*12 de enero.* — Lo he pasado en grande con el “Josep Torres Campalans”, de Max Aub. Aub es un fabulador extraordinario. Aún recuerdo, cuando se publicó este libro en París, donde yo estaba circunstancialmente, el alboroto que se armó. Nadie sabía a qué carta quedarse y aun había quien aseguraba haber conocido a Campalans. En Navidades, Aub suele enviarme una especie de periódico mural futurista que es un dechado de ingenio e imaginación. Otro tanto ocurre con el libro a que aludo, donde tiene más gracia el tinglado que la farsa. Esas notas, esos anales, esas referencias a Campalans por parte de personalidades conocidas, esas entrevistas, esas pinturas y dibujos que Lumen reproduce, esas fechas dubitativas — ¿1908-1909? — al pie de los grabados, dan a la pseudobiografía tal aire de autenticidad que uno se divierte con ello más aún que con las aventuras, venturas y desventuras del bueno de Torres Campalans.

*13 de enero.* — Continuó con la pata en alto. Garrapatear estas líneas supone un verdadero sacrificio. María Dolores Pradera, Atahualpa Yupanqui, Jorge Negrete y la Tuna hacen más llevadera mi postración. De estudiante me hubiera gustado mucho ser de la Tuna pero mi pésimo oído nunca me permitió tocar ni siquiera la pandereta.

*14 de enero.* — Una carta de mi traductora Alexandra Lungu me anuncia que acaba de aparecer en Bucarest la edición rumana de “Cinco horas con Mario”. Por otro lado, Ivan Salyk, ucraniano, me pide autorización para trasladar al ruso mis novelas “El camino” y “Las ratas”.

15 de enero. — Estuve a ver al médico, quien me hizo dos nuevas radiografías y confirmó que el peroné está en su sitio y ya no me resta sino esperar. Luego, como sabe de qué pie cojea (en todos los sentidos), me mostró dos fotografías curiosísimas: la primera, de una perdiz con un pico tan largo como el de un zarapito (debido a una razón morbosa, sin duda), y la segunda, de otra que, en su finca, hace vida comunitaria con las palomas. La difidencia de estos pájaros es una de sus características más acusadas y no sé de otro caso de una perdiz que lograra eludir la cautividad y retornase espontáneamente a su encierro. Sin embargo, ésta del doctor De la Mela lo hace todos los días desde hace casi seis años. En realidad no puede hablarse de una perdiz domesticada, sino de una perdiz apalominada que en cualquier circunstancia sabe mantenerse a una distancia prudencial del hombre.

16 de enero. — “Novela española de nuestro tiempo”, de Gonzalo Sobejano, me ha parecido un excelente libro. La eficiencia didáctica de Sobejano se cotiza ahora en las universidades de USA como antes se cotizó en las alemanas. Pero a la par de sus dotes personales y profesionales, está su laboriosidad. Fruto de ésta y de su talento es este libro, sucintamente planteado — novela existencial y novela social de la posguerra — pero claro, abierto, y abarcador de seis lustros de novela española. (Yo entiendo, no obstante, que dentro de la novela social caben dos subgrupos: el objetivista de Ferlosio, Aldecoa y F. Santos y el realista crítico de Hortelano, Ferres, etc., pues, aunque ambos se identifican en el enfoque realista, el protagonista colectivo y la inquietud social, en el primero, a mi ver, la preocupación estética — estilística — domina sobre la ética y, en el segundo, a la inversa. Esta voluntad de estilo — o de perfección — puede más, creo yo, que las similitudes.) En lo que me toca más de cerca, esto es, en lo referente al análisis crítico de mi obra, me siento plenamente comprendido por Sobejano, incluso en lo referente a la cuestión de “los dos Delibes”, ya que Sobejano ve — como yo — un primer Delibes indeciso “que estudia la condición humana” y un se-

gundo que, dueño de unos determinados recursos expresivos, propende a la síntesis. El mismo acierto guía a Sobejano cuando interpreta mi posición ante las máquinas: yo no soy un retrógrado, yo no estoy contra la técnica, sino contra la mala digestión de la técnica que nos deshumaniza y nos hace perder autenticidad. (Por de pronto la técnica debería avanzar embridada por la biología.) En el punto concreto de "Cinco horas con Mario", valdría la pena haber escrito este libro aunque sólo fuese por haber dado ocasión a dos ensayos excepcionales sobre España: el de Gonzalo Sobejano incluido en este libro y el publicado por Isaac Montero hace unos meses en "Revista de Occidente", "El lenguaje del limbo".

18 de enero. — Bryn Mawr College (USA) me ha hecho esta mañana una generosa oferta telefónica para pasar el último cuatrimestre de este año en aquella Universidad. He rehusado. No me apetece ahora alejarme de casa demasiado tiempo. De otra parte, el correo me trae noticias de All Johnson. Johnson, profesor de castellano en Massachusetts, publicó en 1962 un inteligente ensayo sobre "El camino" — "A way of life" —, donde por primera vez oí hablar de Marcuse. Ahora Johnson ha traducido "Las ratas" al inglés y se anuncia que hay dos editoriales interesadas en su publicación pero que cree preferible esperar la decisión de Knopf — que actualmente tiene la obra en estudio — por su mayor experiencia y prestigio. Esperaremos a ver qué dice Knopf. Cuando estuve en USA hace cinco años, recuerdo que hasta llegar a Amherst, con los Johnson, no reencontré — al margen de los límites familiares de los Ament, en Washington — la medida humana y una posibilidad de vida realmente comunitaria, donde poder perder — o ganar — una hora charlando con unos o con otros sin extorsionar la dinámica del país.

19 de enero. — Hoy claudiqué y le he pedido a mi suegra un viejo receptor de televisión que tenía arrinconado en la trastera. Quiero ver "Los inadaptados" — o "Vidas rebeldes" —, de Clark Gable y Marilyn Monroe y, luego, el ciclo completo dedicado a esta actriz. El motivo es que, a mi en-

tender, la biografía que Fred Lawrence Guiles dedica a la Monroe — y que Antonio Vilanova con vigilante tino ha incluido en la colección que dirige — se justifica antes por la calidad de símbolo del neoerotismo de la actriz que por su talento. Para mí, la Monroe es un claro exponente de nuestra sociedad, que fabrica ídolos un día para solazarse al siguiente con su destrucción. Una especie de antropofagia espiritual o moral, para entendernos. Sin embargo — y pese a la concienzuda seriedad de su trabajo —, Guiles llega a afirmar que la Monroe, después de Chaplin y la Garbo, ha sido la figura más famosa del séptimo arte. Famosa no sé, pero yo el recuerdo que conservo de la desdichada actriz es el de una mujer con “sexy”, cuyo talento se reducía casi, casi al acompasado ondular de su trasero (y en ocasiones — si no me equivoco en un prolongado plano de “Niágara” —, el contoneo era tan exagerado que más que excitante resultaba risible). Tras la lectura de este libro — lectura apasionada de los dos últimos días — es preciso revisar un juicio tan apresurado y simplista, formado, ésta es la verdad, después de haber visto únicamente tres o cuatro películas de la malograda Norma Jean (Marilyn por mal nombre).

*20 de enero.* — Una nueva encuesta, ésta sobre los premios literarios. He dicho algo que ya huele a puchero de enfermo, a saber, que los primeros premios literarios, al hacer coincidir el interés de escritores, lectores y editores sobre la novela autóctona, fueron el espolazo de la narrativa de posguerra. Ahora bien, los premios han proliferado de tal manera que hoy es prácticamente imposible distinguir un buen libro en cada concurso, imposibilidad que lleva aparejado su descrédito. Es decir, los premios literarios, que fueron la cuna de la novela española de posguerra, pueden ser mañana su sepultura.

*21 de enero.* — Antonio Bermejo, ingeniero agrónomo, director de una granja experimental, me envía a “El Norte” una carta abierta desde USA, adonde, según dice, ha ido a ver abejas y ovejas. Bermejo me cuenta que los yanquis han logrado domesticar las abejas salvajes “cortahojas” y “alcalinas”, especies que en el nuevo régimen de vida despliegan una acti-

vidad incansable, multiplicando la fecundación hasta tal extremo que de ciertas semillas y frutos ha llegado a obtenerse doble o triple rendimiento del que se conseguía sin su concurso. Estas experiencias me parecen mucho más importantes que las de los Apolos en la Luna y, por supuesto, más baratas y menos arriesgadas.

22 de enero. — Jiménez Lozano ha tomado como pretexto el proceso inquisitorial de don Pablo de Olavide en el siglo XVIII para hilvanar la novela que cabía esperar de él. El prolongado monólogo acusatorio de los secretarios fiscales, plagado de circunloquios y sinuosidades muy barrocos y anacrónicos, sirve (de rebote) para satirizar a la España fanática de siempre, tanto en la vertiente social, como en la política y la religiosa (las trasposiciones al tiempo presente se producen de una manera automática en la mente del lector). Los profundos conocimientos de Lozano sobre el tema le permiten una reconstrucción vívida y convincente de esta estampa dieciochesca, terriblemente dramática pero atemperada por el lenguaje, de una zumba (que a veces nos lleva a la franca carcajada) muy intelectual. Pepe Lozano no le ha puesto título todavía a este manuscrito que, a mi juicio, es una de las mejores cosas que ha escrito y que debería publicar sin demora.

23 de enero. — Mi hijo Germán me comunica el descubrimiento de una gran necrópolis celtibérica a orillas del Arlanza, a un paso de Santa María del Campo, donde cazamos con frecuencia y donde estuvo recluido el abogado Peces Barba durante el estado de excepción. La necrópolis es el complemento del Castro de Palenzuela, que según un libro de Lázaro Castro, que acabo de leer, es la "Pallantia" prerromana (la Palencia actual es posterior). Un labrador que por primera vez utilizaba el tractor — y podía por tanto arar más hondo — removió el cenizal, localizado en torno a un altillo, y aparecieron restos de urnas y vasos de ajuar, indicios evidentes de la necrópolis. Esto y los enterramientos de Escuderos, pocos kilómetros más allá, confirman la importancia del Arlanza como vía de comunicación hace más de veinte siglos (aunque continuara siéndolo

durante la dominación romana). Esta vía sirvió para estrechar lazos entre los arévacos de Numancia y los vacceos de "Pallantia" — ambos celtíberos — cuando unos y otros se vieron hostigados por Roma. Un hallazgo importante, en suma, a 70 kilómetros de Valladolid.

*24 de enero.* — Antonio Merino me sacó esta mañana de paseo en coche. Después de tres semanas de enclaustramiento, el mero hecho de ver el campo y de respirar aire puro me ha colmado de optimismo. Merino me cuenta que los dos últimos domingos, a falta de perdices, maneó con un chico suyo las riberas del Sequillo, en Belver de los Montes (Zamora), y cobraron diez codornices el primer día y once el segundo. Nosotros mismos, a últimos de diciembre, bajamos cuatro en unas remolachas, junto al Duero, hecho absolutamente insólito hace años. Por otra parte, Mauricio Calero, médico de Descargamaría, en la linde de Las Hurdes, me informa de que en una jornada afortunada no es difícil colgar allí cincuenta pájaros aun con temperaturas de bajo cero. Todos estos hechos prueban que el sedentarismo de la codorniz es una realidad que no puede circunscribirse ya a los algodinales de Badajoz. Y el hecho de que este fenómeno coincida con la modesta expansión de los regadíos — alfalfa, remolacha, maíz — por estos pagos, prueba, a su vez, que los hábitos migratorios de la codorniz no obedecían tanto al frío como al hambre.

*25 de enero.* — "El Ciervo" ha cumplido veinte años, sorteando el largo y penoso repertorio de escollos que acechan en este país a una publicación de este tipo. "El Ciervo" fue posconciliar en el preconconcilio (estimulante paradoja) y los cuatro lustros de vida que acaba de cumplir no han enervado su empuje inicial.

*26 de enero.* — Luis Carandell habló en "El Norte" sobre la vida en Celtiberia. Con esto de la pierna no me atreví a ir. Luego nos reunimos con él en un restaurante, mi mujer, Miguel A. Pastor, Pepe Lozano, Altés Bustel y yo. Esto me dio oportunidad de conocer a un Carandell cuya agudeza queda



discretamente velada tras su sensibilidad y su timidez (Carandell es uno de esos hombres que desconfían de lo que escriben y esto es un tanto a su favor). Su libro "Celtiberia show" me ha divertido y me ha deprimido (supongo que ése sería su doble objetivo). Leer esta obra es como entrar en una barraca de espejos deformantes donde nuestros defectos se acentúan. Afrontar nuestros prejuicios, nuestro fanatismo, nuestras supersticiones, nuestros anacronismos, nuestra hipocresía, nuestras pretensiones y, en definitiva, nuestro subdesarrollo cultural, es una soberana lección de humildad y una higiénica receta (me parece). Carandell no ha necesitado apelar a la imaginación para demostrarnos que España es diferente.

27 de enero. — El doctor De la Mela, que conserva la amabilidad y apacencia de los antiguos médicos de cabecera, me hizo esta tarde dos nuevas radiografías. Todo sigue su curso, aunque cada día echo más de menos esas mínimas cosas que componen la rutina y que uno no valora porque piensa que nunca van a faltarle: los cinco minutos de gimnasia sueca al tirarme de la cama, la ducha matutina, el paseo de cuatro o cinco kilómetros antes de comer, las tardes en el periódico...

28 de enero. — Me enfrasqué en la lectura de la obra de Stuart Mill "Sobre la libertad", que con gran oportunidad acaba de publicar "Alianza Editorial". Me interesó especialmente el capítulo "De la individualidad como uno de los elementos del bienestar", donde, dejando al margen el más o menos embozado culto que Mill rinde al superhombre, es conmovedor su canto a la libertad humana y admirable su premonición del gregarismo en la Europa del futuro. Si Mill temía la uniformidad hace siglo y pico — "ahora que todos leen, oyen y ven las mismas cosas" —, ¿qué diría hoy, tras la invención del cine, el turismo multitudinario, y la TV como único alimento espiritual de centenares de millones de seres?

29 de enero. — La elección de Buero Vallejo para la Academia me parece un acierto. Buero no sólo es un gran dramaturgo, sino un hombre culturalmente sólido. La noticia me ha



alegrado sinceramente. Con Buero me ocurrió una cosa chocante hace tres o cuatro años, con ocasión del estreno de su obra "El tragaluz" y la publicación de mi novela "Cinco horas con Mario", casi coincidentes. La cuestión es que Buero y yo, aunque desde perspectivas diferentes, abordábamos en esencia el mismo tema: la intransigencia del intelectual puro ante el oportunismo. Pero, además, entre su drama y mi novela había coincidencias sorprendentes, como la figura del padre trastornado por la guerra o los nombres de los personajes principales: Mario, Encarna, Vicente... Con este motivo, Buero y yo cambiamos unas asombradas y alarmadas cartas, casi rindiéndonos a la evidencia de la transmisión de pensamiento, dado que durante los últimos meses habíamos estado trabajando no ya sobre un tema análogo, sino vivido por personajes que bautizamos lo mismo. Lo más probable, pensando las cosas en frío, es que nuestras sensibilidades reaccionasen de la misma manera ante un estímulo determinado. Pero, ¿qué estímulo fue ése? ¿Qué aconteció en el país en 1966 para que los cerebros de dos personas incomunicadas entre sí empezaran a progresar simultáneamente en una misma dirección? Y aún queda el problema de los nombres. Freud redivivo no acertaría a sacarnos del atolladero.

30 de enero. — "El mar es una alcantarilla universal. Envenenar el agua es un crimen. Principales responsables: Norteamérica, Europa, Rusia y Japón", ha dicho en Washington el célebre submarinista Jacques Cousteau. ¿No será una vez más la de Cousteau la voz que clama en el desierto?

31 de enero. — La protesta de los profesores universitarios contra el nombramiento de catedráticos a dedo me parece cuando menos respetable, supuesto que muchos de ellos dedicaron media vida a preparar una oposición. De otro lado, considero elemental que todo aquel que tenga algo que enseñar pueda acceder a la Universidad. ¿Cómo resolver tan enojoso pleito? En los países mejor organizados existe la figura del "profesor visitante" — muy bien pagada, por cierto — que viene aquí como anillo al dedo, ya que de este modo puede concederse la

palabra al que tiene algo que decir, sin necesidad de coronarle graciosamente con un título que a otros ha costado adquirirlo veinte años de total dedicación.

*1 de febrero.* — El primer día de febrero nos trae barruntos de primavera (casi todos los años advierto esto por estas fechas). Y no es que las temperaturas se suavicen (hace frío y hiela), ni tampoco que los crepúsculos vespertinos sean menos abruptos: es la luz. Diríase que los rayos del sol se enderezan de pronto, pierden oblicuidad, y la luz se hace más madura y dulce, hecho especialmente notorio cuando las nubes del atardecer se tiñen de un tono salmón que va acentuándose hasta el anaranjado y el rojo conforme se aproximan a poniente. Cuando yo era joven, el otoño era mi estación predilecta; ahora que yo otoñeo, me agrada la estación más joven, la primavera (y también la sazón del verano).

*2 de febrero.* — Las autoridades provinciales anuncian la construcción de seis grandes grupos escolares en la ciudad y la consecución de un crédito de decenas de millones para atender a las necesidades de los barrios periféricos. No hace aún dos meses de la campaña de "El Norte" en este sentido, lo que demuestra que, allí donde no se la amordaza, la Prensa cumple una importante función social.

*3 de febrero.* — Tampoco el P. Llanos podrá pronunciar su conferencia "Nuevas perspectivas sobre la violencia" en nuestra Sala de Cultura, tal como estaba programado. La solicitud ha sido denegada por el gobernador civil. El P. Llanos, como Aranguren, también habló en esta Sala no hace aún mucho tiempo. Ignoro si el país se estará abriendo a Europa (a lo mejor); lo que no me ofrece duda es que se está cerrando a los españoles.

*6 de febrero.* — La casi absoluta inmovilidad en que vivo desde hace más de un mes me ha permitido reflexionar sobre las posibilidades de adaptación del hombre. Ninguna limitación, ninguna deficiencia, nos incapacita para vivir la vida y sacar de ella algún provecho. Pequeños alicientes, desdeñados

en la vitalidad, resultan, desde la insuficiencia, mágicamente eficaces. Así, dar un breve paseo con mis muletas por el Campo Grande me procura ahora un placer equivalente al que podría proporcionarme en circunstancias normales un día de caza. (Vital Alsar, que ha permanecido seis meses en una balsa sin tocar puerto, manifiesta que en esta etapa contemplar la evolución de las nubes le producía análoga satisfacción que ver en la ciudad una buena película.) Esto quiere decir que el que no se consuela es porque no quiere.

*7 de febrero.* — Se cerró la temporada de caza con un día luminoso, soleado, magnífico. Tanto, que rogué a mi hijo Germán que me llevara al cazadero donde pensaran despedirse para sentarme en un silletín junto a un carrasco con la escopeta a mano mientras ellos movían el sardón. Vi varias liebres gazarpeando fuera de tiro y aunque no disparé, mi moral — ya que no mi morral — subió muchos enteros. El resol arrancando brillos metálicos de las encinas, los crujidos de la fusca crepitante en la chopera, las liebres haciendo el bolo en un calvero antes de internarse en el mohedal, constituyeron un fuerte tónico para mi estado de ánimo (de desánimo) tambaleante y frágil tras cinco semanas sin salir al campo.

*8 de febrero.* — Me visitó ayer tarde Eduardo Godoy, profesor de literatura española en la Universidad de Chile. Venía con ánimos de entrevistarme pero el que pregunté fui yo, interesándome especialmente por el momento político chileno. Para Godoy, el país se enfrenta con dos problemas y un riesgo. Problemas: la inflación galopante e incontenible (en 1954, cuando yo estuve en Chile, el peso descendió en tres meses al 50 % de su valor) y las ambiciones particulares de los partidos que forman la Unión Popular, unidos a la hora de votar y escindidos a la hora de la cosecha. Riesgo: derivar hacia una dictadura marxista debido a la presión del partido pese a que Godoy cree (yo también lo creo) que Allende es un demócrata convencido y a que el 84 por ciento del país repudia esta solución.

9 de febrero. — La galería de arte Adrià me invita a la Exposición homenaje al pintor Rafael Zabaleta que hoy se inaugura en Barcelona. Mi pasajera (eso espero, al menos) invalidez me impide desplazarme, cosa que hubiera hecho con gusto en circunstancias normales, ya que para mí Zabaleta ha sido uno de los grandes pintores del siglo (el mundo rural que Zabaleta levantó con los pinceles es el que me hubiera gustado levantar a mí con la pluma). También admiré siempre en Zabaleta su resistencia a convertirse en un pintor de corte. Gracias a ello, Zabaleta siguió viendo a los campesinos, tesoros y olivares de Quesada tal como son, sin sofisticar, por la sencilla razón de que Zabaleta no sólo los veía sino que los sentía (convivían). Yo conocí al pintor en la última exposición celebrada por él en la Biblioteca de Madrid. Me gustó también su persona, retraída, sencilla, muy alejada de poses y dogmatismos. Yo deseaba un cuadro suyo con toda mi alma pero Zabaleta vendía caro, es decir, caro para mí, que no tenía una perra. Después cambiamos unas cartas (Valladolid-Quesada, Quesada-Valladolid) y me regaló el apunte de un desnudo que conservo como oro en paño. Los temores de Zabaleta a ser eclipsado — devorado — por la pintura de vanguardia ya empieza a verse que carecían de fundamento. Él era un grande y como tal pervive y pervivirá.

10 de febrero. — Comió en casa Edith Lavrut, cuya tesina sobre la Naturaleza en mi obra es muy esclarecedora. Pasamos un buen rato charlando de mil temas, entre otros del momento novelístico francés. Edith cree que el "nouveau roman" sigue sin hallar una amplia audiencia en su país. Recordé, a este propósito, el reciente artículo de Robert Saladrigas en "Destino" sobre la ausencia de novela de vanguardia en España. Saladrigas tiene razón cuando afirma que los únicos intentos serios en este sentido han sido "El Jarama" y "Tiempo de silencio". En todo caso, la novela no puede permanecer anclada en su antigua misión de entretener a la burguesía, pero yo pienso que mayor interés aun que los experimentos formales tienen las innovaciones de fondo. La novela, hoy, antes que divertir — para esto ya están el cine comercial y la

televisión —, debe inquietar. Es, tal vez, el instrumento más directo de que disponemos para barrenar la oronda seguridad de una burguesía satisfecha. O sea que, a mi entender, incluso desde un punto de vista renovador, “La peste” encierra mayor interés que “La celosía”.

*11 de febrero.* — Pablo Bravo me escribe desde Camerún (donde acaba de ser nombrado embajador mi amigo y condiscípulo Carmelo Matesanz) animándome a dar una vueltecita por aquellas tierras. Para tentarme me habla del búfalo, el elefante “petit africain”, el antílope y el bushbock, olvidándose de mi incapacidad para dar muerte a un animal que pese más de tres kilos (esta reverencia al peso no deja de ser una tontería, lo admito, aunque por otra parte no he conocido a nadie que vacile a la hora de propinar un palmetazo a un mosquito). Empero, el proyecto es lo suficientemente encandilador para tomarlo en cuenta.

*12 de febrero.* — Ismael cantó a los poetas (Alberti, Hernández, Fuertes, Celaya, Unamuno, Madariaga, Juan Ramón) en la Sala de Cultura de nuestro periódico. Ismael nació en un pueblecito segoviano, Torreadrada, de una familia pobre, y se hizo a sí mismo a base de vocación y privaciones. De ahí, tal vez, la sinceridad de sus comunicaciones y la elementalidad de medios con que se acompaña (un almirez, el tintineo de una botella, una pandereta; a lo sumo la guitarra). Yo le oí por vez primera en la fiesta de cumpleaños de Gloria Fuertes, en Madrid, hace unos meses, y por su noble sentido del folklore castellano y su sensibilidad (muy distintos de los de otros cantantes multitudinarios) pensé que era un intérprete muy adecuado para actuar en la Sala del periódico (250-300 personas de aforo). La presencia de Ismael, sin embargo, como ya ha ocurrido con no pocos conferenciantes, desbordó la cabida de aquélla, y un millar de personas nos desperdigamos por la sala de máquinas, la Redacción, el vestíbulo, pendientes de los altavoces. Éste es un espectáculo que siempre me reconforta. Por añadidura, Ismael aderezó muy bien sus canciones con unas entradillas en las que explicó las razones de la adaptación,

dificultades, enmiendas introducidas, etc. En suma, un acto muy completo del que quedé complacido.

*13 de febrero.* — Por días se está poniendo de moda hablar con menosprecio de nuestra tradición cultural. La fiebre iconoclasta no respeta ya a figuras como Unamuno, Galdós, Ortega o Machado. Olvidan estos detractores que la patente de escritor no la otorgó nunca el hablar — incluso con arrogancia — sino el escribir — incluso con humildad.

*14 de febrero.* — La invasión americana de Laos, como ayer la invasión rusa de Checoslovaquia, demuestran que en el mundo actual únicamente los grandes tienen derecho a la guerra. Dos no riñen si uno (USA o URSS) no quiere, pero uno riñe (USA o URSS) si a uno (USA o URSS) le da la gana.

*15 de febrero.* — Federico Sopena se confiesa en el Cuaderno Taurus número 101, titulado "Defensa de una generación", un libro hermoso, amargo y honrado. Recatan muchos motivos de meditación estas páginas, al margen de la frustración pastoral de Sopena, final común, por otro lado, a tantos españoles como en los últimos años intentaron abrir las ventanas del país. El libro, en última instancia, es una requisitoria contra la intolerancia, si bien la sensibilidad de Sopena (que hilvana magistralmente un apunte autobiográfico desde su vocación tardía, recién terminada la guerra civil, hasta su dimisión (?) irrevocable como titular de la iglesia de la Ciudad Universitaria de Madrid) le aleja del sentimiento y le inclina a la piedad.

*16 de febrero.* — He presentado el informe anual de la actividad del cine-club "El Norte de Castilla" correspondiente a 1970. En general la vida de los cine-clubs españoles de un tiempo a esta parte no puede ser más lánguida. La del nuestro ha sido discreta, incluso brillante, comparada con la de los que se debaten en los postreros estertores. Las salas de Arte y Ensayo, las restricciones a la entrada de películas, la falta de apoyo oficial hace cada vez más problemática la supervivencia de



los cine-clubs en el país. José Ángel Rodero, nuestro secretario, ha de multiplicarse, viajar a Madrid, hablar con unos y con otros para sostener la programación mensual — dos proyecciones — con películas que no son nada del otro jueves. La Subdirección General de Cine debería tomar cartas en el asunto. Las salas de Arte y Ensayo (que cada día ensayan menos y dan películas menos artísticas, supongo que a su pesar) no justifican la desaparición de los cine-clubs. Y bien mirado, dejarlos morir no me parece una actitud más gallarda que suprimirlos.

*17 de febrero.* — Si quieres la paz, prepárate para la guerra fue una ingeniosa paradoja exhumada por la Europa imperialista en años en que la guerra era la relación normal entre los pueblos. Así lo entiende Gonzalo Arias, que me comunica hoy su propósito de hacer una marcha a pie Ginebra-Valencia, con cuatro compañeros no-violentos, para pedir un estatuto satisfactorio para los objetores de conciencia. Los objetores de conciencia no tratan de eludir un servicio en favor de la comunidad, sino transformarlo. Su aspiración está en línea con el ruego de Pablo VI que, hace pocos meses, sugería a los pueblos ir sustituyendo el servicio de las armas por un servicio de paz: alfabetización, recolección de cosechas, obras públicas, escuelas de iniciación y capacitación, organización deportiva de los medios rurales, etcétera...

*18 de febrero.* — Mi mujer y yo comimos hoy en el Círculo de Recreo con el pintor García Benito. Benito acaba de llegar de Málaga y antes ha expuesto en Nueva York, París y Madrid. Aunque su aspecto es aún gallardo y busca novia, García Benito andará rondando los 80 años. A Benito, nacido en Valladolid (en el mismo barrio que Vicente Escudero), le pensionó el Ayuntamiento para estudiar Bellas Artes y, antes de cumplir los 20, se dio un baño en la fuente de la Cibeles y se largó a París. Es del dominio público que García Benito fue el primer recluta español que se presentó en Caja en automóvil propio conducido por un chófer. Benito se resistió siempre a ponerse en manos de los marchantes, pero fue durante



muchos años portadista de "Vogue" y ganó dinero a base de exposiciones y encargos, dinero que, como buen artista (y mal financiero), lo perdió en las dos guerras mundiales y en el crac del 29. En 1943 pintó a Pétain en Vichy y al terminar el conflicto (por aquello de las concomitancias cada día más vivas entre arte y política) regresó a España, a Valladolid, con su esposa Madelaine, una de las mujeres más cultas y de más exquisita sensibilidad que he conocido. Madelaine cambió París por un modesto barrio vallisoletano sin hacer aspavientos. Era una mujer de gran temple que gustaba de la música, los caballos, los buenos cuadros y los buenos libros. Benito nos ha contado de su vida parisina, con los Gargallo, Dugniac, Julio González, Utrillo y Bofill. Modigliani era entonces más pobre que las ratas y Benito recuerda haber pintado su autorretrato sobre un cuadro suyo. Según Eduardo, Modigliani le saludaba siempre del mismo modo: "Benito... en un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...". Mi mujer y yo le hemos animado a que escriba un libro con sus recuerdos ya que no tiene ganas de volver a los pinceles. Pero Benito busca novia, cosa que no me sorprende después de la mujer que le tocó en suerte en el primer matrimonio y que ahora descansa en el cementerio de Valladolid.

*19 de febrero.* — Corral Castanedo dedica un artículo a Alberto, el Italiano, un hombre que llegó a Valladolid con los fascistas de Mussolini, se casó y no quiso repatriarse. Alberto, el Italiano, ha muerto ayer y Corral Castanedo le despide con una hermosa necrológica donde termina por decir que uno se muere cuando dentro no le queda hueco para más muertos. El argumento, bellamente poético, no explica, sin embargo, la muerte de los niños. Mi teoría al respecto es que el hombre muere cuando el proceso paulatino de despegue e incompreensión hacia los hombres, las cosas y los hechos que nos rodean alcanza el tope, de modo que uno llega a sentirse extranjero en su propio pueblo. Llegado este extremo, el hombre intuye que aquí sobra, coge y se va. (La teoría puede aplicarse a los hombres que cierran normalmente su ciclo vital, puesto que tampoco vale para explicar la muerte de los niños.)

20 de febrero. — El profesor Senabre me envía unos interesantes trabajos críticos de sus alumnos sobre algunas de mis novelas. Luis López Martínez me pide desde Murcia nuevos datos para su tesis. “Cuadernos para el diálogo” solicita mi opinión sobre la situación actual de la Prensa en España, que, naturalmente, es poco optimista. Radio Nacional me hace una oferta insólita: que “predique” la primera palabra del sermón de Jueves Santo (“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”), cometido que he rehusado porque mentir no me gusta y el temita se las trae con abalorios, que decimos por aquí. Finalmente, Milián Mestre me anuncia un homenaje a Hernández Pardos (un bien orientado homenaje a base de editar una antología de sus comentarios en “El Noticiero”) al que me he sumado gustosamente porque José María Hernández es un hombre honrado y de mucho mérito. Mi correo es cada día más variopinto y complicado. A veces temo no dar más de sí. Uno no tiene cabeza para tantas cosas.

21 de febrero. — El partido Italia-España que he seguido por televisión demuestra de una vez por todas que la recuperación del fútbol español de selección tiene un nombre: Kubala. Kubala cogió un muerto y lo ha resucitado a base de arrinconar gloriosas momias y de buscar un jugador para cada puesto sin dejarse deslumbrar por los nombres ni las presiones de los grandes. Esta revitalización tiene mayor mérito en un momento en que se observa en el país un innegable descenso del fútbol de club (exactamente lo contrario de lo que ocurría hace unos años). La liga está más igualada, es cierto, pero no porque unos cuantos equipos hayan subido a la altura del primero sino porque han descendido a la del último (entre los seis más destacados, se entiende). Esto es, se ha nivelado por abajo. En el estricto significado de las cifras este 2 a 1 al subcampeón del mundo en su terreno, reivindica la fama del balompié español, tan mal parada la pobre hasta hace cosa de un año.

22 de febrero. — Luis y Ángeles me sacaron de paseo en coche en un día de primavera anticipada. Dimos la vuelta

acostumbrada: Laguna de Duero, Boecillo, Viana, Puente Duero, Valladolid. Por primera vez vi la pareja de cigüeñas este año (aunque sabía por la Prensa que habían llegado ya) y un matrimonio de azulones en la laguna de Laguna. Tumbado entre los pinos observé asimismo la irrupción de las primeras hormigas, rubias y minúsculas como puntas de alfileres. Imagino que no tardarán en volver a enterrarse porque los marzos vallisoletanos suelen ser terriblemente ásperos.

*24 de febrero.* — Esta tarde me quitaron la escayola. En el primer momento, al ser liberado del lastre, tuve la impresión de que mi pierna derecha iba a echar a volar (un yeso en cada pierna sería un recurso cómodo y barato para pasear por la Luna). Luego me compadecí de ella: tan informe, tan fofa, tan blanca, la piel cuarteada... Mentira parece que, no tardando, pueda volver a hacer vida de ella. Por primera providencia debo tornar a la inmovilidad total durante otra semana hasta ver cómo reacciono a la venda de cinc y a la onda corta. (¡Y la veda de la trucha a punto de levantarse!) Este período de reposo me ha frenado también por dentro. Me propuse tener paciencia, no desazonarme ante la pila de cosas por hacer y creo que no sólo lo he conseguido sino que he llegado a la conclusión de que no adelanto nada yendo tan de prisa, activado por una tensión constante que ni en sueños cesa. Hay que procurar que trabajos y preocupaciones no acaben con nosotros, no nos destruyan. Incluso en esta pausa he visto algo que no veía antes por tener el bosque demasiado encima: que la novela que traigo entre manos es preciso desarrollarla en dos planos distintos y que tanto me da concluir la el próximo verano como en las Navidades siguientes. Nadie me persigue.

*25 de febrero.* — Uno de los riesgos de las situaciones políticas no democráticas es que fomentan el caldo de cultivo para la alcaldada. Yo recuerdo los años 40 como años siniestros de alcaldadas en cadena. Alcaldadas de personajes y personajillos que quedaban impunes y pasaban en silencio porque la Prensa estaba aún más afónica que ahora. Cada pequeña autoridad

se consideraba entonces un emir. Fue la época de los enanos endiosados. Y algo de esto colea cuando todavía es posible que ocurra lo que acaba de suceder en Castellón, esto es, que el hecho de que un catedrático suspenda al hijo de una autoridad local, desencadena una sañuda persecución por parte de ésta. Afortunadamente los papeles han aireado el hecho esta vez y confío que las medidas no se hagan esperar. Si la Prensa no guarda la viña (a todos los niveles), la arbitrariedad y la corrupción se enseñorearían sin demora del país.

*26 de febrero.* — Me sorprende la conferencia que ha pronunciado Fraga Iribarne en el Instituto de Sociología de Madrid. “Es inútil querer desconocer la existencia de importantes y respetables familias ideológicas en el país”, ha dicho. En honor a la verdad hay que admitir que él, en su momento, no las desconoció... pero las sacudió unos palos que temblaba el misterio. ¡Pobres familias! Como dice Umbral, ¡qué bien hablan los ministros cuando dejan de serlo!

*27 de febrero.* — Ángeles y Luis, que vinieron hoy de Madrid, me comunican la llegada de nuestros amigos Emilio Serrano y su mujer a la comunidad de Mamayaque, junto a los ríos Cenepa y Marañón, en plena selva peruana. Estos muchachos, recién casados, se incorporan así a la misión del padre López del Vallado junto a los indios aguarunas. El destacamento está formado por aquel jesuita, que actúa de coordinador general, y media docena de jovencísimos matrimonios españoles, entre los que hay ingenieros, médicos, maestros, abogados y mecánicos. Estos muchachos y muchachas tratan de promocionar al indio aguaruna (agricultura, ganadería, cooperativismo, medicina e higiene, enseñanza, etc.) y asesorarle jurídicamente, ya que el objetivo no es solamente ponerle en condiciones de sobrevivir sino de defenderse contra la intrusión obstinada de los colonos blancos que les tachan de indolentes y pretenden desplazarlos de sus tierras. A lo que se ve, el equipo actúa de acuerdo con esa máxima tan plausible de si quieres matar el hambre de un semejante, no le des un pez, enseñale a pescarlos. En esta entrega abnegada encuentran muchos jóvenes

actuales un modo inmediato de cooperar a la construcción de un mundo más justo, desencantados de la charlatanería y de la ganga que arrastra inevitablemente toda política. ¡Qué lejos la actitud de estos chicos de las que suelen promover las frívolas e interesadas sociedades de nuestro tiempo!

28 de febrero. — José López Martínez, de "Dígame", estuvo en casa haciéndome una entrevista. El correo me trae la tesina de Vitina Di Ricci, de Milán, "Caracterización de la infancia y la adolescencia en las novelas de Ana María Matute y Miguel Delibes". La autora dedica su obra a los que hicieron posible que alcanzara el título de "maestra". (Y dice "maestra" a boca llena, con todo su orgullo, en castellano.) A Vitina Di Ricci aún no le han cegado los ecos de la pimpante revolución de tarjeta de visita que hemos realizado últimamente en el país, a fin de que el perito sea ingeniero, el practicante, ayudante técnico sanitario, y el maestro, profesor de enseñanza general básica. Hay quien concreta todas sus reivindicaciones en una palabra. ¡Con lo hermoso que es el título de maestro!, como me decía hace pocos días el padre Llanos.

1 de marzo. — Febrero se fue y de loco no ha tenido nada, si es caso para brindarnos un esplendoroso anticipo primaveral. Mi pierna va entonándose poco a poco aunque no salgo de casa más que para la onda corta. En cambio viene por aquí el masajista Ayala, que durante 41 años militó en las filas del Real Valladolid y tiene por tanto dilatada experiencia en estos asuntos. Ayala confía más en los pediluvios que en la radioterapia (es un decir). Ayala cree que en unos días, mediante fomentación y masaje, se arreglarán estas punzadas dolorosas del talón de Aquiles que me tienen en un grito. (El doctor no descarta que junto al peroné se rompieran los ligamentos.) Ayala es hombre abierto y efusivo y cada tarde nos pasamos una hora de cháchara recordando los viejos tiempos del Real Valladolid Club de Fútbol (el "foot-ball" llegó a nuestra ciudad de la mano de los seminaristas escoceses e ingleses del Colegio de San Albano y de los muchachos vascos que bajaban a estudiar a la Universidad de Valladolid a principios de siglo). Ayala

(¡qué envidiable memoria!) recuerda a todos los equipos que se han sucedido aquí y a todos los lesionados que ha atendido en su medio siglo de profesional.

2 de marzo. — Devolví a la Editora Nacional las pruebas del libro de Enrique Gavilán sobre los pueblos de Valladolid. Enrique, condiscípulo mío en los baberos y después en la Universidad, falleció prematuramente el día de Navidad de 1969. Su primer libro — que irá adecuadamente ilustrado por nuestro pintor Cuadrado Lomas — es, pues, póstumo, hecho injusto porque Gavilán utilizaba una prosa turgente y luminosa, primorosamente adjetivada y respetuosa con la gramática. Para prologar el libro, Unciti ha echado mano de un artículo que yo escribí en "El Norte", un desahogo intimista y cordial que no fue concebido con este objeto sino con el más modesto de rendir homenaje al amigo muerto. Enrique hablaba de nuestros pueblos misérrimos con dolor y con amor; entre paño y bola, él clamaba por la humanización de la vida en los medios rurales castellanos. Pero el orgullo de nuestros labriegos es tanto que en varias ocasiones en que Enrique expuso la situación lamentable de algunas villas, recibió cartas indignadas diciendo que el pueblo contaba con agua en la plaza, tres cantinas, tienda de comestibles y doce televisores y él sólo se había fijado en el lodazal de las calles y la escuela abandonada. ¡Así somos!

3 de marzo. — Rof Carballo ha pronunciado una conferencia en Madrid que está dando mucho que hablar. Rof admite, al parecer, que la represión sexual engendra neurosis, pero también pueden engendrarlas la promiscuidad y la absoluta libertad. Las represiones y los tabúes están muy en boga ahora, pero yo me temo que el día que se alcancen todas las libertades a los 16 años, sobrevendrá un nuevo motivo de neurosis que ya está dando sus tristes frutos en los países nórdicos: la decepción prematura y el hastío. Nuestro entramado psicológico es muy complejo y, como en ecología, también aquí todo influye y está influido por todo. Creo que Rof Carballo tiene razón: liberar de una represión no es encontrar una panacea.



4 de marzo. — Considero raramente afortunada la conclusión del Consejo Nacional sobre regionalismo y descentralización. Ahora lo que apremia es que el Gobierno asuma esta preocupación, ya que a lo largo de los seis últimos lustros se ha lastimado con frecuencia a las culturas periféricas peninsulares. (Aún recuerdo que el hecho de bailar unas sardanas llegó a considerarse por los años 40 un sospechoso síntoma de secesionismo.) En este país hemos sido de siempre aficionados a la caza de brujas. Todas estas culturas deben gozar sin mayor demora no ya de una absoluta libertad (incluso en sus himnos, emblemas y estandartes, ¿por qué no?) sino de apoyo oficial. Una cosa es la unidad y otra diferente la manera de articular ésta. Simultáneamente, los castellanos debemos ser educados en el concepto de que España es una y varia y enterrar para siempre aquellas frases hirientes y fanfarronas de “a mí hámbleme usted en cristiano”, tan en boga en la década citada. Esfuerzos como el de Polígrafa, S. A., que presenta sus libros en ediciones bilingües — catalana y castellana —, deben multiplicarse con objeto de que los españoles nos familiaricemos con las diferentes lenguas que, a Dios gracias, conviven en nuestro suelo. Y aunque en otro terreno, otro tanto cabría decir del problema de la descentralización. Nuestra tradicional miopía nos condujo casi, casi, a la ceguera en estos extremos durante los últimos años, pero nunca es tarde para abrir los ojos.

5 de marzo. — Vi “La confesión”, película muy discutida de Costa Gravas. En rigor es un buen filme que adolece de una obligada monotonía salvada en parte por la dúctil interpretación de Yves Montand. Para mí fue como ver reconstruido en imágenes el relato coincidente de varios amigos que conocí en Praga en mayo de 1968: una amarguísima experiencia. En mi libro “La primavera de Praga” transcribo las confidencias de un procesado de los años 50: “Lo peor — me decía — no era la detención arbitraria, ni las torturas, sino el juicio subsiguiente donde todos éramos conscientes, empezando por el juez y el abogado defensor, de que nada de lo que decíamos era verdad sino que estábamos viviendo una comedia en la que



cada uno representábamos nuestro papel". Esta película (basada como es sabido en un hecho real) lo confirma. ¿A quién se pretendía engañar, entonces? Simplemente al pueblo, teórico beneficiario del sistema. Invocar razones de humanitarismo a estas alturas para declararse prosoviético ya no resulta convincente.

*6 de marzo.* — 1971 puede ser el año de la toma de conciencia por parte de la Humanidad de que el derroche de Naturaleza a la corta resultará suicida. USA acaba de crear una nueva rama de los estudios biológicos: técnico en ecología y recursos naturales. ¿Llegarán a tiempo los primeros licenciados de esta especialidad?

*7 de marzo.* — Se abrió la temporada de la trucha. Al anochechar oí llegar a mi vecino Mario Pérez y salí a la escalera a informarme. No le había pintado bien aunque traía un ejemplar hermoso, próximo al kilo. Me dijo que por los altos el tiempo andaba de nieve y hielo y que los ríos bajan poco menos que en estiaje. Esta última puede ser una razón que explique la difidencia del pez porque la nieve, cuando uno aguanta, es buena compañera. Por tres veces recuerdo haber cogido el cupo en un par de horas cayendo copos como platos. Y además con mosco ahogado. Uno no se explica que con esas temperaturas puedan andar larvas o mosquitos por el río, pero así debe ser cuando las truchas pican.

*8 de marzo.* — El doctor me anima a ir prescindiendo de un bastón. Me da miedo. Hago un cojo infernalmente malo y en dos largos meses no he conseguido sincronizar los movimientos de mis cuatro puntos de apoyo. Es más, hoy he llegado a la conclusión de que el que baila bien, cojea bien. Todo es cuestión de ritmo. Y como baila bien el que tiene buen oído, nada como tener buen oído para lucir una cojera potable.

*9 de marzo.* — Me sorprenden las noticias de nevadas en toda España. Incomprensiblemente aquí no han caído más que cuatro copos que no han llegado a cuajar. Hoy parece que

ha suavizado. El que se resiente de estas anomalías es el campo. Después de la nieve y las crudísimas heladas de este invierno, el trigo y la cebada apenas están apuntados y mucho más mustios que otros años por el mes de enero. Lo de año de nieves año de bienes no pasa de ser una quimera. Lo que hace falta es que la nieve, como la lluvia o como el hielo, llegue a su tiempo.

*10 de marzo.* — Hoy les hablé a mis alumnos de la mentalidad hidalga desarrollada en el país con motivo de la llegada de metales preciosos a España en el siglo xvii. La actitud aristocrática de “Iglesia, mar o casa real” encontró en el pueblo el triste eco de la “sopa boba” que se repartía graciosamente en los conventos. Les expuse mi temor de que el turismo pudiera ocasionar en nuestros días los mismos trastornos en extensas zonas del país. Los ingresos sin contrapartida comportan este riesgo. Y les recordaba, de paso, la vergonzosa Real Cédula de 1682 que hubo de declarar, más o menos, que mancharse las manos no era denigrante para conseguir que algunos arri-masen el hombro.

La huelga de Correos inglesa ha repercutido en mí. Una carta de Lawrence Keates fechada en Leeds el 17 de enero, y con matasellos del 18, me ha llegado esta misma mañana. Lo peor es que Keates me pide con cierta urgencia una aclaración para la edición inglesa de “Cinco horas con Mario” que prepara, y la respuesta, sin culpa de mi parte, va a retrasarse más de dos meses.

*11 de marzo.* — El padre de “Marcelino, pan y vino”, José María Sánchez Silva, habló esta tarde en la Sala de “El Norte” sobre literatura infantil (“Paisaje con niño leyendo”). Sánchez Silva hace como yo (y como tantos), lee, no perora. Pero lee bien y de este modo dice exactamente lo que quiere decir. Ayer, charlando con él, se disculpaba por no ser orador, pero para mí el ver que alguien se agarra a los folios constituye una garantía, no un motivo de decepción. José María Sánchez Silva está empeñado en que yo escriba un relato para niños, aduciendo que para hacer esto no se requiere una disposición espe-

cial ni supone un condicionamiento de nuestra habitual manera de expresarnos. Yo opino lo contrario y en esas estamos.

*12 de marzo.* — Cenamos con Regino Sainz de la Maza en casa de Rubio Sacristán. Ignoraba que el guitarrista procedía también de la antigua Residencia de Estudiantes. Me hizo un gran efecto: discreto, modesto, poco hablador, pero con sagaces, fulgurantes intervenciones. Maruchi Rubio, que ha vivido unos años en Londres, nos puso los pelos de punta contándonos que asistió al estreno de una máquina para certificar la muerte en la Morgue londinense (acontecimiento radiado y televisado por la BBC) con un resultado inesperado: la presunta muerta estaba viva. Nos enredamos en una macabra conversación que derivó inevitablemente a algo que me conturba desde hace tiempo: el cerebro de los muertos continúa pensando por su cuenta en tanto las células viven. Ya hablamos de esto en la Laguna Negra este verano con los Marías y alguien adujo que por eso era preferible la incineración de los cadáveres que el enterramiento, pero yo tercié que tampoco era precisamente divertido eso de ver que alguien nos arrima una cerilla y pensar: “¡coño, que me queman!” sin poder mover un dedo para impedirlo.

*13 de marzo.* — Coincidí en el médico con Juan Molina, ingeniero de Montes encargado de la reserva de Riocamba, en las estribaciones serranas de Palencia y León. Me dice que los venados y jabalíes (incluso el oso) se multiplican a ojos vistas en las 10.000 hectáreas protegidas y que ahora acaban de traer ciervos que parecen adaptase bien. Dada la espesura del sardón y con una celosa vigilancia, dentro de unos años puede convertirse aquello en un paraíso cinegético. Quedamos en asomarnos por allí el próximo verano en plan puramente contemplativo (fotográfico por parte del doctor de la Mela). Hace unos quince años estuvimos en Riocamba de caza menor, y dada la virginidad del mohedal, nos las prometíamos muy felices, pero apenas si vimos media docena de perdices pardillas enrabiadas y una liebre hermosa que dejé yo junto al camino. Eso sí, la topografía, la adustez del arcabuco, su misterioso hermetismo, justificaron sobradamente la excursión.

*14 de marzo.* — Después de ver por TV el ciclo de Marilyn Monroe, debo reconocer que esta muchacha era más actriz de lo que yo creía recordar, aunque siempre a distancia de la genialidad. Lo que ocurre es que los productores la encasillaron en papeles de rubia tontiloca y se obstinaban en mostrarnos antes su anatomía que su talento. Con todo, repito, echarla a reñir con Chaplin y la Garbo lo considero una ligereza.

*15 de marzo.* — Un catalán, Esteve Albert, ha venido a descubrirnos que el más grande político que ha tenido España fue don Pero Ansúrez, fundador de Valladolid en el siglo XI, a través del abad cluniacense Pons, del monasterio de Sant Cerni de Tavèrnoles. La vinculación Valladolid-Cataluña fue estrecha en aquel tiempo y en nuestra ciudad existía una calle Francos (denominación que se ha prolongado hasta nuestros días), albergue de catalanes y andorranos durante siglos. A mayor abundamiento, Valladolid (según Albert) no deriva de Valle de Olid, conforme creíamos, sino de “vallis” y “tolitum”, o sea que Valladolid equivale a Pladolit, el apellido más antiguo de Andorra y precisamente el de la señora de Albert, lo que quizá le animó a la investigación cuyos resultados han sido sintetizados en su conferencia.

*16 de marzo.* — El crítico de “Ínsula” (esa revista literaria que con tanta independencia y gallardía se mantiene a lo largo de los años) José Domingo me comunica que la hispanista soviética M. Bylinkyna va a iniciar la publicación de “Cinco horas con Mario” en la revista moscovita “Literatura Extranjera”. Domingo suponía que yo lo sabía, pero ésta es la primera noticia que tengo sobre el particular. La incomunicación Este-Oeste alcanza en algunos aspectos, como el que comento, extremos increíbles.

*17 de marzo.* — Me cuenta mi hijo Miguel que el análisis de la leche de una amiga que acaba de ser madre daba una proporción apreciable de insecticida. (Esto al margen, se sospecha que el DDT determina la esterilidad en muchas muje-

res.) Según parece, esto es ahora común a todas las jóvenes madres ya que la fruta, las hortalizas, las aguas de los ríos arrastran una carga considerable de este veneno que se transmite fácilmente al organismo. Ya sólo nos faltaba esto: alimentar a nuestros hijos con DDT. Mi tío Miguel solía decir, refiriéndose a los remedios de las boticas: "Sabemos lo que quitan pero no sabemos lo que ponen". De casi todas las grandes conquistas actuales de los laboratorios se podría decir lo mismo. El doctor De la Mela ha suspendido las sesiones de onda corta, y los masajes a partir de hoy serán alternos. Parece que la pierna va bien, pero continúo moviéndome con dos bastones. Cenamos con el pianista Frechilla y otros amigos y desistimos de nuestro proyectado viaje a Yugoslavia y Rumania. Deberíamos partir dentro de un mes pero, en el supuesto de que yo pueda andar y conducir, nunca podría darme las palizas que exige un turismo curioso y dinámico. Visitando países nuevos yo suelo andar tanto como en una jornada de caza. La verdad es que nunca pensé, cuando me caí el pasado 3 de enero, que iba a arrastrar tanto tiempo las consecuencias.

*18 de marzo.* — Recibo un ejemplar de mi biografía escrita para Epesa por Francisco Umbral. Encararse con la propia biografía, estando vivito y coleando, es como asomarse al propio panteón: le produce a uno repeluzno. Y, por otro lado, le abochornan los elogios y le encocoran los errores o lo que uno juzga tales (nada digamos del hecho de ver reproducidas unas cartas espontáneas, íntimas y personales, que le induce a uno a sentirse en calzoncillos en una reunión de fraques). Por de pronto, Umbral, tras un breve y espléndido prólogo, hace un estudio de mi evolución espiritual y literaria y se enfrenta con mi obra con sus habituales brillantez y originalidad. Sin embargo, es con el proceso de mi evolución ideológica con lo que no estoy conforme. Umbral me atribuye una ideología a los quince años (cuando se inicia la guerra civil), cosa que desgraciadamente dista mucho de ser cierta. El hombre que piensa (o, mejor dicho, que con el tiempo va a pensar) vive ordinariamente hasta los veinte años instalado en un comfortable sistema de seguridades que ha heredado (familia, colegio, me-

dio, etcétera). Posteriormente se incorpora a un sistema de duda sistemática que le empuja a situarse en el lugar "del otro" e intentar comprender sus razones. Tampoco creo, en otro orden de cosas, que la mayor parte de los muchachos que pelearon en el bando nacional pensarán entonces en defender sus privilegios de castas. Éstos, como los muchachos de enfrente, se alistaban con la mirada ilusionada, soñando con una España distinta. Probablemente la política y el dinero tuvieron buena culpa de que no se encontrara entre ellos un punto de concordia. Tampoco creo que Umbral valore debidamente la vertiente religiosa, motivo que en aquel trance impulsó a la mayor parte de los católicos a aliarse con los poderosos (¡ah, si en aquel tiempo hubiera reinado ya Juan XXIII!), pero en ellos pesaba más la evidencia (la quema de un convento de monjitas indefensas) que las motivaciones (las graves responsabilidades contraídas por la Iglesia frente al pueblo, cosa que se ve después). Nadie, pues, que actuara entonces con buena conciencia, tiene por qué avergonzarse de haber sido vencedor ni vencido. De lo que sí debemos condolernos es de no haber sabido evitar el drama y de haber prolongado sus consecuencias tanto tiempo. Pero el hecho (pongo, por ejemplo) de que yo descubriera por mi cuenta la pureza edificante de don Julián Besteiro (anatematizado por la derecha) antes que una evolución ideológica (y a esto iba) es un despertar, ya que por mi edad yo no podía conocer a Besteiro cuando Besteiro actuaba.

*19 de marzo.* — Releo "Contrapunto", en edición de Edhasa. Es la gran novela de un intelectual. Creo que era Alborg quien ponía a Huxley como ejemplo de lo que no se hace en España. Tiene razón, pero el novelista español, como corresponde, es muy apasionado y poco cerebral. En España, el pensador se expresa por vía del ensayo; no hace novelas. Tal vez sea una cuestión de clima, pero nuestra vida (y nuestra novela por tanto) es extravertida, cálida y cordial. No soy determinista pero sí creo en la influencia del medio.

*20 de marzo.* — El presidente de la Asociación Europea de Profesores de Español, Franz J. Zapp, me invita a Santander



(segunda quincena de agosto) a darles una charla al final del coloquio que celebrarán sobre novela española contemporánea. No hay que decir que acudiré con mucho gusto.

21 de marzo. — Los chicos han pasado este fin de semana en Sedano. Me vienen con la noticia de que se han cobrado tres lobos en los meses de invierno (hoy, aunque no lo parezca, empieza la primavera). Los vecinos de las comarcas loberas no están de acuerdo con la franciscana teoría de Rodríguez de la Fuente sobre este animal. Por el contrario, los ganaderos creen que el hombre debe ser hombre para el lobo (y ustedes ya me entienden). Un amigo me dice que el mes pasado en Reinosa unos lobos mataron ochenta ovejas de un rebaño y no se comieron ninguna. Científicamente estas matanzas, aparentemente caprichosas, encierran su fundamento. En la época glacial, topar con una manada de renos o de ciervos era empresa ardua; de ahí que cuando los lobos la descubrían mataban los que podían. La nevera natural conservaba aquellos cadáveres en condiciones óptimas para irlos devorando poco a poco durante las largas épocas de hambre. ¡Pero váyales usted a los ganaderos con teorías y monsergas!

22 de marzo. — Dentro de una semana entrará en vigor la nueva Ley de Caza. Manuel Zuasti me pide para "Ya" mi opinión al respecto. Esto es muy complejo y muy enrevesado. En líneas generales subrayo los puntos siguientes: A/ Me parecen bien la concreción de prohibiciones y la actualización de sanciones. B/ Considero una gravísima omisión que una ley que se alumbre en 1971 no trate de la intromisión de la técnica en la caza (reclamos magnetofónicos, armas repetidoras, detectores de cuerpos, etc.). C/ Lamento que en el viejo duelo cazador-pájaro, el legislador haya tomado partido por aquél, autorizando la caza de perdices con reclamo y en ojeo. D/ El 25 % de terrenos libres lo juzgo insuficiente. Aun con las nuevas modalidades de acotados, siempre serán más los cazadores que no tienen acceso a ellos que los que lo tienen y E/ La defensa de la propiedad privada prevalece a menudo sobre la defensa de la caza (ejemplo: la Ley considera delito



venatorio dar media vuelta a la tablilla de un coto y falta venatoria arrasar las perdices de un terreno libre desde un automóvil o un tractor). Esto me parece garrafal e imperdonable.

23 de marzo. — Me llega la tesina de Ana María Navales, de Zaragoza, en la que estudia la evolución de la novela española de posguerra a través de cuatro autores: Aldecoa, Sueiro, Umbral y yo mismo (en el aspecto evolutivo, y por edad, es obvio que yo debo ir en primer término). Hay una observación que me ha interesado especialmente: la Desi, de "La hoja roja", tiene a su juicio más fuerza que el viejo Eloy. Comparto plenamente esta opinión. Al reproche de que yo no pintaba caracteres femeninos respondí con "La hoja roja", primero, y con "Cinco horas con Mario", después. No obstante, al pintar la Carmen de "Cinco horas con Mario" quizá me pasé de rosca, al menos en mis pretensiones éticas de ventilación social, ya que acumulé sobre ella demasiados prejuicios típicos. Así, la lectora que no comparte alguno de los puntos de vista de Menchu (que lógicamente son todas) se agarra a la excepción y piensa: "Yo no soy ésa", cuando sustancialmente lo es. Hubo una reacción admirable por parte de una desconocida bilbaína que me escribió una carta agradeciéndome que la hubiera ayudado en ver en Carmen muchos de sus propios defectos y, en consecuencia, a corregirse. Naturalmente esta señora no era Menchu, puesto que la característica de Menchu es una suerte de incapacidad para reconocer los propios errores y, consecuentemente, para cambiar.

24 de marzo. — Onofre Camp, espontáneo amigo barcelonés y conejero por excelencia, me envía la memoria de la temporada de caza 1970-71 (en la que incluye datos referentes a las cinco últimas) correspondiente a la Colla "Els vuit conillaires". A través de estos datos se observa que la cifra de conejos cazados, con levísimos baches, ha ido progresando desde el 1965-66 (483) hasta 1969-70 (1.460). En su carta me aclara que la cifra bajó algo durante la temporada última debido a los hielos, pero que la mixomatosis puede darse por liquidada en Cataluña. Así pues, en este aspecto, los cazadores debemos abrir el corazón

a la esperanza. La peste empieza a desaparecer por donde vino: el Pirineo. La resurrección del conejo hará mayor bien a la perdiz (al posibilitar otro objetivo) que todas las disposiciones imaginables.

*25 de marzo.* — Me visitó la madre de un reciente detenido político, de 19 años, una mujer admirable, decidida y serena. Desea publicar una carta en "El Norte", donde hace una semana apareció una nota oficial diciendo que los detenidos habían pasado a disposición judicial. Pese a esto, continúan incomunicados y la madre, sin poder ver a su hijo, sin poder enviarle ropas y alimentos, ni pasarle las medicinas que precisa para seguir el tratamiento a que viene sometido. Se lamenta asimismo de que, de no ser por la muchacha a quien acompañaba su hijo aquella tarde, no se hubiera enterado de su detención puesto que oficialmente nada se le ha comunicado, ni de palabra ni por escrito. La prometí que su carta se publicará mañana, ya que sus quejas me parecen más que fundadas.

*26 de marzo.* — Salí para San Sebastián (acompañado de mi hermano) para hablar a los cazadores guipuzcoanos sobre "La codorniz 1970" con motivo de la IV Demostración de Caza y Pesca. Por primera vez cogí el automóvil desde hace tres meses. Curioso complejo: instintivamente mi cojera se la atribuía al coche y no osaba adelantar ni a los camiones más remolones aunque tuviera a la vista más de un kilómetro sin obstáculos. Finalmente logré vencer mi complejo de tortuga y el hecho de poder valerme de los pedales y de tener en el pie lastimado una fuerza capaz de ponerme a cien kilómetros por hora (aunque no la utilizara) me subió mucho la moral. (Ahora comprendo la peligrosidad del disminuido físico o psíquico con un volante entre las manos.)

*27 de marzo.* — San Sebastián sigue tan bonito como siempre, siquiera encuentre los alrededores un poco agostados y el Oria y el Urumea convertidos en dos alcantarillas. (¡Qué pena de ríos! ¡Y pensar que un día fueron salmoneros!) Mi auditorio en la conferencia no fue muy amplio. A los cazadores no suele

gustarles que les hablen, aunque sea de caza. De no cazar, lo que prefieren es hablar ellos. El cazador guipuzcoano se asemeja al labrador de mi tierra en que ninguno de los dos cree que exista nadie en el mundo capaz de enseñarles algo. Hablo, naturalmente, en términos generales. (Ramón Zulaica, que se ha comprado una casa en un pueblo logroñés abandonado, me lo confirmó después.) Tampoco lo que dije merecía una audiencia más nutrida, ésta es la verdad. Me limité a exponer el cambio de hábitos de la codorniz (su propensión al monte y al sedentarismo), movida por el progreso mecánico y las asechanzas constantes de que es objeto. Al referirme al sedentarismo, apunté la posibilidad de que no sea tal sino que las migraciones de la codorniz sean más cortas que antes, de forma que los pájaros que ahora se matan en invierno en Castilla procedan, por ejemplo, de Francia, y de la propia Castilla, los que se abaten en Extremadura. Concluí con lo de siempre, que la codorniz que le parecía tan sencilla al fabulista es una de las aves más complicadas de cuantas merodean por nuestros predios. Demostración: hace unos meses se soltaron en Italia unos millares de ejemplares anillados para estudiar sus devaneos y el resultado fue desconcertante: aparecieron codornices anilladas en Grecia, Francia, África y la propia Italia. ¿Qué puede deducirse de esta dispersión salvo que la codorniz es el ave más versátil y caprichosa de cuantas conocemos? Cenamos con los hermanos Peña y sus mujeres en Juanito Kojúa. Un coloquio con los Peña ante una merluza a la parrilla de Kojúa siempre resulta una fiesta.

28 de marzo. — Consuelo y Antonio Zulueta nos subieron a mi mujer y a mí al hipódromo de Lasarte para presenciar el concurso de Perros de Muestra. Me agradó mucho el espectáculo. De entrada, la bella lámina de los perros presentados le hace a uno pensar que se halla en una de esas elecciones de miss Universo donde ninguna de las candidatas tiene desperdicio. Luego, en el campo (ensuciado deliberadamente con un heno demasiado aromático que desconcertó a muchos canes), los perros (y las codornices) se comportaron de muy diferente manera, desde la "setter" corregallos, que no hizo sino levantar

pájaros a diestro y siniestro, hasta el pachón reposado que tras cinco muestras esculturales agarró las codornices entre sus mandíbulas sin permitirles siquiera despegar. Repito que la manifestación es única, y ganará mucho el día que se le den algunos retoques, verbigracia, que las codornices que se ocultan no sean alimentadas con piensos compuestos (y se procure disimular su domesticidad), que se emplee para la demostración un herbazal sin segar y que los espectadores guarden silencio (y los perros en expectativa permanezcan encerrados) mientras actúa el protagonista de turno.

29 de marzo. — Regresé de San Sebastián. En casa encontré un extenso ensayo de Luis Alfonso Díez sobre "Parábola del naufrago" publicada en la revista de México "Información latinoamericana". Díez ausculta en particular el aspecto técnico de la novela: "subrayado puntuacional" (como él denomina a la puntuación literal), clima onírico-surrealista, significación de la onomatopeya, construcción fragmentada, etcétera. Es el suyo, en definitiva, uno de esos trabajos gracias a los cuales el novelista razona y articula sus personales intuiciones.

30 de marzo. — Un artista amigo, dueño de un automóvil deportivo de marca extranjera (y muy caro), echaba en cara a otro amigo (motorizado en un 1.500) que tenía un coche burgués. Ante el desacuerdo recurrieron a mí. Yo dije que lo burgués aquí me parece preocuparse uno de la marca y el modelo que no aparenten burgueses aunque cueste tres veces más que los que lo aparentan. El mayor burgués es el que está preocupado a toda hora de no parecerlo.

31 de marzo. — Que se proscriba el DDT para usos agrícolas se me hace una gran noticia. Parece que los españoles empezamos a entrar en razón. Leo simultáneamente el artículo de José del Castillo en "El Noticiero Universal" sobre la escasez creciente de golondrinas que el articulista atribuye a la contaminación del ambiente. En lo que respecta a las ciudades no hay duda: el hedor a gasolina aleja a los mosquitos y la falta de mosquitos ahuyenta a las golondrinas. El mismo efecto

producían en el campo los insecticidas, cuyo empleo se prohíbe ahora. Si la disposición se respeta es posible que vuelvan no sólo las oscuras golondrinas sino los (más oscuros aún) murciélagos, cuyo decrecimiento también había advertido yo en los últimos veranos.

*1 de abril.* — Las noticias que recibo por diferentes conductos sobre la temporada de trucha no son favorables. El estiaje y el agua de nieve (en las montañas de León y Palencia) motivan que los pescadores regresen con frecuencia bolos. En algunos ríos creo que han vuelto a echar truchas arco-iris, pese a que el año pasado, al mes de abrir la temporada, no quedaba una para contarlo. (Esta especie es excesivamente complaciente en la picada.) De todos modos, el otro día en Burgos vi un ejemplar asalmonado de trucha común de tres kilos y medio, atrapado en el Pisuerga, que cortaba el resuello.

*2 de abril.* — Leo en "Revista de Occidente" una interesante entrevista con Jorge Luis Borges, el gran narrador argentino. Borges, en un arranque de humildad, se confiesa hombre de pocas ideas. Yo creo que, en el fondo, todos los que escribimos disponemos de pocas ideas: escasos temas y escasos personajes. Y si con ellos llenamos muchas cuartillas es a base de variarlos de postura y alterar el enfoque de nuestro tomavistas. Pero por mucho que barajemos, las cartas siguen siendo las mismas. La personalidad forzosamente es monótona.

*3 de abril.* — Don José Luis Bernaldo de Quirós me ofrece por carta un perro de seis años (su estampa es irreprochable a juzgar por la fotografía que acompaña) porque él se retira de la caza y, tras leer "Con la escopeta al hombro", presume que yo sabré cuidarlo. Me confunde el gesto de este amigo desconocido porque sé lo que significa desprenderse de un can que durante media docena de años ha convivido con nosotros en casa y en el monte. El señor Bernaldo de Quirós tiene más confianza en mí que yo mismo. Actualmente tengo dos perros (la "Dina", ya hecha, y el "Choc II", todavía cachorro), pero en los últimos años, bien por muerte natural, accidente o fuga,

he perdido seis animales de buena casta (sacar adelante a un perro es mucho más difícil que sacar adelante a un niño). Esto al margen, un perro habituado a vivir en familia durante seis años puede enfermar de melancolía al cambiarle de medio. No me siento con valor para afrontar esta responsabilidad.

4 de abril. — Me telefona mi primo César Silió que está preparando un libro sobre su ascendencia paterna (que es también la mía), para ver si recuerdo alguna anécdota que haya oído referir tocante a nuestros tatarabuelos y bisabuelos. Recuerdo muchas pero, tratándose de una familia tan prolífica como la de los Cortés (mi padre era Adolfo Delibes Cortés), me es difícil precisar los protagonistas. Por de pronto, nuestros antepasados procedían y vivieron muchos años en Molledo (Santander) y el tronco del árbol, Juan Domingo, recibió una noche un trabucazo alevoso cuando tomaba el fresco en la galería de su casa, junto al río Besaya, durante la primera guerra carlista. No se amilanó el viejo sino que salió en persecución de los agresores, aunque la sangre chapoteaba en las cañas de sus botas y, a la madrugada siguiente, le hallaron, sin conocimiento y medio desangrado, en el camino de Canales, unos arrieros que bajaban al pueblo. Gracias a ellos no nos quedamos César Silió y yo (y otros centenares de parientes) en la nebulosa. También recuerdo que otro tío-abuelo (Adolfo se llamaba y si no me equivoco fue el padrino de mi padre) emigró a la Argentina y regresó rico. Entonces se dedicó a cazar por aquellos contornos pero, desalentado al no encontrar pieza con que desfogarse, preguntó un día al zagal que cuidaba del ganado mientras se encaraba la escopeta y apuntaba a la res más opulenta: "Mozo, ¿qué puede valer aquella vaca?". Otro tío, cuyo nombre no me viene ahora a las mientes y que al parecer sufría manía persecutoria, tenía contados los pasos que le separaban de la carabina, en la mesa y en la cama y, de cuando en cuando, ejecutaba los ejercicios precisos (cuatro o seis zancadas, al estilo del Marx de los bigotes) por si llegaba el caso de tener que utilizarla. Tengo entendido que una hija suya alardeaba de no comer y por las noches la dejaban las alacenas llenas de viandas y ella se despachaba a dos carrillos pero a escondidas.



Por último le he referido la historia de la tía Sofía, quien al enviudar (setentona ya) nos decía muy compungida "que no encontraba un hombre para dormir acompañada". La pobre mujer se refería a un hombre armado que velase su sueño desde el vestíbulo. En la familia hubo de todo, desde ministros a carpinteros, pasando por un poeta (Evaristo) a quien Menéndez Pelayo cita entre los escritores montañeses del siglo pasado.

*5 de abril.* — Ayer estuve con mi mujer viendo la casa de mi hermano Adolfo en La Granja (le ha quedado bonita con el mínimo desembolso) y a la vista de las cumbres nevadas se revolvió mi nostalgia campera y hoy, sin más preámbulos, escapé con mis hijos pequeños al río Pedroso, cerca de Covarrubias, aunque todavía no soy capaz de andar cuatro pasos sin cachava. Ha sido una mañana inolvidable, pues aunque las truchas no se cebaron (y desdeñaron olímpicamente la cucharilla), en un par de horas y sin moverme del sitio atrapé tres de cuarto de kilo, es decir, racioneras. No hay goce comparable a éste de respirar aire puro, con el río cantando a nuestros pies, después de más de tres meses de enclaustramiento. Regresamos despacito (luego de comer en Barbadillo del Mercado) y de Lerma a Quintana del Puente (cuarenta kilómetros un poco largos) contamos 19 pares de perdices. El cereal está tan menguado que ni siquiera cubre la tierra. Me pregunto dónde anidará este año la codorniz si siguiendo la costumbre se la ocurre inmigrar a estos campos desguarnecidos.

*6 de abril.* — Estuve a ver a mi amigo Paco Igea para que me explorara el estómago, pues llevo varios días reventado con dolores y náuseas. Al perro flaco todo son pulgas. Por de pronto la gastritis parece evidente pero he de hacerme unas radiografías y unos análisis para completar el diagnóstico. Por el momento, Igea me recomendó unas cápsulas y un régimen de vida de semirreposo. Ahora que la pierna se recuperaba, vuelta a la postración a causa del estómago. Así es de compleja, contradictoria y puñetera nuestra naturaleza. Por de pronto, he desistido de mi proyecto de pasar en Sedano la Semana Santa, como cada año. Me quedaré en casa con mi mujer e irán solos los chicos.



7 de abril. — Rubén Caba me remite un curioso informe sobre los escritores españoles. La encuesta, muy concurrida (389 participantes), es altamente reveladora en muchos aspectos, pero dada la escasa influencia político-social del escritor (un 78 % de los encuestados opinamos que no pintamos nada) nuestros juicios servirán de muy poco. En el orden internacional y resumiendo conceptos, los escritores pensamos que USA es un coloso de la ciencia, la técnica y la potencia militar, pero moral y artísticamente es un país subdesarrollado. Europa occidental, en cambio, opone a la sugestión y originalidad de su arte, una tecnología mediocre. Finalmente, la URSS contrapesa la tiranía y una estética pedestre por una más equitativa distribución de la riqueza que en los otros bloques. Total, que nada hay completo en el mundo. De puertas adentro, los porcentajes resultan muy expresivos: un 50 % apoyaríamos la inserción de España en una organización política supranacional; un 69 % pensamos que la influencia de la Iglesia en el país es excesiva; un 73 % (al que habría que agregar un 9 % sin opinión) consideramos asimismo exagerada la influencia de los políticos del Gobierno y, por último, un 78 % creemos que la participación de obreros y campesinos en la vida del país es prácticamente nula. No cabe duda que si nuestros dirigentes aceptasen sugerencias, las cifras transcritas constituirían una invitación a la reflexión.

8 de abril. — La Editorial "El Magisterio Español", que dirige Manolo Cerezales, acaba de publicar las "Conversaciones" que mantuvimos en Sedano hace unos meses César Alonso de los Ríos y yo. Con César Alonso, hoy redactor jefe de "Triunfo", entré en contacto a raíz de una réplica suya a un artículo de Martín Descalzo que publicamos en "El Norte". Ya colaborador nuestro, César fue protagonista de uno de esos hechos que abochornan: acusado de repartir propaganda subversiva, permaneció casi un año en la cárcel para que, a la postre, el tribunal juzgador le declarase inocente. Naturalmente César Alonso salió a la calle pero, ¿quién le devolverá el año de vida que injustamente pasó entre rejas? El libro que publica ahora,

divertidamente ilustrado, está muy bien llevado por él (si es caso con ese punto de gravedad intelectual que le caracteriza y que, en cierto modo, resta a la obra calor humano), pero torpemente cumplimentado por mí, incapaz de elevarme a las alturas por donde César discurre. Con todo, y en algún aspecto, el libro puede encerrar interés, siquiera el abismo cultural (que no ideológico) que se abre entre entrevistador y entrevistado no deja en ningún momento de hacerse patente.

9 de abril. — El tiempo, amenazando lluvia, y la recomendación del médico me hicieron renunciar a mi proyecto de excursión a Bercianos (pueblecito zamorano de la zona sanabresa hecho de lascas de pizarra), donde cada Viernes Santo se celebra una original procesión. Allí, las mozas, cuando se prometen en matrimonio, inician la confección de un sudario para su futuro marido, quien al año de casado ingresa en la Cofradía del Santo Entierro. Los cofrades, amortajados y en hileras disciplinadas, acompañan a la imagen hierática del Cristo la tarde del Viernes Santo hasta la ermita, entonando escalofriantes salmos:

*Ya ves que en iniquidades  
fui concebido, Señor.  
¿Qué quieres de un pecador  
que se concibió en maldades?  
Merezca ya tus piedades  
quien en culpa se formó;  
si esta hechura se quebró,  
templa tus ojos airados  
pues en males y pecados  
mi madre me concibió.*

A este miserere penitencial, que a Lozano le recuerda las películas de Bergman, se incorporan los inmigrantes que no han renegado todavía de sus tradiciones. Es todo ello una receta donde eros, la muerte y una religiosidad fanatizada se mezclan en proporciones adecuadas para componer una ceremonia de celtiberismo rural de fuerte sabor.

10 de abril. — Hace cosa de un año leí un breve relato (una especie de "collage") de William Burroughs en una revista americana. Al poco tiempo leí en otro sitio que William Burroughs era el último genio literario alumbrado en USA. Entonces me interesé por Burroughs y empecé a moverme buscando un libro de Burroughs. No lo había en castellano en ninguna parte, pero, hace unas semanas, mi amigo Antonio Navas, siempre ojo avizor, me envió desde Caracas "Almuerzo desnudo", recién editado por Siglo XX. "Almuerzo desnudo" es para mí un libro desconcertante, cuya atmósfera surrealista y opresiva (atmósfera de drogadictos) está admirablemente lograda. Por mi parte, fracaso a la hora de unir con algún sentido las piezas del "puzzle", de relacionar las partes con el todo. Burroughs es uno de esos escritores laberínticos, que ahora tanto se llevan, que parece jugar con las palabras, las ideas y la técnica, para gozarse en el desconcierto del lector. Queda por ver si Burroughs es siempre así o lo es solamente en este libro, donde los símbolos, la alucinación, la abyección y el desquiciamiento constituyen su esencia, porque el infierno (o el extraño paraíso) del drogado debe ser ese: la confusión, la superposición de ideas e imágenes, la escatología, el delirio aberrante, etcétera. No sé si es un genio, pero a estas alturas ya es mucho poder decir de él (de Burroughs) que es un escritor "distinto".

11 de abril. — Hernán Rodríguez Castelo me remite desde Quito una colección de artículos publicados en "El Tiempo" sobre "Viejas historias de Castilla la Vieja". R. Castelo saca mucho de poco y analiza el estilo, la riqueza idiomática, el aspecto descriptivo, el sentido del humor y el castellanismo de estos relatos. Es un estudio minucioso, de suma generosidad, que me ha agradado mucho porque también yo (seguramente por su brevedad) guardo cierta predilección por este libro.

12 de abril. — El periódico trae hoy una noticia tremenda: un hombre súbitamente afectado por un infarto de miocardio fue rechazado en un hospital por falta de camas y falleció al ser trasladado a otro. Esto me recuerda lo que me sucedió a

mí hace unos años en el Hospital Militar de Burgos, donde se negaron a admitir a un muchacho inconsciente y prácticamente sin pulso que encontré tumbado en la carretera. Ante mi insistencia, un hombre de blanco me preguntó si el enfermo era militar, a lo que yo respondí que sabía al respecto lo mismo que él, puesto que no hablaba, pero que por su edad podría serlo. A falta de uniforme se negó a hacerse cargo de él y yo tuve que conducirlo a una casa de socorro con el riesgo de que se me muriera en el trayecto. El orden, la organización, la disciplina, las normas, etcétera, son disposiciones loables e incluso pueden llegar a ser virtudes, pero ante una vida en peligro, todo hombre está obligado a saltarse eso y mucho más. Yo así lo entiendo, al menos, y nadie me convencerá de lo contrario.

*13 de abril.* — El médico de la pierna me dice que ande; el médico del estómago me dice que pare. ¿Cómo enviar la pierna de paseo y dejar el estómago en reposo? Como dice el refrán, lo que alivia al brazo perjudica al espinazo. Mi situación de momento es de la más pura y absoluta perplejidad.

*14 de abril.* — Juan Luis Guereña, estudiante de castellano en Niza, estuvo a verme para perfilar su trabajo sobre mi obra. Me hizo una excelente impresión este muchacho, que tiene un no sé qué que me recuerda a Aranguren. El planteamiento de su tesis es muy minucioso y personal. De casta le viene al galgo. Su padre, Jacinto Luis Guereña, es un excelente ensayista del que he leído cosas en la antigua revista "Cuadernos" y en "El Nacional", de Caracas. Y en una de mis conferencias sobre los nuevos rumbos de la novela le saco a colación a propósito de una frase feliz que me hizo mucha mella. Dice Guereña, más o menos: "El novelista actual, al manifestarse muy erudito, muy hábil en las construcciones del idioma, ¿no se acercará a la sequedad?". Hablando en palabras pobres: ¿no estaremos tomando el rábano por las hojas?

*15 de abril.* — Contraviniendo el consejo de Igea me puse en viaje en automóvil hacia Barbastro y Lérida donde tengo

dos conferencias los días 16 y 19 respectivamente. Comimos en Soria y tomamos café con los Ruiz (Emilio) y Heliodoro Carpintero, con los que siempre se está a gusto y nunca faltan temas de conversación. Me sorprendió gratamente la vega de Calatayud, su campo prieto, bien alfombrado, y sus manzanos y perales bellísimos, en plena eclosión. Cuatro días de sol y temperaturas bonancibles han operado el milagro. Dormimos en un motel, a unos kilómetros de Zaragoza, copado por los USA. Los USA dicen que se van, pero vuelven. No me resulta simpático este nuevo sitio de Zaragoza.

*16 de abril.* — Antes de salir hacia Barbastro ya empezó el estómago a darme guerra. En Huesca tuve que detenerme y tumbarme unos minutos. Llegué reventado. Y aunque una de las cosas que más detesto es la informalidad, después de un día de dolor y sin comer, mi mujer llamó a Lérida, a José Luis Villafranca, para decirle que aplazábamos la conferencia proyectada con el grupo "Antorcha". Desde aquí pido disculpas a mis amigos leridanos, a cuya ciudad acudiré tan pronto me sea posible.

*17 de abril.* — Regreso con una buena impresión de Barbastro, población de 14.000 almas, de las que sale un público suficiente para atestar una sala de cultura y colmar de lectores una biblioteca. Aquí, la inquietud cultural no hay que despertarla (ya lo está) sino encauzarla, operación notoriamente más fácil, y satisfacerla (operación más onerosa). Huesca tiene casi 40.000 números de matrícula de automóvil, para una capital de 30.000 habitantes y una provincia de doscientos y pico mil. Su nivel económico es, pues, desahogado. El milagro, pienso, llega de los regadíos del canal de los Monegros y de los turistas pirenaicos (puesto que su base económica sigue siendo agraria). A propósito de los turistas, desde hace seis años nadie pesca truchas en esta zona del Pirineo con lombriz, devón, mosco o cucharilla. Ahora, en frase literal, se la dan con queso. Un quesito blando y maleable es el mejor cebo, dicen, para encarnar un anzuelo. Estos franceses son el mismísimo demonio; cualquier día sacarán truchas con mondas de patatas.

18 de abril. — Uno (a la fuerza ahorcan) se echó anoche al colete "Love Story", la novelita de Eric Segal. Abundo en la opinión de muchos (un librito dinámico y superficial) pero disiento de las razones esgrimidas por el autor para explicar su éxito (según Segal, la mitad de las novelas que hoy se publican se escriben con la parte superior del cuerpo — el cerebro — y la otra mitad con la inferior — el sexo —. Él ha escrito la suya con la intermedia — el corazón — y ha acertado). A mí estos argumentos me parecen cuentos chinos ya que conozco muchas novelas actuales escritas con el corazón (y superiores a ésta) que no han encontrado ninguna difusión. Los motivos del éxito fuera de las fronteras americanas derivan de los amplificadores de que USA disfruta (el que da en USA, da dos veces) lo mismo para lanzar un libro que un dentífrico. Quiero decir que cuando el libro ha llegado a España (o a Australia o al Japón) no existiría un solo periódico, por modesto que fuese, que no lo hubiera mencionado a sus lectores una docena de veces. El terreno estaba, pues, abonado. En cuanto al alboroto armado en Norteamérica, es explicable. El desarrollo tecnológico de aquel país no basta para encubrir su ingenuidad y, por tanto, su predisposición para vibrar emocionalmente al son del más vulgar melodrama (Nixon dice que ha llorado con la lectura de este minifolletín). A veces existe un pudor para ocultar esta complacencia, pero si un par de críticos de cierto tono afirman: "¡Asombroso!, esto es una vuelta al romanticismo", entonces ya no hay por qué disimular, puesto que leer y aplaudir la obra que Fulano y Mengano elogian es síntoma de estar "à la page". Luego la película (que según parece es correcta y con un fondo musical acertado) ha hecho el resto. A este libro escrito en España o Turquía ciertamente no le arrendaría yo la ganancia. ¡Ah!, y lo que tampoco veo por ninguna parte es la presunta transparencia, la pretendida pureza del relato en cuestión.

19 de abril. — Bernardo Arrizabalaga, Antonio Tovar y Miguel F. Braso se ocupan casi simultáneamente de mi libro "Con la escopeta al hombro" en "Triunfo", "Gaceta ilustrada" y "Pueblo", respectivamente. Arrizabalaga me conforta al con-



siderarlo un libro para todos (cazadores o no); Tovar me inquieta con sus sabias precisiones lingüísticas; goza con el lenguaje cinegético (perdiz repullada, mohedal, ganchito) pero le queda la duda de si "dejar bocas" será expresión venatoria o de germanía ("dejar bocas", esto es, sin probarlo y, en la caza, sin disparar, es más bien expresión caló incorporada a la caza por algunas cuadrillas, entre ellas la nuestra). Finalmente, Fernández Braso, que soportó impávido junto a mí un día de caza en el que cayó más agua que el día que enterraron a Zafra, juzga, con conocimiento de causa, sobre la presunta crueldad de este deporte. En todas estas notas, uno encuentra siempre algo que le enriquece, le instruye o le invita a meditar.

20 de abril. — Asistí anoche a la proyección de la película polaca "Bodas de oro", de Stanislaw Lenartowicz, en la Semana de Cine Religioso y de Valores Humanos que se inauguró el domingo. Esta semana de cine de Valladolid ha conseguido un prestigio en el mundo, sobre todo por lo que significó de apertura hace dos o tres lustros, en los rígidos años de la censura. Comenzó llamándose Semana de Cine Religioso, pero eran tan escasos los filmes que podían cobijarse bajo este epígrafe que muy pronto hubo de agregársele la coletilla "y de Valores Humanos", donde, apretando un poco, cabrían incluso los anatómicos. Antolín de Santiago, su fundador, ha tenido que pechar con no pocas incomprendiones y, a partir de este año, el certamen se llamará simplemente "Semana internacional de cine de Valladolid". Una lástima porque yo entiendo que de religiosidad y humanismo no está sobrada la sociedad actual. Coincidiendo con este cambio, se estrenó la película de Lenartowicz que ya ve usted por dónde recata valores humanos considerables. A mí, personalmente, el cine polaco me entusiasma, aunque ahora dicen los expertos que está en baja. De asuntos nimios, los polacos consiguen filmes valiosos. Una película, "Tren de medianoche", ya me puso en guardia hace quince años. El pasado, "Estructura del cristal" (que pasó discretamente y aburrió a muchos) fue para mí tal vez lo más completo del festival. "Bodas de oro", ahora, se me antoja asimismo una buena película. Hay en ella influencias del neo-



rrealismo (aunque esté, sin que ello le reste fluidez, más elaborada), pero hay sobre todo plástica directa, poesía y sensibilidad. Y por encima de todo, una abundante gama de matices (literarios y visuales) sutilísimos. En todos los casos, las historias del cine polaco suelen ser leves (un mero y vagoroso apoyo), pero la humanidad que trascienden sus personajes hace de ellas algo conmovedor, verosímil y convincente. Películas como éstas sirven de modelo sobre lo que puede hacerse con cuatro perras gordas y una censura implacable gravitando sobre nosotros.

21 de abril. — Amelia del Río, puertorriqueña, profesora jubilada de español en Nueva York, me envía un nuevo libro de poemas, "Hasta que el sol se muera", lleno de luz y espontaneidad. El caso de Amelia Agostini de del Río es admirable. Amiga de Lorca, Cernuda, Guillén, etc., Amelia quedó anonadada a la muerte de su marido Ángel del Río, el inolvidable soriano, uno de los mejores críticos de nuestra literatura. Ante tan cruel contingencia, Amelia no se amilanó, ni se dio a la melancolía: entró en una actividad frenética: escribe, pinta, traduce, dicta conferencias, enseña, instruye a los nietos acompañándolos a los museos. "Si me paro, pienso, y si pienso me acongojo." Fruto de esta actividad es un manojo de libros publicados en pocos años y una colección de lienzos donde, quizá sin pretenderlo, se agazapa todo el candor, el calor y el color del trópico, donde nació. Sobre todas estas cosas, Amelia del Río, es, a pesar de su edad, una mujer bella y de una delicadeza exquisita.

22 de abril. — Me conmocionó mucho la película franco-argelina "Elisa o la verdadera vida", de Michel Drach, que vi anoche en la Semana. El alegato contra la humillación, la incomunicación humana, la tortura y el racismo, salta los límites del conflicto franco-argelino donde ha sido ambientada, para cobrar desgraciada actualidad en medio mundo. Drach ha logrado una narración muy escueta, donde la eficacia de la imagen y los recursos sonoros (que no los diálogos) hacen olvidar la procedencia literaria del guión. Aún queda por reco-

rrer más de la mitad del camino pero nada me sorprendería que estuviéramos ante uno de los grandes premios del festival.

*23 de abril.* — Hoy hace 25 años que me casé, eso que, con nuestra desmesurada codicia por los metales preciosos, venimos denominando desde siempre bodas de plata. Ignoro lo que tendrá que ver la plata en este menester, lo que sí tiene algo de premonitorio es que mi novia me regalara aquel día una máquina de escribir y que fuera precisamente el Día del Libro, en un momento en que no se me había pasado por la cabeza escribirlos. Ahora me doy cuenta de que en este particular mi mujer y yo fuimos unos precursores: nos negamos a disfrazarnos y, en mi juvenil afán de llevar las cosas al extremo, no estrené ni camisa. Obviar el traje de novia era en 1946 casi, casi, un sacrilegio, pero nosotros lo cometimos, impulsados seguramente por una instintiva repugnancia hacia las convenciones y lo “mandado”. Al salir de la iglesia agarramos un taxi con gasógeno y nos fuimos a Molledo-Portolín. Ha sido un día de recuerdos. José Velicia nos rezó una misa a las nueve de la noche en la cripta de la parroquia, luego nos fuimos a cenar con los hijos al merendero de la Goya y finalmente a patinar (los que podían) a la pista de hielo que acaban de instalar en el pabellón grande de la Feria de Muestras.

*24 de abril.* — Me visita Heliodoro Esteban, ingeniero jefe del Patrimonio Forestal de Burgos. Al hablar de las jaulas de tabiques macizos (uno de ellos agujereado) instaladas en los pinares para combatir a la oruga procesionaria, ensalzó su eficacia. Los pájaros insectívoros (especialmente los herrerillos) anidan en ellas el primer año en un 20 % y la progresión va aumentando gradualmente en los sucesivos. Esto quiere decir que la procesionaria dejará de ser un enemigo y además sin utilizar insecticidas, cuyas consecuencias suelen ser nefastas. Por contra, el periódico trae hoy la mala noticia de que millares de palomas, perdices y grajos han muerto en Zamora al ingerir semillas de cártamo, planta oleaginosa importada de USA y tratada con mercurio. Parece ser que bastan seis granos para que un volátil de esta envergadura entre en la agonía. Cuando no es

una cosa es otra. ¿Cuándo terminaremos por aprender? ¿Es que no disponemos de analistas que investiguen las semillas, animales y plantas que importamos? ¿Cómo es posible que la intransigencia americana para introducir cualquier cosa en su país se transforme en frivolidad a la hora de exportarlas? Mi hijo Miguel me dice que Josechu Lalanda habla de una catástrofe semejante acaecida recientemente en los Montes de Toledo. ¿Será verdad que no tenemos remedio?

25 de abril. — El cine americano actual no suele tener buena prensa, siquiera habrá que reconocer que, cuando acierta, acierta de plano. En la Semana de Valladolid la proyección de un filme yanqui suele despertar fuertes pasiones: aplausos desmesurados o pateos iracundos. A mi juicio, este año, la doble participación americana no ha tenido suerte, aunque yo discrepe, en ambos casos, de las posiciones mayoritarias que tan ruidosamente se manifestaron. “Locos”, de Tom Gries, no agradó, en general, al público (ni a los expertos) ni poco ni mucho, y a mí, en cambio, se me hace una película discreta y juzgo originalidad lo que algunos señalan como artificio y capacidad sugeridora lo que otros apuntan como superficialidad. Por otro lado “Locos” está vivida impecablemente y realizada a buen ritmo. No obstante, disiento de la tesis de Gries. Bien está recusar el materialismo que resume en la posesión de dinero y cosas el ideal de vida, pero identificar éste con la holgazanería y la sexualidad me parece una forma de materialismo no menos primaria que aquélla. Sexo y ocio son aspectos de la vida que tienen sentido junto a la laboriosidad, el espíritu de creación, la realización de uno mismo. A “Locos”, la gente le metió el pie; en cambio a “Dime que me amas, Juni Moon”, le metieron la mano, es decir, la apludieron, cuando a mi entender (aparte puntos de contacto incontestables entre su mensaje y el de “Locos”) lo que aquí se señala como original sí se me antoja artificio y huera pretensión, su presunta transcendencia, o sea, para mí, lo contrario que algunos advirtieron en “Locos”. Encima coloquen a su gusto convencionalismos, reiteraciones y unas formas de erotismo tan repugnantes y desdichadas que la peliculita no hay por dónde cogerla.

26 de abril. — Concluyó la semana. “Kes”, película inglesa, de una valiente sencillez, resultó, para mi gusto, lo mejor del certamen (con justo motivo le otorgaron luego el premio Ciudad de Valladolid). Claro que en ella se conjugan elementos que, como la infancia y la Naturaleza, me resultan especialmente gratos. Pero, ¡qué magistral dirección, qué intérpretes infantiles tan admirables, qué delicadeza de matices para expresar no sólo la incomunicación de generaciones y la brutalidad de un sistema pedagógico (esto ya lo hizo Dickens) sino la soledad e incomprensión del protagonista entre sus propios compañeros, únicamente porque su personalidad excede de la norma! Una realización sin tacha, donde la sensibilidad, la armonía y el sentido del humor (¡escenas inolvidables las del campo de fútbol!) componen una obra sencillamente exquisita donde trascienden evidentemente los valores humanos, no demasiado sobrados a lo largo del festival. El Lábaro de Oro, para películas religiosas, se declaró desierto con toda justicia (no ha habido películas religiosas dignas de tal nombre). La Espiga de Oro, para filmes de valores humanos, la compartieron “La estrategia de la araña” (italiana) y “El muchacho” (japonesa), ninguna de las cuales he visto. Para “Elisa o la verdadera vida” (franco-argelina) fue el Premio de San Gregorio, mientras el Círculo de Escritores Cinematográficos premiaba, desde luego con mi aplauso, la película polaca “Bodas de oro”.

28 de abril. — Acaba de aparecer en “Hechos y Dichos” el ensayo “Dos naufragios entre otros muchos”, de Ramiro Reig, que resume perfectamente mi propósito al escribir “Parábola del naufrago”. Ante el acoso y consiguiente fracaso del hombre puro, algunos piensan que no nos queda otro recurso que apelar a la dialéctica de las pistolas. Inducir al derramamiento de sangre sería la última cosa que yo haría en este mundo. Reig pone el dedo en la llaga cuando pregunta: “¿Significa esta «Parábola» el fracaso de una concepción individualista de la bondad, la evidencia de la necesidad de la lucha comprometida y arriesgada?”. Tras una serie de consideraciones, Reig

remata su ensayo, dos folios más abajo, con estas atinadas conclusiones: "La trayectoria de Delibes... frente al capitalismo de Madrid y el socialismo de Praga, ofrecerá la planta firme de una obra que habla al hombre concreto y de su libertad. En el fracaso de Jacinto San José, más que aparecer el fracaso del Evangelio, se muestra la necesidad de luchar por él, la urgencia de hacer posible una sociedad donde esos hombres puedan vivir".

29 de abril. — La edad avanzada de "El Norte de Castilla" le permite publicar diariamente dos secciones: "Hace 50 años" y "Hace 100 años", de las más sabrosas y leídas del periódico. La primera nos recuerda hoy que, hace medio siglo, don Américo Castro fue nombrado miembro de la Legión de Honor en París por los trabajos realizados en la Universidad de Toulouse. Casualmente recibo con la misma fecha una carta del maestro (manuscrita, como él suele hacerlo) comentando mi libro "Con la escopeta al hombro", donde, con una letra vigorosa y firme, dice cosas tan sutiles como ésta: "Lancé hace tiempo mi idea del 'hecho humano habitado'; de no ser vista así la realidad (de hace mil años o de ayer), pasa uno por la vida como broza arrastrada por aguas presurosas". Precisamente por haber sabido verlo así, Américo Castro acertó a mostrarnos la Historia de España tal como es. El genio de don Américo estriba en haber sabido cambiar la posición tradicional de los focos e iluminar de esta manera ciertas zonas penumbrosas de la realidad española, fundamentales para comprender nuestro pasado y la esencia del hombre ibérico. Como hombre auténticamente genial, don Américo es modesto y a sus ochenta y tantos años continúa trabajando en su confortable casa de El Viso madrileño. Apenas llegado de USA, me escribió expresándome su deseo de reunirse con Jiménez Lozano y conmigo. Respondimos agradecidos diciéndole que iríamos a Madrid. Mas a los dos días, sin advertirnos, se presentó él en Valladolid. "Don Américo — le dijimos —, esto no era lo convenido. Usted tiene ochenta años." Pero él objetó: "De acuerdo; pero ustedes son dos".

*30 de abril.* — Gloria Fuertes leyó sus poemas en la Sala de Cultura del periódico. Redondeando viejas faenas, el gobernador civil, señor Ibáñez Trujillo, no dio su autorización hasta la víspera pese a haberla solicitado con una semana de antelación. De nuevo la táctica del fuera de juego, que esta vez dio resultado puesto que nos cogió en "off-side", con menos de la mitad del público que hubiera acudido de anunciarse el acto debidamente. (Desconozco si tal decisión tendrá el mismo fin que el recargo de programas deportivos hoy en TV: hacer olvidar a las gentes las vísperas del 1 de mayo.) Lo cierto es que Gloria nos cautivó con su lectura (de mímica reprimida pero elocuente), donde la magia de sus poemas (ingenuidad y angustia a partes iguales) causó un gran impacto en el auditorio.

*1 de mayo.* — Mi hijo Miguel se vino con un cachorrillo de gineta de 170 gramos de peso. Está preocupado pues, pese a sus cuidados extremos, el animalito había perdido diez gramos en los últimos dos días. Sus tomas de biberón no exceden la carga de una estilográfica de tamaño normal. El bicho ha nacido en cautividad, pero otras camadas se perdieron dejando a las crías junto a la madre. Miguel está estudiando a la gineta para su tesina de biólogo y, quizás, para su tesis. Después de visitar España ha logrado analizar cerca de cien ejemplares (cifra respetable ya que la gineta escasea más cada día. Él piensa que en la crianza artificial falta algún elemento que las ginetas silvestres encuentran normalmente en las mamadas o la Naturaleza. El problema, para él, estriba en descubrir en la farmacopea ese elemento vital antes de que sea tarde. El animalito, con sus ojitos como abalorios, sus bigotes y su larga cola, semeja una criatura de Walt Disney.

*2 de mayo.* — Pasamos en Sedano día y medio, en un ambiente desagradablemente frío y húmedo, hibernizo. A mediodía asistimos a la fase regional del Concurso de Pesca de Truchas en el Rudrón. Había representaciones de Logroño, Soria, Segovia y Burgos. Bajaba un paquete de agua descomunal y los concursantes (al menos los que yo vi) trabajaron la trucha con lombriz, único cebo natural permitido. A mí me gusta



infinitamente más con cucharilla o mosco ahogado, pero el río no estaba para florituras. Lo de la lombriz no me convence. Aparte de ser un procedimiento menos dinámico, me parece más fácil hacer tragar a las truchas lo que realmente comen que no un engaño más o menos aparente (sin duda es más seguro atraer a los niños con auténticos pasteles de crema que con imitaciones de hojalata pintada de colorines). A las dos nos fuimos (antes de la cuenta y del pesaje), pero había un logroñés que llevaba ya en la cesta casi una docena de ejemplares hermosos, que seguramente sería el vencedor.

3 de mayo. — Fernando Altés Bustelo se propone hacer su trabajo para la obtención del carnet de Prensa, sobre las ejecuciones registradas en Castilla durante medio siglo, a través de las reseñas de "El Norte de Castilla". El trabajo — me dice — puede aparecer monótono pero no lo es: reos y público reaccionaban en cada caso de manera diferente. En definitiva, el ensayo será un alegato objetivo contra la pena de muerte, especialmente contra la concebida como espectáculo popular. Una observación de Altés muy significativa: al cesar las ejecuciones-espectáculo empezaron a aparecer en los periódicos las páginas deportivas.

4 de mayo. — Me indignó el despiadado ataque televisivo de Emilio Romero contra don Marcelo, arzobispo de Barcelona, por su pastoral sobre el 1 de mayo, documento ponderado y muy en su punto. Don Marcelo es posible que sea tímido, retraído y hasta hermético. Cualquier cosa menos frívolo, demagogo, politiquero y oportunista. Por ello, don Marcelo debe ser rebatido con cualquier arma menos con el sarcasmo. No lo merece.

5 de mayo. — Nuevo dato para la historia de la barbarie del siglo xx: más del 70 % de las ostras del vivero de Marennesoleron (Francia) han perecido a causa del envenenamiento de las aguas. ¡A ver cuando entra en funciones ese nuevo y flamante Ministerio de Defensa de la Naturaleza!



6 de mayo. — ¿Es punible el hecho de levantar un pájaro en una reserva sólo por el placer de verlo volar, dificultando a otros el disparo? El suceso acaecido el pasado martes en un cantadero de urogallos de la Sierra de los Ancares (Lugo) entre un grupo que aspiraba a estudiar este pájaro y otro que trataba de matarlos, invita a la reflexión. De antemano, yo, como cazador, me atrevo a afirmar que la modalidad de caza del urogallo (aproximándose a él mientras canta, momento en que se torna sordo, y disparándole a calzón quieto) está muy lejos de constituir una hazaña cinegética. Si a esto agregamos que la subespecie cantábrica es muy reducida y ofrece caracteres peculiares respecto a la europea, llegaríamos a la conclusión de que la caza del urogallo debería estar prohibida en este sector. Pero, en tanto esta disposición llega, Javier Castroviejo (que lleva más de 2.500 horas acechando al urogallo para sus estudios de naturalista) y un grupo de amigos se dedican durante la desveda a visitar los cantaderos con ánimo de observar a los gallos. Su obstinación (estos muchachos ni siquiera duermen) perturba la actividad de los matadores y, en vista de ello, el martes pasado, cinco personas fueron detenidas. Yo desconozco si la cortina protectora que estos chicos interponen será lícita o no, pero no puedo por menos de mirarla con enorme simpatía. El hecho de que estén dispuestos (en el seno de una sociedad que únicamente busca su propio provecho) a soportar sacrificios e inclemencias sólo para evitar que un bello animal, en trance de extinción, sea sacrificado, me conmueve. Y me pregunto: ¿Por qué esta terquedad ante la advertencia del señor Castroviejo, el español, sin duda, que más sabe de urogallos? ¿Por qué esta resistencia ante los consejos insistentes de unos biólogos desinteresados y bien informados? Nuestro materialismo desbridado ya no concibe que la utilidad de un pájaro pueda derivar del hecho de saberlo ahí, del placer de oírle cantar y verle desplazarse monte abajo en su vuelo largo y brioso.

7 de mayo. — Alfonso Navalón, crítico taurino de "Informaciones", disertó en la Sala de Cultura del periódico en torno a las corruptelas que asfixian a la llamada fiesta nacional, acto

con el que cerramos el presente curso. Navalón, que físicamente tiene un aire muy torero, ciñó diestramente el tema y, al final, respondió (en coloquio vivísimo) al aluvión de preguntas que se le vino encima. Satisfizo su charla y gustó su honradez incorruptible. A mí, que no me agrada la fiesta, me entusiasma, en cambio, la jerga taurina (cornigacho, burriciego, perritoro, "con la izquierda se le vacía y con la derecha se le mata...", etc.), por lo que gocé mucho en un acto que se diría hecho a mi medida: toros sin puyas, espadas, ni sangre. Al final, los asistentes tomaron postura y se enzarzaron en discusiones amistosas pero de muy elevada temperatura. Síntoma a considerar: en la Sala llena no vi más que a un muchacho de menos de 25 años. ¿Tiene futuro la fiesta?

8 de mayo. — Llegó el ejemplar rumano de "Cinci ora cu Mario". Si todo fuera así, la traducción no parece difícil. Lo malo es que la base romance de este idioma sufre luego muchas alteraciones. La edición, con una portada eficaz, es más bien pobre: papel basto, mala impresión y sin guardas. Las ediciones baratas occidentales están a cien codos por encima de ésta.

9 de mayo. — Janet Winecoff ha entregado a la imprenta norteamericana el libro que ha escrito sobre mi obra. Me llega otro, en castellano, pero editado en Nueva York (aunque impreso en España) por "Torres Library of Literary Studies", titulado "La novelística española de los 60", de Juana Amelia Hernández y Edenia Guillermo. En él se estudian obras de Martín Santos, Marsé, Goytisolo, Matute, Benet y mías. El motivo de estudiarme junto a estos compañeros más jóvenes es, por lo visto, que todavía soy capaz de evolucionar, de rejuvenecerme. Esto me halaga. En su ensayo sobre "Cinco horas con Mario", las autoras dicen: "Mario en un monólogo propio, dándonos su propia versión de la realidad, habría hecho menos dramática su tragedia íntima". ¡Sí señor, ahí está la madre del cordero! Yo comencé este libro con Mario vivo y, después de recorrer así cien páginas advertí, como creo haber dicho ya, que su pretendida pureza (la de Mario) sólo podría convencernos si nos llegaba como un eco, por resonancia. Entonces

le maté. Y reinicié el libro abriéndole con su esquila. La palabra es un elemento resbaladizo y falaz que con frecuencia nos traiciona.

*10 de mayo.* — Me fui con mi mujer a Milagros (Burgos) a ver al pintor Vela Zanetti. Vela es uno de esos infinitos españoles marcados y baqueteados por la guerra. Después de perder a su padre en León en circunstancias trágicas, se exilió. En México y USA se hizo famoso y su fama se dilató al pintar el mural que decora el edificio de la ONU. Posteriormente trabajó en Centroamérica y en el 59 regresó a España. Ahora está pintando mucho aquí, murales especialmente. En verdad, el genio de Vela encuentra en el fresco su expresión cabal: Vela es hombre sobrado, de una pintura vigorosa y épica, de tonalidades muy personales. En Vela Zanetti hay mucho de la "terribilità" miguelangelesca. Tampoco es frecuente encontrar una adecuación tan completa entre un artista y su obra. Ahora, Vela se ha retirado a Milagros, pueblecito a diez kilómetros de Aranda de Duero, y allí vive solitario en la misma casa donde nació, pero remozada y adecuada a sus exigencias actuales. Pasamos una tarde agradabilísima, pues Vela Zanetti es un gran conversador. Ha viajado mucho, ha tratado a mucha gente, y escucharle (con su voz de bajo y sus ademanes enérgicos) es un verdadero deleite.

*11 de mayo.* — Con la posibilidad de que las aguas de los ríos Tajo, Jarama y Manzanares arrastren cesio y estroncio, es decir, sean radiactivas, el problema de la contaminación pasa ya de castaño oscuro. De la recomendación de no jugar con fuego, puesta en circulación por nuestros abuelos, poco hemos sacado en limpio. Ahora, los adultos jugamos con productos radiactivos como quien lava, como si una vez desbocados tuviéramos la seguridad de volver a dominarlos. Es el problema de las armas atómicas. Llegado un acuerdo (¡y Dios lo quiera!) de destrucción de los actuales arsenales, ¿dónde podremos hacerlo sin que constituya un grave peligro para la Humanidad?

12 de mayo. — Se lee muy bien el libro de José Monleón "30 años de teatro de la derecha". La lectura es amenísima e instructiva, pero yo no creo que la única vía escénica sea la realista. El talento puede rodar en todas las vías. Lo que sucede es que pasamos por un momento de penuria teatral y no creo que la responsabilidad sea exclusivamente de la derecha, de que la derecha sea, en definitiva, quien sostiene al teatro ("Las criadas" y "La camisa", de Olmo, se sostuvieron muy bien y no creo que por la derecha precisamente). Estoy de acuerdo con Monleón en que las reglas del juego son estrechas y rígidas, pero dentro de ellas, habiendo talento, se pueden hacer cosas, y Buero, por ejemplo, las ha hecho, no lo olvidemos.

13 de mayo. — Definitivamente tampoco iré a Lisboa, al Congreso de Novelistas. La pierna progresa pero está lejos de poder aguantar museos y rutas turísticas. Y está también el estómago, reacio a la cocina manuelina a que tan aficionados son los portugueses. Y si lo siento es sobre todo por ustedes, los amables lectores de estas notas: cualquier viaje hubiera servido para animar un poco estas páginas con nuevas gentes y nuevos horizontes. Pero está visto que el signo de este año, en lo que me concierne, con tantos percances y tantos imprevistos, es la monotonía. Paciencia.

14 de mayo. — La muerte de Antonio Otero Seco, en Rennes, me ha afectado mucho. Hombre íntegro, Otero Seco hizo mucho desde su exilio por la literatura actual española, tanto desde su cátedra como a través de la Prensa (especialmente en "Le Monde"). Albert Bensoussan me comunica la amarga noticia y me pide colabore al homenaje que piensan rendirle. Lo haré con mucho gusto.

16 de mayo. — El doble atentado (lapidación) contra las librerías "Antonio Machado" y "Fuentetaja" de Madrid, nos lleva a investigar los móviles del delito. ¿Los libros? No es pensable ya que, dadas las circunstancias del país, en las librerías atacadas no se venden libros diferentes de los de otras li-

brerías. ¿Los dueños? No parece factible aunar una veintena de voluntades por el mismo odio fanático y agresivo contra una persona. ¿Las ideas, entonces? Esto se me antoja lo más probable; pero, ¿pueden decirme estos señores lapidadores cuántos vidrios quedarían indemnes en el país si cada español arrojara una sola piedra contra las vitrinas o los balcones de los que disienten o discrepan de sus ideas?

*17 de mayo.* — Pablo VI, en su carta apostólica, aboga por la conservación de la familia. Ciertamente la familia está hoy amenazada en un doble frente: la disolución pura y simple y el hermetismo. Esta segunda amenaza, por más sutil y solapada, es quizá más peligrosa. Cientos de familias burguesas se muestran orgullosas de su unidad indestructible pero no se percatan de que esta pretendida unidad sin proyección social no es virtud sino exaltación del egoísmo de clan. La familia verdadera debe desbordar el marco doméstico y vivir y actuar bajo un permanente sentimiento del prójimo.

*19 de mayo.* — Leo unas declaraciones de Pietro Nenni a Oriana Fallacci en "Il Europeo", declaraciones muy concretas sobre el fracaso de Europa como unidad y su consecuente dependencia ("en aparcería") de Rusia y Estados Unidos. Me confortan sus palabras (las de Nenni) sobre la duda. El riesgo de las naciones y del mundo deriva de "los-hombres-que-están-seguros-de-todo", porque ellos no escuchan, no reflexionan, son incapaces de colocarse en el lugar del otro y a la larga (o a la corta) desembocan en el fanatismo. Y de los hombres fanáticos, movidos por una idea obsesiva, ¡líbranos Señor!

*20 de mayo.* — Alfonso Rey Álvarez, de Santiago de Compostela, me pide bibliografía para su tesis sobre la evolución de la forma en mi obra. El tema, en abstracto, ofrece un interés innegable, pues los tiros de la vanguardia narrativa van por ahí, hasta el punto de que algunos (los cultivadores del "nouveau roman") han logrado fundir fondo y forma en una pieza inconsútil. Ésta es la razón de que la novela vaya dejando de ser un género divertido para pasar a ser un género intere-

sante. La complacencia del lector no se busca ya a través de un encadenamiento de incidencias digamos “novelescas”, sino planteando problemas y resolviéndolos mediante nuevos procedimientos técnicos y formales. De este modo, la novela se abraza a la estética y desdeña el sentimiento. A mí no me parece mal ningún tipo de renovación formal siempre que tengamos presente que esa forma hay que llenarla necesariamente con ALGO. “Los buscadores de la pura forma — ha dicho el escritor Alex Comfort — producen obras con frecuencia de gran mérito pero que terminan por aprisionarlos.”

21 de mayo. — ¡Escándalo en el premio Biblioteca Breve! Algunos colegas están ávidos de escándalos. Especialmente hay quien disfruta cogiendo a los grandes premios literarios en un renuncio. A mi ver, esto del Biblioteca Breve, antes que un escándalo es un caso de frescura. El que una señorita (de donde sea) envíe una novela a un premio en lengua castellana después de haberla editado en francés no tiene nombre, siquiera los jurados no tengan por qué conocer tal incidencia. Ahora, el hecho de que un miembro del jurado declare que el término “inédito”, que figura en las bases, afecta solamente al idioma castellano sí se me antoja bastante escandaloso, ésta es la verdad.

22 de mayo. — Las lluvias no llevan camino de dejarlo. A los 15 litros de un día suceden los 20 de otro. El año puede seguir siendo en conjunto pluviométricamente corto, de otro modo significará una excepción o que la sequía no ha comenzado, ya que yo sigo creyendo a pies juntillas en la periodicidad de los ciclos meteorológicos. Con esto, el campo ha dado un cambio tremendo y no sólo en lo que afecta al cereal y la remolacha, sino a la mala hierba que ahora cuadrillas enteras se afanan por eliminar en los campos de Castilla.

22 de mayo. — Me impresionó mucho “Queimada”, una de las contadas películas con carga ideológica que pasan el cendal de la censura. Los excesos colonizadores (de los cuales pocos pueblos europeos están libres) del siglo XIX están clara-



mente expuestos, aunque un ardiente (y justo) deseo de desmitificación conduce a Pontecorvo a mitificar por el extremo opuesto. En todo caso queda claro que ante la necesidad de mercados, el librecambismo no se paraba en barras. Al propio tiempo, los juegos malabares de los ingleses (maestros en estos empeños) se ponen nítidamente al descubierto en el filme. Tengamos presente que, en virtud de estas artes, los británicos ("país de tenderos", como les denominaba despectivamente Napoleón) llegaron no sólo a adueñarse de un tercio del mundo, sino (como ironizaba Dickens) "a vender pañuelos a los negros que no sabían usarlos". Inteligente, dramática película "Queimada", que denuncia las corruptelas colonizadoras en una prodigiosa (y expresiva) síntesis plástica.

23 de mayo. — El joven Manuel Gómez García me pregunta en una encuesta si la crítica, la opinión pública, o la censura pueden rebajar la capacidad creadora del artista. No creo que rebajar sea la palabra adecuada. Pueden (en especial la última) desviarla ocasionalmente. (No olvidemos que Alberti sobrevivió en la Argentina justicialista pintando biombos.) Esto sugiere que el artista auténtico apelará a otro instrumento de expresión tan pronto se le prive del que usa habitualmente. Y, en ocasiones, sin necesidad de presiones externas, el verdadero artista, consciente y víctima de sus limitaciones, cambiará de instrumento empujado por un afán de perfección (los dibujos de Lorca y los escritos de Solana son claros ejemplos de ello). El artista verdad reserva siempre una posibilidad en la trastienda. El ponerla o no en circulación dependerá, antes que del capricho personal, del medio en que vive, digamos de sus posibilidades de libertad y de la provisión de discreción de su auditorio. Lo único imposible será reducir al artista a la mudez cuando verdaderamente tiene algo que decir.

24 de mayo. — Recibimos carta de Miguel. La gineta continúa viva, come carne y plátano y su peso rebasa ya el cuarto de kilo, pese, dice, a que ha pasado una diarrea aparatosa. El animalito debe estar para cumplir el mes y medio. Por de pronto es la única que sobrevive de las cuatro de la camada.



25 de mayo. — Como cada año por estas fechas, mi mujer y yo marchamos a pasar unos días a Benidorm. Es, creo yo, la temporada más agradable, pues generalmente hace buen tiempo para bañarse y, por otra parte, no ha comenzado eso que llaman la animación y que a mí me desanima tanto. Pero como el año está de sorpresas, al salir de Alicante, en la cuesta de la Goteta, se nos incendió el coche. Menos mal que enfrente había un garaje y mientras yo detenía la circulación (muy nutrida) mi mujer daba aviso y, en minuto y medio, el fuego (tan voraz y animado que yo ya había dicho adiós al automóvil) quedó sofocado. (Nunca había visto funcionar estos extintores de nieve artificial pero son de una eficacia fulminante.) Verdaderamente ha sido una suerte que después de recorrer 650 kilómetros vaya a sucedernos esto ante la puerta de un garaje, pero el incidente me ha servido para convencerme de que me cuesta poco desprenderme de las cosas (lo acepto con una especie de resignado fatalismo), ya que en ningún momento perdí la tranquilidad.

26 de mayo. — Estamos viviendo, sin duda, el año más caprichoso del siglo. Hasta aquí, en Alicante, hace frío. Tanto, que hoy ni siquiera hemos bajado a la playa. Dejamos Castilla con nieves y casi heladas (1 grado en Burgos, Ávila y Segovia) y encontramos Levante con nubes y fresco. La versatilidad española se contagia al clima (¿o es la veleidad atmosférica lo que nos hace tornadizos a los españoles?) y a un otoño sin una gota de agua, siguió un invierno con temperaturas de 20° bajo cero en la meseta, y un mes de mayo (a cinco días de junio) con nieves y heladas en los altos. Como se verá, la incertidumbre campesina que protagoniza mi novela "Las ratas" no es una invención. El labrador castellano no respira en tanto no ve el grano apilado en la panera.

27 de mayo. — Leo un interesante y valiente artículo de J. Ferrater Mora titulado "Galimatías y tomaduras de pelo". El ensayo es oportunísimo porque nunca como hoy se desbordaron los retóricos del camelo. La fiebre de innovación, la exposición

de las ideas más simples con las palabras más complicadas, la literatura del bla-bla-bla, se han puesto de moda. Pero lo curioso es que cuando los paladines de estas corrientes enderezan el rumbo no reconocen su error sino que se limitan a cantar las excelencias de los nuevos derroteros adoptados (por sabido, siempre en vanguardia). Dos notas caracterizan a estos tipos, a juicio de Ferrater: autosuficiencia y agresividad. En efecto, ninguna de las dos faltan. Hablando de otra cosa, el tiempo ha suavizado un poco y aunque con cielo entoldado nos dimos un chapuzón.

*28 de mayo.* — Recogimos el coche. A pesar de habernos cambiado todos los cables y tubos, conductos, enchufes y cajas de goma o plástico y de haber petroleado los bajos aún huele un poco a chamusquina pero marcha bien. Estuvimos en Callosa de Ensarriá y el castillo de Guadalest, para probarle. Este castillo tiene poco que ver. Es más interesante lo que se ve desde él. Sobre una cresta literalmente inexpugnable, brinda, de un lado, las pacíficas aguas verdes del pantano y, del otro, una bella teoría de bancales descendiendo paulatinamente hacia el mar. Los farallones son totalmente verticales, como cortados a pico, y en lo que fue cauce del río Guadalest (ahora un hilo de agua regulado) ha surgido una huerta feraz y una arboleda frondosísima (pinos, olivos, almendros, naranjos, limoneros, nísperos, higueras) que da una variadísima jugosidad a la perspectiva y con ello el contraste con la desamueblada aridez de las tierras litorales se hace más violento.

*29 de mayo.* — Walter Bradbury, de Doubleday and Company (Nueva York), me comunica su decisión de editar "Las ratas" en USA, conforme me habían anticipado (cada uno por su lado) Ernst A. Johnson (autor de la traducción) y Luis Alfonso Díez. Veremos lo que resulta. De entrada cuesta admitir que los norteamericanos asuman el drama del Tío Ratero, en definitiva trasunto del drama rural de la vieja Castilla. Esto y que, en lugar de pasar días, pasen Santos (sustituir el calendario por el Santoral), tan típico de nuestros pueblos, desorientará a buen seguro al lector de la evolucionada Norteamérica.

30 de mayo. — Uno de estos días hará el año de la muerte del matrimonio Guzmán, uno de los fenómenos humanos que más me han afectado. Don Antonino, viejo cirujano con más de 80 años encima, nos confiaba a los amigos, cuando su mujer enfermó, el insoportable dolor que para él suponía sobrevivirla. Por lo visto, esta posibilidad jamás había entrado en sus cálculos. No obstante, mientras su esposa estuvo en cama no se separó de su lado y cuando falleció (con una mano entre las suyas) él sufrió un síncope y murió un cuarto de hora más tarde. Al día siguiente emocionaba ver juntos los dos ataúdes gemelos cubiertos con las flores silvestres y las aromáticas matas de tomillo de la casita que el matrimonio había escogido para su retiro. Ante esto me resulta difícil identificar el amor con el sexo; la ecuación amor-orgasmo no me sale. Yo pienso que el amor sobrevive al sexo y el culto al orgasmo, tan extendido, participa de aquél pero no es aquél.

31 de mayo. — Me decepcionó ayer tarde el fútbol de la selección de Kubala en Moscú. Hay quien afirma que fue un buen partido defensivo pero yo no lo veo así. El caso es que la selección no trató nunca de organizarse sino de desorganizar (con ello se esfumó su agresividad). En estas condiciones es prácticamente imposible ganar un partido y muy difícil empatarlo. Se aguantan los minutos que sean pero al final, casi inevitablemente, se acaba perdiendo. Y no es que el dos a uno definitivo sea malo (esto es secundario), sino que la selección se pareció a las de antaño, esto es, no dio nunca la sensación de despreocupada alegría creadora que ha dado últimamente (contra Francia, Italia o Alemania pongo por caso). Y en el fondo de todo esto tal vez haya una responsabilidad para quienes de una u otra manera han tratado de dar al encuentro (aquí las gastamos así) un alcance y un significado políticos.

1 de junio. — También el premio Barral de este año se fue a Hispanoamérica. Bien mirado, es decir, atendiendo a los porcentajes de población, a España apenas le corresponden un 15 % de posibilidades en las convocatorias para concursos en

lengua castellana. Quiero decir que el hecho de que nuestros premios emigren es perfectamente normal. Pero ante esta floración de la narrativa americana me viene a la cabeza una frase del escritor Undurraga en un ensayo publicado en la fenecida revista "Cuadernos" (el trabajo era excelente pero como profecía resultó fallida): "La novela no es planta literaria apta para aclimatarse en Latinoamérica — decía —. No hay allí ninguna aptitud sacerdotal para lo bello y lo fino". Undurraga no contaba con que Hispanoamérica posee un lenguaje menos gastado, unos ambientes más vírgenes y unos contrastes más violentos que la vieja Europa. Encierra, en suma, mayores posibilidades que el viejo continente para la pura fabulación.

*2 de junio.* — Una encuesta muy femenina: "¿Qué dinero debemos dar a nuestros hijos?". Naturalmente depende del hijo y depende del dinero. Pienso, sin embargo, que al llegar a cierta edad (diecisiete, dieciocho años), si los padres no hemos fracasado, la confianza debe ser tanta como para poder dar al hijo el dinero que precise. Yo nunca le negaría este apoyo (teniéndolo) a un hijo mío de esta edad. Alguno aducirá que "según como te salgan", pero a esto iba: los hijos "no te salen" (salvo rarísimas excepciones); los hijos se hacen o se deshacen en casa.

*3 de junio.* — Regresamos a Madrid pasados por agua, como partimos, y pasados por agua dimos una vuelta por la Feria del Libro, en el Retiro. Una sorpresa grata: conocí a Vargas Llosa que estaba firmando ejemplares. Fue, la nuestra, una entrevista brevísima, pero suficiente para darme cuenta de que la calidad humana de Vargas corre pareja con su talento literario: espontáneo, natural, sencillo. Acordamos un encuentro más reposado para nuestra próxima visita a Barcelona.

*4 de junio.* — De vuelta a casa, un incidente enojoso. Mi hijo menor, en compañía de un amigo, fueron secuestrados por cinco pilletes que después de robarles y golpearles (amarrados a un árbol) terminaron por arrojarles al río (el niño tiene una desolladura en el pecho de 15 centímetros ocasionada por

un tocón sumergido). Mi irritación inicial contra los pequeños vándalos ha ido desplazándose a medida que pasan las horas hacia la sociedad que hemos montado, donde prensa infantil, cine y televisión compiten en exaltar la violencia y donde centenares de miles de niños (pese a discursos y leyes) siguen sin disponer de un pupitre en una escuela. ¿Qué podemos esperar de un país así? Y aun dando por supuesto que ahora vaya de veras, tendremos que esperar aún veinte años para que aparezca la primera generación con un sentido de la responsabilidad y del respeto al prójimo. ¿Llegaremos a conocerlo?

*5 de junio.* — Me llamó José Luis Varela para proponerme amablemente unas conferencias este verano en la Magdalena (Santander) y en el Curso para extranjeros de Valladolid. Previamente he aceptado otras en Salamanca, Madrid y Burgos. De esta manera, uno, que se hace ilusiones de ser cada día más libre, está cada día más atado. Me decía Vela Zanetti hace pocas semanas que los cincuenta años es una edad muy apropiada para aprender a decir NO.

*6 de junio.* — Pasamos el día en Riocamba, en las estribaciones montañosas de Palencia y León, viendo la docena y media de ciervos (elásticos y esquivos) que van a soltar dentro de unos días con miras a la repoblación. Nuestra sorpresa fue mayúscula al encontrarnos al primer cervato nacido en la localidad la noche anterior, en la semicautividad en que ahora viven. Juan Molina ha transformado estos parajes. Del brezal que conocimos en los años 50 (adonde fuimos a buscar la perdiz pardilla), con manchas de roble y unos pinabetes apenas visibles, a la moheda actual, hay la misma distancia que entre la Tierra de Campos y los bosques de coníferas del Canadá.

*7 de junio.* — En el reglamento de la contribución sobre la renta hay una disposición según la cual los ingresos extraordinarios de los artistas pueden distribuirse en tres anualidades a efectos de tributación. Fiado en ella pedí su aplicación a los derechos de la edición de "La hoja roja" de RTV, a todas luces un ingreso fuera de lo ordinario. Respuesta de la Hacienda

Pública: "Eso no le corresponde a usted. Los artistas son los futbolistas y los toreros". Ni una palabra más.

9 de junio. — Pasé un par de horas con Honesto Suárez de Vega, profesor de la Universidad de Oviedo, que está trabajando en su tesis doctoral sobre los personajes en mis novelas. Me ha dado la impresión de que tiene una idea muy clara sobre lo que se trae entre manos. Personalmente me satisface el tema de su trabajo puesto que yo doy a los personajes un lugar preponderante entre todos los elementos que se conjugan en una novela. Unos personajes que vivan de verdad relegan, hasta diluir su importancia, la arquitectura novelesca, hacen del estilo un vehículo expositivo cuya existencia apenas se percibe y pueden hacer verosímil el más absurdo de los argumentos. Suárez de Vega se interesó especialmente por lo que en mis personajes puede haber de autobiográfico, supuesto que entre los niños de "La sombra del ciprés" y los niños de "El camino" (por poner un ejemplo) no se advierte el menor parentesco. Ésta es una cuestión muy compleja pero, aunque otra cosa parezca, el autor está detrás de todos. Los temperamentos neuróticos pasamos, casi sin transición, de la depresión a la euforia. En mi infancia me sucedía otro tanto. Y pienso que en los momentos actuales de equilibrio, uno reconstruye con fruición sus momentos felices ("El camino", "Diario de un cazador") y, por el contrario, en las fases depresivas, uno rescata aspectos sombríos y melancólicos del pasado ("La sombra del ciprés", "Cinco horas con Mario", "Parábola del naufrago", etc.). En todo caso, para encontrarle a uno entero (al menos una aproximación) habría que rastrear entre todo lo positivo y lo negativo que recatan los personajes que uno ha puesto de pie a lo largo de su vida.

10 de junio. — A Enrique Badosa, según leo en "El Noticiero", no le agrada la poesía en canciones. Para mí, en cambio, el juglar moderno es admisible puesto que constituye un amplificador de la poesía. Con todo (esto es una excepción), en líneas generales estoy con Badosa. Personalmente me desagrada la macedonia de frutas y la sangría. Prefiero la naranja



y el vino por un lado y la limonada y el melón por otro. Me repugna disfrazar las cosas y mezclarlas. Me gustan Picasso y el jazz pero me desagrada que aquél remede "Las Meninas" o escuchar a Beethoven en este ritmo.

*11 de junio.* — Me ha resultado muy divertido el prólogo (o el antiprólogo) de Jorge Semprún a las "Cartas" de Malcolm Lowry. Sin embargo, se muestra injusto con Ortega y muy concretamente con su famoso prólogo sobre la caza, cuya forma puede resultar hoy un poco pasada pero a mí me parece espléndida, y su contenido magistral. Semprún toma palabras de Goytisolo para afirmar que hay que acabar con "los florilegios, florestas, florones, floriculturas y floripondios" en literatura. Parece, pues, inclinarse por la literatura-eficacia. Por eso me desconcierta más adelante cuando subraya que le parece funesta "la literatura concebida como vocación de servicio". ¿En qué quedamos?

*13 de junio.* — Hace meses que vengo hablando de retroceso en el proceso de apertura en el país. Las cosas se están haciendo sutilmente pero con eso y con todo la modificación de la Ley de Orden Público que ha empezado a discutirse en las Cortes no admite más que una interpretación: marcha atrás, endurecimiento, toque de silencio, monólogo... En tanto, la Prensa y los cada vez más reducidos círculos preocupados por estas cosas continúan hablando ingenuamente de asociacionismo político.

*14 de junio.* — "Retrato político de los USA", de Pierre Dommergues, me ha parecido un gran libro. Dommergues trae ingeniosamente a debate las más espinosas cuestiones que hoy tiene planteadas Norteamérica. Su lectura me ha demostrado una vez más mi permeabilidad. Casi todos los argumentos que esgrimen sobre diferentes cuestiones los cincuenta coautores de este libro me parecen válidos (aunque sean contrapuestos). Las diferentes posiciones, por ejemplo, de Robert Lowell y Saul Bellow, ante una invitación del presidente Johnson a la Casa Blanca, se me antojan dignas y, consecuentemente, defendibles. Esta porosidad mía no sé si me asusta o me conforta, porque



en resumidas cuentas quiere decir o que mi receptividad es tal que el último que me hable me lleva de calle o que la Verdad, con mayúscula, ofrece porciones, matices y variantes de los que cada cual poseemos mínimos atisbos, briznas valederas (y hasta convincentes), pero en modo alguno concluyentes y definitivas.

*15 de junio.* — Vuelvo a leer (y van...) que los españoles somos ingobernables e incapaces de convivencia. Si esto ha sido así, ¿quién puede asegurar que vaya a suceder lo mismo con los menores de 50 años, los que al comenzar la guerra civil no habían cumplido aún los 14? ¿Qué oportunidades hemos dado a éstos de participar en la marcha del país, de autogobernarse, de edificar su futuro político... y de demostrar que saben hacerlo?

*16 de junio.* — La novelista exiliada Rosa Chacel ha venido a su Valladolid natal invitada por "El Norte de Castilla" a recibir un homenaje íntimo de un grupo de escritores y amigos. Acompañé a Rosa a la calle Núñez de Arce, a la casa donde vivió hace ahora más de 60 años y tuvimos la suerte de que el piso estaba desocupado. Con visible emoción la escritora fue recorriendo las dependencias: "Aquí dormían mis padres"; "en esta alcoba dormía yo"; "todavía está el clavo del que colgaba el espejo ovalado"; "este cuartito de baño lo mandó poner mi padre...". Paso a paso iba recuperando su pasado. De pronto, Rosa Chacel se dirigió a la parte trasera de la casa que accedía a un minúsculo jardín. Advertí en ella una extraordinaria excitación: "En el patio planté yo una acacia. ¿Vivirá aún la acacia? ¡Mira, ahí está!". Pero no era la acacia; era un manzano. Era lo único que no estaba en su sitio. ¡Ah, el practicismo y el sentido de productividad de los tiempos!

*17 de junio.* — Mi mujer y yo acompañamos a Rosa Chacel a Rodilana, un pueblecito de barro, perdido entre las generales Adanero-Gijón y Madrid-La Coruña. Rosa nos puso previamente en antecedentes: "Fue a causa de un ganglio; tenía siete años y los médicos me recomendaron clima seco y aire puro. De Rodilana conocíamos a una familia y allí pasé un verano.

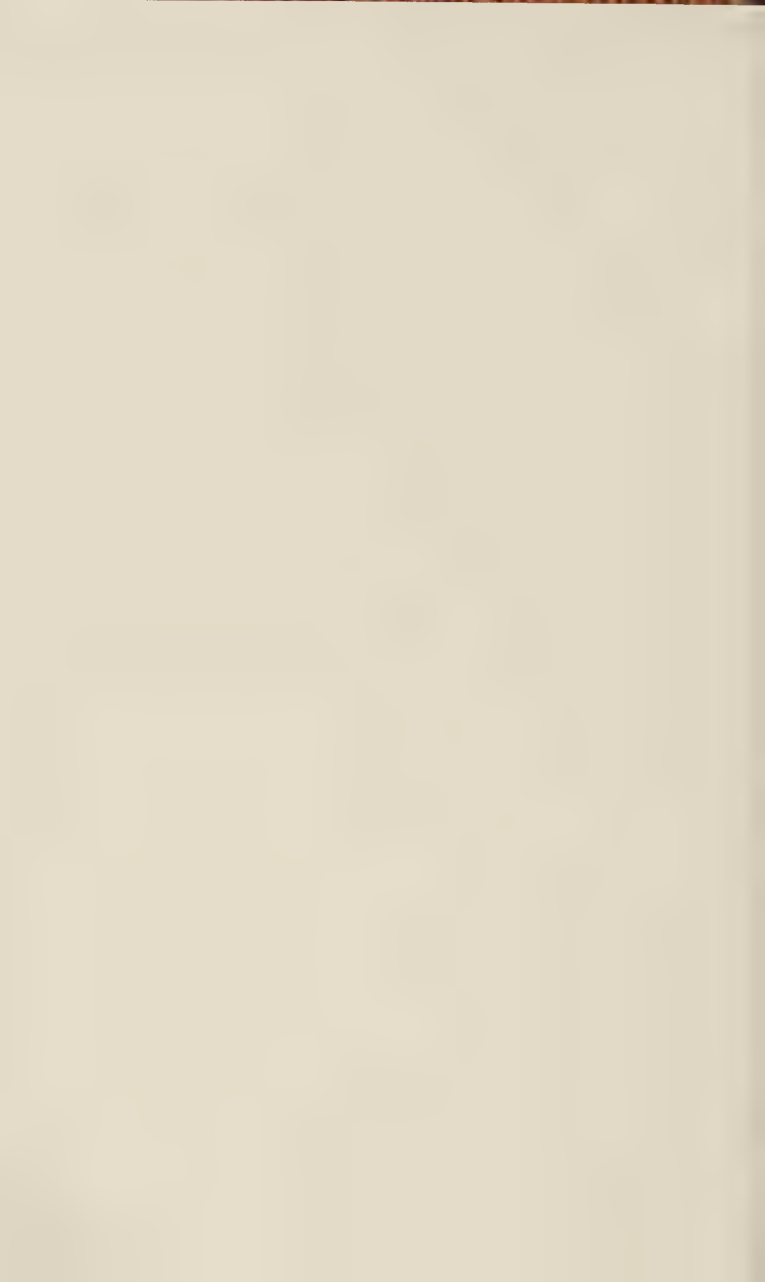
Recuerdo el pequeño barrio de casas molineras, la ermita, las eras, la noble olma que sombreaba la fuente... De la familia no puede quedar ni rastro". Pero sí quedaba rastro. La señora Marcela (con ochenta y muchos años encima), tan pronto Rosa Chacel trató de explicarle, la interrumpió: "¡Pero tú eres la Rosita!", y la miraba como si aún fuera una niña con su lazo en la cabeza. "¡Ay, Rosita, cuánto te gustaba ponerte los vestidos largos de tu tía Casilda!", sonreía. De pronto tornó a la realidad y se la endureció la sonrisa en los labios: "¡Dios mío, la Rosita, pero si tiene el pelo blanco!" (parecía protestar). Confieso que esta rebusca del tiempo, no perdido sino simplemente ido, me ha dejado una honda huella. Pero mayor huella aún habrá dejado a Rosa Chacel, mujer no muy abierta, escasamente sociable, pero delicadamente sensible y con una memoria inmediata de su infancia y de las personas y cosas que la rodearon.

*18 de junio.* — Miguel llamó por teléfono para darnos cuenta de la muerte de la ginetá. Ha logrado sostenerla dos meses y medio pero al fin ha sucumbido pese a que a última hora le aplicaron suero, penicilina, coramina y todo aquello que podría haber operado el milagro. Peor suerte corrió una de las hermanas, devorada por la madre. Queda por ver si este caso de canibalismo, antes que a la agresividad del animal, no cabrá atribuirlo al deseo de evitar a los hijos la vida en cautividad que a ella le ha tocado padecer.

*19 de junio.* — Ramona Trullols se presentó en casa con sus padres a traerme su trabajo "La técnica de la caracterización en Miguel Delibes" para la Columbia University. El trabajo es más intenso que extenso, lo que ya dice mucho a su favor. Ramona Trullols, que utiliza abundante bibliografía, apoya su análisis en cuatro elementos fundamentales: la caricatura, la ironía, el enfoque y el lenguaje de los personajes. Hay una frase que creo resume muy bien mi posición en la caracterización de tipos. Dice Ramona Trullols siguiendo a Nietzsche: "El autor, por medio de la ironía, encuentra paradójicamente seguridad en la misma inseguridad ante todos los valores".

20 de junio. — Pasado mañana hará un año que comencé a redactar estas notas y por tanto (mi idea inicial nunca rebasó este plazo) es ya hora de darles cerrojazo. Un año (ahora me doy bien cuenta) es poco más que un suspiro y, sin embargo, caben muchas cosas en un suspiro: el cincuenta aniversario del propio nacimiento, el veinticinco de matrimonio, la operación de un hijo, la boda de una hija, la fractura de una pierna, la muerte de media docena de amigos entrañables... Esto sin hablar, por una vez, más que de aspectos íntimos de la vida de uno. En otros planos, es obvio que en un año cambian y se alteran muchas cosas, siquiera las esperanzas y desesperanzas del hombre apenas muden. Un año, un suspiro. Abruma pensar que en veinte suspiros un niño se hace hombre, en otros veinte madura y en veinte más envejece. La condición fatalmente efímera del hombre unida a su condición de ser pensante y sensible alimentan mi esperanza de que todo no puede concluir aquí. Es una máquina demasiado perfecta y reflexiva, el hombre, como para aceptar que todo se reduzca a un proceso físicoquímico que se desarrolla dentro de un tubo de carne.

# INDEX



VIVIR AL DÍA . . . . .	7
<i>Prólogo</i> . . . . .	9
Don Alvaro o la fuerza de la maledicencia . . . . .	11
El cine a la deriva . . . . .	17
El paisaje manchego . . . . .	20
¿La muerte de un teatro? . . . . .	23
La difícil vida del escritor . . . . .	25
Primeras novelas . . . . .	28
El ingenio y el ingeniero . . . . .	30
Un viajero de tercera . . . . .	32
La crisis de la didáctica . . . . .	34
Sobre los divos . . . . .	36
Divos y destajistas . . . . .	38
El pueblo ante el drama . . . . .	40
La mantisa . . . . .	42
Ciudades impersonales . . . . .	44
El cálculo y la improvisación . . . . .	46
Un nuevo Nadal . . . . .	48
Periodismo de ayer y de hoy . . . . .	59
El hombre que llovía demasiado . . . . .	61
Aviso a los padres de familia numerosa . . . . .	63
Campeón de taquillas . . . . .	66
La pesca de la trucha . . . . .	68
Caridad espectacular . . . . .	71
Una historia común . . . . .	73
Un nuevo escritor . . . . .	75
Ha muerto Mariano de Cossío . . . . .	79

	<u>Págs.</u>
Sí era de los nuestros . . . . .	82
La cara lavada . . . . .	85
Los pueblos moribundos . . . . .	87
Un cristiano consecuente . . . . .	90
Sedano, sin Isaac Peña . . . . .	93
La falta de curiosidad . . . . .	96
La liga agoniza . . . . .	99
Cazadores de huevos . . . . .	101
¿Qué hacemos con la siesta? . . . . .	104
Desarme de corazones . . . . .	106
El amigo que perdió el tren . . . . .	109
Los entierros . . . . .	112
Camba o la sobriedad . . . . .	115
Oposiciones a escritor . . . . .	117
Los premios literarios . . . . .	119
La novela abstracta . . . . .	121
Los nuevos caminos . . . . .	123
"Réquiem" por un muchacho . . . . .	125
Tirios y troyanos . . . . .	128
El matador de conejos número uno . . . . .	131
Nada más que la verdad . . . . .	133
La ruina de Castilla . . . . .	135
Castilla negra y Castilla blanca . . . . .	137
Partir de cero . . . . .	140
La misión del entrenador . . . . .	142
Los cargos y los hombres . . . . .	144
Tasas y otros emolumentos . . . . .	147
Libros con santos . . . . .	150
Tierras de Valladolid . . . . .	152
Gradación de necesidades . . . . .	160
Juan Ramón Jiménez en Maryland (1943-1951) . . . . .	163
La fiesta nacional . . . . .	169



CON LA ESCOPETA AL HOMBRO . . . . .	173
<i>Dos palabras</i> . . . . .	175
I. La temporada de codorniz . . . . .	179
II. La codorniz en la mesa . . . . .	182
III. La caza de la ganga . . . . .	185
IV. Zorreando en el Arlanza . . . . .	189
V. La desveda . . . . .	194
VI. El aguardo de torcaces . . . . .	199
VII. La brava caza en ladera . . . . .	203
VIII. Conversación sobre la nueva ley . . . . .	207
IX. La nueva perdiz . . . . .	212
X. Teoría del ganchito . . . . .	217
XI. La jornada de las sorpresas . . . . .	221
XII. El día de las sombras blancas . . . . .	226
XIII. La pequeña agachadiza . . . . .	231
XIV. Sobre la caza con perdigón . . . . .	236
XV. El maíz y la caza . . . . .	241
XVI. Furtivismo y educación cinegética . . . . .	246
XVII. Los terrenos demasiado libres . . . . .	251
XVIII. Los riesgos de la improvisación . . . . .	256
XIX. Cepos y alimañas . . . . .	260
XX. La soledad del cazador a rabo . . . . .	265
XXI. La resurrección del conejo . . . . .	270
XXII. El primer domingo de veda . . . . .	275
XXIII. Mis experiencias de cazador mayor . . . . .	280
XXIV. La técnica y la caza . . . . .	286
XXV. Sobre la crueldad de la caza . . . . .	291
UN AÑO DE MI VIDA . . . . .	297
<i>Introducción</i> . . . . .	301
Diario . . . . .	303





